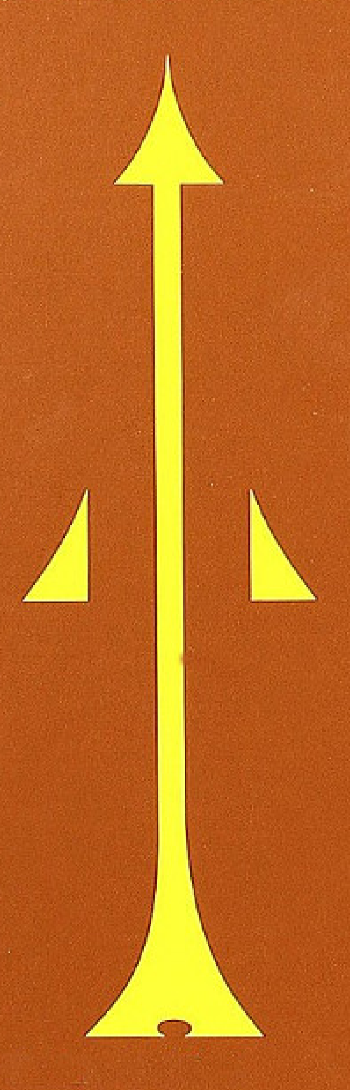
LAS VÍSPERAS SICILIANAS

SIR STEVEN RUNCIMAN

Nota previa de Francisco Rico

Traducción de Alicia Bleiberg





Ahora que las novelas históricas arrastran a la Historia por las mesas de novedades de las librerías de forma rastrera, pues ni son Historia ni son novela sino híbridos que encubren mucha precariedad y ausencia de talento, encontrarse con el relato (no novela) de los antecedentes y consecuentes de los hechos sucedidos el 30 de marzo de 1282, cuando las campanas de Palermo llamaron a vísperas, es un placer y una venganza contra la mediocridad. Ese día, en el que el corazón de los sicilianos estaba caliente, la actitud de un oficial francés que trató de cortejar a una mujer casada delante de su marido desembocó, al grito de «¡moranu li Franchiski!», en una sublevación popular que resultó ser el inesperado comienzo del fin del reinado de Carlos de Anjou. El texto de Runciman posee limpieza, claridad y rigor; pero lo que admira igualmente al lector no especialista es la luz del relato. Runciman va siempre al meollo y por más que retroceda para tomar perspectiva o se entretenga en las complejas y retorcidas relaciones entre todos los personajes de la trama, cuenta con sobriedad y sin veleidades literarias, pero con sentido narrativo. La de Runciman es una lección de cómo relatar la Historia ahondando hasta la médula sin perder de vista el conjunto del cuerpo, ni omitir lo necesario, ni dar cabida a lo accesorio. Todo tiene sentido y la narración fluye serena e implacable a través de un estilo que el profesor Rico califica de contenido en su prólogo y al que me permito redondear con el placentero calificativo de seductor.



Steven Runciman

LAS VÍSPERAS SICILIANAS

Una historia del mundo mediterráneo a finales del siglo XIII

ePub r1.2

Thalassa 04.10.2018

Título original: *The Sirilian Vespers. A History of the Mediterranean World in the Later Thirteenth Century*

Steven Runciman, 1958

Traducción: Alicia Bleiberg

Editor digital: Thalassa

ePub base r1.2







Una historia sin chismes (Nota previa)

No sé cuántas semanas tomaría preparar y redactar el obituario de Sir Steven Runciman que al día siguiente de su muerte insertó *The Times*. No llega a la espléndida altura del aparecido en el *Daily Telegraph*, pero aun así es una pieza soberbia, superior incluso a las enjundiosas aportaciones de Anthony Bryer y David Abulafia en revistas eruditas. Runciman quizá vivió para que alguien escribiera unas páginas así (y porque siempre hubo quienes podían estimarlas). En cualquier caso, lo que me ha sugerido la sola observación de que aquí no voy a pasar es el arranque del anónimo necrólogo del *Times:* «Sir Steven Runciman — Scholar, linguist and gossip…»[1]

«Gossip», vale decir, amigo de chismes, se entiende que lo fuera. Los estudiosos británicos de su generación tuvieron a menudo vidas de lo más peculiares e interesantes, pero pocas daban al cotilleo tantos materiales como la de Sir Steven. Había tratado a todos los primeros ministros ingleses dignos de mención (a Churchill, amigo de casa, ya de niño), a más reyes y reinas de los que hay en la baraja, a una legión de artistas e intelectuales, de Benjamín Britten, Diaghilev y Cecil Beaton (que lo fotografió con un periquito en un dedo) a Edith Wharthon y John Maynard Keynes. Había sido preceptor de Cuy Burgess en Cambridge, alto funcionario en Sofía, El Cairo, Jerusalén, Atenas, juzgado «molto intelligente e molto pericoloso» por los servicios secretos de la Italia fascista. Había corrido paso a paso todos los rincones del Mediterráneo y conocía punto por punto la historia

y la leyenda de cada uno. Antiguos y modernos, tenía, pues, montones de comadreos que contar, le complacía contarlos, y dicen que de palabra lo hacía de maravilla, con oportunidad y gracia. El punto que a mí me llama la atención, y por eso he aducido el obituario del *Times*, es que fuera tan invenciblemente «gossip» como particular, como *private*, y no lo fuera en absoluto como «scholar».

Runciman comparte muchos rasgos con el arquetipo del «gentleman scholar», pero también diverge en bastantes otros. De hecho, había empezado buscando y obteniendo una posición regular en Oxbridge, y de querer mantenerla las cosas hubieran variado poco para él. Ocurre hoy con alguna frecuencia que un historiador logra dos o tres éxitos de venta y a partir de ahí deja la universidad, que en principio es su fuente de ingresos y su ámbito propio, para dedicarse a escribir nuevos libros. No es en cambio normal dejar la universidad para dedicarse a escribir libros que sean éxitos de ventas sin perder el nivel que se exige en la universidad. (Todavía es más anómalo que los éxitos de ventas le caigan a un historiador que posee una gran fortuna personal —hasta una isla propiedad de su familia—, que por consiguiente no los necesita y que todavía por ello mismo presume más de haberlos conseguido: como Runciman presumía de que a la Cambridge University Press, en el Reino Unido heredera de los derechos de la Biblia según la King James Version, le había dado más dinero «than any author except God».) Ni es normal que los éxitos de ventas los obtengan unos libros que mayormente carecen de la conspicua porción de «gossip» y demás sazonadores que en general hacen popular a un historiador de corte clásico.

Sir Steven ciertamente lo era. La economía y la demografía le preocupaban poquísimo, los enfoques sociales le dejaban del todo frío, y no tenía paciencia ni dotes para el trabajo de archivo, que concedía a gentes de menos vuelo y sólo aprovechaba en la medida en que hubiera llegado a la imprenta. Pero, por otro la-

do, apenas nunca echaba mano de los recursos que suelen considerarse propios de «a rather old-fashioned historian», como se presentaba sin rubor. No se recreaba en los retratos de personas, no gustaba de aligerar el relato con una pizca de diálogo (siquiera introducido indirectamente), no forzaba la mano en los trances dramáticos ni en los detalles pintorescos y excluía por entero la picante anécdota marginal y la «gossip» en sentido estricto. Por el contrario, la escritura de Runciman se distingue por la sobriedad, por la contención, casi diré que por la continencia. ¿De dónde, entonces, el favor de que gozó entre tantos lectores?

«No tengo el menor pudor en afirmar que *La caída de Constantinopla* es el libro que me habría gustado escribir», confesaba Juan Benet, Doy por seguro que en tal admiración entraban por mucho la puntualidad con que Runciman (como subraya Antony Beevor) maneja ahí «el vocabulario de la guerra de asedio (períbolos, escarpas y contraescarpas, minas y contraminas, culebrinas y mangoneles)» y el goce tácito con que saborea la textura de «los nombres de quienes estaban al mando de la ciudad: el Príncipe Orján, el Cardenal Isidoro, el Megadux Lucas Notarás», etc., etc. Pero Benet no era un buen representante más que de sí mismo. Esos ingredientes que a él le encantaban están probablemente entre los más enojosos para el aficionado a los libros de historia.[2] Éste, bien de otro modo, aprecia principalmente el lance sensacionalista y el chismorreo mordaz que Sir Steven repudiaba.

Entre sus obras más afortunadas, es ejemplar al respecto *The Sicilian Vespers. A. History of the Mediterranean World in the Later Thirteenth Century* (Cambridge, 1958). El libro cuenta también la caída de un imperio y una caída de Constantinopla, pero ambas imaginadas, no cumplidas: es el sueño de Carlos de Anjou, a impulsos del Papado, de construir un imperio en el Mediterráneo frente al Sacro Romano de los Hohenstaufen. El logro del autor consiste en haber sabido mostrar meridianamente cómo en la

jornada del título convergen todas las líneas de fuerza del subtítulo,[3] en una coyuntura que pocas veces podría decirse más europea y con más peso para los reyes de España, llamáranse Jaime I, Jaime II, Alfonso el Sabio o, sobre todo, Pedro el Ceremonioso, que con tan buena suerte pudo jugar sus cartas.

Todo el panorama lo dibuja Runciman con trazos que son un modelo de precisión y finura, y con soberano desdén por la pincelada efectista y la artimaña retórica. Daré un par de muestras de dónde podía habérselas permitido sin que nadie se las reprochara.

De los hechos sucedidos en Palermo el lunes de Pascua de 1282, y en concreto en el sagrato de la iglesia del Espíritu Santo, en rigor se sabe poco. Los elementos de la escena más tenazmente recordados son un grito y un sonido. El grito sería (más o menos) un «Moranu li franciski!» en siciliano, cuyos ecos suenan en el «A mort! a mort al francesos!» de Desclot y en el «Mora, moral» de Dante. El sonido fue el de todas las campanas de la ciudad empezando a tañer a vísperas. No sorprende que el episodio haya inspirado un par de óperas: venía con letra y música. Con todo, Runciman se contenta con una exposición de datos en extremo escueta, renunciando a cualquier género de amplificación del incidente que desembocó en la matanza. De lo que daba de sí la materia prima es buena muestra Ramón Muntaner:

> *E entre les altres malvestats esdevencese un día, que eren festes, en Palerm ha una esgleia que és envers lo pont de l'Almirall, e en les festes de Pasqua ix tota la ciutat de Palerm a perdonanca, e majorment les dones de Palerm hi van totes; e aquell dia anaren-hi algunes gentils dones entre les altres, qui eren molt belles dones, e els sarjants franceses eixiren defora e trobaren aquelles dones que anaven acompanyades de bons jóvens, llurs parents; e per que a les dones poguessen metre la man on se volguessen en llur persona, cercaren les jóvens hómens si portaven armes, e con veeren que no en portaven dixeren que a les dones les havien co-*

manades, e escorcollaren les dones, e perles maneres ells les metien la ma, e les pessigaven e metiendos les mans a les mamelles així mateix. Així, que els jóvens qui anaven amb les dones, qui veeren acó e veien que batien an vergues de bou aquells e aquelles qui d'acó s'esquivaven, e cridaren:

—Ah Déu, pare Senyor! ¿Tanta de superbia, qui la porá soferir? —En aquell punt davant Déu vengren aquelles clamors en tal manera que volc que d'aquelles supérbies e de moltes altres fos feta venjança. Sí que inflama lo cor d'aquells qui en aquell lloc veien la superbia e cridaren: —Muiren, muiren! Així que en tal punt comenea aquell grit, que a pedra seca mataren tots aquells sarjants. E con los hagueren morts, entraren per la ciutat de Palerm e tuit cridaren, hómens e fembres: —Muiren li francesqui!—, e tantos tothom se pres a les armes, e tots quants francesos s'atrobaren en Palerm, tots moriren. E tantos llevaren per capitá e per comun misser Aláinep, qui era dels rics hómens e dels honrats de Sicília».

Sin necesidad de fantasear, nada le hubiera sido más fácil a *Sir* Steven que dar a la narración unos toques de color al modo del estupendo Muntaner.

De cuantos personajes tuvieron que ver de cerca con las Vísperas, Juan de Prócida es acaso el más intrigante en todos los sentidos del término. Qué papel desempeñó en la revuelta y por qué se le atribuyó uno tan decisivo, no lo sabremos nunca con seguridad. Tampoco qué móviles lo animaban íntimamente. ¿Sólo la lealtad a los Hohenstaufen, el servicio a los intereses de Pedro el Ceremonioso —con un insuperable grado de competencia—, un viejo deseo de desquite? Entendemos que en Sicilia se tienda a quitarle protagonismo a un extraño y que la historiografía reciente se aplique también aquí a atenuar los factores individuales. Pero Petrarca, que idolatraba a Roberto de Anjou, nieto de Carlos, y que lo alentó a reconquistar la isla, calificaba a Prócida de «magnus vir» y afirmaba que actuó como lo hizo para

vengarse de un agravio intolerable, «gravis memor iniuriae», «ultionis loco», en razón (Villani es más explícito) «di sua mogliera e figlia a lui tolte, e morto il figliuolo che le difendea». Sin duda Petrarca disponía de fuentes próximas y autorizadas, pero me pregunto si cuando se contaba que Prócida había sido objeto de tal ultraje no se estaría proyectando sobre su biografía el incidente de la plaza del Espíritu Santo, trasladando al gran conspirador la chispa fortuita de que prendió la insurrección alimentada por Prócida. Fuera como fuese, la figura de éste se prestaba, más o menos novelescamente, a un intento de caracterización psicológica al que nuestro autor no condesciende.

Baste con esas dos contrapruebas para confirmar que Runciman, «gossip» notorio en lo oral, procede por escrito con una admirable sobriedad, atento a no cargar las tintas ni con los hechos ni con los personajes. ¿De dónde, pues —insisto—, el éxito que logró entre un género de lectores, los lectores de historia, cuyas preferencias van a la «gossip»? (No levanto ningún falso testimonio: no hay más que ver en el quiosco las revistas del ramo, que a menudo sólo en la cronología se diferencian de la prensa del corazón.) A mi juicio, la respuesta está en el estilo y en la estructura: un estilo ático («no sobreabundante, no escaso», definía don Gregorio Mayans) y una estructura perfectamente articulada capaces de seducir incluso al público menos sensible a esas virtudes en definitiva literarias.

En el prólogo a los tres clásicos volúmenes sobre las Cruzadas, *Sir* Steven fijaba como meta del historiador infundir a sus obras «an integrated and even epical quality». Las Cruzadas y la caída de Constantinopla conllevan de suyo, con sólo mencionarlas, unas resonancias épicas. Las de las Vísperas Sicilianas propiamente dichas me parece que en principio son más bien épico-líricas, romancescas. Pero, por cuanto respecta al presente libro, entiendo que la dimensión épica a que alude Runciman no viene tanto

de los temas que toca como de la integridad con que lo hace, del ajuste de las piezas en un todo impecable.

No tengo yo competencia para establecer si la bibliografía posterior ha cambiado mucho la imagen del mundo mediterráneo en las postrimerías del Doscientos. Aun si fuera así y yo lo supiera, no veo cómo llegaría a soslayar la sensación de que el cuadro fue exactamente como *Sir* Steven lo pinta. La naturalidad y la elegancia de la exposición, el tono sereno y seguro, tienen sin más fuerza de convicción. El cabal enlace de cada noticia y cada observación con las siguientes, frase a frase y párrafo a párrafo (compruébese abriendo por cualquier página y leyéndola con reflexiva atención), impone como inevitable el paisaje global que se nos ofrece «in one sweeping sequence»: a uno no puede dejar de parecerle que la fluidez del texto ha de corresponderse con la realidad de lo narrado. En un relato tan límpido, cualquier estridencia, cualquier caída en una fácil «gossip» habría puesto en peligro la persuasiva armonía del conjunto.

FRANCISCO RICO, FBA

A George Macauly Trevelyan con admiración, gratitud y amistad

Prefacio

Rara vez se recuerdan hoy en día las Vísperas Sicilianas. Al hombre de cultura media esas dos palabras le sugieren únicamente el título de una de las óperas menos conocidas de Verdi. La situación era distinta hace un siglo. Se pensaba que el tema de las Vísperas Sicilianas era apto para animar la pluma de poetas y dramaturgos, y la aparición de una gran obra de historia sobre el asunto de las Vísperas contribuyó a que Sicilia entrase en la causa del *risorgimento* italiano. No es de esperar que nadie se aventure hoy a leer las tragedias, en verso, de Casimir Delavigne o de Felicia Hemans, o que trate de aprender historia a través del desdichado libreto que Scribe preparó para Verdi. Hecho de encargo para una gran gala en París, ofendió a Verdi y a los italianos porque el héroe tradicional de las Vísperas, Juan de Prócida, aparecía como un intrigante astuto y carente de principios; a los sicilianos, porque se les trataba de crueles y cobardes; a los austriacos, porque versaba sobre un levantamiento de italianos contra una potencia ocupante, y a los franceses, porque el punto culminante de la obra era una merecida matanza de sus compatriotas.

La gran *Storia della guerra del Vespro Siciliano*, de Amari, publicada por vez primera en 1842, se puede aún leer con placer y fruto. Amari, buen erudito, desenterró escrupulosamente todos los datos que logró encontrar e hizo con ellos un relato coherente. Pero Amari fue también un político. Deseaba incitar a los sicilianos a rebelarse contra los Barbones al referirles la victoriosa rebelión de sus paisanos contra la Casa de Anjou. Sus conoci-

mientos se dirigían, no sin éxito, a ese único fin. Pero esta premeditada orientación limitaba su visión de conjunto. No está fuera de lugar volver a narrar lo ocurrido, esta vez dentro de su más amplio marco europeo.

Efectivamente, la historia de la matanza de los franceses en Palermo el 30 de marzo de 1282, que tradicionalmente se conoce con el nombre de Vísperas Sicilianas, es importante no por tratarse de un drama aislado de conspiradores y asesinos, ni por ser precisamente un episodio de la épica tragedia de Sicilia y sus opresores. La matanza fue uno de esos acontecimientos de la historia que alteran el destino de naciones e instituciones mundiales. Para comprender su importancia es necesario que la veamos dentro de su marco internacional. He tratado, por tanto, de narrar en este libro toda la historia del mundo mediterráneo en la segunda mitad del siglo XIII, con las Vísperas como núcleo central. El escenario es vasto: tiene que extenderse desde Inglaterra hasta Palestina, desde Constantinopla hasta Túnez. Está también poblado por muchos personajes; pero un escenario histórico es, inevitablemente, populoso, y los lectores que tengan miedo de las multitudes deberán limitarse a los terrenos mejor ordenados de la ficción. El relato consta de varios temas que confluyen sobre este mismo punto. Es la historia de un príncipe brillante, destruido por su propia arrogancia. Es la historia de una amplia conspiración tramada en Barcelona y en Bizancio. Es la historia del valiente y hermético pueblo de Sicilia, levantándose contra la dominación extranjera. Es la historia del suicidio gradual de la idea más grandiosa de la Edad Media: la monarquía universal del Papado.

Una historia de las Vísperas cuenta con amplias fuentes en que basarse. El período abunda en cronistas e historiadores, no siempre fidedignos en igual grado. Los archivos de los gobiernos pertinentes han sido bien examinados en su mayoría y se han publicado sus actas; sin embargo, probablemente puedan encontrarse

muchos datos en los archivos no clasificados de la Corona de Aragón, y algunos de los archivos de los Hohenstaufen y de los Angevinos de Nápoles fueron destruidos en el curso de la última guerra. Estoy en deuda con muchas obras de historiadores modernos. Debo mencionar en particular la obra de E G Léonard sobre los angevinos de Nápoles, recientemente publicada, la cual, aunque necesariamente un poco resumida, resulta inapreciable por su erudición y su buen criterio. El historiador actual no tiene nada que añadir a la gran obra de E Jordan sobre la Italia inmediatamente anterior a la invasión angevina, publicada en 1909, y el trabajo más reciente (1939) del mismo autor sobre Alemania e Italia en los siglos XII y XIII es aún más sobresaliente por la sucinta claridad con que presenta tan esencial información. Desgraciadamente sólo abarca hasta 1273. El corto libro de Cartellieri sobre Pedro de Aragón y las Vísperas establece definitivamente la naturaleza de la Gran Conspiración, aunque quizá subestima la complicidad de Bizancio. Su obra ha sido confirmada por las investigaciones de Mlle. Wieruszowski. Entre los historiadores italianos, la historia de Amari, aún inapreciable, ha sido complementada por historiadores como Carucci, Pontieri y Monti, y los cohistoriadores sicilianos Libertini y Paladino. Mi gratitud aparecerá en las notas; en ellas, cuando los historiadores modernos han cubierto totalmente el campo de investigación y han mencionado las fuentes, me limito a citar en ocasiones sólo la obra moderna.

He procurado visitar personalmente los lugares donde ocurrieron los episodios históricos más importantes, y deseo dar las gracias a mis amigos de Italia y Sicilia que me han facilitado los viajes. Deseo expresar también mi agradecimiento a los síndicos y al personal de Cambridge University Press por su cortesía y su amabilidad habituales.

STEVEN RUNCIMAN, *Londres, 1957*

Sicilia (Prólogo)

Italia sin Sicilia no deja huella en el alma: he aquí la clave de todo.

GOETHE, Italienische Reise

La isla de Sicilia se extiende como un triángulo por el centro del mar Mediterráneo, dividiéndolo en dos y formando casi un puente que une Italia con África. Pocas islas han sido más favorecidas por la naturaleza. Su clima es suave y su paisaje muy hermoso, con montañas rugosas y risueños valles y llanuras. Incluso la frecuencia de terremotos y La eterna amenaza del Etna, a pesar de constituir testimonios constantes de los caprichos de las fuerzas de la naturaleza, han contribuido, como compensación, a la riqueza del suelo. El hombre fue menos generoso con la isla. La geografía ha hecho de ella no sólo un campo de batalla inevitable entre las fuerzas de Europa y de África, sino que su posesión resultaba esencial para quien pretendiera dominar el mundo mediterráneo. Su historia se compone de invasiones, guerras y motines.[4]

A los estudiosos de La Prehistoria concierne dilucidar quiénes eran los sículos, que dieron nombre a la isla, si procedían o no de Italia y si desplazaron a los sicanos, habitantes autóctonos de la isla. La historia de Sicilia comienza cuando los propios sículos vieron su país invadido y colonizado por los dos grandes pueblos navegantes del mundo antiguo, los fenicios y los griegos. Los griegos llegaron alrededor del año 700 a. C. y fundaron sus ciudades a lo largo de las costas de la mitad oriental de la isla. Los

fenicios se habían establecido ya, navegando desde las colonias que habían fundado en África, y ocuparon la mitad occidental. Hubo guerras entre los dos pueblos, en las que los griegos mostraron su superioridad, a pesar de lo cual los fenicios, respaldados por el gran imperio africano de Cartago, seguían siendo un peligro. Cuando no estaban luchando contra los fenicios, las ciudades-estado griegas se entregaban al pasatiempo endémico de mezquinas guerras civiles y revoluciones triviales. Siracusa era la capital, famosa sobre todo por haber ahuyentado la expedición ateniense; y, de vez en cuando, un tirano de Siracusa, un Hierón o un Dionisio, establecía un gobierno que mantenía la paz y el orden durante algunos años. A pesar de los disturbios era una época feliz. Los griegos habían introducido el olivo y la viña. Los trigales cubrían la gran llanura central, desde cuyas praderas el dios del Averno raptó a la hija de Ceres. En las laderas de las colinas abundaban los rebaños. Teócrito, en sus *Idilios*, ha inmortalizado la vida placentera e ingenua de los campesinos. Sin embargo, aun así, el hombre empezaba ya a robar a la isla su riqueza. Tanto las ciudades griegas como las fenicias poseían sus naves de guerra y mercantes; los árboles de los bosques empezaron a caer bajo las hachas de los constructores de barcos. Y mientras Coridón y Amarilis se solazaban en La umbría, sus cabras devoraban los vástagos que podían haber renovado los bosques. La erosión y La desecación habían comenzado. Poco a poco, las montañas fueron víctimas de la derrubiación, y los alegres arroyos que regaban los valles acabaron por convertirse en ramblas, torrenciales en invierno, pero secas bajo el sol estival.

La Era Idílica no había de durar mucho; Sicilia, debido a su posición geográfica, se vio inevitablemente envuelta en las grandes guerras entre Roma y Cartago. Hacia el año 200 a. C. la isla entera estaba bajo el dominio de Roma. Los romanos la trataron con consideración: necesitaban su trigo para alimentar la enorme urbe. Hubo períodos malos. Los isleños padecieron las exaccio-

nes del gobernador Verres, fulminado por Cicerón, y se vieron complicados en las guerras de Sexto Pompeyo contra el gobierno central. Antes de esto, sus campos fueron devastados por las insurrecciones de los esclavos, en su mayoría antiguos prisioneros de guerra, que, poco después de ser capturados, habían sido confinados en la isla por los romanos. Sin embargo, los escritores de Roma no mencionan Sicilia con frecuencia. Debemos interpretar este silencio como testimonio de una prosperidad tranquila. La isla era entonces esencialmente griega. Sus habitantes, ya fueran de origen helénico, fenicio o sículo, hablaban griego, si bien los funcionarios del gobierno romano usaban también el latín, y los decretos oficiales se promulgaban en ambas lenguas. Por la misma época se estableció en la isla un cierto número de colonos de habla latina.

La decadencia del Imperio romano y su derrumbamiento en Occidente llevaron nuevas perturbaciones a la isla. Se libró de una invasión de Alarico y los visigodos gracias a una tempestad en el estrecho de Mesina; pero, poco después, fue invadida y ocupada durante algún tiempo por los vándalos, que operaban desde Cartago. Vinculada de nuevo a Italia bajo Odoacro, y después bajo Teodorico el Ostrogodo, éstos la trataron con solícita consideración, ya que los vándalos bloqueaban la exportación de trigo procedente de África, con lo que todo el pan de Italia dependía de los trigales de Sicilia. Pero, a pesar de que los dos monarcas tuvieron cuidado de no soliviantar a los sicilianos con pretensiones de que se establecieran godos u otros bárbaros en la isla, su gobierno no fue popular. Cuando el emperador Justiniano envió un ejército para reincorporar Sicilia al Imperio antes de proceder a la conquista de Italia, ocupada por los ostrogodos, sus tropas fueron bien recibidas en todas partes, y las guarniciones ostrogodas se retiraron sin intentar oponerse a ellas. Antes de que terminase la guerra en Italia, los ostrogodos realizaron un

ataque contra la isla, pero ésta, al contrario de lo que sucedió en Italia, no padeció ninguna devastación grave.[5]

Siguió un breve período de calma, durante el cual, sin embargo, parece que hizo su aparición en la isla el mosquito *anopheles*, con el subsiguiente azote de la malaria; en muchas zonas de las tierras bajas empezó a disminuir la población. A mediados del siglo VII surgieron nuevos disturbios. Los musulmanes habían conquistado Siria y Egipto y proyectaban extender su imperio hacia Occidente, por lo que Sicilia era un objetivo inevitable. En 652 tuvo lugar la primera incursión en la isla. Pero la amenaza no se agudizó hasta que los musulmanes conquistaron las costas africanas de enfrente, en los primeros años del siglo VIII. Entretanto hubo un momento en que parecía que Sicilia podría convertirse en el centro de un imperio restaurado. El emperador Constante, temiendo no poder conservar su imperio oriental frente al islam, proyectó el traslado de su capitalidad, entonces en Constantinopla, a la antigua Roma. Al resultar impracticable su plan, se estableció en Siracusa. Pero sus funcionarios estaban escandalizados por el hecho de que hubiese abandonado Constantinopla, y cierto día, en 668, cuando estaba bañándose, un cortesano lo hirió mortalmente en la cabeza con una jabonera. Después de su muerte, el gobierno volvió a trasladarse al Bósforo.[6]

Durante el siglo VIII los emperadores bizantinos lograron mantener su dominio sobre Sicilia. Hubo una o dos revoluciones locales, inspiradas por el descontento de los isleños ante la política iconoclasta de los emperadores Isaurios. Pero, al mismo tiempo, el elemento griego de la isla se había fortalecido. No hubo intentos de introducir la iconoclasia en la isla, y muchos adoradores de imágenes procedentes de Oriente se refugiaron en Sicilia; entretanto los emperadores, en el curso de su disputa con la Iglesia romana y también por conveniencias de orden administrativo, transfirieron la jurisdicción eclesiástica de la provincia,

que correspondía a Roma, a Constantinopla. En el siglo IX se inician en serio las invasiones musulmanas desde África. Su pretexto era el levantamiento de un gobernador local, Eufemio, que se proclamó emperador y llamó en su ayuda a los árabes. Los invasores desembarcaron en la isla en 827. Eufemio fue asesinado poco después, pero los árabes no se fueron. En 831 conquistaron Panormus, o Palermo, que rebautizaron con el nombre de al-Madinah, y la convirtieron en su núcleo central. Sus avances fueron lentos, excepto en el occidente de la isla, el área fenicia, donde la influencia griega era mínima. Pero en 842 conquistaron Mesina, y en 857 u 858, Cefalú. Dos años más tarde se establecieron en el centro de la isla al tomar por asalto, con la ayuda de un traidor, la casi inexpugnable fortaleza de Enna, o Castrogiovanni. Los emperadores hicieron cuanto estuvo en su mano por salvar Sicilia. Pero bajo los Isaurios la flota imperial había sido descuidada y cuando pensaron en modernizarla era demasiado tarde. Sus esfuerzos salvaron la Italia meridional, invadida también por los árabes; pero cuando la capital bizantina de Sicilia, Siracusa, cayó en poder del enemigo en 878, abandonaron la isla. Taormina resistió hasta 902, y algunos pueblos de las vertientes del Etna, durante algún tiempo más; pero hacia el final del siglo IX toda Sicilia estaba, de hecho, bajo dominio árabe.[7]

Los árabes revitalizaron la vida siciliana. Introdujeron el limón y la naranja, la planta del algodón y la caña de azúcar, si bien completaron por otro lado la lenta labor de las cabras con una arbitraria deforestación. Eran excelentes comerciantes, y bajo su gobierno Palermo se convirtió en un mercado internacional, en el que eran bien acogidos tanto los mercaderes procedentes de ciudades cristianas de Italia como los musulmanes que venían de África y de Oriente. Muchos colonos árabes y africanos siguieron a los ejércitos, y se establecieron sobre todo en la mitad oriental de la isla. Pero los cristianos apenas fueron molestados. En realidad, éstos, desde el punto de vista económico, salieron

probablemente mejor librados que bajo los bizantinos, ya que los impuestos no eran tan elevados y no se les hacía abandonar sus granjas y pueblos para servir en el ejército. Sin embargo hubo muchas guerras menores. Al principio, los emires árabes eran vasallos de los gobernantes aglabitas de África; pero cuando a éstos les sucedieron los heterodoxos fatimitas y ziríes, los príncipes sicilianos se declararon independientes y comenzaron, por una parte, a luchar entre sí, y, por otra, contra los intentos de los africanos por volver a someterlos. A principios del siglo XI los bizantinos enviaron una expedición para recuperar la isla, expedición que durante cierto tiempo tuvo algún éxito, y únicamente se vio frustrada debido a la confusión que produjeron las invasiones normandas en la Italia bizantina.[8]

En 1060 los normandos decidieron conquistar Sicilia. Ya habían saqueado la mayor parte de la Italia meridional y se habían dado cuenta de que para convertirla en reino poderoso era necesario controlar también Sicilia. Pero mientras las conquistas en Italia habían sido realizadas por un grupo de barones bajo el mando de Roberto Guiscardo de Hauteville, con ayuda de aliados entre los señores lombardos que vivían allí, Sicilia fue conquistada por los solitarios esfuerzos de Roberto Guiscardo y su hermano menor, Roger. Por consiguiente la cosa fue despacio, ya que los Hauteville no tenían bajo su mando muchas tropas propias y Guiscardo se veía continuamente turbado por revueltas en el continente, al tiempo que Roger, que realizó la mayor parte de la empresa, no tenía casi nunca más de cien caballeros a su servicio. Sin embargo, fueron bien acogidos por la población cristiana, y les ayudó también la desunión que reinaba entre los musulmanes. Existía gran rivalidad entre los tres emires de Trapani, Palermo y Agrigento, que se repartían el gobierno de la isla. La alianza con Ibn ath-Thimnah, emir de Palermo, hizo posible la creación de una cabeza de puente en la isla. Conquistaron Mesina en 1061. El primer intento de ocupar Palermo, en 1064,

poco después de la muerte de Ibn ath-Thimnah, fue un fracaso. Pero en 1068 vencieron a un ejército enviado por los ziríes de África para socorrer la isla, y desde entonces sus avances fueron lentos, pero firmes. Con la conquista de Siracusa en 1085 y las de Butera y Noto en 1088 y 1091, terminó la ocupación. Roberto Guiscardo reclamó durante toda su vida una parte de la isla y derechos soberanos sobre su hermano, pero Roger ostentaba el título de conde de Sicilia y controlaba el gobierno de la isla y de la península de Calabria. A la muerte de Guiscardo en 1085 sus herederos fueron demasiado débiles para recabar sus derechos, y el conde Roger gobernó como soberano independiente, bajo la suprema jerarquía del Papa, que había otorgado autoridad a los príncipes normandos para realizar sus conquistas mediterráneas.

Roger murió en 1101 y le sucedió su hijo Simón, de ocho años, bajo la regencia de la condesa viuda Adelaida de Savona. Simón murió dos años después, y le sucedió su hermano Roger II, también de ocho años en el momento de su exaltación al trono. Adelaida siguió actuando como regente hasta 1112, fecha en que Roger cumplió diecisiete años, y ella se dejó arrastrar a un desastroso matrimonio con el rey de Jerusalén, Balduino I, recientemente divorciado.

Roger II heredó toda la astucia y ambición de su familia. Estaba decidido a hacer de Sicilia una potencia de importancia internacional que dominase el Mediterráneo. Sus esfuerzos por controlar los estrechos centrales de este mar, por medio de la ocupación permanente de la costa tunecina, frente a Sicilia, fueron infructuosos. Sin embargo, logró su meta al conquistar Malta y crear una formidable flota. En 1127 moría el gobernador de la Italia normanda, Guillermo I, duque de Apulia, nieto de Guiscardo. A pesar de la oposición del Papado y de los derechos legales del príncipe de Antioquía, también nieto de Guiscardo, Roger consiguió la herencia italiana. En 1130 asumió el título de rey de Sicilia, y el día de Navidad del mismo año fue coronado

en la catedral de Palermo. Durante los restantes veinticuatro años de su reinado, Roger fortaleció su reino con el fin de hacer de él un formidable factor en la política europea. Disputó, sin cesar, con el Papa y con el emperador de Occidente, ninguno de los cuales dio su aprobación a su creciente poder. Atacó varias veces, provechosamente, el territorio bizantino y mantuvo a los musulmanes de Túnez en perpetuo terror ante él. Al mismo tiempo era justo y competente como gobernante de sus propios dominios, y alentó infatigablemente su prosperidad comercial.

Su hijo Guillermo I, que reinó de 1154 a 1166, prosiguió la misma política, aunque fue más constante en su apoyo al Papado, que pasaba por momentos difíciles a causa del amenazador poder del emperador Federico Barbarroja. Guillermo I, a causa de su severidad y de la impopularidad de sus ministros, ha sido llamado «el Malo»; y, en efecto, dio origen a varias revueltas entre sus súbditos, tanto en Sicilia como en el continente. Pero, en general, se reconocieron la justicia y competencia de su gobierno. Su hijo, Guillermo II, después de una minoría de edad difícil, tuvo un reinado más tranquilo y fue honrado con el sobrenombre de «el Bueno», y, según Dante, con un lugar en el Paraíso después de su muerte. Pero, en lo esencial, siguió el mismo camino que su padre y su abuelo. Murió en 1189.

En general, se considera el gobierno de estos tres grandes reyes normandos como la edad de oro de la historia siciliana. Durante casi un siglo la isla fue el centro de un reino activo y próspero. Los reyes la preferían a sus posesiones en el continente. Palermo era su capital y su residencia favorita. En efecto, ni Guillermo I ni Guillermo II salían con frecuencia de su palacio de Palermo, donde llevaban una vida que recordaba más a la de un sultán musulmán que a la de un príncipe cristiano medieval, aunque con un ceremonial conscientemente copiado del hierático estilo de Bizancio. Su verdadero sistema de gobierno se basaba en esquemas feudales. Esto era necesario en el continente, donde, de-

bido a las circunstancias de la conquista, había un cierto número de grandes baronías poco sometidas a la corona, y los reyes tenían que hacer un esfuerzo continuo para que se reconociese su autoridad. En Sicilia, sin embargo, donde el conde Roger había tenido pocos señores que le ayudasen en la conquista, se repartieron pocos feudos, y todos pequeños. El monarca se reservó la mayor parte de la isla como patrimonio real. Bajo los bizantinos y los musulmanes las ciudades y los pueblos de la isla eran casi comunidades libres, directamente dependientes del gobierno. Al hacerse cargo el rey de una parte tan grande de terreno, apenas se advirtió el cambio hacia un sistema más feudal. Pero esto había de acarrear miseria y resentimiento en el futuro. La verdadera administración de la isla y, en lo que era posible, del continente, estaba centralizada bajo la curia del rey, extraña síntesis de los sistemas feudales bizantino y musulmán. Muchos de los títulos de los funcionarios eran árabes o griegos. No se permitía que el gobierno de las provincias cayese en manos de la nobleza local, sino que era regido por funcionarios designados por la curia. Con raras excepciones, ninguno de los vasallos, a pesar de que disfrutaban de otros derechos feudales regulares, estaba autorizado a impartir justicia en casos criminales. Todas las ciudades y villas eran administradas por funcionarios reales.

En el reino se hablaban varias lenguas. En el continente, excepto en Calabria, se había generalizado una forma de italiano; en la isla, la mayor parte de la población hablaba griego, y había numerosas colonias de musulmanes de habla árabe así como unas cuantas colonias judías. La corte hablaba normando, y había un número creciente de funcionarios y de inmigrantes procedentes del continente que hablaban francés o italiano. Las leyes y los decretos se publicaban en latín, griego y árabe. Los musulmanes tenían sus propios tribunales, bajo la ley coránica; los griegos mantenían la ley bizantina. Se permitía a los musulmanes el libre culto en sus mezquitas. Al principio surgió una tentativa de atraer a

los griegos al cristianismo latino, pero pronto fue abandonada. Seguían celebrándose cultos según el rito griego, pero el clero griego tenía que reconocer la suprema autoridad de la jerarquía latina. Debido a que la nueva clase rectora pertenecía a la Iglesia latina, hubo un firme movimiento hacia el cristianismo latino, que empezó a repercutir en la lengua hablada. Los reyes ejercían un estrecho control sobre toda la Iglesia. El Papado les había concedido el derecho de ser legados apostólicos permanentes; se proclamaron «coronados por Dios» y era un sacrilegio poner en duda sus leyes o sus juicios. Pero el Papa pretendía, y generalmente así se admitía, que él era, en última instancia, el señor supremo del reino.

El rasgo más sobresaliente del gobierno normando fue el éxito con que consiguió armonizar los diversos elementos de Sicilia. Las conspiraciones y rebeliones que se producían eran obra de la aristocracia importada. El siciliano medio aceptaba con agradecimiento un gobierno que podía ser severo y paternalista, pero que le proporcionaba más justicia y prosperidad de las que habían conocido sus antepasados en varias generaciones. Los reyes daban impulso al comercio y la industria.

Construyeron y subvencionaron una gran marina mercante. Durante una algarada contra Grecia, Roger II raptó a varios tejedores de seda bien preparados para mejorar las nacientes sederías de la isla. Se protegía a artistas procedentes de diversos países y tradiciones. Las grandes iglesias de la Sicilia normanda nos ilustran perfectamente acerca de la civilización que estaba surgiendo. Se podían encontrar arquitectos normandos que empleaban a albañiles griegos y musulmanes, y procedimientos estructurales bizantinos, decoradores árabes y artistas que trabajaban el mosaico y formaban a una serie de artistas locales: todo ello dio lugar a un estilo armonioso y único. En la corte, costureras árabes bordaban textos cristianos en caracteres árabes en los trajes de ceremonia del rey. Entre los funcionarios de la corte había hombres

de tan diversa procedencia como el almirante Jorge de Antioquía, de origen griego, el inglés Ricardo Palmer, obispo de Siracusa, o el húngaro Gentile, que llegó a ser obispo de Agrigento. Viajeros árabes, como Ibn Jubayr, se sorprendieron profundamente al ver el contento de los súbditos musulmanes del rey. Ibn Jubayr alude en particular a los hospitales y hospederías, acondicionados de igual manera para cristianos que para musulmanes. Y observó con interés que las mujeres cristianas de la isla seguían la moda de las mujeres musulmanas: llevaban velos y *abbas* cuando salían de sus casas y no cesaban de hablar nunca.[9]

Así, al terminar el siglo XII, había en Sicilia una población compuesta de elementos, opuestos por herencia, que convivían en paz y se encaminaban hacia una auténtica conciencia nacional. A los reyes normandos, a pesar de haber sido ambiciosos y carentes de escrúpulos, debe concedérseles esta extraordinaria empresa. Pero la edad de oro no duró mucho tiempo. La propia familia real empezó a desaparecer gradualmente. A la muerte de Guillermo II en 1189 heredaba el trono Constanza, hermanastra de Guillermo II e hija póstuma de Roger II, la cual se había casado cuatro años antes, a la edad de treinta y uno, con Enrique de Hohenstaufen, el hijo mayor del emperador de Occidente Federico Barbarroja, un muchacho once años más joven que ella. Enrique y Constanza reclamaron la herencia, cuyos derechos le habían sido reconocidos a ella por un parlamento cuando se celebraron los esponsales. Pero tanto en Sicilia como en el continente todos los estamentos rechazaban la idea de un rey alemán. Después de ciertas intrigas la corona pasó a Tancredo, conde de Lecce, hijo ilegítimo del primogénito de Roger II, que había muerto soltero, viviendo aún su padre. Enrique, demasiado ocupado en Alemania como regente de su padre, que acababa de partir para la tercera Cruzada, en la que moriría al año siguiente, no podía desplazarse al sur para asegurarse la herencia siciliana.

El reinado de Tancredo fue intranquilo. La nobleza lo envidiaba; los musulmanes se levantaron contra él. Había encarcelado a Juana de Inglaterra, la viuda de su predecesor, y la llegada a Sicilia del hermano de Juana, Ricardo Corazón de León, en su ruta a la Cruzada, no hizo más que aumentar sus problemas, que no disminuyeron con la llegada simultánea del rey de Francia. Tancredo consiguió finalmente asegurarse la amistad de Ricardo y la promesa de una alianza contra Enrique y Constanza, pero esto le sirvió de poco, ya que ofendió al rey francés, y el ejército inglés siguió hacia la Cruzada. En 1191 Enrique entró en Italia y fue coronado emperador en Roma. Continuó hacia el sur, hasta Nápoles y Salerno, donde dejó a la emperatriz Constanza. Entonces se vio forzado a retirarse, y Constanza cayó en manos de Tancredo. Pero por orden del Papa, pronto fue puesta en libertad. El emperador no pudo reanudar el ataque hasta 1194. A principios de este año murió Tancredo dejando el trono a su hijo Guillermo III, y la regencia a su viuda, la reina Sibila. Con Enrique, que se había consolidado en Alemania, acercándose, al mando de un gran ejército, la resistencia parecía imposible. Sibila se rindió bajo ciertas condiciones que no fueron respetadas. Fue hecha prisionera, y muchos de sus seguidores fueron cruelmente ejecutados. El rey niño desapareció de manera misteriosa.[10]

Enrique fue coronado rey de Sicilia en Palermo el día de Navidad de 1194. Constanza no se hallaba presente; estaba en la pequeña ciudad de Jesi, en Apulia, esperando el nacimiento de un niño, y como tenía cuarenta años y durante nueve su matrimonio había sido estéril, estaba decidida a que no cupiese duda alguna sobre la autenticidad de su hijo. Un grupo de no menos de diecinueve cardenales y obispos se apiñaba en una tienda en la plaza del mercado de Jesi, donde, el 26 de diciembre, Constanza dio a luz un niño, que fue bautizado con el nombre de Federico.[11]

La dureza del gobierno de Enrique hizo que pronto se le odiase, más aún en Sicilia que en Italia. Era un hombre frío y brillante, cuya ambición de establecer su autocrática autoridad en toda Alemania e Italia, desde el norte hasta el estrecho africano, y convertir todo eso en los dominios hereditarios de su casa, estuvo a punto de ser un éxito. Pero los sicilianos, que hasta hacía poco tiempo habían sido gobernados por príncipes locales que tenían en cuenta sus intereses, no sentían el menor deseo de ser arrastrados en su tren imperial. Él tenía la esperanza de aplacarlos dejando a la emperatriz, nacida en Sicilia, como regente de la isla y de su territorio continental; pero a Constanza se la consideraba únicamente como un instrumento del rey. El gobierno estaba dominado por un senescal alemán, Markwardo de Anweiler, y su autoridad asegurada por tropas alemanas. Constanza protestó en vano. En 1197, cuando Enrique volvió a visitar el reino, hubo una conspiración para asesinarle, y parece ser que tanto Constanza como el Papa, estaban secretamente enterados de ella. Enrique fue avisado a tiempo y reaccionó con mayor severidad que antes. Hubo un suspiro general de alivio cuando murió, unos meses más tarde, de un repentino ataque de disentería, en Mesina, el 28 de septiembre de 1197.[12]

Su muerte no trajo paz a la isla. La emperatriz viuda se hizo cargo del gobierno, destituyendo a todos los alemanes y rodeándose de ministros nativos. Sin embargo, su autoridad era insegura. Afortunadamente, encontró un enérgico amigo y consejero en la persona del nuevo Papa, elegido en enero de 1198, Inocencio III. Constanza se encontraba en precario estado de salud y le preocupaba el futuro de su hijito. Hizo un testamento, por el que nombraba un consejo de regencia para administrar el reino, pero colocó al niño bajo la tutela del Papa. A la edad de tres años y medio, Federico era coronado solemnemente rey en Palermo, en mayo de 1198. Constanza murió seis meses más tarde.[13]

Los años de la minoridad de Federico fueron turbulentos y desdichados, tanto para el reino como para el joven rey. Inocencio, como suprema autoridad del reino y tutor del niño, intentó en vano controlar el gobierno. Hubo un sinfín de intrigas y guerras intestinas entre el canciller y principal regente, Gualterio de Palear, y el exsenescal Markwardo y otro alemán, Diepoldo de Vohburg, a quien Enrique había dado el señorío de Salerno. Una de las hijas de Tancredo escapó del cautiverio, y el Papa otorgó a su marido, Gualterio de Brienne, grandes posesiones en Apulia y le convirtió en el principal agente militar del Papa en el reino, sin que Gualterio abandonase por ello la pretensión de su mujer al trono. Los pisanos y los genoveses lucharon entre sí a lo largo de las costas, especialmente alrededor de Siracusa, que los últimos habían ocupado. Afortunadamente para el reino, Markwardo murió en 1201, a causa de una fracasada operación de mal de piedra, y Gualterio de Brienne en 1205, a consecuencia de unas heridas. Gualterio de Palear y Diepoldo se sometieron al Papa, quien envió a su propio sobrino, Gerardo, cardenal de San Adriano, como legado papal para supervisar el gobierno. Durante los dos años siguientes este gobierno transcurrió más plácidamente; sólo hubo que reprimir una salvaje revolución musulmana en la isla y el continuo bandolerismo de aventureros alemanes en el continente.[14]

En diciembre de 1208 Federico alcanzó la edad de catorce años y terminó oficialmente su minoría de edad. Se hizo cargo de un reino muy empobrecido. El patrimonio real había desaparecido casi totalmente. El Papa había dispuesto, para donaciones, de grandes territorios; varios señores habían ocupado tierras de las que no podían ser expulsados. Sólo gracias a los regalos de las ciudades consiguió Federico dinero suficiente para empezar su gobierno. El Papa, que de acuerdo con el testamento de Constanza había recibido la suma anual de algo más de mil onzas de oro como recompensa por la tutela del rey, así como por gastos

para la defensa del reino, pretendió haber gastado otras doce mil ochocientas onzas de oro en mantener el orden en la isla. Federico empezó su reinado agobiado por esa deuda.

Bajo Federico, Sicilia recuperó algo de su antiguo esplendor. La prefería a todas sus restantes posesiones. Había sido criado en el palacio de Palermo, con sus encantadores jardines; y siempre decía, más tarde, que sólo en ese lugar se encontraba él en su hogar. La corte estaba allí, y allí nacieron sus hijos. Pero en realidad él mismo estuvo rara vez en Palermo. Tenía demasiados intereses en otras partes. A medida que pasaba el tiempo, visitaba cada vez menos la isla, prefiriendo, cuando tenía tiempo libre, retirarse a uno de sus castillos o cazaderos en el continente, en Apulia. Gobernó Sicilia con justicia y orden. Reformó las leyes, con objeto de suprimir la corrupción tanto en los asuntos públicos como en los privados. Expulsó a los genoveses que habían estado explotando la isla desde su colonia en Siracusa. Pero se vio obligado a valerse de la fuerza para imponer su gobierno. No era popular. Los sicilianos lo recordaban como el hijo de Enrique, el cruel alemán. Lo veían distraído por sus ambiciones en la Italia del Norte y al otro lado de los Alpes. No sintieron ningún entusiasmo cuando fue coronado emperador en 1220. Dejó a su mujer, Constanza de Aragón, de regente en Sicilia, pero ésta no consiguió ganarse la lealtad de sus súbditos. En 1212 hubo una hambre terrible. Los sarracenos de la isla, bajo el mando de Morabit, un soldado bandolero, se amotinaron, y transcurrieron diez años hasta que la revolución fue aplastada y Morabit ahorcado en Palermo. Toda la población musulmana fue entonces reunida y trasladada al continente, al norte de Apulia. Y sólo después de estas campañas en 1222 y 1223 pudo el rey vencer a los nobles, muchos de los cuales se habían levantado en rebeliones privadas, y confiscar sus tierras para rehacer el patrimonio real.

Federico fue vigoroso pero despiadado. Las leyes reformadas que promulgó fueron justas, pero las impuso autocráticamente.

Además, los hombres fueron obligados a alistarse en sus ejércitos para sostener sus guerras, y con este fin también elevó los impuestos. Una vez establecido el orden, su despotismo fue benevolente. Alentó el comercio y la industria, como habían hecho sus antepasados normandos. Fundó nuevas ciudades y acogió a los inmigrantes útiles. Emitió un sistema monetario estable; redujo los derechos de importación. Procuró que la justicia estuviese al alcance de todos sus súbditos, y dispuso para su educación la gran universidad nueva que fundó en Nápoles. Su gobierno proporcionó a la isla paz y prosperidad, a pesar de los elevados impuestos y del empleo para la guerra de hombres disponibles. Pero para los sicilianos la situación no era igual a la de los tiempos normandos. Entonces Sicilia había sido el corazón de un reino autónomo. Las provincias continentales se gobernaban desde Palermo, y los reyes normandos, a pesar de toda su ambición, habían seguido siendo esencialmente reyes de Sicilia. Ahora, el rey de Sicilia era también emperador y gobernador de la Italia del Norte. Incluso en el reino siciliano no parecía favorecer más a la isla que al continente. Intentó unificar las dos partes, y, en efecto, las necesidades militares le hicieron concentrarse más en el continente. Sus incesantes querellas con el Papa afligían a los piadosos isleños, especialmente debido a que nunca pudo adquirir la legación y el control legal de la Iglesia siciliana, que los reyes normandos habían ejercido. La población era aún fundamentalmente griega, aunque el elemento latino iba en aumento, y los conversos del islam que se habían quedado allí cuando los musulmanes fueron trasladados, parecían haberse identificado con los latinos. Pero a pesar de la diversidad estaba surgiendo una conciencia nacional siciliana, basada en un resentimiento latente. Sicilia, después de un brillante período de independencia, se vio arrastrada contra su voluntad al cenagal de la política europea. Mientras el magnífico emperador viviese, todo podía ir bien, ya que su gobierno era bueno y se sabía que su corazón es-

taba en Sicilia, incluso si sus acciones parecían desmentirlo. Pero nadie sería capaz de decir lo que podía ocurrir bajo un gobernante de menos talla, si al orgulloso espíritu de los sicilianos no se le mostraba el respeto y la consideración que en su sentir les correspondían.[15]

1. La muerte del Anticristo

Un día de enero de 1251 llegó un mensajero a Lyon, donde estaba viviendo, en el exilio, el papa Inocencio IV. Había viajado tan rápidamente como el tiempo invernal se lo había permitido, con objeto de llevar grandes noticias. Tres semanas antes, el 13 de diciembre de 1250, había muerto el emperador Federico II, de una fiebre repentina, en Castel Fiorentino, en la Italia meridional. Al Papa, en su excitación, le parecía que en ese momento terminaban todas las preocupaciones de la Iglesia. El Anticristo había muerto; la raza de víboras había perdido a su caudillo. «Que el cielo se regocije», escribió inmediatamente a los fieles de Sicilia. «Que la Tierra se llene de alegría. Porque la caída del tirano ha cambiado los rayos y tempestades que Dios Todopoderoso mantenía sobre vuestras cabezas en céfiros suaves y fecundos rocíos.» Sus amigos y seguidores de toda Europa compartían su alegría. Les parecía que, mientras las fuerzas enemigas estaban de luto por su príncipe, había llegado el momento de atacarlas y aplastarlas totalmente. En un mensaje que el legado pontificio, Gregorio de Montelunzo, envió al pueblo de Milán, se los incitaba a la destrucción con un entusiasmo vengativo que mostraba poca caridad cristiana.[16]

Es fácil comprender el júbilo del Papa, ya que nunca el Papado, en toda su larga historia, se había enfrentado con un adversario tan formidable como Federico II de Hohenstaufen. Había sido emperador y cabeza de la más espléndida familia de Alemania. De su madre había heredado el reino de Sicilia, con las tierras italianas que iban desde la punta de la península hasta las

mismas afueras de Roma. Su abuelo, Federico Barbarroja, había disfrutado de más prestigio y renombre que cualquier emperador después de Carlomagno. Su padre, Enrique VI, había sido aún más capaz y mucho más despiadado. Si hubiese vivido más tiempo, habría conseguido quizá hacer del trono imperial la posesión hereditaria de la Casa de Hohenstaufen. El Papado había luchado contra ambos; la concepción que ellos tenían del poder imperial no podía conciliarse con la concepción papal de una teocracia mundial dominada por el heredero de san Pedro. Con Barbarroja se alcanzó una tregua. Enrique VI, fortalecido además con la aportación del reino de Sicilia de su mujer, parecía estar cerca de la victoria cuando le sobrevino la muerte de manera prematura. Su hijo Federico era un niño, demasiado joven para ocupar el trono imperial, por el que lucharon pretendientes rivales, reduciendo el Imperio a un caos. El Papado triunfó bajo la magnífica figura de Inocencio III. Pero éste, a pesar de la plenitud de su poder, temía dejar que el Imperio se desintegrase. La viuda de Enrique, Constanza de Sicilia, murió poco después que su marido; y cuando para proteger a su hijo lo puso bajo la custodia del Papa, Inocencio cometió un grave error. Confiando en la gratitud del muchacho, lo presentó como pretendiente a la herencia imperial. Federico fue coronado rey de Alemania en 1215, a los veintiún años, y emperador tres años más tarde.

El papa Inocencio murió en 1216. Nunca llegó a conocer los conflictos que su pupilo había de causar a la Iglesia. Su sucesor, Honorio IV, que había sido tutor de Federico, se dio cuenta en seguida de que el joven emperador no había sido afectado por su educación eclesiástica ni por ningún lazo de gratitud hacia el Papado. A cambio de su coronación, Federico había prometido ceder el trono siciliano a su propio hijo e ir a una Cruzada. No mostró la menor intención de cumplir la primera promesa ni la menor prisa en llevar a cabo la segunda. Honorio era un hombre bondadoso, poco dispuesto a pensar mal de su antiguo pupilo;

con reproches dejó que Federico hiciese su voluntad. Pero murió en 1227, y su sucesor, Gregorio IX, no iba a hacer nuevas concesiones. Le desagradaba Federico y desconfiaba de él. Protestó en vano de la retención de Sicilia por el emperador, lo excomulgó por no ir a la Cruzada y lo excomulgó otra *vez* cuando fue. El éxito de Federico en Tierra Santa al recuperar Jerusalén para la cristiandad no fue desinteresado, ya que se había casado con la heredera del reino de Jerusalén; tampoco sus resultados estaban firmemente cimentados, como vieron con claridad los barones de ultramar. Aprovechó inteligentemente la momentánea debilidad de los musulmanes para conseguir un arreglo que de hecho podía ser fácilmente alterado al primer fortalecimiento del poder musulmán. Pero su logro le ganó respeto en Europa, y cuando regresó y encontró su territorio italiano invadido por ejércitos del Papa, se ganó la simpatía general. El ataque de un pontífice a las tierras de un cruzado ausente escandalizó a la opinión cristiana. Incluso san Luis, rey de Francia, estaba horrorizado. Y cuando el Papa predicó a continuación una guerra santa contra el emperador, la propia idea de guerra santa se había transformado en algo absurdo. Pero el Papa era implacable. La lucha, muy dura, se prolongó durante su pontificado y fue mantenida por sus sucesores.

En fuerzas materiales, el Papa no podía compararse con el Imperio. El Papado dependía del apoyo voluntario de los fieles. El pontífice tenía la ventaja de la vasta y bien planeada organización eclesiástica de que era cabeza, pero no podía contar con la obediencia de todos sus obispos ni con la recepción regular de los diezmos e impuestos que se le debían. No tenía ejército propio, aparte de las levas efectuadas en los territorios papales. Podía buscar la simpatía de las facciones güelfas en las ciudades italianas, pero en todos lados estaban demasiado ocupadas en luchar contra sus rivales gibelinos, como para ayudarle en sus proyectos más amplios. Incluso su propia diócesis de Roma le era a menu-

do infiel. A los romanos les gustaba gobernarse a sí mismos y nombrar sus propios funcionarios y senadores. Más de un Papa hubo de pasar la mitad de su pontificado en el exilio.

Las ventajas estaban principalmente de parte del emperador; pero su poder no fue nunca tan efectivo como parecía. No tuvo el control total de Alemania o de la Italia del Norte que su abuelo había ejercido. Durante los años que siguieron a la muerte de Enrique VI, los príncipes de Alemania y de las ciudades de Italia habían adquirido una independencia que Barbarroja no habría tolerado nunca. En Alemania, Federico II tuvo que sobornar a los príncipes para que le apoyasen, concediéndoles más derechos. En Italia tuvo que utilizar a notables locales de simpatías imperialistas más que a sus propios funcionarios imperiales. En el transcurso de su reinado surgió en la mayor parte de las ciudades italianas un partido imperialista generalmente llamado gibelino por el castillo de Hohenstaufen de Weibeling, en oposición al partido papista, generalmente llamado güelfo por la dinastía sajona de los Welf, que los Papas habían apoyado frente a los Hohenstaufen. El Papa, por entonces, se había convertido simplemente en la cabeza de la facción güelfa, y de la misma manera el emperador era meramente la cabeza de la facción gibelina. Esto, mucho más que en el caso del Papa, representaba una abdicación de poder. Federico nunca mandó un gran ejército. Los príncipes alemanes le proporcionaban tropas de mala gana, y él no podía arriesgarse a desguarnecer sus propias posesiones allí. Los gibelinos de Italia sólo pensaban en luchar contra los güelfos locales. Federico dependía principalmente de las tropas reclutadas en su reino meridional. Su ejército nunca sumó más de 15 000 hombres, de los cuales muy pocos eran soldados preparados. La milicia de una pequeña ciudad italiana, como Parma o Brescia, operando al abrigo de sus murallas, podía detenerle durante meses enteros. Podía ser emperador y rey de Alemania, Borgoña,

Sicilia y Jerusalén, pero estos altos títulos tenían demasiado poco poder físico en que apoyarse.

Sin embargo, la contienda era más de prestigio y de opinión pública que de fuerza material. Federico II tenía de su parte el atractivo que aún iba unido al nombre del Imperio romano. El hombre medieval, cansado de los conflictos que lo cercaban, miraba con nostalgia hacia el pasado de los días de la antigua Roma, ese gran Imperio universal cuyos gobernantes habían construido las calzadas que aún estaban en uso y los desagües y acueductos que empezaban a deteriorarse. Suspiraba por un emperador que hiciese revivir ese gran esplendor perdido. Carlomagno casi lo había logrado, y más recientemente, Federico Barbarroja. Federico II heredó, junto con el título, el respeto y la esperanza que los hombres aún tenían por la idea imperial. Él mismo se daba bien cuenta de esto. Su intención era hacer de su título nominal una realidad, ser un César, un heredero de Constantino y de Justiniano, así como de Carlomagno. Criado en Sicilia, donde sus antepasados normandos habían fundado una corte según el modelo de la Bizancio imperial, Federico buscaba un poder semejante al que habían poseído los emperadores bizantinos, como virreyes de Dios en el mundo, muy deferentes con la Santa Iglesia, pero, en última instancia, supremos en la tierra. Nunca había sido agraciado con la corona imperial un hombre más brillante que él. Intelectualmente, Federico se encontraba entre las personalidades más notables de su época. Era un lingüista bien dotado, que hablaba correctamente francés, alemán e italiano, latín, griego y árabe. Tenía amplios conocimientos de derecho, medicina e historia natural y se interesaba por la filosofía. Aunque insignificante físicamente, con un cuerpo pequeño y robusto, cabello rojo, cara rubicunda y ojos miopes, cuando quería podía fascinar a cualquiera con el encanto y la presteza de su ingenio. Sus cualidades deberían haberle ayudado en sus proyectos, pero fue una víctima de su propia brillantez. El emperador que la gente desea-

ba era una figura tradicional, paternal, semejante a Barbarroja o a Carlomagno, no un hombre sin paciencia para las convenciones del mundo feudal. Federico despreciaba a los tontos y se burlaba de la beatería sentenciosa. Le encantaba sorprender a los demás con la audacia de sus pensamientos. No tenía consideración con las susceptibilidades ajenas, y su fe en su alta misión lo llevó a desechar las normas de honor que se observaban en su época. Era un hombre falto de sobriedad y había en su carácter una nota de crueldad. El harén que tenía en Palermo era famoso y en él encerraba, desdeñosamente descuidadas, a las desgraciadas princesas con las que, por turno, se había casado. Sus hijos legítimos, que eran de un tipo más convencional, opinaban que era un padre cruel y desconsiderado. Tenía admiradores leales, pero muy pocos amigos. El mundo en general lo miraba con desconfianza. A los monarcas que estaban dispuestos a simpatizar con él en contra del Papado, les repelía su amoralidad y su blasfemia. Para sus enemigos, horrorizados por su brillantez intelectual y la intrepidez de su irreverencia, era la encarnación del Anticristo.[17]

Los Papas que lucharon contra él no fueron de talla tan sobresaliente. Honorio III era un hombre bondadoso pero más bien débil. Gregorio IX e Inocencio IV eran más fuertes y capaces, ambos infatigables defensores de la Iglesia, pero ninguno de los dos de mente muy amplia u original. El Papado, sin embargo, dependía menos de la personalidad de su jefe que el Imperio. Éste encarnaba una vaga idea nostálgica que sólo podía ser hecha realidad por un emperador sabio, respetado y poderoso. Su constitución y su organización carecían de forma y estaban insuficientemente definidas. El Papado había sido fortalecido por generaciones de legisladores de la Iglesia y pensadores. Estaba cuidadosamente organizado para alcanzar a toda la cristiandad. Sus derechos y pretensiones estaban claramente afirmados. Federico podría dudar sinceramente de la autenticidad de la Donación de Constantino, pero en esa época no crítica eran pocos los que

compartían sus dudas. El Papa, como heredero de san Pedro, podía sostener que su poder había sido instituido por Cristo y que lo ponía, aunque él fuera un simple mortal, por encima de la esfera de la humanidad falible. El poder del emperador, a pesar de todo su encanto, no tenía unos antecedentes de la misma santidad. La coronación podía elevarle sobre otros hombres, pero seguía siendo un pecador y era el Papa precisamente quien ostentaba el poder necesario para llevar a cabo la coronación. Tanto en eficiencia en la organización como en prestigio místico, el Papado era superior al Imperio. Pero corría el riesgo de ir más allá de lo que sus fuerzas le permitían. La Iglesia no contaba con buenos servidores. Había crecientes quejas sobre el clero, cada vez más mundano y avaricioso, poco sobrio e indolente. La religión aún florecía entre los seglares, pero el clero ya no era su director. Aún había santos, pero rara vez se encontraban entre el rango episcopal. Más bien eran gente humilde, hombres como Francisco de Asís, cuyas actividades eran miradas por las autoridades eclesiásticas con alguna desconfianza. A pesar de que los propios Papas mostraban una integridad personal que hacía que se les respetase, su causa se veía perjudicada por los instrumentos que utilizaban. El hecho de que sus poderes dependiesen más bien de la fuerza espiritual que de la material los tentaba a ser demasiado pródigos en esgrimir armas espirituales. El papa Gregorio VII había humillado al rey de Alemania en Canosa por medio de la excomunión, pero fueron consideraciones diplomáticas las que persuadieron a Enrique para la sumisión. Incluso los triunfos del papa Inocencio III se habían debido principalmente a su sentido de la situación política. La excomunión, que no lleva consigo una sanción física, sólo puede ser eficaz si el caso moral es absolutamente claro. Lo mismo ocurre con la guerra santa. En este caso, la promesa de recompensas espirituales no era suficiente, a no ser que la causa tuviera un fuerte estímulo moral. Sin ello, también eran necesarios incentivos materiales. Urbano II puso

en marcha la primera Cruzada en un atmósfera de auténtico entusiasmo religioso, pero la mayoría de los cruzados fue hacia el Este con la esperanza adicional de tener alguna participación en la fabulosa riqueza de Oriente. Los cruzados que Inocencio III envió contra la herejía albigense eran hombres duros y ambiciosos que iban abiertamente en busca de una ganancia personal. E Inocencio, a pesar de su autoridad, no pudo impedir que los caballeros de la cuarta Cruzada desobedecieran sus órdenes y buscasen una empresa más provechosa que la causa ya decadente de la cristiandad en Palestina. Cuando Gregorio IX e Inocencio IV predicaron la guerra santa contra el emperador, no sólo las conciencias de la gente se alarmaron, sino que no vieron provecho alguno en ella. Parecía que el Papado estaba usando la guerra santa sólo para sus propios fines políticos, fines que muchos buenos cristianos no compartían.[18]

No se debe juzgar a los Papas demasiado duramente. Vieron con la suficiente claridad que si el ideal de la teocracia hildebrandina, que no era pequeño ideal, había de ser realizado, enemigos como Federico tenían que ser vencidos. Pero en realidad no necesitaron excederse en sus esfuerzos. El Imperio ya había perdido la batalla. El abismo que había entre su ideal y su posición real era aún mayor que el del Papado, y el Imperio estaba aún menos capacitado para sostener una larga lucha. La brillantez personal de Federico II le dio una terrible y última apariencia de esplendor. Pero el emperador no había sido capaz de hacer nada por salvarlo. El verdadero peligro para los Papas no era el que ellos habían temido: no se trataba de que el Imperio pudiese triunfar, sino de que al destruir el Imperio, el Papado podía sucumbir también.

Un espectador inteligente podría haber visto que los días del viejo Imperio internacional habían terminado. El deseo de la humanidad de paz y tranquilidad que un estado universal traería no había muerto; ni moriría nunca. Pero las dificultades para lograr

la unidad eran entonces más evidentes. Las necesidades raciales y las tradiciones empujaban centrífugamente; la pobreza de comunicaciones había creado demasiadas barreras. Se estaban formando unidades nuevas y más pequeñas, basadas en las demandas prácticas de la geografía. El emperador, a pesar de su título ecuménico, era simplemente el rey de las tierras de Europa central, y un rey cuya autoridad dependía de una idea impuesta, en contra de lo que ocurría con los reyes de Francia o Inglaterra, cuyo poder estaba firmemente arraigado en la realidad. El Imperio iba a encontrar sus más elocuentes defensores durante el siglo siguiente, pero defendían una causa perdida. El futuro estaba en los reinos nacionales.

El Imperio Occidental no declinaba solo. En todo el mundo los Imperios de la alta Edad Media habían caído o estaban cayendo. El imperio de Bizancio, heredero legítimo de Roma, donde el derecho romano, la lengua y la cultura griega y la Santa Iglesia ortodoxa habían hecho de gentes de muchas razas una sola unidad, con la ciudad que Constantino había fundado como centro, había sobrevivido durante nueve siglos como un verdadero estado cristiano supranacional. Pero los infinitos ataques enemigos en todos los frentes habían disminuido su extensión y las perturbaciones sociales y económicas habían agotado sus energías. Los turcos habían irrumpido en Asia Menor. Los normandos de la Italia meridional y de Sicilia eran una constante amenaza para las provincias europeas. El nacionalismo eslavo había llevado a la revolución a los pueblos de los Balcanes. En 1204 la propia Constantinopla, en un momento de particular debilidad, había sucumbido a una alianza entre los venecianos y los caballeros que habían hecho voto de ir a la cuarta Cruzada. El Imperio latino que los cruzados habían levantado sólo era un imperio nominal. El Imperio en el exilio establecido por los bizantinos en Nicea era menos un imperio que un reino nacional donde el mundo griego y ortodoxo podía refugiarse y proyectar su revancha. No

había más unidad en Europa oriental; y la propia Constantinopla, que hasta hacía poco tiempo parecía ser la sacrosanta capital de un Imperio estable, se había convertido en un juguete de la política internacional.[19]

Entre los musulmanes, el califato abasida, antiguo rival de Bizancio, estaba cercano a su fin. Desde hacía largo tiempo su autoridad, minada por los mercenarios turcos, había sido sólo nominal, y aunque a mediados del siglo XIII el último califa al-Mustasim disfrutó de algunos años de independencia, muy pronto, en 1258 iba a perecer con medio millón de sus súbditos en el holocausto del saqueo mongol de Bagdad. De las dinastías rivales que pretendían el califato, los omeyas de España se habían extinguido hacía siglos, y el último fatimita de Egipto había sido destronado por Saladino en 1171. Saladino y sus parientes ayubitas casi habían logrado unir a los musulmanes pero, a pesar de su esplendor, no eran más que una familia de aventureros kurdos, sin ningún prestigio imperial. En 1250, el mismo año de la muerte de Federico 11, el último sultán ayubita fue asesinado y Egipto pasó a manos de un grupo militar, los oficiales del regimiento mameluco, de origen turco. Entre los muchos estados locales que resultaron de la desintegración del mundo musulmán, el sultanato mameluco de Egipto era el más vigoroso y ambicioso de todos.[20]

Incluso en la lejana Asia se estaba dando el mismo proceso. En China, el brillante Imperio Sung, muy lejos ya de su esplendor, se tambaleaba hacia su extinción final en 1279. Al sur de China, el Imperio de los jemeres, que había unido Indochina bajo los monarcas de Angkor, estaba cayendo y sólo le quedaban ya unas décadas de existencia. En todo el mundo sólo un gran dominio imperial parecía estar floreciendo y era tan extraño y terrible que no entraba en ninguna categoría conocida. El Imperio mongol era más vasto en extensión y más despiadado en sus métodos que cualquier otro Imperio hasta entonces conocido. Sin embargo,

pronto sintieron también ellos el espíritu de la época. Antes de transcurrido un siglo de la muerte de su fundador, Gengis Kan, cada rama de su dinastía había adquirido la religión y la cultura del pueblo que gobernaba, y el Gran Kan de Karakorum ya no era el señor de todos ellos.[21]

Con el mundo entero moviéndose en tal dirección, pronto habían de empezar los hombres a preguntarse si el propio Papado podría sobrevivir como la gran teocracia universal proyectada por Gregorio VII e Inocencio III. Los Papas habían minado el poder de los Hohenstaufen, cuyo último gran representante había muerto. Pero cuando el Imperio de éstos se hundiera definitivamente, ¿qué levantarían en su lugar? Preocupados con ese Imperio ¿no habían descuidado los sucesivos Papas los reinos de Occidente? En Italia, de cuyo control dependía su poder material, ¿podrían ellos administrar un gobierno que funcionase bien o tendrían que pedir una ayuda ajena que al final hiciese aún más daño a su causa?

2. La herencia de los Hohenstaufen

El emperador Federico se había casado tres veces. Su primera mujer, Constanza de Aragón, había sido escogida por el papa Inocencio III. Era muchos años mayor que él y ya viuda de un rey de Hungría. Murió en 1222 dejando un hijo, Enrique, a quien siendo niño se nombró rey de romanos y se le otorgó el gobierno de Alemania. Pero a Enrique le desagradaba su padre y desaprobaba su política. Después de muchas intrigas y peleas se vio privado de su autoridad en 1234 y murió oscuramente a consecuencia de un accidente de equitación en 1242. Del matrimonio de éste con Margarita de Austria habían nacido dos hijos: Enrique, a quien parece que Federico reconoció durante algún tiempo como heredero del reino de Sicilia, pero que probablemente murió antes que su abuelo, y Federico, que vivió algún tiempo más. La segunda mujer del emperador fue la heredera de Jerusalén, Yolanda (o Isabel) de Brienne. Murió en 1228, al dar a luz un hijo, Conrado, quien a la edad de siete días se convirtió en el rey legítimo de Jerusalén. En 1234 Federico se casó con su tercera mujer, Isabel de Inglaterra, hermana del rey Enrique III.

También ella murió antes que su marido y dejó un hijo, igualmente llamado Enrique. Federico tuvo también varios hijos ilegítimos. El más destacado de estos bastardos era el hijo de una mujer de Cremona, un muchacho llamado Enzo, que disfrutó del título de rey de Cerdeña. Unos meses antes de la muerte de Federico, Enzo fue hecho prisionero en una batalla con los boloñeses y pasó el resto de su vida en cautiverio. Los hijos favoritos del emperador eran los dos que tuvo con Blanca Lancia, de la fa-

milia de los condes de Loreto. La hija de Blanca, Constanza, fue casada de niña, ante el horror del Papa, con el emperador cismático de Nicea, un hombre de más que mediana edad, que hizo desgraciada a su mujer prefiriendo abiertamente a una de sus camareras. El hijo de Blanca, Manfredo, que pretendía haber sido legitimado, era al morir su padre un hermoso joven de dieciocho años. Otro bastardo, Federico, llamado de Antioquía, que había nacido durante la cruzada del emperador, era entonces representante imperial en Italia del Norte.[22]

En su testamento el emperador legaba el reino de Sicilia a su hijo mayor legítimo, Conrado, a quien le pertenecía por derechos de herencia. Conrado era ya rey de romanos, heredero electo del título imperial. Al hijo menor, Enrique, había de dársele el reino de Borgoña o el de Jerusalén. Esto era una herencia nominal, ya que el reino de Borgoña, que había ido a recaer en los Hohenstaufen a través de la mujer de Federico, no era entonces apenas más que un título con algunos derechos feudales nebulosos, mientras que el reino de Jerusalén ya era a Conrado a quien le correspondía legarlo y no a Federico, y además los legalistas barones de ultramar nunca estarían dispuestos a que se transfiriera el trono sin su consentimiento a un príncipe que no era de su sangre real. Si Conrado moría sin sucesión, Enrique había de sucederle en las tierras alemanas y sicilianas de la familia. De los hijos ilegítimos del emperador, ni a Enzo, que estaba en prisión, ni a Federico de Antioquía se los mencionaba en el testamento; pero a Manfredo le otorgaba un gran territorio en la Italia meridional, como príncipe de Tarento, y le nombraba bailío o gobernador de toda Italia hasta el momento en que llegase Conrado y estableciera su propia administración; y le colocaba también en la sucesión al reino de Sicilia —el *Regnum*, sin determinación, como lo llamaban entonces los cronistas italianos— para el caso de que desapareciera la línea legítima.[23]

En los puntos principales se cumplieron los deseos del emperador. En el lejano reino de Jerusalén su muerte no cambiaba nada. Los barones, que se habían resentido por sus intentos de gobernarlos y lo habían rechazado, continuaron reconociendo a Conrado como su rey legítimo, y en su ausencia confiaron la regencia al heredero adulto más próximo según el derecho hereditario, el rey Enrique I de Chipre, si bien el verdadero gobierno lo ejercía en esos momentos san Luis de Francia, que estaba aún en Oriente después de su trágica cruzada egipcia.[24] En Europa, el júbilo del papa Inocencio IV a la muerte del Anticristo resultó ser prematuro. Conrado, que estaba en Alemania en esos momentos, consiguió restaurar el orden suficiente para cruzar los Alpes hacia el sur en enero de 1251. El antirrey Guillermo de Holanda, a quien el Papa había nombrado tres años antes, había sido reducido a sus propias tierras en el bajo Rin. El gran campeón del Papado, el arzobispo Sigfrido de Maguncia, había muerto en 1279, y su sucesor, el arzobispo Cristián, mostraba una disposición pacífica, que el Papa encontraba absolutamente inconveniente en un jerarca. En efecto, fue depuesto por orden del pontífice a finales de 1251. Por el momento, el regente de Conrado, que era su suegro, el duque Otón de Baviera, controlaba el país. Su autoridad le fue disputada en 1252 cuando una dieta, en Franckfurt, confirmaba el título de Guillermo de Holanda como rey de romanos, a instancias de Conrado, arzobispo de Colonia; pero a principios de 1254 Guillermo se había peleado con los tres arzobispos electores de Maguncia, Colonia y Tréveris, y la causa papal declinó de nuevo.[25]

Tampoco iban mucho mejor las cosas para el Papa en Italia.

Había vuelto allí en abril de 1251, pocos meses después de la llegada de Conrado, y se había establecido en Perusa. Pero tanto él como Conrado encontraron que las ciudades del norte de Italia estaban demasiado ocupadas con sus propias peleas locales entre güelfos y gibelinos como para interesarse por el desacuerdo,

de mayor importancia, entre el Papa y los Hohenstaufen. Era imposible para los dos partidos observar una línea política coherente. El propio Conrado pasó el verano en Istria y en Lombardía del Norte, sospechando cada vez más de la ayuda dada a la causa Hohenstaufen por el tío de su hermanastro Manfredo, Manfredo Lancia, y su familia. En el reino meridional, Sicilia seguía fiel a Conrado gracias a Pedro Ruffo, que había sido nombrado gobernador por el nieto del emperador, Enrique. En el continente, el joven Manfredo, como bailío, había mostrado notable energía al reprimir un levantamiento de la nobleza y de las ciudades de la Terra di Lavoro, la antigua Campania, que había estallado en la primavera de 1251. Hacia el otoño los rebeldes habían sido severamente castigados, si bien las ciudades de Nápoles y Capua aún se mantenían firmes. Pero el vigor de Manfredo tenía una parte de egoísmo que intranquilizaba a Conrado. Manfredo había tratado de conseguir el control de Sicilia enviando a otro de sus tíos, Galvano Lancia, a que reemplazase a Pedro Ruffo, cuya lealtad a los Hohenstaufen legítimos era inquebrantable; y los principales consejeros de Conrado, el senescal Bertoldo de Hohenburg, que mandaba las tropas alemanas en Italia, y el chambelán Juan el Moro, que mandaba antiguos regimientos sarracenos del emperador y controlaba su tesoro, desconfiaban de los Lancia. Bertoldo había ayudado a Manfredo a sofocar la rebelión en la Terra di Lavoro e incluso se había unido a él en una negociación con el Papa que fracasó, emprendida sin conocimiento de Conrado. Pero entonces visitó a éste en Istria y la información que le llevó avivó el resentimiento del rey.[26]

En enero de 1252 Conrado viajó por el Adriático hasta Siponto, en Apulia del Norte, cerca de Foggia, donde estaban concentrados Juan el Moro y sus tropas sarracenas. Manfredo se le sometió, pero fue privado de parte de sus territorios, y las donaciones de tierras que había hecho a sus tíos Lancia fueron anuladas. Pedro Ruffo fue confirmado en su puesto de representante

en Sicilia y Calabria. Conrado pasó el resto del año ocupándose de la rebelión de la Terra di Lavoro, que se había recrudecido otra vez. Tuvo éxito en esta empresa, aunque hubo de esperar al año siguiente para que Capua y Nápoles se rindieran por fin. Entretanto, había entablado negociaciones con el Papa. Ahora estaba en posición fuerte. El papa Inocencio IV aún estaba detenido en la Italia del Norte. La ciudad de Roma, que había estado mal gobernada recientemente por facciones en lucha de nobles, se organizó como una comuna popular según el modelo de la Italia del Norte y eligió como podestá o senador a un abogado de Bolonia con simpatías por los Hohenstaufen, Brancaleone degli Andaló, a quien le fueron otorgados poderes casi autocráticos, que él ejerció con justicia y austeridad. En las ciudades lombardas los gibelinos triunfaban sobre los güelfos, y aunque éstos estaban ganando terreno en la Toscana, no se encontraban en situación de dar al Papa una ayuda positiva.[27]

Sin embargo, Inocencio seguía implacablemente su política. No podía pensar en expulsar a Conrado de la Italia del Sur, pero estaba decidido a que el reino siciliano y Alemania no estuvieran unidos por más tiempo. Conrado, que necesitaba la ayuda del Papa, o al menos su neutralidad, si quería mantener el control de Alemania, estaba dispuesto a hacer cualquier concesión, excepto ésa. Las negociaciones estaban condenadas al fracaso. Por un momento, el Papa pensó resolver el problema dando la corona de Sicilia al hermanastro de Conrado, Enrique, junto con la mano de una de sus sobrinas; y se sospechaba que Enrique había escuchado con interés la proposición. Pero de todo eso no salió nada. Conrado y sus seguidores no aceptarían nunca semejante proyecto. Cuando Enrique murió, a los dieciocho años, en diciembre de 1253, un rumor, alentado por el Papa, acusaba a su hermano de haberlo envenenado. El senador Brancaleone intentó impedir una ruptura irrevocable entre Inocencio y Conrado, pero en enero de 1254 este último acusó públicamente al Papa de

usurpación y herejía, y en febrero Inocencio respondió excomulgándolo.[28]

La guerra era inevitable, y Conrado estaba en la mejor posición. El intento del Papa de predicar una nueva cruzada contra los Hohenstaufen fue mal recibido. En Francia, la reina regente Blanca amenazó con confiscar las tierras de todo el que obedeciera a su llamada. En Alemania se ridiculizó abiertamente a los agentes papales.[29] El ejército de Conrado estaba en buenas condiciones. Su tesoro estaba lleno, debido a los elevados impuestos que había establecido en sus dominios italianos. Parecía que podía triunfar, como nunca lo había hecho su padre, y destruir la influencia del Papa en toda Italia; y ya estaba proyectando ir a restaurar el orden al norte de los Alpes. Podemos dudar ahora si, en efecto, podía haber llevado las cosas hasta el punto de restaurar el imperio de los Hohenstaufen. Pero no tuvo oportunidad de probarlo. En abril de 1254 cayó enfermo de una fiebre en el campamento de Lavello, en las fronteras de Apulia. Sólo tenía veintiséis años, pero ya estaba muy agotado. Luchó valientemente por vivir, pero fue en vano. El 21 de mayo moría, rodeado de sus soldados sarracenos.[30]

Una vez más podía el Papa regocijarse por el desastre que había caído sobre la raza de víboras, y con mayor motivo que a la muerte de Federico, cuatro años antes. Ahora sólo quedaba un príncipe legítimo de la odiada familia, el hijo de dos años de Conrado, Conrado II, conocido como Conradino, un niño que vivía en la Alemania meridional con su madre, Isabel de Baviera. En su lecho de muerte, el rey Conrado sabía qué pocas serían las oportunidades del niño. No tenía ninguna esperanza de que le sucediera en Alemania, pero al menos Conradino era rey legítimo de Sicilia y de Jerusalén. Los barones de ultramar reconocieron el segundo título. Mientras Conradino vivió, el gobierno del reino de Jerusalén fue llevado en su nombre. Pero era seguro que nunca iría allí ni desearía correr el riesgo de perder su herencia

europea al hacerlo. El reino siciliano era un asunto diferente. El rey moribundo había nombrado bailío de esos territorios a Bertoldo de Hohenburg, en quien confiaba, con Pedro Ruffo como gobernante de Sicilia y Calabria bajo él. Entonces, en un recurso desesperado a la caballerosidad, encomendó su hijo a la protección del Papa.[31]

El pontífice no se conmovió; y la gente del reino tampoco sentía mucho interés por un niño al que nunca había visto. Al contrario, algunos empezaron a basar sus esperanzas en la brillante figura de Manfredo, y otros acariciaban la sugerencia del Papa de que las ciudades y sus alrededores debían formar comunas libres bajo la soberanía de la Iglesia. Con sus oponentes divididos, Inocencio, que había tenido la intención de ofrecer la corona siciliana a algún príncipe extranjero, decidió que podía tomar posesión del reino él mismo. El bailío Bertoldo estaba en un dilema. Podía contar con Pedro Ruffo, pero Pedro estaba enfrentado con un movimiento comunal en la isla y no podía enviarle ayuda. Podía contar también con Juan el Moro, pero éste no podía controlar ya las tropas sarracenas bajo su mando, que se veían solicitadas por los amigos de Manfredo. La mayor parte de los otros seguidores de los Hohenstaufen estaba pasándose también al lado de Manfredo. El papa Inocencio se apresuró a ir hacia el sur, a Anagni. Desesperado, Bertoldo envió a Manfredo a negociar allí con él. Inocencio se mostró de acuerdo con que los derechos de Conradino fuesen considerados cuando éste alcanzase la mayoría de edad, pero estimaba que, entretanto, el Papado debía tomar posesión del reino. Bertoldo estaba dispuesto a un acuerdo, ya que no veía otro medio de proteger el futuro de Conradino. Pero no pudo convencer a su partido, y comenzaba a estar mal de dinero para pagar a sus tropas. Dimitió su cargo de bailío, y Manfredo lo reemplazó en él.[32]

Manfredo, sin embargo, no era más poderoso que Bertoldo. En septiembre de 1254 el Papa se trasladó a San Germano, en las

fronteras del reino. Tres semanas más tarde, Manfredo aceptó las condiciones que Inocencio le ofrecía. El reino estaría bajo el control papal, salvo la futura adjudicación de los derechos de Conradino. Manfredo había de recuperar todas sus posesiones en Tarento, y sus tíos las tierras que Conrado había confiscado. Manfredo debía ser también representante de las provincias continentales, con la excepción de la Terra di Lavoro.[33]

Ni Inocencio ni Manfredo tenían la intención de cumplir lo acordado. Al principio, hubo una armonía aparente. Cuando el Papa fue al reino, atravesando el río Garigliano, el 11 de octubre, Manfredo fue a recibirlo y anduvo a su lado, guiando su caballo. Pero, entretanto, el sobrino del Papa, el cardenal Guillermo dei Fieschi, dirigía el ejército papal hacia el sur, pidiendo juramentos de fidelidad que omitían toda referencia a Conradino, y el Papa ofreció a Pedro Ruffo, para asegurarse su apoyo, el cargo de representante en Sicilia y Calabria, a pesar de que esta última provincia pertenecía geográficamente al gobierno del que se encargaba Manfredo. Entonces, cuando Manfredo llegó con el Papa a Teano, se encontró con que sus tierras del monte Gargano habían sido ocupadas por un funcionario papal, Borello de Anglona. Manfredo salió al encuentro de Bertoldo, para consultarle; éste estaba viajando desde Apulia y había sido detenido en su camino por Borello, que intentó asesinarlo, pero cayó él mismo en la escaramuza. Bertoldo lo pasó en el camino y se sometió al Papa en Capua el 19 de octubre. Manfredo fue a Lucera, donde Juan el Moro y sus tropas sarracenas custodiaban el tesoro real. El cardenal Guillermo y el ejército papal lo seguían de cerca, también camino de Lucera y del tesoro. Manfredo llegó primero, el 2 de noviembre, y se encontró con que Juan acababa de irse para prestar sumisión al Papa.[34]

Manfredo estaba ya convencido de que el Papa intentaba aplastarlo. Valiéndose de toda su elocuencia y de todo su encanto persuadió a los sarracenos de Lucera de que le entregasen a él

el tesoro y se le uniesen en franco levantamiento. A medida que se extendían las noticias de su hazaña, los partidarios de los Hohenstaufen de toda Apulia se unían a él, incluidas muchas de las tropas alemanas de Bertoldo, que habían mostrado su disgusto ante el desprecio del cardenal por los derechos de Conradino. Bertoldo aún recomendaba las negociaciones, pero el 2 de diciembre Manfredo había reunido un ejército suficiente para atacar a las tropas alemanas que no habían querido unirse a él, venciéndolas, bajo el mando de Otón, hermano de Bertoldo, cerca de Foggia. Los fugitivos procedentes de la batalla se unieron al ejército del cardenal, que estaba entonces concentrado en Troia, y sembraron el pánico. Los soldados del Papa eran mercenarios, a quienes se les debía la paga, ya que el cardenal había contado con conseguir el tesoro de Lucera. Cuando se enteraron de la victoria de Manfredo, desaparecieron, y el cardenal huyó a Ariano, en medio de las nieves invernales. Toda Apulia quedó, sin más luchas, en poder de Manfredo.[35]

El papa Inocencio estaba en Nápoles. Mientras permanecía aún en Teano se había puesto algo enfermo, y empeoró durante la quincena que pasó en Capua. Estaba lo bastante repuesto como para hacer una entrada solemne en Nápoles el 27 de octubre; pero, una vez en esta ciudad, tuvo que guardar cama. Las noticias del éxito de Manfredo fueron de un efecto terrible para él: el 7 de diciembre moría, consciente del fracaso de sus proyectos. Había quebrantado el poder de los Hohenstaufen y había destruido la unión de Alemania e Italia, sin esperanzas de restauración, pero un miembro de la odiada familia era la potencia más fuerte en Italia. Desde una perspectiva más amplia, aún había empeorado las cosas. Pocos Papas habían sido tan constantes, tan infatigables y tan valerosos como él para luchar por la causa papal. Pero pocos también habían sido tan faltos de escrúpulos, tan traicioneros y tan dispuestos a utilizar armas espirituales con fines mundanos. Había humillado a los príncipes seculares, pero

los métodos empleados para ello no beneficiaron en modo alguno ni a él ni a la Iglesia. Fue un campeón del Papado, firme e intrépido, pero el Papado merecía un campeón que fuese un hombre más noble.[36]

Los cardenales que se reunieron en cónclave después de la muerte de Inocencio eran conscientes de sus faltas y de los peligros que podían sobrevenir. Se inclinaron por un prelado famoso por su dulzura y su piedad. Mas Rinaldo Conti, cardenal arzobispo de Ostia, que subió al trono pontificio cinco días después con el nombre de Alejandro IV, no podía abandonar de golpe la política de Inocencio, y él no tenía una propia para sustituir a aquélla. Se dejó pues dirigir por los consejeros de Inocencio, si bien los cardenales sobrinos del Papa difunto perdieron su influencia, y la política la llevaba ahora un sutil y ambicioso florentino, el cardenal Octaviano degli Ubaldini.[37]

Se seguía buscando un príncipe extranjero que se hiciese cargo del reino de Sicilia, pero la primera tarea era dominar a Manfredo. Las comunas de Sicilia y la Italia meridional estaban ganadas por la promesa de ser libres bajo la soberanía papal, a pesar de que esta promesa era bien inconsistente con las hechas a los candidatos al trono. Las ciudades de Apulia no estaban dispuestas a someterse a Manfredo. Más al sur, Pedro Ruffo proyectaba convertir su representación en Sicilia y Calabria en un dominio hereditario, con centro en Mesina. Pero se vio obstaculizado en sus proyectos por diversas intrigas. Manfredo, por medio de una ingeniosa maniobra diplomática, consiguió que abandonase Calabria, mientras las ciudades sicilianas se declaraban constituidas en república confederada bajo el Papa. Entretanto, Manfredo envió un mensaje a la corte bávara de Alemania y, anunciando públicamente que reconocía a Conradino como rey, persuadió al tío y tutor del muchacho, el duque Luis, de que lo reconociese a él como regente. Bertoldo de Hohenburg estaba aún en la corte papal. En mayo de 1255 se unió al cardenal Octaviano en una

expedición contra Manfredo. Como de costumbre, el ejército papal estaba formado por mercenarios poco dignos de confianza, y Bertoldo, viendo que la causa de Conradino tenía ahora en Manfredo un campeón, decidió convertirse en traidor. Reveló a Manfredo todos los movimientos del cardenal y no llevó a cabo la tarea que se le había asignado de proporcionar víveres al ejército. Como resultado de esto, Manfredo pudo bloquear a las tropas papales durante los meses de verano, hasta que las amenazó el hambre. En septiembre, Octaviano capituló e hizo un tratado por el que se reconocía a Conradino como rey y a Manfredo como regente, pero la Terra di Lavara y Sicilia se anexionaban al Papado. Los exiliados de los dos partidos, incluidos Bertoldo y sus hermanos, habían de ser devueltos a sus tierras. Octaviano se retiró a Anagni, donde estaba viviendo el Papa, con su debilitado ejército. Alejandro no tardó en denunciar el tratado, pero el daño ya estaba hecho.[38]

Manfredo gozaba ahora de poder absoluto en la Italia meridional. Al año siguiente conquistó la Terra di Lavoro, cuyos habitantes estaban cansados de guerras y habían perdido la fe en el Papado. Entonces, después de conseguir el asesinato de Pedro Ruffo, que estaba en el exilio, y hacer que dejaran ciegos a Bertoldo y a sus hermanos, envió a su tío Manfredo Lancia a conquistar Sicilia. La nobleza siciliana estaba descontenta con el régimen comunal, y la mayor parte de los sicilianos esperaban que el gobierno de un príncipe nativo sin conexiones alemanas significara una vuelta a los días dorados de los normandos. Ya en 1257 Manfredo controlaba plenamente la isla. Había llegado el momento de dejar de fingir lealtad al muchacho de Alemania. Empezó a circular un rumor por todo el sur de que Conradino había muerto en Baviera. No es posible determinar si Manfredo lo extendió o no, pero no cabe duda de que se apresuró a aprovecharse de él. El 10 de agosto de 1258 fue coronado rey de Sicilia por el obispo de Agrigento en la catedral de Palermo, y los

nobles de la isla y los delegados del continente le aclamaron y rindieron homenaje.[39]

Manfredo tenía entonces veintiséis años. Era una figura brillante y atractiva. Ya se había mostrado como un ser falto de escrúpulos, traidor y cruel, pero sus defectos desaparecían ante el encanto de su personalidad. Heredó de su padre el amor a la cultura y el interés por las ciencias, y el mismo don de fascinación en su conversación, sin el desagradable gusto de Federico por romper lo convencional. Además, era extraordinariamente guapo. Sin embargo, no fue tan gran hombre como su padre. A pesar de toda su energía en la guerra y en la diplomacia, tenía una cierta indolencia en los detalles cotidianos de la administración. Estaba siempre dispuesto a dejar que sus amigos, y en particular sus parientes Lancia, trabajasen por él, y éstos pronto lo llevaron a tomar decisiones que hubiera sido más aconsejable evitar. Si se hubiese contentado con imitar a sus antepasados normandos y con reinar en Sicilia, controlando la parte meridional del continente y restringiendo sus otras actividades al desarrollo de proyectos que beneficiasen a sus súbditos, podría haber fundado una dinastía duradera. El Papado podría haberse reconciliado con la idea de su existencia y haberle dejado subsistir, Pero los Lancia, que procedían del norte y habían adquirido tierras en Lombardía, lo instaron a ser rey no sólo de Sicilia, sino también de toda Italia. Y el propio Manfredo, consciente de su sangre Hohenstaufen, no podía olvidar por completo que su padre había sido emperador.[40]



Su gobierno en el reino meridional era competente. Aunque suprimió los privilegios municipales de las ciudades, les dispensó un gobierno justo y eficaz. Resucitó y volvió a dotar a la Universidad de Nápoles. Fundó nuevas ciudades, tales como Manfredonia, al pie del monte Gargano. Pero decepcionó a los sicilianos. Después de su coronación visitó rara vez la isla, prefiriendo vivir en Nápoles o rodeado de su soldadesca sarracena en Lucera. La isla vio que se convertía una vez más en un mero apéndice del continente, y como la política de Manfredo lo vinculaba cada vez más al norte, y a Sicilia le robaban hombres y dinero para esas guerras lejanas, el separatismo siciliano, que nunca estuvo muy soterrado, empezó a surgir una vez más.[41]

A Manfredo le habría sido difícil frenar su ambición, porque el Papado no estaba dispuesto a permitir su éxito y lo llevaba a nuevas luchas. A pesar de su debilidad, el papa Alejandro tenía ventajas formidables. No tenía que preocuparse por Alemania. Allí nadie se acordaba del niño Conradino, salvo sus parientes bávaros. Guillermo de Holanda, el antirrey elegido por Inocencio IV, había sido aceptado por todo el país, en gran parte porque la gente pensaba que era incompetente e incapaz de interponerse en el camino de los príncipes. Muerto en enero de 1256, los electores decidieron que un príncipe extranjero sin tierras en Alemania, pero con mucho dinero, era Lo que más les convenía. Había dos candidatos: Ricardo, conde de Cornualles, hermano de Enrique III de Inglaterra, y Alfonso X, rey de Castilla. Alfonso contaba con el apoyo del rey de Francia, san Luis, cuyo prestigio personal Lo había hecho muy influyente, y con el de la corte papal, que en esos momentos estaba en negociaciones con otro príncipe inglés para el trono siciliano, y opinaba que un trono adicional era suficiente en la familia, y que consideraba a Alfonso

una mejor garantía ante cualquier resurgir de los Hohenstaufen, ya que, por línea materna, tenía derechos al ducado de Suabia, en poder de éstos. De los siete electores alemanes, cuatro eligieron a Ricardo en enero de 1257 y cuatro a Alfonso en abril, porque el rey-elector de Bohemia había cambiado de opinión entretanto. Sin embargo, Ricardo consiguió que su elección fuese confirmada por una coronación en Aquisgrán, en mayo, antes de que Alfonso pudiera llegar a Alemania, y hacia la primavera de 1258 ya había sido aceptado en general por los alemanes. Sin embargo, su posición era insegura y, por tanto, tenía gran empeño en ganarse el favor del Papa.[42]

En Italia, el Papa, a pesar de que sus deudas eran inmensas, persuadió a los banqueros güelfos de Florencia de que fueran banqueros suyos, adquiriendo así el firme apoyo de esa poderosa comunidad. Romano de nacimiento, Alejandro era más grato a los romanos que Inocencio, por lo que en noviembre de 1255 expulsaron al senador Brancaleone y admitieron al Papa en la ciudad. Muchos de los partidarios de los Hohenstaufen se habían alejado de Manfredo al usurpar éste el trono siciliano, y no estaban satisfechos con su declaración cuando se pudo demostrar que el rumor de la muerte de Conradino era falso, y que, por tanto, los derechos del niño debían volver a ser tenidos en consideración cuando fuera mayor de edad. Luis de Baviera, el tutor de Conradino, apoyó a Ricardo de Cornualles y estaba dispuesto a unirse a su política de acercamiento al Papado.[43]

Entretanto, Manfredo no se había mantenido ocioso. En la primavera de 1257 una nueva revolución restituyó el poder a Brancaleone, el cual se alió con Manfredo. Al año siguiente mataron al senador, y Roma se volvió, con bastante inseguridad, hacia los intereses papales. Pero mientras, Manfredo se había hecho con la mayor parte de las tierras del Papa. En la Toscana tenía el apoyo de Siena, y las intrigas del cardenal Octaviano, que se veía a sí mismo como mediador entre los gibelinos y el Papado

y trataba de que sus compatriotas florentinos compartiesen su punto de vista, ayudaron a debilitar Florencia; finalmente, en septiembre de 1260, los florentinos fueron vencidos en una tremenda matanza en Montaperti, batalla que tiñó de rojo el Arbia. La victoria proporcionó a Manfredo el control de la Italia central, que en adelante gobernó por medio de representantes, como si ya fuese emperador. Más al norte tenía el apoyo del más fuerte y vigoroso déspota de Lombardía, el marqués Oberto Pallavicini, que gobernaba como representante suyo; además contaba con la alianza de los genoveses. Las ciudades güelfas se sometieron una a una. Después de que el tirano Ezzelino de Verona, gibelino que se había peleado con todos sus vecinos, fue vencido y muerto por Pallavicini en 1259, el representante consiguió, gracias a una mezcla de energía y tacto, mantener la paz en toda Lombardía. Manfredo entretanto ocupó Cerdeña, sin consideración a los derechos a ésta por parte de su hermano Enzo, que estaba cautivo. Hacia 1261 toda Italia estaba sujeta al poder de Manfredo, y el Papa se hallaba aislado, nervioso e impotente, en un inseguro dominio de Roma y nada más.[44]

La ambición de Manfredo llegaba más lejos. Tenía el Imperio en el pensamiento y esperaba poder dominar Alemania algún día. Mientras llegaba la ocasión, había otra dirección en la que podía aparecer como jefe de la cristiandad latina.

3. Al otro lado del Adriático

Aquel que gobierne en la Italia meridional y Sicilia debe prestar atención no sólo a la península, sino también a las tierras vecinas al otro lado de los estrechos mares. Los reyes normandos habían ambicionado establecer algún dominio en Túnez, y habían mostrado aún más empeño en extender su poder hasta el *otro* lado del Adriático, en los Balcanes y en la península e islas griegas. Los asuntos de Federico II en Europa central habían sido tan apremiantes que el emperador no pudo continuar la misma política normanda. Su intención había sido asegurarse aliados al otro lado del mar, con objeto de evitar que sus enemigos papales le creasen dificultades allí. Manfredo, una vez fortalecido en Italia, volvió a la tradición normanda. No tenía proyectos sobre África, donde los emires hafsidas de Túnez estaban bien dispuestos hacia él. Pero las antiguas tierras bizantinas de los Balcanes ofrecían campo a su empresa.

La irreligiosa cruzada de 1204 destruyó el Imperio bizantino, pero no creó nada estable en su lugar. El Imperio latino levantado en Constantinopla, el Imperio de Romania, declinó rápidamente. Cincuenta años después de su fundación no constaba más que de la ciudad de Constantinopla, la tercera parte de la cual ya pertenecía a los venecianos, y de sus suburbios inmediatos. El emperador latino, Balduino II, pasó sus días viajando por Europa occidental en busca de un protector que lo mantuviese en su vacilante trono. Ya había entregado las mejores piezas de la antigua colección bizantina de reliquias a san Luis de Francia, con el fin de conseguir algún dinero. Pagaba los gastos de su corte ven-

diendo el plomo de los tejados del palacio a mercaderes italianos, y sus viajes al extranjero hipotecando a su hijo y heredero con los venecianos. Si no intervenía algún amigo para salvarle, a su Imperio sólo le quedaban unos pocos años de existencia.[45]

Después del golpe producido por la caída de Constantinopla, los griegos bizantinos habían revivido. Tres estados griegos hereditarios habían surgido. Al este del antiguo Imperio bizantino, en Trebisonda, se había establecido una rama de la gran dinastía de los Comnenos. Pero el gobernador de Trebisonda, a pesar de llamarse a sí mismo emperador y Gran Comneno y de disfrutar de grandes riquezas gracias a sus minas de plata y a la situación de la capital, al final de una activa ruta comercial procedente del Asia mongólica, no podía aspirar más que nominalmente a la herencia del antiguo Imperio ecuménico; su poder era demasiado local, constreñido a una faja de la costa de Anatolia en el mar Negro.[46] En el Epiro, en el oeste, una rama de la dinastía Angélica había fundado un principado. En 1224 el déspota del Epiro arrebató Tesalónica a la dinastía italiana allí establecida por la cuarta Cruzada, y tomó el título de emperador.[47] Pero las posibilidades que tenía de tomar Constantinopla se veían estorbadas por el más vigoroso de los estados hereditarios, el Imperio de Nicea, que debía su origen a la energía de Teodoro Láscaris, yerno de uno de los últimos emperadores bizantinos, Alejo III *el Ángel*. Teodoro había reunido a su alrededor a los refugiados más importantes procedentes de Constantinopla, incluido el patriarca ortodoxo, cuya presencia legitimaba su corte. Cuando murió en 1222, Teodoro había recuperado todas las tierras que le habían arrebatado los francos en Asia. Su sucesor, su yerno Juan Vatatses, era un hombre más hábil aún, que quitó al emperador latino todas sus tierras, excepto Constantinopla y sus suburbios, y rechazó al imperio rival de los Ángeles, tomando Tesalónica en 1246. Entretanto reformó la administración de sus propios dominios y mantuvo a raya a los turcos de Anatolia. A su muer-

te, en 1254, sus dominios se extendían desde el centro de Asia Menor hasta Tesalia. Parecía evidente que el Imperio de Nicea había de absorber pronto a Constantinopla.[48]

Pero los Ángeles, a pesar de haber sido rechazados, no estaban vencidos. Un príncipe bastardo de la familia, Miguel II, aún gobernaba como déspota del Epiro las tierras comprendidas entre las montañas de Albania y el golfo de Corinto, y estaba muy dispuesto a buscar amigos entre los francos que le ayudasen a vencer al Imperio de Nicea. Tenía muchos aliados para elegir. Al sur del Epiro y de Tesalia había un número de pequeños señoríos griegos, franceses e italianos, y el rico ducado de Atenas, bajo el dominio de la familia borgoñona de La Roche, con capital en Tebas. Todo el Peloponeso estaba sujeto al príncipe de Acaya, Guillermo de Villehardouin, que había sucedido a su hermano Godofredo II en 1246. Bajo los Villehardouin el Peloponeso había alcanzado una prosperidad mayor que la que había conocido en toda su historia, y Guillermo, que había nacido en el país y cuya lengua materna era el griego, tenía esperanzas de crear un estado greco-francés integrado, que se extendiera más allá del Peloponeso, hasta Grecia del Norte, posiblemente hasta Tesalónica. Él mismo no era impopular entre sus súbditos griegos, pero muchos de sus barones francos tenían menos tacto, y los jerarcas latinos introducidos por los francos suscitaban constantemente la susceptibilidad de la Iglesia ortodoxa. En consecuencia, los griegos anhelaban volver a unirse a un resucitado Imperio ortodoxo de Constantinopla que repararía su orgullo, aunque los perjudicara económicamente. El príncipe Guillermo veía el crecimiento del Imperio de Nicea con alarma. El emperador latino era su superior nominal y había sido protegido suyo; Godofredo II le había concedido un subsidio anual de cerca de 10 000 libras. Pero existen razones para creer que Guillermo tenía el proyecto de adueñarse del Imperio latino. En todo caso, estaba dispuesto a unirse a cualquier combinación contra Nicea.[49] La confusa si-

tuación encerraba muchas promesas para Manfredo, que la observaba desde el otro lado del Adriático. Su padre, Federico II, había sido un aliado constante de Juan Vatatses de Nicea, a quien le unía su común enemistad con el Papado. Manfredo proyectó una política más sutil. El Imperio latino de Constantinopla era algo muy preciado para el Papa.

Inocencio III había desaprobado la cuarta Cruzada, pero le agradaron sus resultados. Durante largo tiempo Roma había estado disgustada por negarse el Patriarca de Constantinopla a aceptar su supremacía. Después de 1204, el contumaz Patriarca griego había sido reemplazado por un subordinado latino, y el Papa, agradecido, había tomado al Imperio latino bajo su protección. Ahora bien, a menos que se tomaran medidas rápidamente había muchas probabilidades de que pronto un griego gobernase de nuevo en Constantinopla y, lo que era aún peor, de que volviesen a la ciudad patriarcal una serie de patriarcas abiertamente cismáticos, que los francos no habían podido suprimir. Hacía algún tiempo, el Papado había predicado una cruzada contra los griegos, pero con muy poco éxito. A muchos cristianos occidentales, una guerra santa contra gentes también cristianas, aunque fueran cismáticas, les parecía tan inadecuada como la guerra santa similar contra los Hohenstaufen. Inocencio IV se había enfurecido cuando Ricardo de Cornualles se había negado, en 1240, a renunciar a una cruzada organizada contra los musulmanes de Palestina, y porque no quiso entregar el dinero de dicha expedición para la defensa de Constantinopla.[50] Manfredo calculó entonces que, si se unía a una alianza contra Nicea se convertiría en un campeón de la cristiandad latina, y el Papa a duras penas podría continuar mostrando su venenosa hostilidad a un gobernante que era el principal apoyo de su política. Quizá Manfredo se viera movido por sentimientos personales. Su hermana Constanza se había casado en 1244 con el emperador Juan Vatatses, hombre de mediana edad, y en la corte de Nicea no había en-

contrado más que humillaciones. Pero Manfredo, a pesar de que algunos años más tarde arregló la vuelta de su hermana a Italia, no era normalmente demasiado sensible a las desgracias de sus familiares. Más le interesaba conseguir, como precio por su alianza contra Nicea, poner pie al otro lado del Adriático.[51]

Miguel del Epiro organizó la alianza. La oportunidad llegó con la muerte de Juan Vatatses. El hijo de Juan, Teodoro II, aunque era el príncipe mejor educado de su época, era testarudo y poco discreto. Desautorizó a su Iglesia a causa de su dogmatismo y a los nobles a causa de su tiranía. Miguel actuó con precaución al principio. Se había mostrado de acuerdo con que su hijo y heredero Nicéforo se casara con María, hija de Teodoro, y de mala gana consintió que se llevara a cabo el matrimonio. Pero cuando Teodoro se vio envuelto en una guerra contra los búlgaros, Miguel empezó a invadir su territorio. Sin embargo, Teodoro firmó una ventajosa paz con los búlgaros y envió a su mejor general, Miguel Paleólogo, a invadir el Epiro. Las tropas niceas entraron por el norte del país y conquistaron el gran puerto marítimo de Durazzo. Miguel del Epiro empezaba a cambiar de tono cuando Teodoro llamó repentinamente a Paleólogo a Nicea y le retiró su favor. Teodoro murió unos meses más tarde, en agosto de 1258, dejando el trono a su hijo Juan IV Láscaris Vatatses, un niño de seis años.[52]

Con el trono griego rival en manos de un niño, Miguel estaba en situación de llevar adelante sus planes. Tenía dos hijas encantadoras. A una de ellas, Ana, la dio en matrimonio al ya dos veces viudo, pero sin herederos, Guillermo de Acaya, con algunos distritos en Tesalia, quitados a Nicea, como dote. Ofreció la segunda y más hermosa, Elena, al rey Manfredo, completando su belleza con una dote consistente en la isla de Corfú y las ciudades de Butrinto, Avlona y Suboto, en la costa continental, frente a Corfú. Manfredo, cuya primera mujer, Beatriz de Saboya, había muerto hacía un año o dos, dejándole sólo una hija, aceptó

contento la tentadora oferta. Ya había ocupado algunos puntos fuertes en la costa del Epiro, y el matrimonio daría legitimidad a su situación. A principios de 1259 Elena pasó a Trani y allí se casó con Manfredo. Las dos hijas de Miguel fueron felices en sus matrimonios, pero ninguno de sus yernos tenía verdaderos deseos de apoyar la causa de Miguel. Se unieron a él con el fin de impedir a Nicea que suprimiera el Imperio latino, y también con objeto de aumentar sus propios dominios a su costa. El propio Miguel pensaba que si sus aliados le ayudaban a aplastar a Nicea, esto bien valía el sacrificio de algunas de sus tierras occidentales, ya que sus intereses se dirigirían entonces a Oriente, donde tenía la intención de conquistar Constantinopla.[53]

No pasó mucho tiempo antes de que la alianza entrara en acción. El emperador niño de Nicea necesitaba un regente. No tenía más parientes próximos que una hermana poco mayor que él. Su madre había muerto y su padre había sido hijo único. Había un hombre en el Imperio claramente señalado para gobernar: Miguel Paleólogo, el general más brillante de los últimos años. Los padres de Miguel pertenecían los dos a la gran familia de los Paleólogos. Su padre descendía de la nuera de Alejo I Comneno y la abuela de su madre había sido la hija mayor de Alejo III *el Ángel*. Su mujer, Irene Ducaena, era sobrina nieta de Juan III Vatatses. Pero él no era leal a la casa de Vatatses. El emperador Teodoro desconfiaba de su ambición, y no sólo le había obligado a refugiarse en la corte turca, sino que, después de su reinstalación y de sus victorias contra Miguel del Epiro en 1258, le había llamado y retirado su favor. Así, cuando el patriarca Arsenio, actuando en pro de los intereses del estado, persuadió a la nobleza y al pueblo del Imperio para que se le confiase la regencia, dándole primero el título de gran duque y luego de déspota, Miguel Paleólogo no dudó un momento en insistir en compartir el rango imperial con su joven primo. Cuando llegó el momento de la coronación imperial estaba tan seguro del apoyo del ejército y de

todos cuantos habían sido enemigos del difunto emperador, que obligó al mal dispuesto Patriarca a coronarle a él primero. El Patriarca intentó hacerle prometer que devolvería la autoridad al niño doce años más tarde, cuando Juan tuviera dieciocho. Miguel consintió en ello, pero tuvo buen cuidado de que mucho antes de esa fecha Juan ya no fuera capaz de gobernar. El muchacho fue guardado en oscuro retiro, y en 1262, cuando tenía diez años, se le privó de la vista.[54]

La falta de escrúpulos en su camino hacia el trono y la crueldad y deslealtad para con su joven colega han manchado para siempre la reputación de Miguel Paleólogo. No obstante, una vez adquirido el poder supremo, mostró ser un gobernante justo y vigoroso, desinteresado consigo mismo y generoso con sus enemigos, y, sobre todo, consagrado al bienestar de su Imperio. Los latinos pronto reconocieron en él a un enemigo inflexible, y Miguel del Epiro se alarmó seriamente. Lo primero que hizo el déspota fue invadir Macedonia, donde fue bien recibido por la población griega, que parecía preferir un gobierno del Epiro a Nicea. Entonces, temiendo que Miguel Paleólogo fuera incitado a contraatacar, requirió la ayuda de sus yernos. Miguel Paleólogo no tenía grandes deseos de embarcarse en una campaña difícil tan inmediatamente después de su moralmente dudosa subida al trono. Sabía que sería imposible conseguir la paz con Miguel del Epiro, pero intentó neutralizar a sus aliados. Envió un embajador a Acaya autorizado para ofrecer pequeñas concesiones territoriales si era necesario; pero Guillermo, que esperaba obtener de la guerra muchos más territorios, contestó a la embajada con insultos. El emperador envió a Manfredo a uno de sus diplomáticos más dignos de confianza, Nicéforo Alyattes, quien recordó a Manfredo la antigua alianza de su padre con Nicea, y le ofreció la vuelta de su hermana, la emperatriz viuda. Pero Manfredo, que también esperaba grandes ganancias de la guerra, se limitó a hacer prisionero al embajador, el cual permaneció cautivo du-

rante dos años. Al mismo tiempo el emperador escribió al Papa, insinuando que trabajaría en pro de la reunión de las Iglesias si Roma impedía la guerra. El papa Alejandro, desconcertado con toda la situación, no contestó.[55] El fracaso del emperador Miguel en su intento de romper la alianza de sus enemigos no le produjo una desesperación excesiva. Cuando el emperador latino Balduino, que estaba con razón preocupado por las ambiciones de Guillermo de Acaya, y que probablemente creía que Miguel estaba menos seguro de lo que en realidad estaba, escribió a Nicea ofreciendo la paz a cambio de concesiones territoriales; su enviado fue tachado de ridículo. Entretanto el hermano de Miguel, el sebastocrator Juan Paleólogo, fue enviado hacia occidente con el mayor ejército que se pudo organizar, compuesto no sólo de milicia griega, sino también de tropas mercenarias de caballería eslava, y probablemente de algunos caballeros mercenarios de las naciones occidentales. En la primavera de 1259 el ejército marchó rápidamente sobre Macedonia. Se enfrentó con las fuerzas del déspota del Epiro cerca de Castoria y las venció rotundamente. El déspota Miguel, que había sido sorprendido, se retiró al Epiro a esperar a sus aliados, mientras el sebastocrator tomaba Ocrida y las fortalezas vecinas.

Los aliados se apresuraron a ayudar al déspota. Desde Italia, Manfredo envió cuatrocientos jinetes magníficamente armados y montados, elegidos entre sus tropas alemanas, junto con algunas tropas de infantería sicilianas. Desembarcaron en Avlona y se unieron al ejército del Epiro en Arta. Guillermo de Acaya reunió unas fuerzas mucho mayores, aplicando la leva feudal en todo el principado. Las mandaba él personalmente y cruzó el golfo de Corinto a Naupacto, reuniéndose con sus aliados en el camino de Arta. El ejército combinado se trasladó entonces a Thalassinon, en un distrito de Tesalia habitado por miembros de la tribu válaca. Allí se unió al déspota su hijo bastardo Juan, que se había casado con la hija del jefe válaco y había reunido a todos los

hombres válacos en condiciones de luchar. También se reunieron con Guillermo destacamentos procedentes de distintos señores francos de la Grecia del norte y tropas del ducado de Atenas, a cuyo duque había sometido el año anterior. Los aliados se dirigieron hacia el norte, confiando en la victoria. Ya habían empezado a darse cuenta de que sus pretensiones sobre el territorio que tenían que conquistar podían ser ocasión de futuras discusiones; pero, en la atmósfera de buena voluntad mutua, decidieron echarlo a suertes.

Los ejércitos enemigos se enfrentaron en la llanura de Pelagonia, en un pueblo llamado Vorilla Longhos, no lejos de la ciudad de Monastir. La Vía Egnatia, la gran calzada de Constantinopla y Tesalónica a Durazzo, cruzaba la llanura, y Juan Paleólogo estaba esperando allí, con objeto de estar en contacto con su hermano el emperador y con Oriente. Sus instrucciones consistían en evitar una colisión de frente con el ejército aliado, que era mayor que el suyo, y en intentar por medios diplomáticos romper la alianza. Tuvo éxito en esto. Lo que ocurrió no se sabe con certeza; las informaciones dadas en las diversas crónicas difieren unas de otras. Por algún motivo, cuando la batalla era inevitable, se produjo una pelea entre las tropas epirotas y las de Guillermo de Acaya. Sin duda alguna Paleólogo tenía agentes en el campamento epirota, listos para aprovechar cualquier disensión que se produjese. Según el rumor más generalmente aceptado, el hijo bastardo del déspota, Juan, estaba furioso por las atenciones de algunos señores aqueos con su hermosa mujer válaca, y no obtuvo ninguna reparación del príncipe Guillermo. Los epirotas ya estaban preocupados con la ambición de Guillermo, y el bastardo, en su furia, no tuvo grandes dificultades para persuadir a su padre y a su hermano de que abandonaran a los latinos. Es probable que Juan Paleólogo hubiera repartido dinero entre los jefes epirotas, y es posible que enviara un mensaje prometiendo no perseguir a éstos si se retiraban. Además, en las escaramuzas que

ya se habían llevado a cabo, la caballería franca había hecho mal papel frente a los ligeros jinetes de Nicea. Durante la noche, el déspota y su familia, con cuantas tropas pudieron reunir, se evadieron del campamento aliado y huyeron hacia el Epiro, y cuando llegó la aurora el resto del ejército del Epiro desapareció. Las tropas aqueas, con el contingente de Manfredo, se encontraron, al despertar, con que sus aliados griegos se habían evaporado. Antes de que se pudieran reagrupar, cayó sobre ellas Juan Paleólogo. No hicieron ningún intento de resistir, sino que se alejaron del campo precipitadamente. Muchos fueron muertos, muchos más capturados, incluidos la mayoría de los señores francos. El propio príncipe Guillermo fue cogido unos días más tarde escondido en un almiar. Estaba disfrazado, pero fue reconocido por sus dientes, extraordinariamente prominentes.[56]

La batalla de Pelagonia fue un acontecimiento decisivo en la historia del Próximo Oriente. Aseguró la reconquista bizantina de Constantinopla y el fin del Imperio latino; que el conquistador fuera el emperador de Nicea y no el déspota del Epiro, y marcó el comienzo de la recuperación bizantina de Grecia. El emperador latino Balduino, que tanto había temido al príncipe Guillermo, se daba cuenta de que la victoria del emperador Miguel era mucho más ominosa. Se había dirigido al Papa inmediatamente en una desesperada petición de ayuda, y en seguida decidió que su protector secular más grato era el rey Manfredo. Pero el Papa y Manfredo estaban ocupados con sus peleas entre sí y ninguno de los dos respondió a su llamada. Lo mejor que podía hacer, después de que Miguel no había conseguido inducir a ningún traidor a abrirle las puertas de la ciudad, era firmar una tregua de un año con Nicea en agosto de 1260, tregua que los dos bandos estaban dispuestos a romper si era conveniente. A principios de 1261, el emperador Miguel hizo un tratado con los genoveses en Ninfeo, garantizándoles privilegios en todo su Imperio si ellos lo ayudaban a recuperar Constantinopla. Venecia ha-

bía sido el principal sostén del Imperio latino, y los venecianos y los genoveses se habían entregado recientemente a una guerra en aguas sirias, en la que los genoveses habían sido vencidos. Génova estaba, por tanto, dispuesta a escuchar los ofrecimientos del emperador griego. En julio de 1261, Miguel envió a uno de sus generales, Alejo Estrategópulo, con un pequeño ejército, para enfrentarse con cierta perturbación en la frontera búlgara, y le dijo que, cuando atravesara la Tracia, hiciera una demostración fuera de las murallas de Constantinopla. Cuando Estrategópulo se aproximó a la ciudad fue recibido por el jefe de los habitantes de los suburbios, a los que se conocía por los «voluntarios», porque servían al emperador griego o al latino, según querían. Este hombre le dijo que la mayor parte de la guarnición latina de la ciudad había partido con el grueso de los barcos venecianos, con intención de tomar una isla griega del mar Negro llamada Dafnusia, a unas cien millas de allí. Ofreció hacer entrar a las tropas de Nicea en la ciudad a través de un paso subterráneo cuya existencia había descubierto. En la noche del 24 de julio, unos cuantos hombres escogidos entraron cautelosamente, guiados por los «voluntarios». Dominaron a los hombres que guardaban las murallas y abrieron las puertas al ejército que esperaba fuera. En la mañana del 25, muy temprano, Alejo Estrategópulo entró en la ciudad, cuyas calles estaban llenas de griegos que aclamaban al emperador Miguel. El emperador latino Balduino se encontró al despertar con que había perdido su ciudad. Esperaba conservar el palacio de Blaquerna y consiguió enviar un mensaje a los barcos venecianos que volvían de su desafortunado asalto de Dafnusia. Llegaron al Cuerno de Oro más tarde, ese mismo día. Pero los griegos prendieron fuego a los muelles en los que estaban a punto de atracar. Entre las llamas y la confusión general su ataque fue impedido. Balduino y sus acompañantes huyeron de Blaquerna al antiguo Gran Palacio y apenas tuvieron tiempo de huir a remo y unirse a ellos antes de que abandonaran la tentativa.

Los venecianos, con los francos supervivientes y su emperador, navegaron hacia Occidente desconsolados. El Imperio latino de Romania había muerto.

El emperador Miguel estaba en el pueblo de Meteorium, cerca de Thyatira, a unas doscientas millas al sur. Estaba con él su hermana Eulogia. Uno de los camareros de ésta se encontraba en la costa de Bitinia, cerca de Constantinopla, cuando se enteró de las noticias. Cabalgó lo más de prisa que pudo toda la tarde y noche e informó a su señora a la mañana siguiente muy temprano. El emperador estaba dormido cuando Eulogia se aproximó a él, gritando que Constantinopla era suya. Medio dormido aún, el emperador no podía creerla, y su hermana tuvo que sacudirlo y repetir que Cristo le había dado Constantinopla para que se convenciera. Entonces preparó el viaje a la capital. A medio camino, en Achyraus, le entregaron la insignia imperial de Balduino. El 4 de agosto cruzó el mar de Mármara e hizo su solemne entrada por la puerta Dorada, a caballo, a lo largo de la antigua vía imperial para las procesiones, que se extendía a través de toda la ciudad hasta la catedral de Santa Sofía, donde dio gracias al Señor. Unos días más tarde, fue coronado allí solemnemente por el Patriarca, en el lugar tradicional para la coronación de los emperadores.[57]

Como señor de Constantinopla, llamándose a sí mismo el «segundo Constantino», Miguel Paleólogo tuvo empeño en fortalecer su dominio de Grecia. Aún conservaba en cautividad en su corte al príncipe de Acaya y a los otros señores hechos prisioneros en Pelagonia. En el otoño de 1261 ofreció libertar a Guillermo de Acaya y a sus compañeros a cambio de la cesión de las tres grandes fortalezas del sudeste del Peloponeso: Monemvasia, situada en una gran roca que se proyectaba sobre el mar, con un excelente puerto al pie, que los francos habían tornado hacía sólo quince años; Maina, en las colinas situadas detrás del cabo Matapán, y Mistra, en un espolón del monte Taigeto, dominan-

do Esparta y la llanura del Eurotas. Guillermo aceptó la proposición, pero las condiciones tenían que ser confirmadas por los verdaderos gobernantes de la Grecia franca. Guido, duque de Atenas, como el más antiguo señor que quedaba allí, convocó un parlamento que había de reunirse en Nikli. Se lo conoció con el nombre de Parlamento de las Damas, ya que lo dominaban las mujeres de los señores cautivos. El duque Guido consideraba las condiciones demasiado peligrosas, pero la princesa de Acaya no pensaba de la misma manera. Aunque era griega, no era sospechosa de deslealtad, ya que como princesa del Epiro odiaba a los niceos, que habían tomado Constantinopla. Pero desconfiaba de Guido y quería que regresara su marido. Las otras damas se mostraron de acuerdo con ella. La proposición del emperador fue aceptada. El príncipe Guillermo volvió a sus tierras, con un título bizantino y habiendo jurado sobre reliquias santas que nunca se levantaría en armas contra el emperador. Las tres fortalezas fueron entregadas a las tropas del mismo.[58]

Esto marcaba la culminación de los éxitos de Miguel en Grecia. Guillermo pronto fue liberado de su voto por el Papa e impidió con éxito los intentos de los bizantinos de aumentar su territorio. Tampoco iba a aceptar la pacífica solución del emperador de casar al heredero imperial Andrónico con la hija mayor y heredera del príncipe. Transcurrieron algunas décadas antes de que los bizantinos utilizaran sus fortalezas del Peloponeso. Tampoco tuvo Miguel Paleólogo más éxito en sus posteriores tentativas con el Epiro. Alejo Estrategópulo, el conquistador de Constantinopla, fue enviado a invadir la provincia en el otoño de 1261, consiguiendo sólo ser sitiado y capturado con la mayoría de sus hombres, por los epirotas. El déspota Miguel pudo mantenerse en su territorio nativo hasta su muerte, diez años más tarde.[59]

El prestigio de Manfredo había sufrido con la derrota de Pelagonia, el rey había perdido a algunos de sus mejores hombres, y,

como los demás príncipes latinos de la época, había sido sorprendido desagradablemente al recuperar los griegos Constantinopla. Pero, de hecho, ninguno de los dos sucesos había sido perjudicial para su política general. Había enviado a su suegro una ayuda bien escasa comparada con el territorio obtenido por la dote de su mujer, y sus pérdidas no habían sido importantes; en cambio, la derrota del déspota hacía a éste depender de su yerno aún más que antes, sobre todo porque su otro yerno, Guillermo de Acaya, cuando volvió del cautiverio no se mostró dispuesto a perdonar a los epirotas el papel que habían desempeñado en Pelagonia. A fines de 1259 las tropas y los funcionarios de Manfredo dominaban completamente Corfú y las fortalezas continentales frente a la isla, incluido Durazzo, que no parece haber pertenecido en su origen a la dote de la reina Elena.[60] Además, la toma griega de Constantinopla podía resultar una ventaja para Manfredo. El Papado se había disgustado profundamente con la caída del Imperio latino. No podía esperarse que el Papa emprendiese una acción violenta contra el único príncipe que parecía en situación de vengar su pérdida. Manfredo se presentó rápidamente como el campeón del desposeído emperador latino. Balduino II, al huir de su perdida capital, se detuvo en Grecia para recibir el homenaje, nada significativo, de los pocos señores francos que allí quedaban, los cuales se reunieron para saludarle en la Cadmea de Tebas, y en la acrópolis de Atenas. Luego siguió hacia Italia y desembarcó en Apulia. Manfredo fue a recibirle con todos los honores, llenándolo de regalos y prometiéndole toda la ayuda que estuviese en su mano para restaurarlo en el trono. Confió a su huésped las dificultades que tenía con el Papado y solicitó sus buenos oficios. Estaba dispuesto, dijo, a dirigir un ataque sobre Constantinopla por cuenta propia, y luego, si era necesario, seguir hasta Tierra Santa, sólo con que el Papa le garantizase su gracia y paz, o incluso con que se aviniese a firmar una tregua. Balduino se sintió impresionado por la sinceridad de Manfredo y

por su riqueza, y prometió hacer todo lo posible por reconciliarlo con el Papado. Al abandonar la corte de Manfredo, fue a ver al Papa, en Viterbo, y le dio el mensaje del rey. El Pontífice se negó a dar respuesta alguna. Entonces Balduino se trasladó a Francia para visitar al rey Luis, pero vio que éste tampoco estaba muy entusiasmado con Manfredo, al que consideraba un usurpador y un enemigo de la Iglesia.[61]

Todo era muy descorazonador. Pero el exemperador permaneció fiel durante muchos años a su amistad con Manfredo, en parte porque sinceramente le agradaba y en parte porque no había nadie tan bien situado para ayudarle; mientras tanto, Manfredo, en la medida en que los asuntos italianos le dejaban tiempo libre, proseguía sus planes de llevar una gran expedición contra Constantinopla. No podía creer que Roma fuera a seguir oponiéndose a él si realizaba un servicio tan noble para la causa latina. En esto no comprendió en absoluto el temple del Papado.

4. En busca de un rey: Edmundo de Inglaterra

Si el papa Alejandro IV aún hubiera vivido al caer Constantinopla, el ruego de Balduino por la reconciliación entre Manfredo y el Papado quizá no hubiese sido desatendido. Alejandro era un hombre débil, a quien desagradaban las medidas extremas. Había tratado de conservar plena libertad para enfrentarse con el asunto de Sicilia, pero no tenía la menor idea de lo que podía hacer con esa libertad. No podía mantenerse con seguridad en Roma y se había visto obligado a contemplar cómo Manfredo conseguía el dominio de la mayor parte de Italia y se convertía en una especie de héroe nacional en la península. Había excomulgado a Manfredo, y, pese a su preocupación por el futuro del Imperio latino de Constantinopla, se había negado a dar su bendición a la alianza latino-epirota que había sido vencida en Pelagonia. Pero sus actos eran negativos y no lo llevaban a ninguna parte. En su inseguridad, es posible que hubiese escuchado las súplicas del emperador Balduino. El cardenal Octaviano, a quien el Papa admiraba y consultaba a menudo, aunque nunca confió en él, estaba a favor de la reconciliación con los Hohenstaufen y habría dado su apoyo a Balduino. Pero el papa Alejandro no tuvo nunca que tomar esa decisión. Murió, en Viterbo, el 25 de mayo de 1261.

Alejandro, con su característica indecisión, no se resolvía nunca a determinar quién había de ser promovido al rango de cardenal. A su muerte, el Colegio Cardenalicio contaba sólo con ocho miembros, que se apresuraron a reunirse para elegir un sucesor.

Pero no llegaban a un acuerdo. Discutieron durante tres meses, incapaces de encontrar un candidato que obtuviese la mayoría necesaria de los dos tercios. Sin embargo, era esencial encontrar un Papa, ya que los asuntos de la Iglesia en ese momento necesitaban a toda costa una mano rectora. Por fin, alguien pensó en el Patriarca de Jerusalén, el cual había estado en Italia cuando murió Alejandro para tramitar algún asunto en la corte papal, y había impresionado favorablemente a todo el mundo por su integridad y su energía. Su nombre fue mencionado y, en el momento en que se estaba preparando para volver a su Patriarcado, se encontró, con bastante sorpresa por su parte, elegido Papa por unanimidad el 29 de agosto. Fue entronizado seis días más tarde, con el nombre de Urbano IV.[62]

El papa Urbano no se parecía en nada a su predecesor. Era francés, nacido Jaime Pantaleón, hijo de un zapatero de Troyes. Ya andaba por los sesenta años y dejaba atrás una larga carrera de administración eclesiástica. Después de haber recibido una excelente educación en la escuela catedralicia de Troyes, y luego en la Universidad de París, había pasado los primeros años de su vida en Francia, y destacó ante el papa Inocencio IV en el Concilio de Lyon de 1247. Inocencio lo nombró legado en el Báltico, con objeto de hacer labor misionera, y posteriormente encargado de actividades políticas en Alemania, en apoyo de la candidatura de Guillermo de Holanda. En 1255 había sido nombrado Patriarca de Jerusalén. Pasaron algunos años antes de que pudiese ir a Palestina, donde encontró una situación casi imposible: los barones de ultramar luchaban unos contra otros y contra la reina regente Plaisance; los venecianos y los genoveses estaban en plena guerra a lo largo de las costas, y las órdenes militares recelaban de toda autoridad. Emprendió una acción decisiva, apoyando a la regente frente a los barones y a los venecianos frente a los genoveses; en 1261, había ido a Roma a recabar la ayuda papal para contener el poder de los caballeros hospitalarios. Evidentemente, era

un hombre enérgico, que podía salvar al Papado de su política errática.[63]

Aunque le disgustaba dejar sin resolver los problemas de Ultramar, el Papa concentró inmediatamente sus actividades en luchar contra Manfredo en Italia. Manfredo estaba en la cúspide de su poder. Dominaba toda la península. Su matrimonio con Elena del Epiro le había permitido poner pie en los Balcanes. En 1258 había hecho otra alianza, aún más molesta para el Papado, casando a su hija Constanza, único fruto de su primer matrimonio, con el infante don Pedro, hijo y heredero del rey Jaime de Aragón. Los aragoneses poseían la mejor flota del Mediterráneo occidental, y esta amistad, combinada con sus propias fuerzas navales, proporcionaba a Manfredo el dominio del mar. Pero en Manfredo había una nota de indolencia. Parecía que todo iba tan bien, que no se molestó en aprovechar la vacante del Papado para consolidar suposición, ni tomó precauciones contra las actividades del nuevo Papa. En lugar de eso, se pasaba los días cazando, su pasatiempo favorito, en los bosques de Basilicata, con la esperanza de que su amigo el emperador Balduino mirase por sus intereses en la Curia romana y en Francia.[64]

Manfredo subestimó tanto la capacidad del nuevo Papa como su odio por los Hohenstaufen. Lo primero que hizo Urbano fue nombrar catorce nuevos cardenales, varios de ellos franceses, como él, con el fin de asegurarse el apoyo del Colegio.[65] Después, emprendió la tarea de volver a controlar el patrimonio papal, tarea en la que no obtuvo un éxito total. No podía expulsar a la familia Vico, amiga de Manfredo, de sus propiedades en Bieda y en Civitavecchia, ni tampoco podía dominar Roma lo bastante como para residir en ella, por lo que prefirió vivir en Viterbo o en Orvieto. Sin embargo, recuperó un número de estados que habían sido arrebatados bajo su predecesor, y en general consolidó su poder en el Lacio. En Toscana fortaleció su relación con los banqueros de Florencia y de Siena, estorbando así a los go-

bernantes gibelinos de las dos ciudades. Consiguió también separar a Pisa de la Liga gibelina. No destruyó el poder de Manfredo en la provincia, pero lo debilitó. Más al norte, el Papado volvió a ganar influencia en Lombardía, donde Urbano nombró a un arzobispo enérgico, Otón Visconti, para la crucial sede de Milán; al mismo tiempo, el principal señor güelfo, Azzo d'Este que había caído en desgracia bajo Alejandro IV por haberse relacionado con Pallavicini y los gibelinos, volvió a recobrar el favor, y su nieto y heredero, Obizzo, fue nombrado en seguida cabeza de una Liga güelfa reconstituida. Como en Toscana, los lugartenientes de Manfredo no fueron desalojados, pero su poder fue debilitado.[66]

Sin embargo, la verdadera solución consistía en desalojar al propio Manfredo de la principal fuente de su poder, la Italia meridional y Sicilia. Agentes papales aireaban cualquier descontento que surgiera, y alcanzaron algún éxito en la misma Sicilia. Los isleños estaban decepcionados con Manfredo, que rara vez los visitaba, prefiriendo concentrar su gobierno en el continente, donde pasaba también su tiempo libre. En 1261, pocos meses después de haber sido asesinado allí el gobernador de Manfredo, su primo Federico Maletta, un hombre llamado Juan de Cocleria pretendió ser Federico II, resucitado de entre los muertos, y reunió algunos partidarios a su alrededor. El nuevo gobernador, Ricardo Filangieri, tuvo algunas dificultades para dominar la revolución.[67] Tal descontento animó al Papa a seguir su proyecto fundamental, que era colocar a un candidato suyo en el trono siciliano.

Según la teoría papal, el rey de Sicilia era vasallo del Papa, que era quien había otorgado las tierras meridionales de Italia y Sicilia a los invasores normandos en el siglo XI. Es cierto que Roger ll había tomado el título de rey sin permiso del Papa, pero su título había sido legitimado. La herencia de Federico II del trono siciliano había sido legal a los ojos de Roma, sólo porque el Papa

lo había reconocido, y en 1245 el papa Inocencio IV se había considerado en su derecho cuando formalmente privó a Federico del reino. Pero era más fácil declarar su deposición que llevarla a efecto. Habría sido necesario otorgar la corona siciliana a un príncipe suficientemente poderoso como para desplazar a Federico. Primero, Inocencio se dirigió a la corte de Francia, pero san Luis, aunque personalmente desaprobaba a Federico, lo consideraba, sin embargo, legítimo monarca, y creía que no era asunto del Papa deponerlo. La corte de Inglaterra, a la que se dirigió el Pontífice a continuación, era bastante más dócil. El rey Enrique III era un hombre vano, que acariciaba la idea de tener otro trono en la familia. Pero el candidato más adecuado era su hermano Ricardo, conde de Cornualles. *Y* éste conocía y apreciaba a Federico, que era cuñado suyo y al que había visitado en Sicilia al volver de Tierra Santa. Mientras Federico vivió, el Papa no pudo encontrar un candidato dispuesto a echarlo. Al morir el emperador, el Papa hizo un nuevo intento. Después de considerar el posible nombramiento de Enrique, hijo más joven de Federico, el 3 de agosto de 1252 escribió al rey de Inglaterra pidiéndole que convenciera a Ricardo de que aceptase el trono siciliano, que dependería del Papado, al que había revertido. Pero no parecía tener mucha confianza en el éxito de esta gestión, ya que, dos días más tarde, escribió una carta similar al rey Luis, ofreciendo el trono a Carlos, conde de Anjou, el hermano más joven del monarca. El propio Luis estaba aún en Tierra Santa, después de su desastrosa cruzada en Egipto. La carta fue acompañada, por tanto, de otra dirigida al hermano inmediatamente siguiente a Luis, Alfonso, conde de Poitiers, como el príncipe más importante de Francia, instándolo a usar su influencia sobre Carlos. Estas cartas fueron confiadas al abogado papal, Alberto de Parma, que tenía que entregar primero la carta para Inglaterra y, si la respuesta era desfavorable, las otras en la corte francesa.

Ricardo de Cornualles rechazó el ofrecimiento sin rodeos.

Era, dijo, como si le ofrecieran la luna a condición de descolgarla del cielo. Parece ser que Carlos dudó, aunque quizá se debiera solamente a que esperaba recibir instrucciones de Luis. A éste le desagradaba la idea, ya que consideraba que Conrado, el hijo de Federico, era el legítimo rey de Sicilia, y la reina madre Blanca, que tenía gran influencia sobre sus hijos, se mostró profundamente disgustada con el intento del Papa de transformar su lucha con los Hohenstaufen en una guerra santa. Así que también Carlos se negó a aceptar la proposición.[68]

La muerte de Conrado y la usurpación del poder por Manfredo cambió la situación. Al rey Luis no le gustaba Manfredo, por ser un intruso descreído, y consideraba el trono como perteneciente por derecho propio al joven Conradino.[69] Enrique de Inglaterra no tenía esos escrúpulos. Ricardo estaba aún menos interesado que antes, ya que ahora tenía la ambición de llegar a ser emperador, y estaba derrochando toda su energía y su dinero en Alemania. Pero Enrique tenía un hijo más joven, Edmundo, al que deseaba ver convertido en rey. Al parecer, a Enrique se le ocurrió la idea de proponer a Edmundo como candidato inmediatamente después de haber rechazado Ricardo el ofrecimiento, en vida aún de Conrado. Pero entretanto, Alberto de Parma había ido a la corte francesa, y sólo el otoño siguiente, después de haber recibido órdenes terminantes del rey Luis por esas fechas, envió Carlos de Anjou su negativa formal al Papa. Mientras tanto, a Enrique le preocupaban los derechos de su sobrino, Enrique de Hohenstaufen, por el que sentía algún afecto. Pero, finalmente, Carlos retiró su candidatura el 30 de octubre de 1253, y el joven príncipe Enrique murió unas seis semanas después. Muy a finales del año, el Papa autorizó a Alberto de Parma a negociar de nuevo con la corte inglesa. En febrero de 1254, Enrique informó a Inocencio de sus deseos de presentar la candidatura de Edmundo. En marzo, Alberto de Parma preparó un bosquejo del convenio que el Papa debía ratificar. El 14 de mayo, Inocencio escribió

una serie de cartas llamando a Edmundo «rey de Sicilia», pero sugiriendo algunas modificaciones en el contrato. Antes de que las cartas fuesen despachadas, llegó la noticia de la muerte del rey Conrado, el 11 de mayo, y Alberto de Parma, que tenía dudas acerca de lo acertado de la candidatura inglesa, retuvo las misivas en espera de averiguar cuáles iban a ser entonces las decisiones del Papa.[70]

La prudencia de Alberto tuvo su justificación. Inocencio no estaba dispuesto a manifestarse inmediatamente contra los derechos del niño Conradino, y pensaba que quizá fuera posible negociar con Manfredo, que dominaba entonces el reino meridional. Hubo un breve intermedio, cuando Inocencio llegó a un acuerdo con Manfredo en el otoño de 1254. Pero los dos lados desconfiaban mutuamente. Ocho días después de haber recibido Manfredo al Papa en el reino, sosteniendo él mismo las bridas del caballo del Pontífice al cruzar el río Garigliano, la luna de miel había terminado y Manfredo huido a Lucera. Inocencio volvió a entablar negociaciones con Inglaterra, pero con menos convencimiento ahora que entonces. Se mostraba dispuesto a aceptar a Edmundo como rey de Sicilia, pero insertaba una cláusula equívoca, que hacía referencia a los derechos de Conradino.[71]

La situación seguía siendo insegura a la muerte de Inocencio, en diciembre de 1254. El rey Enrique de Inglaterra estaba entusiasmado con el proyecto siciliano. Muchos años antes había hecho voto de ir a una cruzada y exigía fuertes impuestos a sus súbditos con ese fin. Pero, en realidad, no deseaba ir a Oriente, ni hubiera sido tampoco prudente abandonar su reino, que era bastante turbulento. Su piedad y sus ambiciones serían mucho más satisfactoriamente complacidas si empleaba el dinero en una guerra santa en beneficio de la Iglesia, y la recompensa iba a ser un trono para su hijo. No es seguro que el joven Edmundo, que contaba sólo ocho años, tuviera alguna opinión sobre el asunto. En cambio sí lo es que los súbditos de Enrique no compartían el

entusiasmo de su rey. Se resentían de los fuertes impuestos; aunque si el dinero se hubiera empleado, efectivamente, en ayudar a los cristianos de Tierra Santa y en luchar contra los infieles, quizá los habrían soportado sin quejas. Pero una guerra santa contra los Hohenstaufen no tenía el mismo atractivo. No había razón suficiente para que el dinero inglés se gastase en una guerra en Italia, para satisfacer la vanidad personal del rey. El «asunto siciliano», como lo llamaban los ingleses, amenazaba con hacer vacilar el poder de la monarquía inglesa.[72]

El rey Enrique no prestó atención a las protestas de sus súbditos. Ya había firmado un tratado con el rey Alfonso de Castilla, que era su rival en Gascuña y que había pretendido, a través de su madre, la herencia de los Hohenstaufen. El hijo mayor de Enrique, Eduardo, estaba prometido a la hermanastra de Alfonso, Leonor. Había habido una larga e intermitente guerra entre Inglaterra y Francia, interrumpida ahora por una tregua arreglada gracias a los buenos oficios del Papa y al deseo de san Luis de estar en paz con sus vecinos. En diciembre de 1254, Enrique visitó París, acompañado de su mujer, la reina Leonor de Provenza, que era hermana de Margarita, la reina de Francia. A las reinas se unieron su madre, la condesa viuda de Provenza y sus otras dos hermanas, Sancha, condesa de Cornualles, y Beatriz, condesa de Anjou, cuyos maridos habían rechazado sucesivamente la corona siciliana. Fue una feliz reunión familiar, turbada solamente por cierta envidia entre las hermanas. Margarita, Leonor, Sancha y su madre mostraban cierta frialdad hacia Beatriz, la cual, a pesar de ser la más joven, había recibido del difunto conde toda *la* herencia de Provenza, por lo que la viuda y las hijas mayores se consideraban privadas de la parte que legítimamente les correspondía. Entretanto, *el* rey Enrique, que era aficionado al arte, admiraba las edificaciones más recientes de París, y Luis accedía a no oponerse a la candidatura del príncipe Edmundo.[73]

La candidatura fue confirmada también por *el* nuevo Papa, Alejandro IV. Quizá Inocencio IV hubiera dudado si era acertado colocar a un niño de nueve años en el trono siciliano y tal vez habría considerado que podían manejarse con fines diplomáticos los derechos de Conradino. Pero Alejandro no era tan sutil. Creía que *el* rey de Inglaterra era rico y estaba encantado de que él pagara los gastos de la inevitable guerra contra Manfredo. Enrique aún estaba sujeto al voto que había hecho de ir a Tierra Santa y de estar en camino para principios del verano de 1256. A petición suya, el Papa lo eximió del voto. En lugar de ello, Enrique tenía que enviar tropas a de la fiesta de San Miguel de 1256 y pagar al tesoro papal la suma de 135 541 marcos. En el otoño de 1255, el obispo de Bolonia llegó de Italia a nombrar a Edmundo rey en nombre del Papa. Con el obispo llegó también el nuncio pontificio Rostand Masson, cuya misión era arreglar que el dinero prometido por Enrique fuera reunido y enviado al Papa. La solemne investidura de Edmundo tuvo lugar en octubre. Al mismo tiempo, el rey Enrique prometía bajo juramento llevar a cabo las peticiones del Papa, bajo pena de excomunión.

Llevado de su orgullo, Enrique nunca se dio cuenta de lo que había prometido. La suma requerida por el Papa estaba muy por encima de lo que Inglaterra podía pagar. En realidad había tomado a su cargo las deudas del Papado sin pararse a pensar en cómo iba a reunir el dinero. Sus súbditos no estaban tan ciegos. Los magnates laicos se negaron a prestarle ninguna ayuda y el rey no podía obligarlos a ello. El clero estaba en una situación más débil. El obispo de Hereford, que había sido legado de Enrique en la corte pontificia, había empeñado ya las posesiones de varios monasterios ingleses como fianza por los préstamos que había obtenido de banqueros italianos en beneficio del Papa. Había que gravar con un impuesto de la décima parte todas las propiedades eclesiásticas durante tres años, o cinco si tres resultaban insuficientes, para desempeñar las posesiones mencionadas. Este im-

puesto había de ser cobrado por funcionarios papales, dirigidos por Rostand Masson. Y todo cabildo o monasterio que no pagase era amenazado con entredicho y excomunión. La protesta afectó incluso a las ilusiones del rey, al tiempo que el propio Rostand empezaba a darse cuenta de que el dinero sencillamente no podía conseguirse. Fueron enviadas a Italia fuertes sumas, pero la deuda parecía siempre igual de grande. Pasó la fiesta de San Miguel de 1256 y el grueso de lo prometido aún no se había pagado. Rostand volvió a la corte pontificia y regresó a Inglaterra en marzo de 1257, acompañado del arzobispo de Mesina, con peticiones de nuevos impuestos. Enrique recibió ceremoniosamente a los legados junto con Edmundo, que ya tenía doce años y que apareció en la recepción vestido con un traje de Apulia. Quizá resultara agradable para el arzobispo siciliano el adecuado traje de su futuro rey, pero no le pudo agradar el temple de los notables ingleses reunidos para recibirle. A pesar del grave sermón que el arzobispo dirigió a los obispos ingleses recordándoles sus deberes para con el nuevo príncipe, que era su nuevo rey, éstos le ofrecieron a regañadientes la suma de 52 000 libras en lugar de los nuevos impuestos que el Papa pedía, y declararon que había que obtener también el consentimiento del bajo clero; pero el bajo clero no estaba dispuesto a dar su consentimiento. Una vez más, los magnates laicos se negaron por completo a prestar ayuda.

Incluso el rey Enrique se dio cuenta de que había ido demasiado lejos. En abril suspendió todos los pagos a los agentes papales, diciendo que no estaba seguro de seguir adelante con el asunto siciliano. A fines de junio nombró representantes con poderes plenipotenciarios para ir a París a firmar una paz permanente con el rey Luis, y de allí a Italia a ofrecer al Papa distintas sugerencias. Enrique consideraba que tenía derecho a condiciones menos duras, ya que el Papa no había hecho nada para impedir que Manfredo consiguiese un dominio más firme en Italia, y una

guerra para desalojarlo en esas condiciones sería un empeño mucho más formidable. En vista de esto, le preguntaba si no sería más sensato firmar la paz con Manfredo, sobre la base de una división del reino de Sicilia. Otra alternativa era que el propio Papado reuniese el dinero para costear la mitad de la guerra a cambio de la mitad del reino. Si esto era inaceptable, Enrique estaba dispuesto a retirar la candidatura de Edmundo si se le relevaba de todas sus obligaciones, y el Papa entonces podía buscar otro paladín. Como los legados estaban retenidos en París, estas sugerencias fueron llevadas a Roma por Rostand Masson, que había llegado a simpatizar totalmente con el punto de vista inglés y probablemente había redactado él mismo las cartas para el Papa. [74]

El papa Alejandro se enfureció. Con la obstinación de un hombre débil, estaba decidido a no ceder ante Enrique. Los éxitos de Manfredo, de los que él era en gran parte responsable, por su ineficacia, lo hacían estar aún menos dispuesto a dejar a los ingleses libres de sus garras. Rostand cayó en desgracia. Se le permitió volver a Inglaterra, pero la respuesta del Papa fue confiada a un nuevo legado, el notario Arlotus. Alejandro hizo una única y pequeña concesión: Enrique no tenía que pagar lo restante del dinero prometido, que era bastante más de la mitad de la suma originariamente mencionada, hasta el verano de 1258. Mientras tanto, los legados ingleses tenían que conseguir fianza para préstamos que cubrieran parte de lo que se debía. Además, ordenaba a Enrique que firmase la paz con Francia y fuese a Sicilia con no menos de 8500 hombres armados, hacia el 1 de marzo de 1259. Los arzobispos y obispos tendrían a su cargo la recogida del dinero en cada diócesis, y Enrique tenía que conseguir una contribución de sus súbditos laicos. Si no se cumplían estas condiciones, Enrique sería excomulgado y el país colocado en entredicho.

En abril de 1258, Enrique reunió a los magnates laicos y eclesiásticos y les informó de las condiciones del Papa. Su reacción fue tajante. Unos pocos días más tarde, un grupo de señores laicos se reunió y juró prestarse apoyo mutuo. A continuación se dirigieron, armados de pies a cabeza, al palacio real de Westminster y, dejando las espadas a la puerta, se presentaron ante el rey. Éste se vio perdido. Junto con su heredero, el príncipe Eduardo, juró sobre los Evangelios que seguiría los consejos de sus barones, los cuales, a su lado, prometieron ayudarle en el asunto siciliano si el Papa moderaba sus condiciones y si el rey implantaba reformas constitucionales. En mayo, iba a reunirse un parlamento en Oxford para discutir las reformas.[75]

El asunto siciliano había entrado a formar parte del problema, de mayor alcance, de la monarquía y la nobleza de Inglaterra. Enrique aún tenía algunas esperanzas. En realidad tres años más tarde se convenció de que si los barones no hubieran intervenido en 1258 él podría haber llegado aún a un acuerdo viable con el Papa. Sus legados, que en 1259 consiguieron firmar un tratado de paz con Francia, ratificado al año siguiente, lograron también la inserción de una cláusula según la cual el rey Luis prometía pagar 500 caballeros durante dos años para ayuda de la guerra siciliana. Los barones escribieron al Papa ofreciéndose a hacer todo lo posible por llevar a cabo el proyecto, aunque dejaban bien claro que no estaban contentos. Señalaban que no habían sido consultados e insinuaban sus dudas con respecto a su viabilidad. De hecho, era ya evidente, incluso para el Papa, que no se podía esperar nada de Inglaterra. Sin embargo, el Pontífice no había salido mal: había conseguido de los ingleses 60 000 marcos sin que le costara a él nada. Decidiéndose por una vez en su vida, publicó una bula el 18 de diciembre de 1258 cancelando la concesión del reino de Sicilia al príncipe Edmundo.[76]

La larga negociación con Inglaterra no había logrado resolver el problema de la corona de Sicilia. El Papa había obtenido algún

dinero de todo ello, pero entretanto Manfredo había consolidado su posición en Italia. El asunto en general fue importante, sobre todo por su efecto en la historia interna de Inglaterra, ya que anunció la guerra de los barones y el desarrollo de las luchas constitucionales que llenaron la última parte del reinado de Enrique III. Si miramos hacia atrás, parece absurdo que el rey Enrique hubiese podido llegar a pensar que fuera posible colocar a su hijo en un trono italiano. Ni él ni su país podían permitirse un proyecto tan grandioso, y el Papa debería haberse dado cuenta mucho antes de que estaba perdiendo el tiempo. Pero pocos monarcas medievales se detuvieron a pensar en asuntos financieros. El propio hermano de Enrique, Ricardo, considerado como uno de los hombres más sensatos de su tiempo, creía que era suficientemente rico como para embarcarse en el proyecto aún más ambicioso de hacerse emperador, y estuvo a punto de conseguirlo. Si los súbditos de Enrique hubieran sido lo bastante dóciles como para pagar fuerzas expedicionarias y si el Papa hubiera sido menos codicioso en sus peticiones de dinero, quizá Edmundo habría llegado a ser rey de Sicilia. Manfredo no era invencible, como iba a demostrarse más adelante, y era más débil en 1256 que en 1266. El ejército que lo venció, aunque tenía la ventaja de un mando competente, no era especialmente grande, y sus organizadores no gastaron en él la cantidad de dinero que Enrique estaba dispuesto a gastar. En realidad, si tanto Enrique como el papa Alejandro hubieran sido hombres más inteligentes y más capaces de ganarse el respeto de sus súbditos, podrían haber llevado a cabo sus proyectos; y podría haber sido una ventaja para Sicilia tener un pequeño lazo de unión con la lejana corona de Inglaterra en lugar de otro más estrecho con Francia. El príncipe Edmundo se transformó en un príncipe inteligente y generoso, amado por todos sus vasallos. Podría haber sido un buen rey y haber fundado una dinastía auténticamente dedicada a defender los intereses de los sicilianos. Pero sin duda alguna tuvo la suerte

de quedar apartado de las complejidades de la política mediterránea y fue mucho más afortunado siendo sólo conde de Lancaster que si hubiese sido rey de Sicilia.

El abandono del proyecto inglés dejó al Papa en libertad de buscar un candidato en otra parte. Pero, como de costumbre, el Pontífice estaba lleno de dudas y la muerte le llegó antes de que llegara a decidirse. Su sucesor, Urbano IV, tenía puntos de vista más positivos.

5. En busca de un rey: Carlos de Anjou

El papa Urbano había pasado los últimos años en Oriente. No había tenido ningún contacto con la política papal en Europa occidental y llegaba a ella con mentalidad amplia. Tan pronto como pudo ponerse al corriente de la historia de la candidatura inglesa para el trono de Sicilia, vio que era impracticable. El rey Enrique, con su incurable optimismo, tenía la esperanza de que el nuevo Papa revocase la última decisión de Alejandro, pero, a pesar de sus ruegos, Urbano envió un mensaje en septiembre de 1262 confirmando que las negociaciones con Inglaterra habían terminado. Ya estaba buscando un candidato en otra parte. El Papa era francés y su instinto lo incitaba a buscar salvación para la Iglesia en Francia. Hasta entonces, el rey Luis había sido desalentador, pero no había otra persona a la cual dirigirse. El desagrado del Papa por los Hohenstaufen, nacido durante su legación en Alemania, era tal que le impedía defender las pretensiones de Conradino frente a Manfredo. No había otro candidato posible en Alemania, donde Ricardo de Cornualles, rey de romanos, se esforzaba por mantener el poder y estaba demasiado ocupado como para preocuparse por Italia, incluso en el caso de que el Papa hubiera corrido el riesgo de unir de nuevo la corona imperial y la siciliana. De los otros soberanos occidentales, el rey don Jaime de Aragón era un aventurero dispuesto a intentar cualquier nueva empresa, pero acababa de aliarse con Manfredo. El rey don Alfonso de Castilla se propuso a sí mismo como rey de Sicilia, pero aún era un candidato al Imperio y se había ganado las antipatías del Papado por haber tratado de lle-

var a cabo sus proyectos imperiales por medio de la amistad con los gibelinos del norte de Italia. Sólo quedaba la corte francesa. En la primavera de 1262, el notario Alberto de Parma fue enviado una vez más a París para pedirle al rey Luis que volviese a considerar su decisión y aceptase la investidura del reino de Sicilia para un príncipe de su Casa.[77]

El rey Luis estaba desconcertado. Había prometido su apoyo a la candidatura inglesa, pero se sentía incómodo al pensar en los derechos hereditarios de Conradino. Al mismo tiempo, no aprobaba la conducta de Manfredo, que era con toda certeza un usurpador y un enemigo de la Iglesia. Su enemistad hacia Manfredo era tan fuerte que estaba dispuesto a romper el compromiso matrimonial de su hijo Felipe con una princesa de Aragón porque se había enterado de que el hermano de ésta se había casado con la hija de Manfredo. Y sólo autorizó el matrimonio después de prometer Jaime de Aragón que nunca prestaría a Manfredo ayuda armada para sus luchas con la Iglesia. Durante algún tiempo, el rey Luis titubeó pero, finalmente, con una ligereza poco consecuente con su reputación de santo, llegó a un acuerdo. Rechazó el trono para él y para sus hijos, pero no puso ninguna objeción cuando Alberto sugirió que fuese ofrecido a su hermano Carlos, conde de Anjou. Encantado con esta concesión, Alberto se disponía a salir para Provenza, donde residía el conde de Anjou, cuando llegaron a París nuevas cartas del Papa ordenando que se suspendieran totalmente las negociaciones.[78]

El cambio de opinión del Papa se debía a la llegada a su corte del exemperador Balduino. Éste se había dirigido a Viterbo después de visitar a Manfredo, al que consideraba como el único príncipe capaz de restaurar el Imperio latino de Constantinopla. Ahora era el Papa el que estaba desconcertado. Recuperar Constantinopla era una causa muy querida para él y le dolía sinceramente la postura de Balduino. Se negó a dar una respuesta directa a las cartas de Manfredo que le entregó el emperador. No po-

día decidirse fácilmente a llegar a un acuerdo con ese usurpador excomulgado, pero tampoco le gustaba rechazar de entrada el ofrecimiento. Era muy poco conveniente para el Papa, estando la cristiandad latina de Oriente en peligro, concentrar toda su energía en una guerra en Italia. Además, no sólo había que tener en cuenta Constantinopla. Los estados cruzados de Siria, donde Urbano había vivido y trabajado, estaban amenazados por el crecimiento del poder mameluco en Egipto. La victoria de estos últimos sobre los mongoles en 1260, que había sido muy bien acogida en su momento por los caballeros de ultramar, aterrados por el vasto Imperio mongol, se consideraba ahora como un mayor y más inmediato peligro. Urbano era un hombre de mucha experiencia y veía a la cristiandad como un todo. Tenía, por lo tanto, que detenerse a considerar de nuevo la política a adoptar. En lugar de seguir adelante con el ofrecimiento de Sicilia a un príncipe francés, el Papa se dirigió a todos sus fieles, exhortándolos a organizar inmediatamente una cruzada.[79]

A mucha gente le parecía que la diplomacia de Manfredo había tenido éxito. Un observador inglés escribió a su patria desde Viterbo diciendo que la reconciliación entre el rey de Sicilia y el Papado era inminente.[80] A Constantinopla llegaron noticias de que el Papa había relevado a Guillermo de Acaya del voto de amistad que había hecho al emperador bizantino y se suponía que ello se debía a la intervención de Manfredo. El emperador temía que se hubiera organizado una gran alianza en todo Occidente contra él.[81]Sus temores eran prematuros, ya que el papa Urbano tenía otras ideas en mente. Había enviado un mensaje convocando a Manfredo a comparecer ante él, en persona o por poderes, antes del primero de agosto de 1262, para someterse al juicio pontificio. A fines de julio, Manfredo envió representantes a Viterbo, donde fueron presentados al Papa por el propio exemperador Balduino. Solicitaron al Pontífice que le fuese concedido a Manfredo otro plazo, y obtuvieron una prórroga hasta el 18 de

noviembre. Mientras tanto, Urbano había escrito al rey Luis pidiéndole consejo. Para este último, que deseaba organizar una cruzada contra los infieles, la perspectiva de un arreglo pacífico era algo muy atractivo. Por mucho que él desaprobase la conducta de Manfredo, su conciencia se tranquilizaría si el Papa lo perdonaba. En consecuencia, escribió a Urbano expresando su aprobación. Pero por algún motivo la salida de la carta se retrasó. Puede que Luis estuviese aún preocupado por el sacrificio de los derechos de Conradino, consecuencia de la reconciliación con Manfredo. También podría ser, quizá, que Carlos de Anjou, que estaba por entonces interesado en el asunto siciliano, consiguiese detener la respuesta de su hermano.[82] Lo cierto es que, cuando la segunda embajada de Manfredo se presentó ante el Papa, a principios de noviembre, Urbano aún no sabía nada sobre el punto de vista de Francia. El Papa contemporizó. Ofreció a Manfredo un salvoconducto para ir a la corte pontificia, pero dejó sin precisar las condiciones de la reconciliación. Envió un mensaje a Alberto de Parma diciéndole que continuase las negociaciones con Carlos de Anjou. Finalmente, a finales de noviembre, Urbano expuso sus condiciones a Manfredo. No se sabe con precisión qué es lo que pedía. Parece que ofrecía dar en feudo a Manfredo y a sus herederos el reino de Sicilia, sin tener en cuenta los derechos que Conradino pudiera tener. Probablemente, Manfredo había de pagar una gran suma y un tributo anual a la Santa Sede. Tenía también que admitir de nuevo en su reino a los oponentes políticos que había desterrado y devolverles las tierras que les había confiscado. Esta última cláusula fue la que resultó ser inaceptable. Incluso en el caso de que Manfredo hubiera estado dispuesto a abandonar tierras que consideraba necesarias para mantener el poder real, sus funcionarios, a los que recompensaba con los territorios confiscados, nunca consentirían en perderlas. La corte de Manfredo no permitiría a éste aceptar las condiciones. Y cuando Manfredo presentó sus propias pro-

puestas ya era demasiado tarde: Urbano había decidido que nada bueno podía salir de una reconciliación.[83]

El Papa tenía que moverse con cautela. El rey Luis deseaba ardientemente organizar una cruzada a Oriente. El emperador Balduino había ido a París a usar su influencia con el rey. Urbano aún actuaba como si la cruzada fuera su principal objetivo. Aunque, en privado, había empezado a preguntarse si no sería mucho más satisfactorio llegar a un acuerdo con Miguel Paleólogo, sobre la base de la unión de la Iglesia, que restaurar el Imperio latino. Oficialmente rechazaba toda relación con los griegos. Pero hizo comprender a Luis que, en su opinión, no podía confiarse en Manfredo y que para que tuviera éxito una cruzada tenía que haber un hijo de la Iglesia más fiel en el trono de Sicilia.[84]

Luis se dejó convencer a pesar de las súplicas de Balduino.

En mayo de 1263 fueron a visitarle a París sus hermanos Alfonso de Poitiers y Carlos de Anjou. Luis dio permiso a Carlos para reanudar las negociaciones con el Papado. En junio, los embajadores de Carlos llegaron ante el Papa. El 17 de junio, Urbano les dio un bosquejo de un tratado para su señor, y tres días más tarde, escribió a Alfonso de Poitiers solicitando su ayuda para convencer a Carlos de que aceptase las condiciones. En julio escribió una carta amistosa al emperador Miguel Paleólogo y nombró un nuevo legado en las cortes francesa e inglesa. Este legado era el arzobispo de Cosenza, que pertenecía a la gran familia napolitana de los Pignatelli, ancestrales enemigos de los Hohenstaufen. El arzobispo tenía que decirle a Enrique de Inglaterra que ya no se trataría más del asunto de la candidatura de Edmundo, y a Luis de Francia que debía olvidarse de sus escrúpulos respecto a Edmundo o a Conradino. Los intereses de la Iglesia y de la cruzada requerían que el trono siciliano pasara a Carlos.[85]

El emperador Balduino, en el cual confiaba Manfredo, estaba desesperado. El 2 de julio escribió desde París a Manfredo, diciéndole que el Papa había conseguido persuadir al rey Luis de que sus intentos de reconciliación con el Papado no eran sinceros. Balduino apremiaba a Manfredo a enviar un representante digno de confianza a París con un mensaje para el rey Luis en el que manifestara su buena fe, y otro a la reina de Francia, a la cual, por lo que Balduino podía ver, le desagradaba profundamente el conde de Anjou. Manfredo nunca recibió la carta, ya que fue interceptada por el podestá de Rímini, el cual la envió al Papa. Éste la leyó y la envió de nuevo a París, por mano de Alberto de Parma, para que la viese el rey Luis. Al monarca le disgustó ver que Balduino, que era su huésped, estaba intrigando a sus espaldas. El duque de Borgoña, a quien Balduino se había ganado prometiéndole el reino de Tesalónica cuando fuese restaurado el Imperio latino, no consiguió hacer cambiar de parecer al rey, y tampoco logró nada la reina Margarita, porque ésta ya había ofendido al monarca con el odio que sentía por su hermano. [86]

Con el permiso de su hermano, Carlos no dudó en aceptar el convenio proyectado por el Papa. Sus legados regresaron inmediatamente a Orvieto, donde se encontraba el Pontífice, con el consentimiento escrito de Carlos. El 26 de junio, Urbano había firmado una bula prometiendo observar su parte del acuerdo. Se desconoce en qué fecha fue ratificado el mismo. A finales de julio, Carlos de Anjou era admitido como campeón de la Iglesia.

Las condiciones del tratado eran mucho más favorables para el Papa que para Carlos. El nuevo rey de Sicilia tenía que abandonar el cargo de delegado apostólico en el reino que habían ostentado los soberanos normandos. No tendría voz en los nombramientos de la Iglesia ni en la jurisdicción eclesiástica. No podría cobrar impuestos al clero ni ejercer el derecho tradicional de los reyes de disfrutar de los ingresos de un obispado vacante. No só-

lo no podría pretender nunca el trono imperial, sino que tampoco ocuparía ningún cargo en la Italia imperial o en los territorios pontificios. No podría confiscar el total o una parte de los feudos dependientes de la corona ni reducir su valor. Tenía que garantizar una buena administración, semejante a la que existía en tiempos del rey Guillermo II, el «buen rey Guillermo» de la tradición, y no debía exigir impuestos excesivos. Si el Papa decidía deponerlo, él no reclamaría ulterior lealtad a sus súbditos. Además, se haría cargo de lo que restaba de la deuda inglesa al Papado; debía suministrar al Papa trescientos caballeros o barcos siempre que fuera necesario, y debía pagar al Papado un tributo anual de 10 000 onzas de oro, más de treinta veces lo que los reyes normandos habían pagado. A cambio de esto, el Papado le daba a él su protección apostólica y le concedía un diezmo durante tres años de los ingresos eclesiásticos de Francia, Provenza y el reino de Arles. El Papa se comprometía a predicar una cruzada contra Manfredo y prometía que nunca permitiría la elección de Conradino para el trono imperial, ni de otra persona que pudiera pretender el trono de Sicilia.[87]

Que Carlos de Anjou aceptase semejantes condiciones demuestra el alcance de su ambición. Corrían rumores de que lo había hecho a instancias de su mujer. Beatriz de Provenza sentía envidia de sus hermanas, que eran entonces reinas de Francia, de Inglaterra y de romanos. Cuando se reunieron la última vez, a ella la habían colocado en un banquete en una mesa inferior, como simple condesa, de lo que se había resentido amargamente. Ella también quería ser reina. Pero Carlos no era un hombre que se dejase influir por los caprichos de una mujer. Su deseo de un trono era aún mayor que el suyo.[88]

Carlos había nacido a principios de 1227, pocos meses después de la muerte de su padre, el rey Luis VIII, y su infancia había transcurrido durante los tormentosos años en que su madre, Blanca de Castilla, imponía su autoridad sobre la rebelde nobleza

de Francia. Blanca era una mujer orgullosa y enérgica, demasiado ocupada con la política como para dedicar mucho tiempo o cariño a sus hijos. Un lazo de afecto la unía a su santo hijo mayor, Luis IX, cuyos intereses defendía infatigablemente, y el cual la recompensaba con deferente e incuestionable devoción. Pero, al parecer, Blanca se preocupó muy poco de Carlos, que era, de todos sus hijos, el que más se parecía a ella. San Luis era tan afectuoso con sus hermanos como su austera e inabordable naturaleza se lo permitía, pero su favorito había sido el segundo hermano, Roberto, conde de Artois, joven hermoso y gallardo, que había muerto, debido a su propia temeridad, en la batalla de Mansourah, durante la cruzada de Egipto. De los dos hermanos supervivientes, Alfonso y Carlos, Luis prefería a Alfonso, y Carlos lo sabía. Alfonso, conde de Poitiers, era frágil y enfermizo, trabajador y lúgubre. Se había casado de joven con Juana de Tolosa, la más rica heredera de Francia, pero rara vez residía en las tierras meridionales de su mujer, a las que prefería París o sus cercanías, mientras un ejército de correos iba y venía llevando sus meticulosas instrucciones para la administración de sus posesiones, que él supervisaba personalmente con todo detalle. Era un gobernante piadoso y justo, aunque algo avaricioso; el rey, su hermano, consideraba que era un consejero prudente y leal. Su única hermana, Isabel, se había retirado joven al convento de Saint Cloud, fundado por ella misma.

Carente de afectos familiares que lo dulcificasen, Carlos se convirtió en un joven que sólo contaba consigo mismo. Era alto y musculoso, con una tez cetrina heredada de sus antepasados castellanos, y con la larga nariz de los Capetos. Tenía un cuerpo sano y bien disciplinado, con toda la energía de su madre. Había recibido una buena educación y nunca perdió la afición al conocimiento ni el gusto personal por la poesía y las artes. Pero poseía la austeridad de la familia y siempre estaba dispuesto a abandonar sus placeres por más altas miras; sin embargo, mientras la

austeridad del rey Luis era fruto de su sincera piedad, la de Carlos era un vehículo para satisfacer su ambición de poder. Su piedad era, a su manera, sincera, pero tomaba fundamentalmente la forma de una creencia según la cual él era el instrumento elegido por Dios.[89]

Aunque su familia no lo colmó de amor, le dio grandes compensaciones materiales. Antes de que naciera, su padre, moribundo, le legó, si era niño, los ricos territorios de Anjou y Maine. Hasta 1247, año en que cumplía los veinte, no le fueron entregados en feudo los dos condados, pero el año anterior su madre y su hermano habían arreglado su matrimonio con una rica heredera, Beatriz de Provenza. Ésta era la menor de las cuatro hermosas hijas de Ramón Berenguer IV, conde de Provenza y de Forcalquier. De sus hermanas, Margarita se había casado con el rey Luis en 1234; Leonor con el rey Enrique III de Inglaterra, en 1236, y Sancha, la más hermosa de las cuatro, con Ricardo de Cornualles, futuro rey de romanos, en 1243. Según la costumbre feudal, al no haber hijos varones, las hijas deberían haber sido coherederas. Pero Ramón Berenguer no deseaba que sus tierras se dividiesen y se las dejó todas a Beatriz, considerando que sus hermanas habían sido convenientemente compensadas con amplias dotes. Desgraciadamente, nunca se pagaron totalmente las dotes y las hermanas desheredadas se sintieron perjudicadas, especialmente la reina Margarita, la mayor, que en adelante había de profesar a Carlos un odio implacable. Carlos estaba también en malas relaciones con su suegra, Beatriz de Saboya, que se peleó con él a propósito de sus bienes parafernales.[90]

A Carlos no lo detuvo la hostilidad de la familia de su mujer. Beatriz lo había preferido a otros pretendientes, como Conrado de Hohenstaufen, rey de romanos, y dos viudos ya maduros, el rey Jaime de Aragón y el conde Raimundo VII de Tolosa. Y él justificó su elección. Legalmente, el condado de Provenza debía vasallaje al emperador, como parte del antiguo reino de Borgoña

y de Arles, pero Carlos no hizo caso de esto, y tampoco estaba Federico II en condiciones de afirmar sus derechos. Los últimos condes de Provenza habían sido negligentes, dejando a las ciudades y a la nobleza del condado libertad de hacer lo que quisieran. Carlos estaba decidido a terminar con esta situación. Cuando llegó a Provenza, a principios de 1246, se presentó con un ejército de abogados y contables preparados en la corte francesa, los cuales se dedicaron inmediatamente a estudiar sus derechos legales y sus privilegios como conde y a computar los servicios y dinero que se le debían. Estas actividades suscitaron la furiosa oposición de los provenzales. Dos de los nobles locales, Barral de Les Baux y Bonifacio de Castellanc, organizaron a los descontentos. Contaban con el apoyo de la condesa viuda, que pretendía que el testamento de su marido le otorgaba a ella la entera posesión del condado de Forcalquier y el usufructo de la posesión de Provenza, y tenía a su lado también a las ciudades de Marsella, Arles y Avignon. Éstas, legalmente no formaban parte del condado, sino que eran ciudades imperiales que habían desarrollado un gobierno comunal, según el modelo italiano. Y en la actitud de Carlos preveían una amenaza para su independencia. Cuando en 1247, Carlos fue a recibir la investidura de Maine y de Anjou, las tres ciudades formaron una alianza de defensa que había de durar cincuenta años, e invitaron a Barral de Les Baux a que mandase sus ejércitos.

Carlos había prometido tomar parte en la cruzada de su hermano y no tenía tiempo de someter a los descontentos. Todo lo que pudo hacer fue un compromiso con su suegra, concediéndole Forcalquier y un tercio de los ingresos provenzales. Después de zarpar él con el rey desde Aigues-Mortes, en 1248, el descontento se convirtió en rebelión. Carlos demostró ser un soldado valiente en la cruzada, pero tan pronto como su hermano se lo permitió, se apresuró a regresar, desembarcando en Aigues-Mortes en octubre de 1250.

Con una mezcla de energía guerrera y de sutil diplomacia consiguió dividir a sus enemigos y aplastarlos uno a uno. Arles se sometió en abril de 1251 y Avignon en mayo. En junio se rindió Barral de Les Baux. Marsella rechazó el primer ataque de Carlos en agosto, pero pidió la paz al siguiente julio. Carlos trató a los dirigentes de la rebelión con consideración personal, pero insistió en que sus derechos legales como conde quedaran clara y definitivamente afirmados y le fueran reconocidos. Se permitió a los marselleses que conservaran su autonomía comunal, a condición de que reconociesen a Carlos como soberano.

En noviembre de 1252, a la muerte de la reina madre Blanca, la cual había sido regente de Francia durante la ausencia del rey Luis, Carlos fue a París y asumió la regencia junto con su hermano Alfonso. En ese momento fue cuando le ofrecieron por primera vez la corona de Sicilia. Alfonso desaprobaba la proposición y el rey Luis escribió desde Oriente prohibiéndole a Carlos que la aceptara. Decepcionado, éste intervino en una guerra civil en Flandes, prestando su apoyo a la condesa Margarita en su lucha contra su hijo, Juan de Avesnes, ayuda por la que recibió el condado de Hainault y el cargo de Guardián de Flandes. Carlos empezó a introducir sus tropas en el condado. Las noticias de la guerra de Flandes habían alarmado al rey, que estaba aún en Oriente. Cuando volvió a Francia, en el verano de 1254, Luis ordenó a Carlos que abandonase Hainault. Su decisión final, en 1256, daba Flandes a Juan de Avesnes, el cual tenía que rendir homenaje personalmente a Carlos.

Para entonces, Carlos había perdido las esperanzas de tener un dominio flamenco. Durante su estancia en el norte, Provenza había estado en manos de capaces senescales, ayudados por los obispos locales y por Barral de Les Baux, que era ahora fiel amigo de Carlos. Pero muchos de los nobles ofrecían aún resistencia, con Bonifacio de Castellane al frente. La condesa viuda planteaba nuevos problemas. Los marselleses se resentían de las visitas

de los funcionarios, que insistían sobre los derechos soberanos de Carlos. Una vez más, éste dividió a sus enemigos y se enfrentó con ellos uno a uno. En noviembre de 1256, gracias a la intervención del rey Luis, la condesa viuda se avino a entregar Forcalquier y renunciar a sus pretensiones al usufructo de Provenza a cambio de una importante suma de dinero en metálico y una bonita renta vitalicia. Luis, tomando en consideración que la anciana y turbulenta señora era también su suegra, ayudó a su hermano, prometiendo pagar él la renta. Este arreglo debilitó a los nobles disidentes, que contaban con la condesa como apoyo financiero. Marsella había confiado en escapar al poder de Carlos por medio de las alianzas hechas en 1256 con el rey de Castilla y con Pisa. Pero Alfonso de Castilla estaba totalmente entregado a su candidatura al Imperio y no podía ayudarla, mientras que Pisa estaba envuelta en una desdichada guerra con Florencia. Los partidarios de Carlos, los *franciots*, como los llamaban los provenzales, organizaron un golpe de Estado, y Carlos fue personalmente para insistir en la firma de un nuevo tratado, según el cual Marsella conservaría su autonomía judicial y fiscal, pero dejaría toda la autoridad política en manos de los representantes del conde.[91]

Una vez dominada Provenza, Carlos extendió su poder más allá de las fronteras del condado. En 1257 obtuvo derechos sobre algunos señoríos de los Bajos Alpes, que le fueron cedidos por el Delfín de Vienne. También consiguió de Raimundo de Les Baux, conde de Orange, los derechos como regente del reino de Arles, que Federico II había otorgado al padre de Raimundo. Esta cesión debería haber sido confirmada por el emperador, pero en esos momentos nadie ocupaba el trono imperial. En 1258, el conde de Ventimiglia, hasta entonces vasallo de la República de Génova, reconoció a Carlos como soberano suyo, el cual extendía así su poder por la costa hasta San Remo y por las montañas hasta el Paso de Tenda. En 1259, una sutil combinación de sobornos, promesas y amenazas militares proporcionó a Carlos el

señorío de Cuneo, Alba y Cherasco, en el Piamonte meridional, y al año siguiente la sumisión de los señores de Mondovi, Ceva, Biandrate y Saluzzo completaba su dominio del distrito. A principios de 1262, cuando Carlos había ido al norte a visitar las tierras de Anjou y a discutir con su hermano la posible oferta del trono siciliano, surgió un nuevo levantamiento en Provenza. Bonifacio de Castellane volvió a agrupar a la nobleza y los marselleses se levantaron contra los funcionarios *franciots* y los expulsaron. Génova prometió apoyar a los rebeldes, y los hijos del rey de Aragón esperaban en Montpellier, dispuestos a aumentar las dificultades de Carlos con su intervención. Pero Barral de Les Baux seguía fiel a Carlos, a pesar de que su primo Hugo se había unido a los rebeldes. Gracias a su influencia se impidió que el levantamiento se extendiese. Carlos se apresuró a volver. Compró a los genoveses devolviéndoles las tierras costeras de Ventimiglia, aunque conservó los distritos montañosos del interior. Dispersó a los nobles rebeldes y fue contra Castellane, obligando a Bonifacio y a Hugo de Les Baux a huir al exilio. Después, se aproximó a Marsella. Pero entonces ya estaba en tratos con el Papa sobre el trono de Sicilia y deseaba evitar los disturbios. Cuando el rey de Aragón se ofreció a negociar en nombre de los marselleses, Carlos aceptó el ofrecimiento.

Marsella tenía que desmantelar sus fortificaciones y sus ciudadanos debían entregar las armas. Pero la ciudad podría mantener sus derechos judiciales y fiscales, y los cabecillas del levantamiento no serían castigados. La notable mezcla de energía y generosidad mostrada por Carlos surtió su efecto. No hubo más perturbaciones en Provenza mientras vivió. Más bien al contrario, los provenzales se dieron cuenta en seguida de que podían beneficiarse de los proyectos de Carlos sobre Italia, y le prestaron todo su apoyo.[92]

Un Papa previsor habría temido que un hombre con tal acopio de vigor y de ambición no iba a resultar a la larga un subor-

dinado dócil y buen paladín de la Iglesia. Pero el papa Urbano no podía permitirse el lujo de mirar a tan largo plazo. Manfredo era un peligro demasiado inminente. Un niño como Edmundo de Inglaterra, que dependía de un padre débil y poco realista, no era adecuado para la tarea de aplastarlo, incluso en el caso de que al rey Enrique lo apoyasen sus súbditos. Se necesitaba un hombre de capacidad probada. Y Urbano, como francés, prefería que fuera un compatriota suyo. No se ocurrió pensar que podía haber un futuro peligro de que la dominación de los alemanes en Italia, contra la cual habían luchado tan infatigablemente sus predecesores, fuese reemplazada por la dominación de los franceses. Italia tenía que deshacerse de Manfredo, y Carlos era el hombre adecuado para esa tarea, especialmente porque contaba con la riqueza de Francia y con el apoyo del rey Luis, que era la mayor fuerza moral de Europa en esos momentos. El propio Luis no estuvo nunca completamente satisfecho con el proyecto, pero estaba de acuerdo en que Manfredo era una amenaza para la cristiandad, y puede ser también que se sintiera algo culpable por amar menos a Carlos que a sus otros hermanos, y por haber frustrado sus ambiciones en el pasado con respecto a Flandes. Una vez decidido sobre el asunto, el rey Luis prestó a Carlos toda la ayuda que pudo.

El propio Carlos no se sentía inquieto, a pesar de las exorbitantes condiciones exigidas por el Papado. Sabía que podía ajustarlas más adelante según le conviniera.

6. La invasión angevina

No pasó mucho tiempo antes de que el Papado descubriera la clase de hombre que había escogido como paladín.

El convenio se había firmado en junio de 1263. La ciudad de Roma había pasado al campo güelfo al principio del pontificado de Urbano, y aunque el Papa nunca residió en ella, había nombrado representantes para gobernarla; un comité de *boni homines*, que habían de ejercer las funciones del senador. No era un gobierno eficaz. Aún había un poderoso partido gibelino, que seguía intrigando contra el gobierno. Manfredo, nada más saber el convenio de Carlos con el Papa, decidió que Roma era una ciudad clave. Sus partidarios, con un tal Pedro Romani al frente, le propusieron que fuera senador. Su yerno, Pedro de Aragón, estaba dispuesto a ir en peregrinación a Roma con el fin de conseguir votos para Manfredo, o para ofrecerse él mismo como candidato, como segunda alternativa. El cardenal Ricardo Annibaldi, que se encontraba en la ciudad se opuso a la intriga. Annibaldi convenció a los güelfos de que contestasen eligiendo a un senador fuerte, que mirase por los intereses güelfos. Por sugerencia suya, le ofrecieron el cargo a Carlos, que lo aceptó. Según lo tratado con el Papado, Carlos no podía ocupar ningún cargo, ni siquiera el más modesto, en ninguna ciudad del Imperio, por oscura que ésta fuese. Y ahora se proponía asumir el principal cargo secular de la metrópoli imperial.[93]

El papa Urbano estaba perplejo. Muchos de los cardenales declaraban que debía romper las negociaciones con Carlos, pero el

Pontífice no deseaba desautorizar la labor del cardenal Annibaldi ni correr el riesgo de ofender a los que lo apoyaban en Roma. Además, no podía permitirse el lujo de pelearse con Carlos en esos momentos. Manfredo, rechazado en Roma, avanzaba a través de las tierras orientales del patrimonio romano y estaba decidido a someter a su soberanía Lucca, la última ciudad güelfa que quedaba en la Toscana.[94] Por tanto, Urbano anunció que aprobaba el nombramiento de Carlos como medida temporal.[95] Carlos, diplomáticamente, replicó que no lo aceptaría sin la aprobación del Papa. Pero sabía que su posición era fuerte e insistió en que se revisara totalmente el convenio con el Papado. Las negociaciones se extendieron a lo largo del otoño de 1263. El Papa hizo nuevas proposiciones, que Carlos apenas se dignó considerar. A fines del año parecía que el convenio entero iba a cancelarse. Pero en los primeros meses de 1264 el poder de Manfredo en Italia central se hizo más fuerte. Lucca se sometió al fin y Urbano se encontró rodeado. Si no encontraba ayuda pronto (confesaba el Papa a sus íntimos) iba a tener que retirarse a Francia. El Papado se rindió a las peticiones de Carlos. En abril sometió a la aprobación de los cardenales las nuevas condiciones que se proponía ofrecer. Muchos de los cardenales estaban ya muy disgustados con todo el asunto angevino, así que Urbano se dirigió a ellos prácticamente disculpándose, señalando que los éxitos de Manfredo hacían que la intervención de Carlos fuese esencial. Sugirió que este último dimitiese de su cargo de senador de Roma, bien en una fecha dada, bien tan pronto como hubiese conquistado el reino de Sicilia. Carlos podía decidir lo que prefiriese. Las otras condiciones convenidas previamente con Carlos deberían mantenerse. El cardenal de Santa Cecilia, Simón de Brie, hombre muy admirado por san Luis, debía ir a París, donde se encontraba Carlos con su hermano, y decirle a Luis que si su hermano se mostraba intransigente con el asunto de Roma, se consideraría retirada su candidatura al trono siciliano. Para apo-

yar los esfuerzos del cardenal Simón se ordenó al cardenal obispo de Sabina, Guido Fulquois, entonces legado en Inglaterra y hombre del agrado de Luis, que se le uniese en París.[96]

Entretanto, Carlos envió sus propias condiciones. Sabía que el Papa estaba efectivamente en sus manos. Exigía que la suma anual que debía de ser pagada al Pontífice por el reino conquistado fuese menor de 10 000 onzas. Tendría que recompensar a los que lo apoyaban en el reino conquistado y no deseaba empobrecerlo. Quería que se declarase que todos sus descendientes, varones o hembras, serían susceptibles de ser sucesores al trono, y que a la cláusula que prohibía a Carlos o a sus sucesores adquirir tierras o cargos en Italia del Norte y del centro se le añadiesen las palabras «a sabiendas». Por razones militares u otras cualesquiera, podía verse en la necesidad de ocupar tales tierras, pero las abandonaría tan pronto como el Papa lo desease. Si Carlos o cualquiera de sus sucesores llegaba a emperador, el trono siciliano pasaría a su heredero más próximo, ya fuera éste varón o hembra. Si él personalmente mandaba el ejército que había de conquistar el reino, él solo había de decidir sobre su volumen. Finalmente, no podía aceptar una cláusula según la cual sus súbditos podían, en cualquier circunstancia, ser relevados del vasallaje hacia él.[97]

Estas condiciones no podían ser del agrado del Papa, pero éste estaba en una situación desesperada. Envió un mensaje al cardenal de Santa Cecilia, indicándole la manera de llevar a cabo las negociaciones. El cardenal tenía que obtener los mejores términos posibles acerca de la suma anual que debía enviarse a Roma, pero no debía bajar a menos de 8000 onzas. Sobre el asunto de la pleitesía, la cláusula podía modificarse de manera que no afectase al propio Carlos, y si esto no era suficiente, su inmediato sucesor podía también ser excluido de la cláusula. Si esto fallaba, debía exigirse alguna clase de garantía. En última instancia, la cláusula podía suprimirse. En cuanto a las restantes proposiciones, el cardenal tenía que actuar como creyese más conveniente. Es decir,

Urbano estaba dispuesto a ceder en todo, pero no sin lucha. El cardenal de Sabina debía procurar que el rey de Inglaterra no causara más molestias con relación a la candidatura de Carlos, mientras que el arzobispo de Cosenza, que ya estaba en Francia, trataría de que el notorio odio de la reina Margarita hacia Carlos no interfiriera en las negociaciones. Quizá fuese necesario llegar a un arreglo sobre sus pretensiones sobre Provenza. Si las negociaciones con Carlos tenían éxito, había que pedir al clero francés que diera su diezmo durante tres años para la guerra contra Manfredo.[98]

Mientras el cardenal negociaba en París, Manfredo emprendió la ofensiva, una vez más. Uno de sus lugartenientes, Jordán de Anglona, el vencedor de Montaperti, atravesó rápidamente la Marca de Ancona, capturando al gobernador papal y estableciendo un enlace con los gibelinos de Toscana. Otro, Pedro de Vico, operó en las afueras de Roma. La ciudad se salvó solamente gracias a la aparición de un regimiento provenzal mandado por Jaime de Gantelme, a quien Carlos había nombrado representante suyo. El propio Manfredo reunió un gran ejército en Campania y estaba listo para cruzar la frontera en ayuda de Pedro. El papa Urbano se vio cercado e incluso empezó a temer por su vida. Se extendieron rumores según los cuales Manfredo estaba preparando a unos asesinos para eliminarle. Las cartas del Papa al cardenal, que estaba en París, eran casi histéricas. Carlos debía ser llevado a Italia tan rápidamente como fuera posible y a cualquier precio.[99]

En un ambiente así, el cardenal no podía esperar llegar a un acuerdo provechoso. Luchó un poco, pero tuvo que darse por vencido. Carlos se mostró de acuerdo con abandonar el cargo de senador de Roma tan pronto como fuera dueño del reino aceptó la suma de 8000 onzas como pago anual al Papado. El resto de sus condiciones fue aceptado por el cardenal.

Entretanto, aunque la reina Margarita se negó a abandonar sus pretensiones provenzales, consintió en no emprender ninguna acción que pudiera impedir a su cuñado llevar a cabo la empresa siciliana. En agosto, el cardenal informó al Papa de que las negociaciones habían terminado felizmente, y tan pronto como supo la noticia, Urbano envió entusiastas felicitaciones. A continuación, el cardenal emprendió la tarea de convencer a los obispos franceses de que entregaran sus diezmos con destino a la guerra. En septiembre todos habían expresado su consentimiento, aunque, según parece, no muy gustosamente. Sólo el clero del Venaissin se negó a pagar. No pertenecían, dijeron, ni al reino de Francia ni al condado de Provenza, que eran los únicos territorios en que el cardenal tenía poderes de legado.[100]

El papa Urbano no llegó a conocer nunca los éxitos finales de su legado. Sus preocupaciones sobre Italia iban en aumento. Finalmente, sospechaba que la propia Orvieto, donde había residido durante la mayor parte de su pontificado, se estaba volviendo contra él. Decidió retirarse a Asís. El 11 de septiembre llegó a Todi, donde cayó enfermo, pero insistió en continuar el viaje. Cuando, unos días más tarde, llegó a Deruta, viajando en una litera porque ya no podía montar, estaba claramente agonizando. Los cardenales de su séquito lo trasladaron a Perusa, donde murió el 2 de octubre de 1264.[101]

La muerte del Papa inquietó a Carlos. Su nuevo acuerdo con éste no había sido confirmado, y un nuevo Papa podría rechazarlo. Sabía que contaba con cierta oposición en el Colegio de cardenales, y sus dos principales amigos, el cardenal de Santa Cecilia y el de Sabina, estaban en Francia. Si no iba a ser ya el campeón de la Iglesia, sus enemigos tomarían nuevo aliento y emprenderían sus actividades con nueva fuerza.

Se había trasladado a Provenza para preparar la invasión de Italia. Allí decidió mostrar, con un acto de deliberada severidad, que nadie podría jugar con él. El verano anterior había captura-

do al rebelde Hugo de Les Baux y había arrestado a otros varios amigos de Bonifacio de Castellane y de la condesa viuda, incluidos varios ricos mercaderes y el ex podestá de Arles, basándose en que estaban en comunicación con el rey de Aragón. Llevaban encarcelados un año, pero se los trataba bien, ya que formaba parte de la política de Carlos ser generoso con sus enemigos vencidos. Pero entonces, repentinamente, ordenó que se les diera muerte. El mundo había de ver que su clemencia era una cuestión sólo de política, no de debilidad. El 24 de octubre fueron decapitados delante de la iglesia de San Miguel, de Marsella, y sus posesiones fueron confiscadas. Una vez demostrado que nadie podía burlarse de él, y considerablemente enriquecido, Carlos continuó sus preparativos para la campaña de Italia, esta vez abiertamente. El nuevo Papa, quienquiera que fuese, no podría dudar de sus intenciones.[102]

De los veintiún miembros del Sacro Colegio, dieciocho se reunieron en cónclave en Perusa para elegir nuevo Papa. Con la ausencia de los dos cardenales que aún estaban en Francia y del cardenal de San Martín, que estaba tratando de restablecer el orden pontificio en la Marca de Ancona y no podía dejar su puesto, los tres partidarios de la política del difunto Papa, el Colegio estaba dividirlo con bastante igualdad entre aquellos que estaban a favor de Carlos y los que se oponían a él. Manfredo empezaba a abrigar la esperanza de que fuese elegido un Papa con el que pudiese negociar. Al contrario que Carlos, que empleó el interregno para tomar las medidas que le parecieron oportunas, sin tener en cuenta al Papado, Manfredo pensó que era aconsejable interrumpir su ofensiva militar. No deseaba asustar al cónclave y forzarlo de esa manera a favorecer a Carlos. Y su indolente naturaleza acogió con agrado unas vacaciones, después de sus recientes actividades.

El cónclave se reunió durante cuatro meses, sin llegar a una decisión. Nada se sabe del curso de sus deliberaciones, hasta que

el 5 de febrero de 1265 uno de los cardenales más jóvenes sugirió que se dejara hacer la elección a dos comisionados que representasen a los dos partidos. Los representantes decidieron designar al cardenal de Sabina, y el cónclave aceptó su decisión. El cardenal de Sabina ya estaba en camino, procedente de Francia, y al llegar a Perusa se encontró elegido Papa. Fue entronizado el 15 de febrero, con el nombre de Clemente IV.[103]

La elección distaba mucho de ser un compromiso. Probaba que el cónclave no quería tener trato con Manfredo y que había decidido que la intervención de Carlos era inevitable. La paciencia de Manfredo no había servido de nada, mientras que los abiertos e infatigables preparativos de Carlos habían surtido efecto. El nuevo Papa era un hombre extraordinario. Se llamaba Guido Fulquois y era hijo de un abogado de Saint-Gilles, en el Languedoc. De joven había entrado al servicio legal de los condes de Tolosa. Hizo su fortuna cuando Alfonso, el hermano del rey Luis, se hizo cargo del condado. Demostró ser el más celoso y eficiente abogado de la nueva dinastía, y pronto se convirtió en el principal consejero de Alfonso. En 1247 murió su mujer y él se ordenó sacerdote. En 1252 fue nombrado obispo de Le Puy, arzobispo de Narbona en 1259 y cardenal de Sabina en 1261. De 1262 a 1264 había sido legado en Inglaterra. Y ahora debía su elección a su conocida intimidad con san Luis y la casa real de Francia.[104]

Desde el principio, el papa Clemente demostró que iba a seguir la política de su predecesor. Se mantuvo en constante contacto con Carlos. Durante su viaje a Perusa, le había escrito para aconsejarle cómo tratar a los romanos. Su primer acto como Papa fue repetir la anulación oficial de la candidatura de Edmundo de Inglaterra y autorizar a Carlos a aceptar el cargo de senador de Roma sin condiciones. Pidió a Carlos que fuese a Roma tan pronto como pudiese, ya que la situación allí era seria. Gantelme y sus provenzales apenas podían conservar la ciudad frente a Pe-

dro de Vico, que era entonces dueño de la Campania, hasta las mismas murallas de Roma.[105]

Durante el interregno, Carlos había hecho alianzas en la Italia del Norte. Controló el Piamonte meridional y se aseguró la neutralidad del conde de Saboya. Ya se había aliado con el marqués de Montferrato. En enero de 1265 se hizo amigo de la familia Torriani, que dominaba Milán, Bérgamo, Como y Lodi, enviando a Barral de Les Baux con una tropa de caballería para ayudarla. Poco después los d'Este, señores de Ferrara, le ofrecieron paso libre por sus territorios, a cambio de la ayuda que él envió para que los güelfos pudieran recobrar el dominio de Emilia. Había estado en buenos términos con Génova desde que abandonó las costas de Ventimiglia, y su amistad se vio beneficiada por una pelea entre los genoveses y Manfredo. Seducido por los agentes de Manfredo, el podestá genovés de Constantinopla había entrado en una conspiración para destruir el Imperio griego. El emperador Miguel lo descubrió y privó a los genoveses de la privilegiada situación de que disfrutaban en el Imperio por el tratado de Nymphaeum. Para recobrar sus privilegios, los genoveses tuvieron que repudiar toda amistad con Manfredo. Por tanto, se mostraron de acuerdo en no oponerse a la invasión de Italia por Carlos, aunque no lo ayudarían activamente ni permitirían a sus tropas que pasasen por su territorio. Carlos tenía el camino preparado para enviar un ejército a través del Piamonte y Lombardía; pero para que la campaña estuviera completamente en marcha, aún necesitaba dinero.[106]

Entretanto, en respuesta a la desesperada llamada del Papa, se embarcó en Marsella el 10 de mayo con unos pocos cientos de jinetes y arqueros, y navegó cautelosamente a lo largo de la costa hacia Ostia. Fue una travesía tormentosa, pero el mal tiempo impidió al escuadrón siciliano que vigilaba el mar de Liguria observar su presencia. Desembarcó en Ostia diez días después, y se dispuso a dirigirse a Roma.[107]

Manfredo estaba impaciente por entrar en acción. El 24 de mayo escribió una carta a los romanos apelando a su orgullo. En ella exponía francamente sus pretensiones y ambiciones de llegar a ser emperador; pero, según decía, a ellos les tocaba escoger al emperador. Habían permitido al Papado que les robara los privilegios a los que tenían derecho. La carta contenía tanto amenazas como halagos. Les recordaba cómo su bisabuelo Federico Barbarroja se había abierto camino hasta la ciudad rebelde y se había hecho coronar allí. Pero esta carta, extraña e ingenua, fue escrita demasiado tarde. El 23 de mayo Carlos entraba en Roma entre los aplausos de los romanos. Estableció su residencia en el palacio papal de Letrán, pero al recibir una dolida queja del Papa se trasladó al palacio senatorial del Capitolio.[108]

Al enterarse de que Carlos ya estaba en Roma, Manfredo fingió estar muy complacido. «El pájaro está en la jaula», exclamó. Sólo sería necesaria una breve campaña para sitiarlo allí y obligarlo a rendirse.[109]

Pero las cosas no marcharon según las esperanzas de Manfredo. Los romanos estaban encantados con Carlos. El 21 de junio le fue entregada oficialmente la insignia de senador. Para complacer al Papa, prometió entonces, una vez más, dimitir de su cargo cuando conquistase el reino. Una semana más tarde, el día 28, cuatro cardenales, con especiales poderes otorgados por el papa Clemente, le invistieron solemnemente con el reino. Desde entonces, se denominó a sí mismo rey de Sicilia. El buen recibimiento de Carlos, así como la fuerza de su personalidad, empezaron pronto a procurarle adeptos. Pedro de Vico, que había sido el principal aliado de Manfredo en la Campania, vacilaba en su lealtad, ya que le parecía que Carlos tenía más probabilidad de vencer. El 10 de julio, después de breves negociaciones, hizo las paces con la Iglesia, prometiendo renunciar a todos sus compromisos con Manfredo y jurar vasallaje al Papado. Se puso entonces al servicio de Carlos, y había de demostrar ser uno de sus más

enérgicos capitanes. Pocos días después, Pedro Romani, antiguo cabecilla de los gibelinos de Roma, siguió su ejemplo.[110]

Manfredo decidió que no bastaban las palabras. Salió del reino con su ejército, atravesó los Abruzzos y pasó al valle de Anio, más allá del lago Fucino. El Papa rogó a Carlos que no se arriesgara a librar una batalla campal con fuerzas inferiores, pero éste se dirigió a un lugar fuerte en las cumbres, cerca de Tívoli. Manfredo avanzó hasta Arsoli, en el Anio, unos veinte kilómetros más allá, pero sus espías le dijeron que no encontraría apoyo en la Campania, y no se atrevió a atacar el campamento de Carlos. Después de unas breves escaramuzas en el valle, se retiró, dirigiéndose al norte a través de los Abruzzos, como si fuera a atacar Spoleto; pero entonces, repentinamente, por razones que desconocemos, abandonó la campaña totalmente y regresó a la Apulia, para seguir cazando. Su retirada le hizo perder amigos. En el plazo de un mes, se había quedado sin su dominio sobre la Marca de Ancona y su influencia en la Toscana disminuía.[111]

Carlos había ganado el primer encuentro. Había salvado a Roma y restablecido la posición de la Iglesia en la Italia central. Ahora tenía que emprender la tarea fundamental de atacar a Manfredo en su propio reino. Pero para ello precisaba dinero; tenía que equipar y pagar un ejército grande. Durante los últimos meses de verano, el Papa y él discutieron sobre detalles financieros. La obligación de la Iglesia francesa de pagar el diezmo para la guerra se confirmó, y se ordenó, tanto al recalcitrante condado de Venaissin como al de Hainault y al valle de Aosta, que contribuyeran. Pero el dinero era entregado a regañadientes y a veces ni se entregaba. Clemente se avino a que la propia contribución de Carlos para la campaña se redujese, y, en realidad, aunque la condesa Beatriz empeñó sus joyas, Carlos no pudo reunir una gran cantidad de dinero.

Era necesario recurrir a los bancos italianos. Pero el Papado había recibido préstamos de los bancos toscanos durante muchos

años, y los banqueros sabían que a no ser que triunfase la política papal, esos préstamos nunca les serían devueltos, mas ni aun esto los tenía especialmente deseosos de prestar más dinero. El rey de Francia y su hermano Alfonso se negaron a suministrarlo de sus dominios, si bien finalmente Alfonso ofreció un empréstito a corto plazo de 4000 marcos de plata y 5000 libras *tournoises*. El Papa había esperado que todo el tesoro de Francia se emplease en la empresa, pero las riquezas que san Luis ahorraba se reservaban para una cruzada contra los infieles. En la propia Roma, Carlos sólo pudo reunir algo menos de 50 000 libras *tournoises*, apenas lo suficiente para pagar los gastos de un mes. La corte papal le prestó 20 000 libras *tournoises* tan pronto como llegó a Roma. En el curso del verano, obtuvo, bajo garantía papal, unas 16 000 libras *tournoises* de varias casas bancarias de Florencia y de Siena, y otras 20 000 antes de empezar el invierno de 1265. Al mismo tiempo, el Papa reunió otras 50 000, pero sólo a base de empeñar el tesoro y la plata de la capilla papal, mientras Carlos obtenía 62 000 de banqueros romanos, empeñando la propiedad, con el consentimiento del Papa, de varias iglesias romanas. A finales de año, había dinero suficiente para la campaña. Pero las negociaciones habían sido fastidiosas, especialmente porque ni Carlos ni el Papa deseaban hacer pública su desesperada necesidad de dinero.[112]

Una vez más, Manfredo perdió su oportunidad. Sin duda tenía la esperanza de que los problemas financieros de sus enemigos fueran insolubles y de que sus aliados gibelinos de Lombardía, a los que envió unas pocas tropas, bloquearían a cualquier ejército invasor; por eso continuó en Apulia, disfrutando de la caza. Sin embargo, Carlos no esperó a que los préstamos estuvieran todos en su mano para poner a su ejército en movimiento. Tan pronto como tuvo bastante dinero para pagar a las tropas durante algunos meses, las convocó en Lyon el 1 de octubre de 1265. Entretanto, el Papa envió a un agente de confianza, Godofredo de Beaumont, como legado suyo en Lombardía, para que

preparase el camino por vía diplomática, según los deseos de Carlos. A Clemente no le había gustado la política de Carlos en el norte de Italia. En particular le molestaba la alianza con los d'Este, los cuales, a pesar de su tradición güelfa, habían estado en malas relaciones con sus predecesores, y la ciudad de Milán estaba aún en entredicho. El Papa hubiera preferido restablecer primero la influencia güelfa en la Toscana y luego hacer cruzar al ejército los Alpes ligures, evitando las tierras de las ciudades de Lombardía y Emilia, en cuyos gobernantes no tenía confianza. Pero Carlos había trazado sus planes y no los cambiaría. Además, tampoco había ya tiempo para ello.[113]



El ejército que partió de Lyon a principios de octubre era una fuerza formidable. Los cronistas hablan de seis mil jinetes totalmente armados, seiscientos arqueros a caballo y veinte mil soldados de infantería, la mitad de ellos ballesteros. Estas cifras son ciertamente exageradas; probablemente habría algunos jinetes menos, y bastantes menos soldados de infantería. Muchos de los miembros de la alta nobleza de Francia se habían unido a la expedición. El conde de Vendôme estaba allí, y también los herederos de los condados de Flandes y de Soissons, y Felipe de

Montfort, con su primo Guido, hijo del conde de Leicester. Había una representación completa de la nobleza de Provenza, con señores de la Casa de Les Baux al frente. El jefe era Guido de Mello, obispo de Auxerre. Habían comenzado a caer las nieves de otoño en los altos Alpes, de modo que, tanto para encontrar un paso abierto como para mantenerse en territorio amigo, el ejército se movió a través de Provenza, cruzó por el paso de Tenda a las tierras que estaban bajo el control de Carlos en el Piamonte y siguió, a través de Cuneo, Alba y Asti, hasta el territorio del marqués de Montferrato. Aquí, el camino estaba bloqueado. Los Pallavicini, aliados todavía de Manfredo, controlaban las ciudades de Alessandria, Tortona, Vercelli, Pavía, Piacenza, Cremona y Brescia. Vercelli, en el norte, era el eslabón más débil de la cadena. *Al* tiempo que el ejército se dirigía a ella, el obispo de la ciudad organizó una revolución. El ejército de Carlos fue bien recibido dentro de las murallas, y pronto atravesó la ciudad, dejando una pequeña guarnición francesa detrás. Desde Vercelli no hubo dificultades para llegar a Milán, donde hacía unas semanas que había muerto el cabeza de la familia Torriani. Su sobrino Napoleón, que le había sucedido como jefe de la familia, se mostró bastante frío con los dirigentes franceses al principio, pero, después de dos o tres días solamente, llegó a un acuerdo con ellos e incluso les prestó su propia milicia para acompañarlos en la próxima etapa del viaje.

Ésta pudo haber sido muy difícil, ya que, una vez más, el ejército tenía que romper la línea de las fortalezas de Pallavicini. Y el propio Pallavicini estaba esperando, con Boso de Dovara, gobernador de Cremona, en situación bastante fuerte, en Soncino, en el río Oglio. Pero Pallavicini descubrió que las fuerzas angevinas, con el refuerzo de los aliados milaneses eran mucho más poderosas que las suyas. Además, no estaba seguro de la lealtad de Brescia y, según un rumor, Boso había sido sobornado generosamente por los franceses para que se retirara, por lo que

Dante lo colocó en el Infierno, para que se lamentase eternamente a causa del oro de los franceses. Los angevinos pudieron cruzar el Oglio más al norte y pasar muy cerca de Brescia, esperando que estallase allí una revolución. La guarnición de Pallavicini pudo mantener tranquila la ciudad, pero no se aventuró a oponerse a los invasores. Los gibelinos intentaron débilmente impedir el paso del río Chiese en Montechiaro. La milicia milanesa ya había regresado a su ciudad, pero Godofredo de Beaumont consiguió enviar tropas güelfas desde Mantua para atacar Montechiaro, en la retaguardia. Pronto fue tomada la ciudad, y el ejército cruzó el río y se encontró en territorio amigo, en Mantua, controlada por la familia d'Este y sus aliados. Hacia fines de diciembre, cruzó el río Po y llegó a Bolonia, desde donde se dirigió rápidamente a la Marca de Ancona, por la Vía Emilia, donde el Papa tenía provisiones frescas para recibirlo. Desde Ancona pasó lo Apeninos, a través de Spoleto y Terni, y llegó a Roma hacia el 15 de enero de 1266.[114]

El Papa experimentó un gran alivio al enterarse de su feliz llegada. Le había preocupado mucho el paso de Lombardía. Tan pronto como supo que había cruzado el Po, escribió a Godofredo de Beaumont felicitándolo por su celo, pero canceló su autoridad como legado, aduciendo que el distrito era demasiado inestable para que pudiera mantener en él un representante suyo. No deseaba comprometer a la Iglesia tomando parte en las ignominiosas luchas de los tiranos locales. Carlos se sintió igualmente aliviado, pero él había confiado siempre en el éxito. Ya había enviado a buscar a su mujer, que debía viajar por mar para reunirse con él. Beatriz llegó a finales de diciembre. Entonces Carlos pidió al Papa que fuera a coronarlos reyes de Sicilia. Clemente no quería dejar la seguridad de Perusa, pero envió a cinco cardenales para que llevasen a cabo la ceremonia en la iglesia de San Pedro el 6 de enero de 1266. La condesa Beatriz podía jactarse ahora de no ser ya inferior en rango a sus hermanas.[115]

Carlos no quería dejar que su ejército permaneciese mucho tiempo en Roma. Por motivos económicos tenía que terminar la campaña lo antes posible, y le gustaba la idea de atacar inmediatamente, antes de que Manfredo lo esperase, en lugar de aguardar el comienzo habitual de la temporada de campañas en la primavera. El 20 de enero salió de Roma con el grueso del ejército, dejando sólo una pequeña guarnición en la ciudad. Por la antigua Vía Latina cruzó Anagni y Frosinone, hasta la frontera del reino en Ceprano, sobre el río Liri. Encontró que el puente que atravesaba el río estaba desierto, pero no inutilizado, y todo el ejército cruzó felizmente por él. Nunca se ha logrado saber por qué no hubo intentos de impedirles el paso de inmediato. Corrían rumores de traición, que inmortalizaría Dante en el *Inferno*. [116]

La noticia de que el ejército angevino estaba llegando a Roma había sacado a Manfredo de su letargo. Sus espías le dijeron que Carlos tenía la intención de atacar de inmediato. Rápidamente reunió todo el ejército del reino y llamó a su sobrino, Conrado de Antioquía, para que trajese las tropas que él mandaba en los Abruzzos y en las Marcas. Cuando Carlos llegó al Liri, Manfredo estaba instalado en la fortaleza de Capua con un ejército aproximadamente igual al de su enemigo. Parece que tenía la esperanza de que las fortalezas que se extendían a lo largo del Liri y las colinas de la parte norte de la Terra di Lavoro detendrían a Carlos hasta que llegara Conrado de Antioquía con los refuerzos. Si caían, Capua y las fortalezas del río Volturno podrían proteger aún Nápoles. Sólo tenía que esperar a colocar a Carlos en una posición de la que no pudiese escapar.

La rapidez y la estrategia de Carlos trastornaron sus planes, El ejército angevino continuó avanzando firmemente y capturó treinta y dos castillos, incluida la gran fortaleza doble de San Germano, en la colina de Cassino, que cayó el 10 de febrero. Las pequeñas guarniciones estaban desalentadas porque no recibían

ayuda de Manfredo y no ofrecieron una gran resistencia. Carlos sabía ya que las fuerzas de Manfredo estaban concentradas en el curso bajo del Volturno. Así que de Cassino se desvió bruscamente hacia el interior, hacia las colinas Samnitas, cruzando el Volturno por su parte alta y abriéndose paso por Alife y Telese hacia Benevento. Cuando Manfredo se enteró de que había sobrepasado su flanco, dejó Capua y se dirigió hacia el interior, para llegar el primero a Benevento.[117]

Cuando el ejército angevino atravesó el puerto de montaña que conducía a la ciudad, vio al enemigo con todas sus fuerzas desplegadas en torno a la ciudad, detrás del río Calore, que había desbordado. Los invasores estaban desanimados. El paso a través de las colinas, en pleno invierno, había sido muy duro. Muchos animales de carga habían muerto, la mayor parte de los carros habían tenido que ser abandonados en los trozos resbaladizos y la comida empezaba a escasear. Todo parecía indicar que la confiada baladronada de Manfredo de que el pájaro estaba en la jaula había sido al fin justificada. Sólo tenía que esperar en su fuerte posición a que llegase su sobrino Conrado con refuerzos y a que los angevinos, obligados por el hambre, se retirasen o se rindiesen. Pero Manfredo estaba impaciente. No se sentía demasiado seguro de la lealtad de sus súbditos. Le había sorprendido desagradablemente la prontitud de tantas guarniciones para entregarse al enemigo y sospechaba que podía haber agitaciones entre muchos de los barones locales. No sabía con certeza cuándo iba a llegar Conrado; acababa de recibir un refuerzo de 800 jinetes alemanes mercenarios, pero no podía esperar más de momento. Y al ver las pésimas condiciones en que parecían estar las tropas de Carlos, decidió atacar inmediatamente. Éste vio con sumo placer, al bajar hacia el valle, que el ejército de Manfredo cruzaba el río lentamente, a su encuentro.

Al día siguiente, viernes 26 de febrero de 1266, los dos ejércitos estaban ordenados para el combate. Manfredo colocó a las

tropas sarracenas, arqueros sin armadura de defensa, en la delantera. Detrás de ellos, listos para la carga en cuanto las flechas hubieran sembrado el desorden en el enemigo, estaban las mejores tropas, la caballería alemana, bien montada y cubierta con un nuevo tipo de armadura reforzada, en número de mil doscientos. Los mandaban Giordano Lancia, primo de Manfredo, y Galvano de Anglona. Un poco más lejos, y detrás de ellos, Manfredo colocó a la caballería italiana mercenaria, casi toda lombarda y toscana y en número de mil, bajo el mando de su tío Galvano Lancia, príncipe de Salerno. Con ellos estaban también sus doscientos o trescientos soldados sarracenos de caballería ligera. El propio Manfredo estaba cerca de la cabeza del puente con la reserva, los caballeros escuderos del reino, bastante más de un millar. No confiaba totalmente en ellos y no deseaba emplearlos hasta que la victoria pareciese segura. Con él estaban sus cuñados, Ricardo, conde de Caserta, y Tomás, conde de Acerra, que ya vacilaban en su lealtad; su chambelán. Manfredo Maletta, y su amigo más fiel, el romano Tebaldo Annibaldi.

Carlos tenía la pequeña ventaja del terreno, que se inclinaba suavemente hacia el río. Y también tenía de su parte un ejército más homogéneo que el de Manfredo y más digno de confianza. Igual que Manfredo, Carlos ordenó a sus hombres en tres grupos de caballería, con la infantería, entre la que se contaba un gran número de ballesteros, al frente. El primer grupo de caballería estaba formado por unos 900 provenzales, bajo el mando de Hugo de Mirepoix, mariscal de Francia, y de Felipe de Montfori. El propio Carlos mandaba el segundo grupo, de unos 1000 hombres, procedentes del centro de Francia y del Languedoc. Estaban con ellos 400 jinetes italianos güelfos, comandados por el florentino Cuidó Guerra. El obispo de Auxerre y el conde de Veridóme estaban con Carlos. Detrás, en la reserva, los franceses del norte y los flamencos, bajo el mando de Roberto de Flandes y del condestable Giles Le Brun.

La batalla empezó con un ataque de la infantería sarracena a la infantería francesa, antes de que Manfredo estuviera preparado. Cuando parecía que los franceses iban a perder terreno, un destacamento de jinetes provenzales cargó en medio de la refriega y dispersó a los sarracenos. Al momento, de nuevo sin órdenes, los jinetes alemanes se lanzaron colina arriba: hombres pesados montados en pesados caballos, ante cuyo ataque los provenzales empezaron a vacilar. Carlos ordenó entonces avanzar a la segunda línea, que galopó hacia la masa combatiente. Los alemanes fueron superados en número, pero no vencidos. Su armadura parecía impenetrable, hasta que un francés observó que cuando levantaban los brazos para asestar un golpe les quedaban sin protección las axilas. El francés gritó a sus camaradas que les asestaran puñaladas en esa zona. Éstos se cerraron en medio de los alemanes en una masa tan apretada, que las largas espadas de los germanos no tenían eficacia alguna, mientras que las cortas y afiladas dagas de los franceses herían en el lugar preciso.

Manfredo podría haber ganado aún la batalla si su segunda línea de caballería hubiera atacado rápidamente. Pero los alemanes se habían lanzado al ataque demasiado pronto; Galvano Lancia, cuyas tropas se habían retrasado al cruzar el río por un puente estrecho, estaba demasiado lejos. Puede ser también que tuviera, como todos los capitanes de Manfredo, una fe ciega en la invencibilidad de los alemanes, y no creyese que pudieran fracasar. Cuando ordenó atacar a sus lombardos y toscanos, ya era demasiado tarde. Chocaron de frente con los victoriosos franceses, y, mientras tanto, Carlos había ordenado a su tercera línea que girara en redondo para atacarlos por el flanco. Los italianos no los esperaron. A pesar de todos los esfuerzos de Galvano, se dieron a la fuga. Muchos fueron capturados y muchos más muertos. Manfredo y su reserva estaban igualmente demasiado lejos para intervenir a tiempo, si en verdad hubiera podido ganarse aún la batalla. Deteniéndose sólo el tiempo preciso para cambiar su so-

brevesta real por la de su amigo Tebaldo Annibaldi, Manfredo ordenó a su última línea que atacase. Pero los nobles del reino pensaban que la causa estaba perdida. Conducidos por los cuñados de Manfredo, abandonaron el campo. Manfredo se quedó solo con sus guardias de corps. Podía haberse salvado huyendo, pero su decisión fue otra. Se lanzó en medio de la batalla con sus fieles partidarios a su lado. Pronto fue derribado, con Tebaldo, que vestía su cota real, a su lado. Pocos de sus soldados sobrevivieron. El puente sobre el Calore estaba bloqueado por los fugitivos, y un hombre armado no podía pensar en abrirse camino por las crecidas aguas del río. Además. Carlos había apostado hombres detrás de su caballería, cuyo único cometido era rematar a los heridos. De los 3600 jinetes del ejército de Manfredo se dice que sólo escaparon 600.

A la caída de la tarde, Carlos era dueño del campo de batalla y todo el reino estaba a su disposición. Se dirigió a Benevento y desde allí escribió al Papa describiéndole su victoria. Entre los cautivos, anunciaba, estaban Giordano y Bartolomé Lancia. Se decía que Galvano Lancia había caído. Aún no se sabía qué había sido de Manfredo, pero se encontró su caballo sin jinete, de lo que se deducía que había muerto.[118]

El domingo 28 de febrero un soldado atravesó el campamento guiando un burro con un cadáver encima y gritando: «¿Quién me quiere comprar a Manfredo?». Fue llevado a presencia de Carlos, quien llamó al conde de Caserta y a Giordano y Bartolomé Lancia para ver si realmente era Manfredo. Identificaron el cadáver, y Giordano se cubrió el rostro con las manos, exclamando: «¡Ay, ay, mi señor!». Algunos caballeros franceses solicitaron que se oficiara un honroso funeral por tan gallardo soldado. Carlos replicó que lo haría con mucho gusto si Manfredo no hubiera muerto excomulgado. Pero, según escribió al Papa al día siguiente, contándole la muerte del archienemigo, ordenó que el cuerpo recibiese una sepultura digna, aunque sin ceremonia reli-

giosa. Fue enterrado en un hoyo, al pie del puente de Benevento, y cada soldado que pasaba echaba una piedra encima, hasta que se levantó un gran montón. Se dijo más tarde que el arzobispo de Cosenza, obedeciendo órdenes del propio Papa, exhumó el cadáver y lo volvió a enterrar a orillas del río Liri, justo fuera de las fronteras del reino.[119]

Carlos permaneció en Benevento sólo el tiempo necesario para que descansara su ejército. No pudo impedir que los soldados saquearan la ciudad, a pesar de que era vasalla del Papado y no de la corona siciliana. Llamó a su mujer para que saliera de Roma a reunirse con él, y se dirigieron sin dificultades a Nápoles, donde hicieron su entrada solemne el 7 de marzo, el rey a caballo y la reina en una litera con colgaduras de terciopelo azul.

7. Conradino

Todo el reino está pacíficamente en manos de nuestro amado hijo Carlos, así como el pútrido cadáver «de aquel hombre pestilente, su mujer, sus hijos y su tesoro»,[120] escribió el papa Clemente el 6 de mayo de 1266 a su legado en Inglaterra. Era cierto. Después de la batalla de Benevento el conquistador no encontró más resistencia. Una por una, incluso antes de que llegasen sus tropas, las ciudades enviaron emisarios para comunicar a Carlos su sumisión. Los sarracenos de Lucera, a pesar de su fidelidad a Manfredo, aceptaron el nuevo gobierno sin más problemas. Durante algún tiempo, Federico Lancia pensó en organizar la resistencia en Calabria, pero pronto se dio cuenta de que no iba a conseguir nada. Cuando las tropas angevinas pasaron a Sicilia, al mando de Felipe de Montfort, los isleños no organizaron ningún tumulto. Los había decepcionado la falta de interés de Manfredo por ellos y no sintieron pena alguna por su caída. La armada de Manfredo, que no había sido vencida, se rindió en seguida. Carlos había preparado una flota dotada con marineros marselleses, pero no tuvo necesidad de emplearla.[121]

El cuerpo de Manfredo seguía aún enterrado en el puente de Benevento. Su mujer, la reina Elena, estaba en Lucera con su hija única y tres hijos bastardos de Manfredo cuando recibió la noticia de la desastrosa batalla. Se apresuró a ir a Trani con los niños, con la esperanza de encontrar un barco que la llevase al Epiro, para reunirse allí con su padre. En su persecución iban agentes papales pisándole los talones, y mientras esperaba en el castillo a que les preparasen un barco, éstos llegaron y obligaron, por el te-

rror, al jefe de la guarnición a que la traicionase. Ella y los niños fueron llevados a Nocera y encarcelados en el castillo del Parco. La reina murió allí en 1271, antes de cumplir los treinta años. Su hija Beatriz fue puesta en libertad en 1284 y finalmente se casó con el marqués de Saluzzo, pero los hijos varones nunca abandonaron la prisión. Uno de ellos vivía en 1309. El tesoro de Manfredo fue entregado inmediatamente al vencedor por el chambelán Manfredo Maletta.[122]

Los partidarios de Manfredo se fueron sometiendo uno a uno. Tan pronto como la victoria fue completa, Carlos mostró que no tenía la intención de ser vengativo. Incluso los miembros de la familia Lancia, después de alguna vacilación, le juraron vasallaje y se les permitió conservar la mayor parte de sus tierras. Conrado de Antioquía, que aún se mantenía en los Abruzzos, pidió un armisticio. A otros amigos de Manfredo, que habían huido o estaban preparando la huida del país, se los invitó a volver en virtud de una amnistía general. Entre los que hicieron uso de la amnistía se encontraba un médico eminente, Juan de Prócida, que había asistido a Federico II en su última enfermedad y había curado recientemente al cardenal Orsini de una dolencia grave. El propio papa Clemente se lo recomendó a Carlos. Éste había de oír hablar mucho de él más adelante.[123]

En verdad, Carlos se mostró notablemente clemente. No había podido impedir que su ejército saquease Benevento, pero ninguna otra ciudad sufrió los excesos de los conquistadores. Deseaba llevar paz y justicia al reino. No estaba dispuesto a recompensar a franceses y provenzales a costa de sus nuevos súbditos. No confiscó ninguna tierra, salvo en casos de hostilidad o traición probadas. Los funcionarios encargados de las finanzas se extendieron rápidamente por todo el país, estudiando sus asuntos y vigilando que se pagasen los impuestos; pero los decretos que publicó Carlos se referían casi todos a la supervisión de sus funciones para que no se cometieran abusos. Ordenó que se reu-

niese tres veces al año una asamblea para oír las quejas contra los cobradores de impuestos y comprobar sus cuentas. Después del gobierno bastante caótico de Manfredo, parecía que el país iba a entrar en un período de administración ordenada y benevolente. [124]

Pero, a pesar de su tolerancia inicial, el nuevo régimen no era popular. El nuevo rey parecía austero e inabordable. No tenía la alegre afabilidad con la que los Hohenstaufen habían conquistado el aprecio de sus súbditos italianos. Aunque le gustaba escuchar a los trovadores provenzales y mostraba un sincero interés por las ciencias y las artes, daba la impresión de ser frío e inhumano. Sus compatriotas, a pesar de los esfuerzos que hacía el rey por contenerlos, eran arrogantes y codiciosos. Además, aunque los impuestos exigidos eran justos, eran muy altos y difíciles de evitar. Carlos tenía deudas que pagar y necesitaba el dinero. Los italianos del sur y los sicilianos habrían preferido un sistema más tolerante, aunque fuese menos honesto. Manfredo había perdido el favor de sus súbditos a causa de su indolencia y de sus luchas con la Iglesia, pero pronto empezaron a recordarlo con afecto, en oposición al piadoso y enérgico Carlos.[125]

Las quejas no tardaron en llegar a oídos del Papa, el cual podía jactarse de los logros de su amado hijo Carlos, pero la realidad era que éste le estaba resultando menos querido cada vez. El Papa había abrigado la esperanza de controlar el reino a través de un agradecido y subyugado siervo. Pero a pesar de todos sus esfuerzos, el rey desatendió siempre sus consejos. A Clemente, el saco de Benevento lo había disgustado profundamente y creía, sin razón, que Carlos era demasiado severo con los italianos que se le habían sometido y, con más razón, que no era generoso con las recompensas a sus fieles aliados de la Iglesia. Los métodos que estableció Carlos para el cobro de los impuestos fastidiaban al Papa de manera especial. Según Clemente, Carlos debería haber reunido a los obispos, barones y ciudadanos notables del reino y ha-

berles comunicado sus necesidades, dejándoles decidir a ellos cuál iba a ser su contribución. Disgustado, Clemente empezó a criticar a Carlos en lo que se refería a su persona y a su casa. Según decía, Carlos era un hombre altivo, obstinado y desagradecido, un juguete en manos de sus funcionarios, se quejaba de que Carlos no era «ni visible ni audible, ni afable ni amable».[126]

Sin embargo, y bien a su pesar, Clemente seguía dependiendo de él. En mayo, Carlos dimitió del cargo de senador de Roma, muy a regañadientes, pero no deseaba romper la promesa hecha. El Papa lo lamentó muy pronto, ya que, inmediatamente, los romanos eligieron a dos senadores conjuntos, Conrado Beltrán Monaldeschi y Luca Savelli, este último cabecilla de un levantamiento contra el Papado, ocurrido veintidós años antes. El primer acto de los senadores fue pedir que el Papa y Carlos pagasen lo que debían a los romanos. La respuesta del Papa consistió en acusarlos de ladrones y bandidos y en fomentar intrigas para expulsarlos. El resultado no fue el que Clemente esperaba. A principios de 1267, una insurrección popular puso a la ciudad en manos de un importante gibelino, Angelo Capocci. Habría sido más sensato haber dejado a Roma bajo el control de Carlos. Pero Capocci era un hombre prudente. No deseaba provocar un ataque por parte de Carlos o de Clemente. No pretendió ostentar él mismo el cargo de senador, sino que se lo ofreció a uno de los amigo de Carlos, al infante Enrique de Castilla.[127]

El rey Alfonso de Castilla tenía dos hermanos, Fadrique y Enrique. Los dos se habían peleado con él porque no se mostró dispuesto a compartir con ellos el poder real, y habían emigrado para vivir como aventureros. El infante Fadrique sirvió durante algún tiempo al rey musulmán de Túnez. Después pasó a Italia para unirse a Manfredo, y tomó parte en la batalla de Benevento. Después de huir del campo de batalla, regresó a Túnez. El infante Enrique probó fortuna en Francia, donde hizo amistad con Carlos, que era primo carnal suyo, y prestó al francés grandes su-

mas de dinero para la campaña italiana. Esperaba ser recompensado con el reino de Cerdeña o con un ducado en el Epiro, pero Carlos no le devolvió el dinero ni parecía tener prisa en colmar sus ambiciones. Aceptó la invitación de ir a Roma como senador con el corazón lleno de resentimiento, como Capocci sin duda sabía. Fue investido senador en Roma en julio de 1267.[128]

Entristecido por los acontecimientos de Roma, Clemente dejó a Carlos plena libertad de acción en Italia del Norte. La eliminación de Manfredo significaba la caída del poder gibe1ino en Lombardía. En marzo de 1266, se reunió ya un gran parlamento en Milán, donde los representantes de Carlos se entrevistaron con representantes de todas las grandes ciudades del Po, desde Vercelli, en el oeste, hasta Treviso, en el este, y Reggio y Módena, al sur del río. Todos eran güelfos ahora. Pallavicini aún poseía Cremona y Piacenza, pero en junio se sometió a Carlos y se vio obligado a retirarse a sus posesiones en el campo. Sólo seguían siendo independientes Pavía y Verana, gobernada esta última por un miembro de la familia de los Scaligeros. El resto de Lombardía estaba en poder de Carlos y sus aliados, los Torriani de Milán y los d'Este de Ferrara. Carlos había consolidado su poder en el Piamonte. El marqués de Montferrato, alarmado por semejante concentración del poder, se mantuvo cautelosamente neutral. No podía correr el riesgo de declararse en franca hostilidad. Su puesto en el sistema de alianzas fue ocupado por el marqués de Saluzzo. Guillermo l'Estandart, senescal de Carlos en Provenza, fue aceptado como senescal del Piamonte y de Lombardía. El Papa no estaba enteramente satisfecho. Durante largo tiempo, el Papado había desconfiado de los Torriani y le desagradaban los d'Este, y Carlos lo controlaba todo como podría haber hecho cualquier emperador Hohenstaufen. Pero el Papa no tenía elección.[129]

En la Toscana, las cosas se desarrollaron de manera muy semejante. En esa región, los gibelinos no habían sido expulsados. Es

cierto que Florencia pidió la protección papal para el caso de un ataque por parte de Carlos, pero las demás ciudades no siguieron su ejemplo. En otoño de 1266, la Liga gibelina se volvió a organizar, en una asamblea en San Miniato. El jefe gibelino de Florencia, Guido Novello, entró triunfalmente en su ciudad, para ser expulsado de ella un mes después. Pero no se podía tener plena confianza en las convicciones güelfas del gobierno popular que se hizo cargo entonces del poder. En enero de 1267, el Papa pensó que era necesario invitar a Carlos a que enviase allí un ejército. Las tropas marcharon hacia el norte a fines de marzo. El 18 de abril entraron en Florencia. Los gibelinos se retiraron sin lucha, para no volver nunca más. Poco después, las tropas de Carlos entraron en Lucca, y las dos ciudades eligieron a Carlos para el cargo de podestá durante siete años. Pistoia y Prato siguieron el mismo camino. El 7 de mayo, a pesar de haberle pedido el Papa que permaneciese en el sur, el propio Carlos se trasladó a la Toscana e hizo su entrada solemne en Florencia. Pisa y Siena eran las únicas ciudades que seguían oponiéndosele y Carlos estaba decidido a someterlas. Pero primero el Papa lo hizo llamar para entrevistarse con él en Viterbo, donde Carlos prometió restringir a un período de tres años su gobierno en la Toscana. Volvió allí a finales de junio y puso sitio a la gran fortaleza de Poggibonsi, en la ruta de Siena. Poggibonsi se defendió ferozmente durante cinco meses, hasta que al fin, el 30 de noviembre, fue tomada por asalto. El Papa rogó repetidas veces a Carlos que levantase el sitio y regresase a su reino, en vista de los peligros que se anunciaban, pero Carlos se negó a desviarse de sus planes o a admitir la derrota.[130]

Mientras Carlos estaba en Poggibonsi, su mujer, la reina Beatriz, murió en Nocera, en julio de 1267. Sólo pudo disfrutar de su rango real durante poco más de un año.[131]

El peligro que el Papa tanto temía y que le hacía condenar la política de Carlos en Italia del Norte y desear su regreso al sur,

se hizo muy patente a fines del verano de 1267, y procedía del norte. El Papado, que había concentrado todo su odio sobre Manfredo, apenas recordaba que aún vivía otro Hohenstaufen en Alemania. Pero los gibelinos italianos, aun en los momentos en que juraban vasallaje a Manfredo, no habían olvidado a Conradino. Éste tenía ahora quince años. Había sido educado en Baviera, al cuidado de su madre Isabel, viuda del rey Conrado, y de su segundo marido, Mainard, conde de Corizia, al tiempo que los hermanos de su madre, Luis y Enrique de Baviera, velaban por sus intereses políticos. Quedaba muy poco de las antiguas posesiones de la familia. En Alemania, parte del ducado de Suabia aceptó el gobierno de sus representantes. Los barones de ultramar lo reconocieron rey de Jerusalén, pero si hubiese visitado su reino habría visto que su poder en él era muy restringido. Era un muchacho inteligente y precoz, de buena apariencia, con mucho encanto, y profundamente consciente de su sangre. Su madre no alentaba sus ambiciones. No deseaba que perdiese la vida en grandiosas aventuras. Pero su mejor amigo era un muchacho no mucho mayor que él, primo lejano suyo, Federico de Baden, heredero legítimo a través de su madre, una Babenberg, del ducado de Austria, que el rey de Bohemia se había anexionado cuando él era un niño. Federico apoyaba fervientemente todos los proyectos de Conradino.[132]

El problema de los derechos de Conradino se había ido planteando periódicamente. El Papa había pensado en él ocasionalmente como posible rival de Manfredo. Durante mucho tiempo, san Luis había considerado que sus derechos no podían ignorarse. En 1260, el duque de Baviera había enviado a dos agentes secretos, Conrado Kroff y Conrado Bussarus, aparentemente con el fin de ver si el papa Alejandro IV, que aún no se había comprometido con Carlos de Anjou, quería tener en cuenta a Conradino. En Roma, Bussarus fue asesinado y Kroff herido de gravedad, al parecer, por partidarios de Manfredo. Después del de-

sastre de Montaperti, los güelfos de Florencia hicieron alguna proposición esporádica a la corte bávara. Pero hasta su muerte en Benevento, los gibelinos se mantuvieron fieles a la causa de Manfredo. Sin embargo, después de la batalla empezaron a pensar en Conradino.[133]

En los últimos meses de 1266, los parientes y amigos de Manfredo, nada confiados en la clemencia del vencedor y deseosos de vengarse, salieron uno a uno de Italia cautelosamente y cruzaron los Alpes. El primero que llegó a la corte bávara. En el verano de 1266, fue un abogado notable de la cancillería de Manfredo, llamado Pedro de Prezze. Era famoso por su dominio del estilo literario llamado «siciliano», que era pomposo y florido, pero perfectamente adecuado, según se consideraba generalmente, para manifiestos políticos. Pedro de Prezze puso su pluma al servicio de Conradino. Luego llegaron los hermanos Capece: Conrado, que había sido gobernador de Manfredo, primero en las Marcas y luego en Sicilia, y Marino. Otro hermano menor, Jaime, se quedó en Sicilia como agente suyo. Poco después, Conrado de Antioquía, hijo de Federico, bastardo de Federico II, consiguió evadirse de la prisión en que estaba por orden de Carlos, junto con un compañero de cárcel, Juan de Mareri, de la familia de los señores de Avezzano. Los dos pasaron también los Alpes. A continuación, llegaron a Baviera los propios tíos de Manfredo, Galvano y Federico, y el antiguo chambelán de Manfredo, Manfredo Maletta.[134]

La llegada de todos estos hombres, ansiosos de vengarse de Carlos, no podía dejar de excitar el ánimo del cachorro de león o de la joven águila, como lo llamaban indistintamente los cronistas. Conradino ya había empezado a enviar cartas a Italia para preparar a sus partidarios. Y entonces, cuando tantos se le habían unido, convocó una dieta en Augsburgo, en octubre, en la que anunció su intención de reclamar el reino de Sicilia, que era suyo por derecho de nacimiento, y pidió ayuda a sus amigos y a sus

súbditos. Pero, sabedor de los riesgos que iba a correr, dispuso que, si moría sin descendencia, sus tíos de Baviera heredasen todo lo que poseía. Sus tíos hicieron cuanto estuvo en sus manos para disuadirlo, pero fue en vano. Arrastrados por su entusiasmo, los asistentes a la dieta decidieron organizar una expedición a Italia a finales del próximo verano para colocar a Conradino en su trono legítimo.[135]

El papa Clemente por entonces se había enterado ya de la huida de los refugiados a Baviera y de las ambiciones del joven príncipe Hohenstaufen. El 18 de septiembre de 1266 publicó un anatema contra aquel que trabajase en pro de la elección de Conradino para la corona imperial o le acompañase en una campaña contra Italia. Dos meses más tarde una bula amenazaba formalmente con la excomunión y confiscación de bienes a todo el que admitiese la autoridad de Conradino o incluso recibiese a sus agentes. Había llegado a sus oídos que los gibelinos de Florencia estaban en contacto con Conradino, y estaba tan alarmado que dejó a Carlos en libertad de restablecer la posición güelfa en el norte y el centro de Italia. Hacia el verano de 1267 parecía que la situación estaba controlada. Es cierto que en la propia Sicilia se estaban fraguando algunos disturbios. El Papa deseaba que Carlos renunciase a su intención de acabar con los últimos centros de resistencia gibelina en la Toscana y regresase a su reino. No esperaba ninguna perturbación del otro lado de los Alpes. El 15 de septiembre escribió a Carlos diciéndole que no creí que Conradino invadiese Italia. En esos momentos, el ejército de este último atravesaba ya los valles tiroleses en dirección al paso del Brennero.[136]

El optimismo del papa Clemente no duró mucho tiempo. El 17 de septiembre escribió otra vez a Carlos diciéndole que la isla de Sicilia estaba en plena revolución y que habían desembarcado en ella tropas procedentes de Túnez. A petición de Conradino, Conrado Capece había emprendido la arriesgada misión de vol-

ver a la isla, donde había sido gobernador de Manfredo, para provocar su levantamiento contra los angevinos. A los sicilianos no les gustaba mucho Manfredo, pero aún les gustaba menos el comportamiento de los cobradores de impuestos de Carlos. Las intrigas de Capece encontraron una respuesta favorable. Entonces se puso en contacto con el infante Fadrique y sus camaradas refugiados en Túnez. El rey tunecino les proporcionó armas y zarparon para prestar ayuda al levantamiento. El Papa estaba también muy inquieto con las noticias que le llegaban de Roma. El infante Enrique, desde su cargo de senador, había suscitado ya el descontento del Papa al ocupar varias ciudades en Campania y atacar algunos de los castillos de Carlos en la frontera. Pero aunque Carlos sospechaba cuáles eran las futuras intenciones de Enrique, Clemente no estaba dispuesto a declararle una franca hostilidad. No podía, dijo a Carlos, organizar una revuelta en Roma; los romanos estaban aterrorizados por el senador y un levantamiento costaría demasiado dinero. Lo único que el Papa podía hacer era sugerirle a Carlos que hiciera las paces con Enrique devolviéndole el dinero que éste le había prestado en 1266. Las sospechas de Carlos eran justificadas. A mediados de octubre, Enrique mostró su juego. Ya estaba en contacto con su hermano, que se hallaba en Sicilia. Y ahora recibió la visita de Galvano Lancia, que venía directamente de Baviera con un reducido cuerpo de tropas. Habían atravesado Italia rápida y secretamente y llegaron a Roma el 18 de octubre. Entraron en la ciudad con el estandarte del águila de los Hohenstaufen ondeando orgullosamente y fueron recibidos con ceremonia por el senador, que los instaló en el palacio de Letrán. Pocos días después, salió de Roma un mensajero con una carta de bienvenida del senador para Conradino, que incluía, ya que Enrique se consideraba poeta, una exhortación en verso bastante mala.[137]

Clemente estaba desesperado. Con la vana esperanza de recuperar Roma, esperó durante un mes para romper definitivamen-

te con el senador. Hasta noviembre no lo denunció oficialmente y hasta el siguiente abril no los excomulgó tanto a él como a todos los seguidores de Conradino en la ciudad. Sicilia estaba ahora en manos de los rebeldes. Sólo Palermo y Mesina seguían en poder del gobernador de Carlos, mientras que los sarracenos de Lucera se habían unido al levantamiento, que se estaba extendiendo por Calabria. Sin embargo, Carlos insistió en permanecer en la Toscana. E incluso cuando cayó por fin Poggibonsi, a fines de noviembre, siguió su proyecto de aislar Siena, capturando Volterra, y en enero de 126 marchó sobre Pisa. Capturó y saqueó Porto Pisano, desmantelando las murallas e interrumpiendo durante algún tiempo todo el comercio marítimo de Pisa. Pero, al fin, en marzo, prestó oídos a las frenéticas súplicas del Papa y se dirigió, desde Florencia, hacia el sur. Se detuvo a visitar a Clemente en Viterbo y a recibir de sus manos la investidura de representante imperial de Lombardía. Una vez de regreso en su reino, se dispuso a enfrentarse con los sarracenos rebeldes de Lucera, decidido a someterlos antes de que llegara Conradino.[138]

Conradino, siguiendo el programa que se había fijado en Augsburgo el año anterior, salió de Baviera a mediados de septiembre de 1267. Su ejército, no muy importante, probablemente sólo contaba con menos de cuatro mil jinetes procedentes de las tierras de sus propios antepasados y de las de sus parientes. Prácticamente no tenía infantería, ni dinero para pagar muchos mercenarios. Los hombres estaban lo bastante interesados en la empresa, pero, con la excepción de Federico de Baden, los príncipes alemanes, en cuya ayuda confiaba el joven rey, se mostraban desanimados e indiferentes. Lo acompañarían en el cruce de los Alpes, pero no le prometían seguirlo más al sur en tan temeraria aventura. Sus tíos le rogaron hasta el último momento que renunciase a su empeño, y su madre, cuando Conradito se despidió de ella en el castillo de Hohenschwangau, no pudo ocultar sus temores. Pero él estaba decidido y su determinación era alen-

tada por los italianos que se habían unido a él. Su séquito personal y su secretariado eran casi exclusivamente italianos. Y muchos de los miembros de su personal eran sicilianos que le habían sido presentados por Pedro de Prezze. Antes de salir de Alemania, publicó un manifiesto, escrito en el más hiperbólico estilo de Pedro de Prezze. En él proclamaba sus derechos como heredero legítimo de los Hohenstaufen, juzgaba severamente las pretensiones del Papa y calificaba al propio Manfredo de usurpador falto de escrúpulos.[139]

El ejército se movió lentamente a través del Tirol y cruzó el Brennero, deteniéndose en Bolzano y en Trente. El 21 de octubre de 1267 llegó a Verana, la gran ciudad gibelina del norte, donde Conradino se quedó durante tres meses. Se desconoce la razón de este retraso. Quizá se debiese a que Conradino deseaba dar tiempo a los gibelinos de toda Italia a que se uniesen a él. Pero también puede ser que abrigase la esperanza de que la revolución de los sicilianos y de los sarracenos de Lucera obligase a Carlos a dirigirse al sur y dejarle así el camino despejado en toda Italia. O puede ser que esperas a que su aliado, el infante Enrique, saliese de Roma hacia el norte. Enrique desplegó una gran actividad durante esos meses. Sus agentes trabajaban en Toscana, donde Pisa y Siena aún hacían frente al rey Carlos. El 1 de diciembre, los gibelinos de Toscana firmaron un solemne tratado con el senador. De las tres cláusulas de que constaba, la primera anunciaba que la Liga toscana elegía a Enrique como capitán general durante cinco años. Éste tendría un salario anual de 10.00 libras pisanas, así como la paga para 200 jinetes españoles. A cambio de esto, él había de suministrar a las comunas toscanas, a expensas de éstas y siempre que lo deseasen, 2000 jinetes. Pero los gibelinos no tenían una confianza absoluta en Enrique, por lo que añadían que, en caso de que el infante separase de Conradino, la cláusula resultaría nula. La segunda cláusula proporcionaba a Enrique el derecho a ocupar todas las tierras imperiales de

la Toscana, derecho que, en realidad, no correspondía otorgar a la Liga toscana. Mas aun así los derechos y posesiones de las ciudades toscanas, incluida, aquellas que en ese momento eran güelfas, se conservaban cuidadosamente. Carlos de Anjou fue calificado de enemigo público, al que había que expulsar de la región. La tercera cláusula del tratado asociaba la ciudad de Roma con su senador. El Papa declaró nulo el tratado, pero fue en vano. En realidad, mientras Carlos y su ejército permaneciesen en la Toscana, los gibelinos no tenían mucho que hacer. Pero, entre tanto, los soldados gibelinos se dirigían en tropel a Roma para unirse a Enrique.[140]

Conradino salió de Verana el 17 de enero. La revolución siciliana y las súplicas del Papa aún no habían convencido a Carlos de la conveniencia de salir de Toscana. En realidad éste jugaba con la idea de enfrentarse con Conradino en Lombardía, pero no quería cruzar los Apeninos hasta no estar más seguro de los toscanos. Aunque los movimientos de Carlos no estaban aún muy claros, Conradino no podía esperar. No podía pretender de los veroneses, a pesar de ser amigos, que albergaran durante mucho más tiempo a todo un ejército. Las propias tropas estaban impacientes. El duque de Baviera se negó a seguir y ya había vuelto a su país. Muchos señores alemanes menos importantes siguieron su ejemplo, incluido el más ambicioso de todos ellos, Rodolfo de Habsburgo. Los gibelinos italianos empezaron a mostrarse impacientes. Conradino ya había hecho el intento de seguir a través de Lombardía pero había sido rechazado por un ejército güelfo. Ahora nada se oponía a sus movimientos. Los Torriani de Milán, que se habían preparado para hacerle frente, permanecieron tras los muros de la ciudad. Después de viajar durante tres días a marchas forzadas, llegó a Pavía, la segunda gran ciudad gibelina del norte. Descansó en ella durante unas semanas, preparándose para la etapa siguiente, Pisa. En ese momento, Carlos salió de Lombardía. El propio Conradino, con unos pocos acompañan-

tes, dejó el ejército. Gracias a que el marqués de Montferrato hizo deliberadamente la vista gorda, ya que el marqués de Carretto, marido de una de las hijas ilegítimas de Federico II, les ofreció abiertamente su amistad, Conradino y sus acompañantes pudieron cruzar los Alpes ligures hasta Savona, en la costa. Desde allí, zarparon en un barco pisano el 29 de marzo. El 7 de abril llegaron a Pisa, que recibió a Conradino con honores de rey. El 2 de mayo se unió a él el ejército, que había sido hábilmente conducido por Federico de Baden a través de los Apeninos, por un puerto más occidental de lo que se esperaba, y no había encontrado oposición.

En Pisa, Conradino recibió oro gibelino y gran número de soldados gibelinos. A cambio de esta ayuda, y actuando como si ya hubiese sido designado emperador, el joven rey otorgó privilegios a sus fieles aliados. Pisa debería recibir todos los derechos que había poseído en el reino siciliano, al igual que las ciudades de Trapani, Marsala y Salerno, y las islas de Ischia y de Malta. Desde Pisa, intentó atacar Lucca, pero el lugarteniente de Carlos en Toscana, Juan de Brayselve, le cerró el paso. Conradino salió de Pisa el 15 de junio para atacar Siena. Poggibonsi, que ya se había levantado contra la guarnición angevina y le había enviado las llaves de la ciudad, le dispensó una calurosa acogida. El 25 de junio, Conradino llegó a Siena. Ese mismo día, parte de sus tropas, que estaba reconociendo los lugares más al este, cayó sobre Juan de Brayselve mientras éste cruzaba con su ejército el río Arno en Ponte Valle, no lejos de Arezzo. El ataque cogió a los franceses por sorpresa y Juan fue capturado. Conradino permaneció unos diez días en Siena. La ciudad fue recompensada por su lealtad con el derecho de cobrar impuestos y administrar justicia en todo el distrito. Desde Siena, el ejército se dirigió, por la antigua Vía Cassia, a Roma. La carretera los hizo pasar por las murallas de Viterbo, donde vivía el papa Clemente. Según la leyenda, el Papa se sentó en una ventana elevada de su palacio para

verlos pasar, murmurando esperanzadamente que el cordero estaba siendo llevado al matadero.

La llegada de Conradino a Roma el 24 de julio fue acogido con histéricas escenas de entusiasmo. Nunca había dado la ciudad papal una bienvenida tan tumultuosa a un enemigo declarado de la Santa Sede. La multitud lo recibió cantando himnos de alabanza y arrojando flores a su paso. Las calles estaban adornadas con colgaduras de seda y de raso. Todo el mundo se había engalanado. Hubo juegos en el Campo de Marte y procesiones nocturnas con antorchas. El rey niño, con su belleza y su encanto, era tratado casi como un dios. Nadie se dio cuenta de la ausencia de los nobles güelfos ni de si observaban cautelosamente tras los muros de sus castillos en Campania, y a nadie le importaba lo más mínimo. Los gibelinos estaban allí en masa, en mayor número cada día, y el senador Enrique presidía complacido todos los festejos, declarándole al rey su inalterable devoción.[141]

Las noticias que llegaron desde Roma a Viterbo hirieron profundamente al Papa. Durante muchos años ni él ni sus sucesores pudieron perdonar completamente a la ciudad. Culparon de ello a Enrique más que a ningún otro. Nunca más, juró Clemente, se permitiría ser senador a un extranjero.[142]

Conradino disfrutó de su triunfo en Roma solamente durante tres semanas. El 14 de agosto, lleno de esperanza, marchó al frente de su ejército, que había aumentado considerablemente, a conquistar el reino. Conradino mandaba ahora unos seis mil hombres, todos ellos jinetes bien adiestrados. Con los estandartes al viento se dirigieron por la Vía Valeria, después de Tívoli, hacia las colinas Sabinas.

Al enterarse de que Conradino estaba en Roma, Carlos levantó el sitio de Lucera, donde había intentado en vano que los sarracenos se rindiesen, y se dirigió velozmente a través de las montañas a Avezzano, adonde llegó el 4 de agosto. Había adivi-

nado que Conradino se dirigiría a Apulia, a través de las tierras próximas al lago Fucino, donde estaban las principales posesiones de los Lancia, ya que Conradino buscaría, naturalmente, las regiones donde tenía amigos, mientras que la carretera directa a Nápoles estaba bien fortificada. El 9 de agosto, Carlos estaba en Scurcola, lugar donde la carretera de Tagliacozzo a Avezzano cruza el pequeño río Salto. Desde allí, se dirigió unos cuantos kilómetros al nordeste y acampó en la colina de Ovindoli, que dominaba la única carretera entre Avezzano y Apulia. Conradino no podía pasar por ella camino de Apulia sin que Carlos lo supiese.[143]

Conradino se había detenido en Vicocaro, un pueblo que pertenecía a la rama gibelina de los Orsini, y después en el castillo de Saracinesco, donde lo recibió la hija de Galvano Landa, mujer de Conrado de Antioquía. Desde allí, se trasladó a Carsoli. En este punto, la Vía Valeria tuerce al sudeste. Por encima del puerto de montaña de Monte Bove, que lleva a Tagliacozzo. Conradino ya sabía que Carlos no estaba muy lejos; así que, para evitar ser cogido en un valle estrecho, hizo un giro rápido hacia el norte, llevando su ejército por una serie de senderos de mulas que lo condujeron al valle del Salto, debajo de Scurcola exactamente. De esta manera había evitado los desfiladeros de Tagliacozzo. Pero Carlos seguía aún delante de él, cerrándole el paso. Lo único que había ganado con la difícil marcha por las colinas era que su ejército pudiese librar la batalla decisiva en terreno llano, donde la pesada caballería alemana podría ser utilizada con algún éxito.

Conradino montó su campamento en Scurcola el 22 de agosto de 1268. Unas horas más tarde, llegaron Carlos y su ejército y acamparon en la otra orilla del río Salto. Cuando se enteró del camino que seguía Conradino por las colinas, Carlos levantó su campamento de Ovindoli y reagrupó sus tropas en Avezzano, siguiendo después por la Vía Valeria hasta el río. Conocía la llanu-

ra de Scurcola porque había acampado allí quince días antes. Y estaba dispuesto a librar la batalla en ella. Durante la tarde hubo una ligera e indeterminada escaramuza entre las dos vanguardias, pero los dos bandos deseaban descansar con el fin de prepararse para el combate decisivo del día siguiente.

Esa noche, Conradino, alarmado quizá por rumores de espías en el campamento, dio orden de que se diese rápidamente muerte a su prisionero Juan de Brayselve, a quien había apresado con el ejército. Iba contra la costumbre de la época matar a un enemigo capturado en batalla, y los seguidores de Conradino se disgustaron con esa orden.

La batalla, conocida como la batalla de Tagliacozzo, a pesar de que Tagliacozzo mismo estaba a siete kilómetros detrás de las líneas de Conradino, empezó la mañana del jueves 23 de agosto. Como dos años antes en Benevento, cada ejército estaba dividido en tres cuerpos. El primer cuerpo de Conradino ocupaba la carretera en la orilla occidental del Salto. Lo mandaba el infante Enrique y estaba formado por su caballería española y tropas gibelinas de Roma y Campania. Detrás de él estaba el segundo cuerpo, compuesto por las tropas gibelinas de Lombardía y Toscana y los refugiados del reino, con algunos soldados de la caballería alemana. El resto de las tropas alemanas estaba en la reserva, bajo el mando de los dos jóvenes príncipes, el propio Conradino y Federico de Baden. El ejército de Carlos era algo más reducido, con unos 5000 jinetes en vez de los 6000 de Conradino, pero estaba constituido por veteranos que habían peleado al lado de Carlos durante dos años; hombres a los que éste conocía y en los que confiaba. Su primer cuerpo, formado por tropas italianas güelfas y provenzales, ocupaba la carretera principal en la orilla oriental del río. El nombre del que lo mandaba no consta en las crónicas. El segundo cuerpo contenía el grueso de las tropas francesas de Carlos, al mando del mariscal Enrique de Cousances. Carlos tenía la intención de hacer creer al enemigo que ese

cuerpo era la reserva y como lo acostumbrado era que el comandante en jefe encaneciese con la reserva, dio a Enrique de Cousances su abrigo para que se lo pusiese y entregó al abanderado el estandarte real. El propio Carlos, con la verdadera reserva, compuesta por cerca de 1000 jinetes de los mejores, permaneció a unos dos kilómetros detrás de su flanco derecho, oculto del enemigo por un pliegue montañoso. Estaba con él un soldado veterano que acababa de regresar de un cruzada, el Chambelán de Francia, Érard de Saint-Valéry. Entre los dos ejércitos corría el pequeño río Salto, que no llevaba mucha agua por ser pleno verano. Pero los bancos de arena de las orillas y el lecho pantanoso hacían difícil atravesarlo por algunos lugares, especialmente cerca del puente, por encima del cual el río salvaba la calzada principal.

Por la mañana temprano, el infante Enrique y sus tropas cabalgaron en buen orden hacia el puente. En un vano intento de despistar al enemigo, ordenó a sus seguidores que empezaran a preparar un campamento cerca del río, como si aquel día no tuviesen intención de luchar. De repente, a eso de las nueve, sus jinetes se abalanzaron sobre sus sillas y cargaron contra el puente. El primer cuerpo de Carlos ya estaba allí para hacerles frente, y el segundo, mandado por Enrique de Cousances, se acercó inmediatamente, listo para cruzar cuando los hombres del infante se vieran rechazados. Con la excitación de la lucha, los franceses no se dieron cuenta de que la mitad del cuerpo del infante se había separado y, junto con el de Galvano Lancia, se había dirigido hacia el sur del río. A una distancia de medio kilómetro del puente aproximadamente, los bancos descendían y la profundidad del agua era algo menor, formando un charco fácil de vadear. Las tropas gibelinas se lanzaron al otro lado del río y atacaron el llaneo izquierdo del ejército angevino. Su violenta embestida fue totalmente inesperada. Mientras Galvano atacaba a Enrique de Cousances por ahí, los italianos y provenzales del primer cuerpo

angevino se replegaron desde el puente, y el infante pudo cruzar. Parecía que la victoria estaba del lado de Conradino. La matanza entre los angevinos fue terrible. Enrique de Cousances, confundido con el rey Carlos, fue derribado y el estandarte real capturado. Después de su muerte, los que restaban del ejército angevino huyeron del campo de batalla. Cuando Conradino y sus jinetes recorrieron el campo para administrar el *coup de grâce* no parecía que fuera ya necesario hacerlo. El infante Enrique y Galvano perseguían a los fugitivos. Algunos de los hombres de Galvano se habían desviado para saquear el campamento angevino, y a ellos se unieron muchos alemanes de Conradino. El joven rey se quedó en el campo de batalla con sólo una reducida escolta.

Carlos, que acechaba escondido, estaba aterrado por el desastre. Por un momento, pensó en atacar para rescatar a sus hombres, pero Érard de Saint-Valéry le hizo ver que estaban muy lejos. Llegaría demasiado tarde y lo único que conseguiría sería revelar el lugar donde se ocultaba. Si esperaba, era casi seguro que el enemigo victorioso se dispersara en busca del botín. Así que siguió en su puesto hasta que vio que en el campo de batalla sólo quedaba un pequeño grupo apiñado en torno a los estandartes de los Hohenstaufen. Entonces hizo salir de la emboscada a sus hombres a galope tendido. Al principio, los caballeros de Conradino no tenían la menor idea de que los jinetes que galopaban por la llanura eran tropas enemigas. Cuando comprendieron lo que ocurría ya era demasiado tarde. Los cogieron desprevenidos y eran inferiores en número. Después de una resistencia feroz, los amigos de Conradino lo persuadieron de huir mientras aún era posible. Junto con Federico de Baden y con su guardia de corps personal, el joven salió a toda velocidad hacia Roma. Su portaestandarte había caído en el campo y la insignia del águila imperial había sido capturada. La mayor parte de sus caballeros

habían muerto. Conrado de Antioquía, que había intentado reagruparlos, fue hecho prisionero.

Al ver que el portaestandarte del rey había caído, los alemanes y los gibelinos que habían estado saqueando el campamento angevino se dispersaron y huyeron. Pero el infante Enrique y Galvano aún mandaban un ejército imbatido. Al parecer, Enrique, al abandonar el valle para perseguir a sus víctimas por la carretera que conducía a Apulia, se volvió y se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo. Regresó y reagrupó a sus hombres y volvió a entrar con ellos en la llanura. Sus tropas eran más numerosas que las de Carlos, pero los hombres y los caballos estaban cansados después de tan largo día de lucha, y el calor del verano perturbaba más a los alemanes enfundados en sus pesadas armaduras que a los franceses, vestidos con cotas de malla. Además, tenían que recorrer un largo camino, a la vista del enemigo. Carlos tuvo tiempo de dejar descansar a sus hombres, sin los cascos, antes de reunirlos otra vez para hacer frente a la embestida. Pero aun así, las líneas gibelinas eran tan formidables que Érard de Saint-Valéry aconsejó que fingieran la retirada. Con el permiso de Carlos, llevó a una compañía francesa a la retaguardia, como si estuviera abandonando el campo con desánimo. A pesar de las advertencias de Enrique, los gibelinos se dejaron engañar y rompieron filas, unos para perseguir a Érard y otros para atacar al rey. Al principio, el ejército angevino pareció hundirse, pero cuando Érard volvió grupas repentinamente y empezó una lucha cuerpo a cuerpo, los gibelinos vacilaron. El infante intentó volverlos a agrupar para una nueva carga, pero los caballos estaban agotados y los hombres tan cansados que apenas podían levantar los brazos para atacar. Sus esfuerzos eran ineficaces, y en seguida huyeron del campo todos aquellos cuyos caballos aún podían sostenerlos, dejando que matasen a sus compañeros. Después de un comienzo desastroso, Carlos ganó la batalla de manera completa e inequívoca.

Esa noche, Carlos escribió al Papa. Dando muestras de un mal gusto que, a pesar de los siglos transcurridos, aún estremece, empezó su carta con las palabras de Esaú tomadas de las Escrituras: «Incorpórese mi padre y coma de la caza de su hijo, a fin de que me bendiga su alma». A continuación, describía la batalla, pasando rápidamente por los primeros episodios y minimizando sus muchas pérdidas. Terminaba diciendo triunfalmente: «Hemos matado una muchedumbre tal de enemigos que la derrota de Benevento no es nada comparada con la que han sufrido hoy. Como escribimos esta carta inmediatamente después de la batalla, todavía no podemos decir si Conradino y el senador Enrique han muerto o si han huido. Lo cierto es que el caballo del senador ha sido encontrado mientras él huía a pie».[144]

En realidad, la mayoría de sus principales enemigos habían sobrevivido a la batalla. Conrado de Antioquía era prisionero suyo. El infante Enrique, el senador, se refugió en el convento de San Salvador, en la carretera de Rieti, donde fue identificado y capturado. Conradino cabalgó hacia Roma, adonde llegó el 28 de agosto con Federico de Baden y unos cincuenta caballeros. El senador Enrique había dejado como diputado suyo en Roma a un señor gibelino de Urbino, Guido de Montefeltro; pero Guido, cuya posterior carrera como valiente condottiere se basó en un prudente desagrado por sus amigos derrotados, ya había tenido noticias de la batalla, de modo que se negó a recibir a Conradino y le cerró las puertas del Capitolio. El muchacho, siguiendo los consejos de algunos amigos, salió de la ciudad, en la que Guido ya estaba admitiendo a los güelfos. Conradino y su séquito dieron la vuelta por la Vía Valeria, esperando poder escapar de algún modo a través de las montañas y unirse a los rebeldes de Apulia. En Saracinesco la mujer de Conrado de Antioquía los atendió de nuevo y encontraron refugiado allí a su padre, Galvano Lancia. En Saracinesco cambiaron de plan, porque había demasiados agentes de Carlos vigilando la carretera hacia el este.

En lugar de tomar esa dirección, salieron con Galvano hacia el sur, a través de Campania, hasta el pequeño puerto marítimo de Astura, en los pantanos del Pontino, donde tenían la esperanza de encontrar un barco que los llevase a Génova. El señor local, Juan Frangipane, recibió la noticia de la llegada de unos misteriosos forasteros. Hizo que los arrestasen, encontrándose con que tenía en su poder a Conradino, Federico de Baden, Galvano Lancia y varios miembros de la alta nobleza romana. Los encarceló en un castillo cercano. Unos días más tarde, Roberto de Lavena, almirante de Carlos, llegó a Astura acompañado del cardenal Jordán de Terracina a pedir en nombre del rey y del Papa que le fuesen entregados los prisioneros. Éstos fueron conducidos, primero a Palestrina, donde Galvano Lancia, acusado de traición, fue ejecutado, junto con uno de sus hijos y varios gibelinos italianos. Conradino y Federico de Baden fueron trasladados a Nápoles, a la isla Castello dell'Uovo.[145]

Carlos no sintió ninguna piedad por ellos. La clemencia que había mostrado después de la victoria de Benevento no había alcanzado el fin que él se había propuesto, y no estaba dispuesto a mostrarse tan débil una vez más. Conrado de Antioquía fue puesto en libertad, no porque Carlos lo considerare menos culpable o menos traidor que a los otros, sino porque su mujer tenía en las mazmorras de Saracinesco a varios nobles güelfos importantes, parientes de cardenales, y había amenazado con ejecutarlos si su marido no era puesto en libertad. El infante Enrique estaba tan bien relacionado, que su muerte sería un problema para Carlos. Tanto la corte de Francia como la de Inglaterra abogaron por él. Pero, aunque no se le privó de la vida, pasó veintitrés años en prisión. El principal problema era qué hacer con Conradino.[146]

Según la leyenda, el papa Clemente abogaba por la muerte del muchacho. A él se atribuyen las palabras «*vita Conradini, mors Caroli; vita Caroli, mors Conradini*», Sea esto cierto o no, Carlos ya

había decidido que Conradino tenía que morir, ya que mientras viviese un príncipe de la Casa de Hohenstaufen, Carlos no estaría seguro en su trono. Y el encanto juvenil de Conradino lo hacía aún más peligroso. Pero Carlos no quería salirse de la ley. Si iba a transgredir las costumbres de la época y mandar matar a un príncipe enemigo cautivo, tenía que tener apoyo legal. Encargó a los abogados que preparasen un auto de acusación contra Conradino. La invasión del reino fue tachada de acto de robo y traición. Posteriormente, algunos defensores de los angevinos han acusado a Conradino de criminal de guerra por haber hecho ejecutar a Juan de Brayselve, lo cual, efectivamente, fue un acto contrario a las costumbres de la época. Pero esto no fue mencionado entonces y difícilmente podía haberse rechazado como simple asesinato. Los jueces de Carlos sabían lo que se esperaba de ellos. Tras un breve proceso, declararon culpable a Conradino, junto con su amigo Federico de Baden, cuyo único crimen había sido la lealtad. Fueron sentenciados a ser decapitados. Se levantó un cadalso en el Campo Moricino de Nápoles, donde está hoy la actual plaza del Mercado. Allí, el 29 de octubre de 1268, Conradino y Federico fueron decapitados públicamente, y con ellos varios partidarios suyos. Fue el único momento en que los napolitanos vieron al encantador muchacho de dieciséis años que pudo haber sido su rey. No lo olvidaron nunca.

El juicio de Conradino y su muerte conmocionaron la conciencia de Europa. Dante, medio siglo más tarde, lo consideraba una víctima inocente. Incluso el Papa estaba profundamente angustiado, a pesar de que se alegraba de ver la extinción de la casta de víboras. El historiador güelfo Villani intentó desesperadamente alejar de la memoria de Clemente toda sospecha de complicidad. Hasta hoy, Carlos es condenado por todos, incluso por franceses ansiosos de disculpar a uno de los más capaces hijos de Francia. Los alemanes lo han considerado siempre el mayor crimen de la historia. Siglos más tarde, el poeta Heine trató el asun-

to con gran dureza. Pero Carlos era realista, y creía que el fin justifica los medios. Muerto Conradino, le parecía que podría reinar seguro.[147]

8. El rey Carlos de Sicilia

Carlos había conseguido asegurarse el reino gracias a dos grandes victorias. Ya no había Hohenstaufen que se lo disputaran. Los tres jóvenes hijos de Manfredo aún vivían, pero estaban bien guardados en una prisión napolitana. En Alemania, un joven landgrave de Turingia, Federico de Misnia, cuya madre era hija de Federico II, pretendía ser el heredero de la dinastía y, durante algún tiempo, ostentó los sonoros títulos de rey de Sicilia y de Jerusalén, pero nadie lo tomó muy en serio. De vez en cuando, el rey de Castilla se jactaba de su sangre Hohenstaufen, pero sus otros muchos asuntos le impedían enfrentarse con Carlos. Además, el infante Enrique, su hermano, era cautivo de aquél y, aunque a Alfonso no le gustaba Enrique, el orgullo de casta de la Casa de Castilla no le permitía arriesgar su vida. Más ominosamente, la hija mayor de Manfredo, Constanza, vivía en Barcelona, casada con el heredero de Aragón. Pero su anciano suegro, el rey Jaime, no incluía la conquista de Sicilia entre sus muchas ambiciones.[148]

El rey Carlos podía descansar y disfrutar de su reino, así como proyectar nuevas conquistas. «El rey Carlos —cantaba su trovador, Pedro de Castelnau— será señor de la mayor parte del mundo. A él le pertenece y a él le está destinada».[149] La ejecución de Conradino no perturbó su conciencia en modo alguno. Pocos días después de haber sido decapitado el muchacho, la ciudad de Trani se engalanó para el segundo matrimonio del rey. La nueva reina de Sicilia, Margarita de Borgoña, no era heredera de tan considerables territorios como lo había sido su predecesora

Beatriz, pero tenía unas tierras bastante importantes en Francia central, con las ciudades de Auxerre y Tonnerre, y varias baronías. Desgraciadamente, el matrimonio fue estéril, y a la muerte de la reina las tierras volvieron a pasar a ser propiedad de la familia de ésta. Una vez aumentados sus dominios en Francia, el rey Carlos se dispuso a reafirmar su poder en Italia.[150]

Si los remordimientos de conciencia no perturbaban al rey, en cambio el papa Clemente no estaba tranquilo. Exactamente un mes después de la ejecución de Conradino, moría en Viterbo, el 29 de noviembre de 1268. Los gibelinos vieron en su muerte la mano vengadora de Dios, y parece seguro que sus últimos días se vieron atormentados por su temor al futuro.[151] El paladín de la Iglesia manifestaba con toda claridad que no estaba dispuesto a ser su servidor. El Papado había decidido que Roma no volvería a tener otro senador extranjero, y la ciudad volvió a estar bajo el poder de Carlos poco después de la batalla de Tagliacozzo. El 12 de septiembre de 1268, Carlos escribió al rey Luis para anunciarle que los romanos lo habían elegido senador vitalicio por unanimidad. La carta no era veraz, ya que la unanimidad se había conseguido por el exilio o la fuga de los gibelinos, y cuando, más tarde, el Papado estuvo en condiciones de poner en tela de juicio su cargo, Carlos tuvo que admitir que en realidad el mandato era sólo por diez años. Se trasladó inmediatamente a Roma y pasó la dos últimas semanas de septiembre reorganizando la administración. Aunque se mantenía aún un senado de nobles romanos, que habían de actuar en calidad de consejeros, no concedió la menor autonomía a su ciudad. Controlaba estrechamente las finanzas de la misma, mandó acuñar moneda con su nombre y las rentas de Roma se ingresaban en un tesoro municipal, la Cámara Urbana, cuyo tesorero había sido nombrado por él. Organizó una fuerza policíaca, para la que construyó torres con el fin de amenazar los palacios fortificados de los nobles. Nombró jueces palatinos, que habían de ocuparse de las diversas ramas de la ley,

y un juez supremo palatino para oír las apelaciones. Aseguró el abastecimiento adecuado de la ciudad y la explotación de Campania por medio de diversas regulaciones. Incluso pensó en fundar una universidad. Después de esta estancia en Roma, Carlos visitó la ciudad muy rara vez, excepto en la primavera de 1272, en que pasó dos meses allí, cuando la elección de un nuevo Papa y la nueva orientación de la política papal lo hicieron interesarse de nuevo por la ciudad. Ejercía su poder por medio de un gobernador con plenos poderes de virrey, que ostentaba el cargo durante un año. Salvo dos napolitanos, los demás gobernadores fueron siempre franceses. Su gobierno era demasiado autoritario para ser popular. Pero el romano medio, cansado de las facciones y tumultos que habían atormentado a la ciudad desde la muerte del papa Inocencio III, medio siglo antes, agradecía la restauración del orden. Buena muestra de esta gratitud era la estatua de Carlos erigida en el Capitolio hacia 1270.[152]

La muerte del papa Clemente facilitó las tareas de Carlos en Roma y en toda Italia. Los cardenales se reunieron inmediatamente en Viterbo para elegir sucesor, pero no lograban ponerse de acuerdo. Los cónclaves se sucedían sin resultado. El trono pontificio estuvo vacante durante casi tres años. El papa Clemente había nombrado cardenales a varios compatriotas suyos, y estos cardenales franceses estorbaban la elección de un italiano, mientras que los cardenales italianos estaban decididos, en vista del poder de Carlos, a no soportar otro Papa francés. La situación era tan favorable para Carlos, que resulta difícil no pensar que hizo todo lo que pudo para que se prolongase, influyendo en el bando francés. Pero, oficialmente, se mantuvo al margen de las discusiones. La ausencia de un Papa significaba para él que ninguna autoridad restringía su poder en Roma ni su influencia en los Estados Pontificios de la Italia central.[153]

La vacante del Imperio era igualmente satisfactoria para Carlos. Desde la muerte de Federico ll, en 1250, no había habido

emperador. Su hijo Conrado no consiguió nunca ser coronado, ni tampoco el antirrey Guillermo de Holanda ni los siguientes candidatos, Ricardo de Cornualles y Alfonso de Castilla. Ante la ausencia de emperador, el Papa había asumido el derecho de nombrar representantes imperiales en Italia. Clemente había nombrado a Carlos representante imperial de la Toscana, y ahora no había ni Papa ni emperador para disputarle el título, que él utilizó libremente. Durante algún tiempo, los muchos asuntos de su propio reino le impidieron visitar la región, pero no era necesaria su intervención personal. La derrota de Conradino había desconcertado a los gibelinos y sólo se mantenían en sus tradicionales plazas fuertes de Siena y Pisa. Las otras ciudades toscanas pasaron a manos de los güelfos. En la primavera de 1269, Carlos nombró representante suyo en la Toscana a un francés, Juan Britaud, y el 17 de junio éste y los güelfos florentinos obtuvieron una resonante victoria sobre los sieneses en Calle. Siena misma hizo frente a las fuerzas de Carlos durante un año más, pero en agosto de 1270 se rindió. Los gibelinos fueron expulsados, y los señores güelfos, que habían pasado su largo exilio en Florencia, se adueñaron de la ciudad y la colocaron bajo la influencia de Florencia. Esto supuso el fin del esplendor de Siena. Carlos ya había vencido a Pisa. Por medio de una alianza con los genoveses, que perpetuamente envidiaban a los pisanos, consiguió aislar Pisa por mar, y la derrota de Siena suponía para Pisa la pérdida de su único aliado poderoso por tierra. En la primavera de 1270, los pisanos pidieron la paz. Se les otorgaron buenas condiciones. No estaban obligados a jurar vasallaje a Carlos; podían elegir su propio podestá, siempre que éste fuera güelfo y procediese de una ciudad güelfa. Y quedaba expresamente afirmado que el tratado terminaría con la coronación de un nuevo emperador, ya que ello implicaba el fin automático del gobierno imperial de Carlos en Italia. El tratado fue acordado en nombre de éste por su diputado, Guido de Montfort, hijo de Simón,

conde de Leicester, que se había refugiado junto a Carlos al morir su padre en 1265, y lo había acompañado a Italia. Ahora era uno de los amigos más íntimos del rey.

Hacia finales de 1270, toda la Toscana estaba bajo poder de Carlos. La mayor parte de ciudades lo habían aceptado como señor y se respetaba en general la autoridad de su representante en la provincia, aunque los poderes de éste variaban según el lugar. Carlos, ahora que Conradino había muerto, podía permitirse el lujo de ser condescendiente con la Toscana. Mientras dominase el Piamonte y Lombardía no tenía que temer que ningún invasor penetrase en Italia central. Lo único que hacía falta era procurar que los güelfos mantuviesen allí su supremacía. Los toscanos se beneficiaban de su buena disposición, ya que esto permitía a sus comerciantes entrar en el reino meridional. Gran parte del comercio con el noroeste de Europa estaba ya en manos de comerciantes y banqueros toscanos, que trabajaban conjuntamente desde Florencia y, en menor escala, desde Lucca y Siena. Ahora podían extender sus operaciones hasta Sicilia y apoderarse de gran parte del comercio procedente de Oriente, en detrimento de las ciudades marítimas italianas, especialmente de Génova, que empezaba a arrepentirse de su alianza con Carlos.[154]

Carlos podía sentirse seguro en Piamonte, donde, en contraste con el resto de Italia, aún mantenían sus posiciones las antiguas familias feudales. Las más importantes de todas, la del conde de Saboya y la del marqués de Montferrato, eran enemigas de Carlos; pero su actitud hacía que los pequeños señores aceptasen más fácilmente la autoridad de éste, pues preferían un soberano distante a unos vecinos poderosos, y estos vasallos estaban colocados de tal modo, que le facilitaban el camino de Provenza a Lombardía.[155]

Lombardía presentaba mayores problemas. La derrota de Conradino había confirmado de modo natural la posesión güelfa de la mayor parte de las ciudades lombardas. Sin embargo, Vero-

na y Pavía seguían siendo gibelinas, mientras que los güelfos, que de todos modos no habían hecho un gran esfuerzo por oponerse a Conradino, una vez alejado el peligro alemán, mostraban bastante desagrado ante la idea de la dominación angevina. En esa época Lombardía contaba, en general, con una organización comunal de las ciudades en lugar del gobierno de un señor. Y los nuevos señores, a pesar de ser muchos de ellos güelfos, estaban aún menos dispuestos que las comunas a admitir a un activo señor supremo. Sin embargo, Carlos tenía la intención de implantar su autoridad en toda Italia del Norte.

Los meses que siguieron a la derrota de Conradino estuvieron llenos de pequeñas guerras e intrigas. Durante algún tiempo, los gibelinos de Pavía se hicieron amigos de los señores güelfos de Milán. Los intentos de Pallavicini por recobrar Parma y Piacenza condujeron a una serie de escaramuzas, en el curso de las cuales murió Pallavicini. Al principio, Carlo estaba tan ocupado en el sur, que no pudo intervenir. Pero en mayo de 1269 escribió a los jefes municipales de Parma, sugiriéndoles que montasen una vigorosa campaña contra los antiguos partidarios de Conradino. Y a esta carta siguió otra dirigida al prior de los dominicos de allí, pidiéndole que organizase una liga de los fieles de Lombardía contra los enemigos de la Iglesia y contra cualquier descendiente de Federico II.

Quizá temía que Federico de Turingia considerase seriamente la posibilidad de invadir Italia. Hacia la misma época, anunció a todas las ciudades lombardas que iba a enviar un nuevo senescal a Lombardía, Gualterio de La Roche. Parece ser que éste no fue muy bien recibido. Pocos meses después, en octubre, Carlos envió al arzobispo de Santa Severina a organizar a los partidarios de la Iglesia. Y ese mismo mes se llamó a los representantes de todas las ciudades lombardas a reunirse con los funcionarios de Carlos en una dicta en. Cremona, donde se les pidió abiertamente que aceptasen a Carlos como señor. La respuesta estuvo muy

lejos de ser unánime. Las ciudades del sur del Po, con la excepción de Bolonia, Alessandria y Tortona, le aceptaron, pero Milán y sus vecinas se negaron de plano. Una o dos de las ciudades disidentes consintió en prestar juramento de fidelidad a Carlos más tarde, en diciembre, pero resultaba evidente que Lombardía no estaba ya dispuesta a someterse a la dominación angevina. No obstante, Carlos siguió designando senescales para Lombardía, todos ellos franceses y ninguno nombrado por mucho tiempo, los cuales amenazaban a toda ciudad que se insubordinara. En varias ciudades, como en Ivrea, nombró al podestá. En otras, como Piacenza o Alessandria, hizo una lista de las personas entre las cuales los ciudadanos podían elegir al podestá. Pero de hecho su influencia iba decayendo, y el nombramiento de funcionarios franceses le hizo perder la simpatía general de los italianos. El creciente odio a los franceses fortalecía la resistencia de las ciudades gibelinas que aún restaban. Inocentes peregrinos franceses fueron molestados en Pavía a causa de su nacionalidad, y el convento dominico fue saqueado porque algunos de los frailes eran franceses.[156]

De hecho, los gibelinos tenían la esperanza de recibir ayuda del extranjero. En agosto de 1269, Federico de Turingia escribió al cabecilla gibelino Ubertino de Anditó, anunciándole que invadiría Italia en breve, y en octubre informó a Pavía de que su expedición consistiría en cuatro mil caballeros y una larga lista de barones alemanes. Durante el mismo verano, un agente de Alfonso de Castilla, que trabajaba con la aprobación del infante Pedro de Aragón, yerno de Manfredo, se puso en contacto con los gibelinos lombardos, que respondieron enviando desde Pavía un embajador a la corte castellana. Esperanzadamente, los gibelinos animaban tanto a Federico como a Alfonso, en la creencia de que el primero deseaba sólo el reino de Sicilia y el segundo el Imperio, con lo cual sus interese no chocarían. Esto era cierto en lo que tocaba a Federico y Alfonso, pero Pedro se había unido a

este último con la idea de reclamar Sicilia en nombre de su mujer. Sin embargo, no hubo ninguna invasión. En julio de 1271, la ciudad de Pavía y el marqués de Montferrato, que ya se declaraba gibelino abiertamente, indujeron a tres cardenales italianos, los oponente más vigorosos de los franceses en el Sacro Colegio, a visitar a Federico en Alemania y preguntarle por qué retrasaba tanto su expedición a Italia. Éste contestó nombrando un delegado general para representarlo en Italia. Pero ese delegado, el conde de Treffurt, sólo viajó hasta Verona, donde fue bien recibido. Después de permanecer allí unas cuantas semanas en completa inactividad, regresó a Alemania. Alfonso de Castilla, que era algo más activo, al menos en teoría, propuso enviar dos mil caballeros a Lombardía y sugirió una serie de complicadas alianzas, destinadas a cercar a Carlos. Se dejó llevar de su entusiasmo hasta el punto de casar a una de sus hijas con Guillermo de Montferrato. La boda se celebró en España, en octubre de 1271, y el marqués volvió a Italia con el título de representante imperial. Desgraciadamente, todas las pequeñas guerras que dirigió en adelante en nombre de su suegro contra sus vecinos güelfos fueron un completo fracaso.[157]

Por tanto, Carlos no tenía motivos para preocuparse seriamente por la situación en Lombardía, a pesar del declive de su influencia. Le interesaba más, y era más importante para sus futuras empresas, dominar firmemente su reino y explotarlo a fondo. La victoria de Tagliacozzo no había puesto fin a sus problemas en Sicilia. Seguía habiendo tumultos en la isla, los sarracenos de Lucera aún le hacían frente. Pero los rebeldes ya no podían abrigar la menor esperanza de recibir ayuda del extranjero. En efecto, en algunas de las ciudades de Apulia y Basilicata, tales como Potenza, Gallípoli y Aversa, que habían estado a punto de unirse a la rebelión, la noticia de la victoria de Carlos había incitado a los ciudadanos que le eran leales a asesinar a todos los seguidores conocidos de Conradino. Los rebeldes que pudieron es-

capar se unieron a los sarracenos de Lucera. Esta gran fortaleza hizo frente a los generales de Carlos durante varios meses. Carlos en persona no fue a dirigir el sitio hasta abril de 1269, y aun bajo su mando sus hombres no hicieron mella en sus murallas. Mas Carlos intensificó el sitio, hasta que, al fin, el 29 de agosto de 1269 el hambre obligó a la guarnición a rendirse. Los sarracenos conservaron la vida y fueron dispersados por familias por los dominios del rey, privados de sus armas. Pero todos los rebeldes cristianos capturados en la fortaleza fueron ejecutados.[158]

La revolución de Sicilia duró algo más. Conrado Capece, que mandaba a los rebeldes, trató de persuadir a Federico de Turingia para que acudiese en su ayuda, pero fue en vano. Sin embargo, contaba con el apoyo de los isleños, y Tomás de Coucy, general de Carlos, apenas podía hacer más que mantenerse en Palermo y Mesina. Carlos envió entonces a Felipe y Guido de Montfon con refuerzos. Consiguieron tomar la ciudad rebelde de Augusta, entre Catania y Siracusa, y la saquearon. Los habitantes que sobrevivieron a las espadas de los soldados fueron torturados y ejecutados de forma sumaria. En agosto de 1269, se hizo cargo del mando militar de Sicilia Guillermo l'Estandart, que en un año logró controlar la isla. En Agrigento, obligó a rendirse al infante Fadrique y a Federico Lancia, que pudieron escapar a Túnez. El principal ejército rebelde fue derrotado en Sciacca, la fortaleza donde Conrado Capece tenía su cuartel general. El propio Capece huyó al castillo de Centuripa, en el centro de la isla, pero fue capturado allí a comienzos de la primavera de 1270. Fue conducido, junto con sus hermanos Marino y Jaime, a Nápoles, donde fueron decapitados.[159]

El castigo impuesto a los rebeldes por todo el reino fue muy severo, incluso teniendo en cuenta las normas de la época. Carlos ordenó a sus funcionarios que no perdonasen la vida a ningún hombre al que se encontrase en armas. Los que se rindieron tenían que someterse voluntariamente a la decisión del rey, pero

si lo preferían podían llevar sus casos al Tribunal Supremo. Pero el fin de Conradino había mostrado claramente cuál iba a ser siempre el juicio del tribunal. En la ciudades donde los rebeldes habían tenido el control, se otorgaba una amnistía a quienes no se hubiesen alzado en armas contra el rey, pero todos los alemanes, españoles o pisano que hubiera entre ellos tenían que abandonar el país inmediatamente. Los bienes pertenecientes a los rebeldes fueron confiscados. Al principio, se autorizó a sus mujeres a conservar sus propios territorios y bienes, pero parece que Carlos sospechaba que enviaban dinero a sus maridos exiliados, por lo que sus propiedades fueron también confiscadas, y sólo se les concedió una exigua pensión. Sin embargo, se hicieron excepciones. Por ejemplo, poco después se decidió que las viudas recuperasen sus propiedades. Las medidas de represión resultaban aún más intolerables para los despreocupados italianos debido a que les eran impuestas con el cuidado más meticuloso, ya que los agentes del rey eran en su mayoría franceses y notablemente eficientes. Pronto se restableció el orden en todo el reino, incluso en Sicilia. Pero el precio fue un profundo odio en la isla.[160]

La política gubernamental de Carlos tampoco era la adecuada para ganarse el afecto de los isleños. Al principio, había adoptado la administración de Manfredo, con muy pocos cambios; pero después de la invasión de Conradino y de las revoluciones, reorganizó el reino según el modelo francés, y tuvo cuidado de que los cargos importantes fuesen desempeñados por franceses en los que podía confiar. Recompensó con feudos a sus seguidores y lo hizo con muestras de legalidad. Se negó a reconocer que, tanto Manfredo como Conrado o el mismo Federico II, después de su deposición oficial por el Papa en 1245, hubiesen sido reyes legítimos de Sicilia. Por tanto, las concesiones hechas por cada uno de ellos eran nulas. Todos los terratenientes habían de presentar sus títulos de propiedad y demostrar que sus tierras les habían sido otorgadas antes de 1245. Muchas de las familias más antiguas

habían perdido desde hacía largo tiempo sus escrituras o nunca habían registrado oficialmente sus propiedades; muchas otras concesiones habían sido registradas o vueltas a registrar bajo los «usurpadores». Por tanto, les fueron confiscadas, y unidas a las que procedían de los rebeldes convictos, proporcionaron al rey grandes territorios, que podía volver a distribuir. Fueron concedidos feudos, procedentes de ese tipo de tierras, a unos 700 franceses y provenzales, pero Carlos procuró que ninguno de los nuevos feudos fuera peligrosamente grande y conservó muchos territorios como patrimonio real. Con objeto de mantener en el reino a los colonos franceses e impedir salir de él a los italianos para conspirar en el extranjero, fue promulgada una ley que autorizaba al rey a confiscar las tierras de cualquier señor feudal que estuviera más de un año ausente del reino. Al mismo tiempo, las ciudades, que habían disfrutado de autonomía municipal desde tiempos bizantinos, tuvieron que establecer relación feudal con la Corona. Bien directamente, bien a través de los principales vasallos. Alguaciles reales o agentes feudales se ocupaban de controlar las actividades más importantes de las mismas. Sólo Nápoles y algunas grandes capitales del norte del reino conservaban una Comuna con algún poder político, pero pronto aprendieron a utilizar ese poder con discreción.[161]

Carlos mantuvo los grandes cargos estatales que habían existido bajo sus predecesores, y que eran desempeñados por los siguientes funcionarios: el condestable, encargado del ejército, y el almirante, al cargo de la Marina; el juez supremo; el protonotario-logothete, al frente de la secretaría real; el canciller, que era siempre un clérigo y registrador principal; el chambelán, tesorero del reino, y el senescal, encargado del patrimonio real. En 1259, Carlos subdividió el cargo de protonotario, y después de 1272 quedó vacante el puesto de canciller y se encargó del trabajo un vicecanciller. Carlos añadió dos mariscales para ayudar al condestable en la administración militar. Cada provincia estaba

bajo el control de un justicia que supervisaba tanto la administración de las propiedades reales por los funcionarios como la de los vasallos. Eran especialmente responsables de la justicia local y del cobro de impuestos locales. El rey Carlos se enorgullecía de la excelencia de su justicia y, excepto cuando los problemas políticos entraban en juego, su orgullo estaba justificado. Había multitud de ordenanzas para mostrar cuán severamente eran castigados los funcionarios culpables de opresión o de corrupción, y cuán estrictas eran las reglas contra el asesinato, bandidaje y robo, y contra cualquier intento de proteger a los criminales. Al parecer, los tribunales civiles también eran eficientes e imparciales. El juez supremo tenía la obligación de viajar por el país para oír apelaciones contra los juicios de los tribunales y quejas contra la justicia provincial y sus jueces.[162]

Con el fin de realizar mayores ambiciones, Carios ponía gran empeño en explotar a fondo la riqueza del reino. Los impuestos eran muy elevados. Conservó, en líneas generales, el sistema de contribución organizado por Federico II, que incluía varios impuestos indirectos, derechos de aduana y de puerto, derechos sobre varias materias primas y productos manufacturados y sobre almacenaje. Pero la principal fuente de ingresos de Federico había sido la *subventio generalis*, impuesto directo sobre la propiedad, que en su origen había sido una ayuda feudal que podía exigirse en tiempos de crisis para la defensa del reino, pero que el emperador transformó en un impuesto anual regular, modificando la suma según su inmediatas necesidades. Sus súbditos estaban profundamente descontentos con ese tributo, y Federico lo abolió en su lecho de muerte. Cuando el Papa ofreció el reino a Carlos y puso entre otras condiciones la de que no oprimiese económicamente al reino y que volviese al sistema que existió bajo el rey Guillermo el Bueno, se refería fundamentalmente a ese impuesto. Pero Carlos necesitaba el dinero tan urgentemente que no podía respetar esa condición. Anualmente se decidía la suma que

había de cobrarse en cada provincia. El encargado de cobrarla era el justicia. Después de pagar y cubrir estrictamente los gastos de la administración, enviaba lo que sobraba a la tesorería central. En 1277 Carlos separó la tesorería de las funciones del chambelán y la instaló permanentemente en el Castello dell Uovo, de Nápoles. También elevó el número de cuotas feudales que habían de ser pagadas por sus vasallo y aumentó sus ingresos por medio de un sistema penal, en el que el castigo más frecuente eran multas y confiscación de bienes.

Todos estos impuestos atormentaban a sus súbditos. El rey Carlos se daba cuenta de que, a menos que aumentase la prosperidad general, las sumas que podían reunir disminuiría, pero creía que el mejor método era un severo control estatal.

No excluía las empresas privadas, pero estaban estrictamente reguladas. Se necesitaban permisos para importar o exportar cualquier producto. Los inspectores y cobradores de impuestos examinaban cada detalle de la vida económica y comercial. Es probable que Carlos, como tantos otros conquistadores de la Italia meridional, creyese que el país poseía más riquezas naturales de las que en realidad poseía, y que subestimase, por otro lado, el individualismo de los meridionales y su repugnancia a trabajar mucho para un señor extraño. Gran parte de la actividad de Carlos fue beneficiosa para el país. Se preocupó de que los casos comerciales se fallaran con justicia en los tribunales y protegió a los comerciantes frente a sus funcionarios demasiado celosos. Intentó unificar los pesos y medidas y reformar el sistema monetario. Trazó un programa de obras públicas; reparó las carreteras, especialmente la carretera principal de Nápoles por Sulmona y los Abruzzos a Perusa y Florencia, y la carretera de Nápoles por Benevento a Foggia y al Adriático. Estableció ferias y mercados. Dedicó especial atención a la mejora y ensanchamiento de los puertos marítimos. Terminó Manfredonia, que había sido empezada a construir por el rey Manfredo. Amplió Barletta y Brindi-

si; para esta última, el propio rey Carlos diseñó un nuevo faro. También se realizaron mejoras en Nápoles. El objeto de estas obras en los puertos era atraer navegación extranjera, ya que habría de pagar derechos de puerto. Especialmente Manfredonia se consideraba adecuada para proporcionar abrigo en mal tiempo a los barcos que navegaban por el Adriático. Se alentó también la explotación de minas. Las minas de plata del territorio real de Longobucco, en Calabria, abiertas en 1274, produjeron al tesoro varios cientos de libras anuales en lingotes, y el mismo año se autorizó a un grupo privado explorar las minas cercanas a Reggio, con la condición de pagar un tercio de sus ganancias al Estado. Carlos también se interesó por la agricultura. Hizo traer ovejas berberiscas de África para los establos de los territorios reales, y se preocupó de conservar en buenas condiciones los bosques estatales, debido sobre todo a que necesitaba la madera para construir barcos. Al mismo tiempo, protegió a los campesinos. Los alguaciles y guardabosques de las tierras reales no podían invadir sus tierras, y tampoco les estaba permitido a los cobradores de impuestos expropiarles sus utensilios de trabajo o animales de carga, en el caso de que no pagasen los impuestos.

El rey tenía otras tretas mercantiles para aumentar sus ingresos. Construyó una gran flota y alquilaba barcos a los comerciantes. También, con gran irritación de los meridionales, alentó a comerciantes y banqueros extranjeros, en especial de la Toscana, a negociar en el país. Y ellos le pagaban generosamente el privilegio. Carlos los consideraba más emprendedores y enérgicos que cualquiera de sus súbditos, con la excepción de los amalfitanos. En cambio, no alentó a los judíos.[163]

El rey se interesó personalmente por toda esta complicada administración. Los documentos nos muestran con qué cuidado se ocupaba de cada detalle, y él mismo inspiraba las innumerables regulaciones publicadas por la corte. Ningún otro gobernante medieval, ni siquiera su hermano el rey Luis, se ocupó tan minu-

ciosamente de todas las actividades del gobierno. Carlos llevó una vida muy activa, viajando por su reino sin parar, seguido de todos sus funcionarios y secretarios Esto, inevitablemente, contribuyó a mantenerlo en constante movimiento, ya que ninguna ciudad podía soportar durante largo tiempo semejante invasión de funcionarios. Sólo en los últimos tiempos de su reinado empezó a concentrar el gobierno en Nápoles, y a hacer de ésta una verdadera capital Después de 1269, apenas salió del reino, aparte de varias visitas a Roma, una a la Toscana y otra a Túnez para unirse a La cruzada del rey Luis. Al final de su vida volvió a visitar Francia. Y nunca se detuvo en Sicilia, excepto de paso para Túnez.

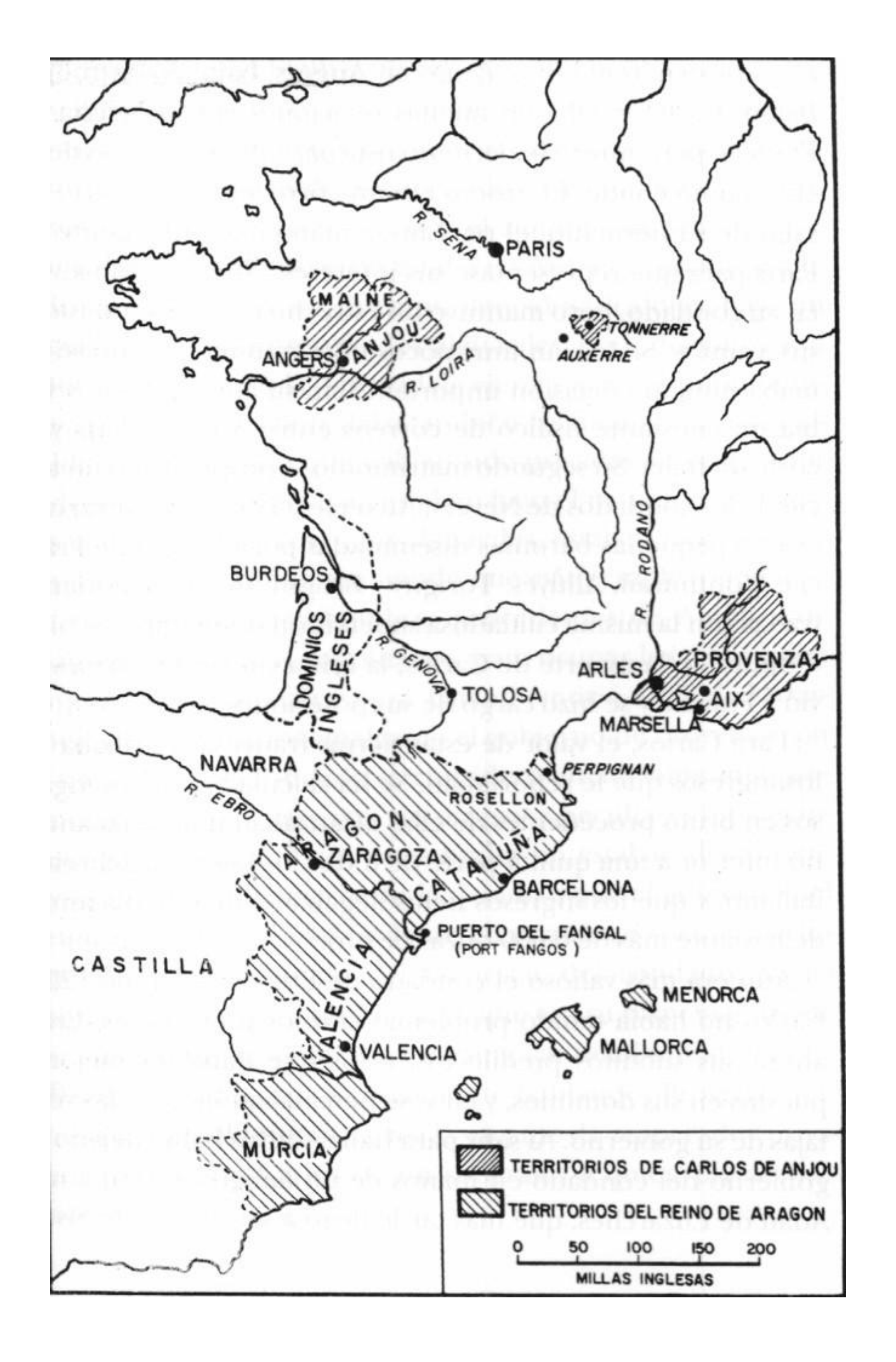
El gobierno de Carlos fue hábil y eficiente. Proporcionó orden, justicia y alguna prosperidad. Pero no fue popular entre sus súbditos. Por temperamento, les desagradaba un gobierno tan meticuloso, tan penetrante y tan autoritario. Y, por encima de todo, les desagradaba por ser extranjero. Carlos desconfiaba de los italianos, especialmente después de 1258, y empleó al menor número posible de ellos para puestos de responsabilidad. Todos los funcionarios principales eran de origen francés o provenzal. Los altos funcionarios estatales procedían todos de Francia o de Provenza, con la excepción del protonotario, cuyo puesto estuvo vacante de 1269 a 1283. Conocemos los nombres de 125 jueces provinciales del período que va desde 1269 hasta el fin del reinado. De ellos, sólo 25 parecen haber sido italianos. Después de separarse el tesoro el cargo del chambelán, uno de los tesoreros tenía que ser italiano. Y también había, sin duda alguna, italianos en la secretaría real y en cargos legales menos importantes, ya que su presencia era necesaria por motivos lingüísticos. Pero el rey insistió en utilizar el francés como lengua del gobierno lo cual era natural, pues era la lengua materna de él y de sus principales ministros. Pero el uso del francés no gustaba a italianos y sicilianos. Y tampoco les agradó la adjudicación de tantos feudos

a franceses, ni la instalación, en ellos, de colonos franceses y provenzales más humildes, como la comunidad que estableció en Lucera en lugar de los dispersados sarracenos.[164]

Si Carlos se dio cuenta del descontento que su gobierno creaba, no se dignó prestar atención al asunto. Sabía que él era un administrador excelente, y al parecer pensaba que sus súbditos debían estarle agradecidos por el orden que estableció, y si mostraban su descontento con la acción, su policía y sus tribunales sabían hacerles frente. No perdonó a la isla de Sicilia su largo levantamiento, y le hizo compartir muy poco de los beneficios de su gobierno. Ninguno de sus puertos recibió la atención concedida a los del continente, y sus industrias mejoraron muy poco. Los territorios reales de la isla estaban bien cuidados y los campesinos disfrutaban de la misma protección que en el resto del reino. Pero los isleños sentían, más aún que bajo los Hohenstaufen, que pertenecían a una simple provincia, cuyos intereses, en comparación con los del continente, carecían de importancia. Fue muy poco acertado por parte de Carlos mostrar tan poco conocimiento de los sicilianos y de su capacidad para recordar los agravios.[165]

Si los únicos recursos de Carlos hubiesen provenido de su reino, quizá se habría mostrado más circunspecto. Pero contaba con los refuerzos de sus posesiones fuera de Italia. En la misma Francia tenía los grandes territorios de Anjou y Maine. Estas dos provincias estaban organizadas como una unidad con la administración centrada en Angers. Al frente de ella había un bailío, elevado a conde por Carlos y, bajo él, un receptor, encargado de la oficina financiera central. La mayor parte del país comprendía tierras personales de Carlos y estaba dirigida por prebostes y castellanos, que eran responsables de la justicia y el orden locales. Los señores vasallos de los dos condados disfrutaban de los derechos feudales al uso en la Francia de su época, pero los agentes de Carlos los supervisaban muy de cerca, y a cada uno de ellos les

aconsejaba pasar al menos cuarenta días al año en Angers, bajo el control del bailío. Carlos estaba en buenas relaciones con la Iglesia en Francia, pero nunca le permitió usurpar ninguno de sus derechos como conde. Él mismo era un correcto y respetuoso vasallo de su hermano, el rey Luis, y mantenía a un agente en París para que representase sus intereses. Nunca volvió a visitar su condado, pero mantuvo un estrecho contacto con todos sus asuntos. Se hacían muy pocos nombramientos y no se tomaba ninguna decisión importante sin su autorización, y había un constante tráfico de correos entre Angers, París y la corte de Italia. Su segundo matrimonio le proporcionó un tercio de los condados de Nevers, Auxerre y Tonnerre, junto con cuatro pequeñas baronías diseminadas por el norte de Francia: Montmirail, Alluyes, Torigny y Brugny, que eran administradas con la misma cuidadosa supervisión desde Italia, si bien después de la muerte de Carlos, la reina viuda Margarita volvió a Francia y se hizo cargo de sus posesiones.


R. SENA
PARIS
MAINE
ANJOU
TONNERRE
AUXERRE
ANGERS
R. LOIRA
R. RODANO
BURDEOS
DOMINIOS INGLESES
R. GENOVA
PROVENZA
ARLES
AIX
MARSELLA
TOLOSA
NAVARRA
PERPIGNAN
R. EBRO
ROSELLON
ARAGON
ARAGON
ZARAGOZA
CATALUÑA
BARCELONA
PUERTO DEL FANGAL
(PORT FANGOS)
CASTILLA
VALENCIA
MENORCA
MALLORCA
VALENCIA
MURCIA
TERRITORIOS DE CARLOS DE ANJOU
TERRITORIOS DEL REINO DE ARAGON
0 50 100 150 200
MILLAS INGLESAS

Para Carlos, el valor de estas tierras francesas estribaba en los ingresos que le reportaban. Se ha calculado que los ingresos en bruto procedentes de ellas alcanzaban una suma anual no inferior a una quinta parte de todos los ingresos del reino italiano, y que los ingresos netos llegaban a una media anual de bastante más de 6000 onzas de oro.[166]

Aún era más valioso el condado de Provenza. Desde 1257.

Carlos no había tenido problemas con los provenzales. Eran ahora sus súbditos predilectos, a los que daba los mejores puestos en sus dominios, y ellos se percataban bien de las ventajas de su gobierno. Al salir para Italia, Carlos había dejado el gobierno del condado en manos de un amigo de confianza. Adán de Luzarches, que más tarde llegó a ser obispo de Sisteron. Ayudaba a Adán un senescal, que era el primer ministro, y lo asesoraban un consejo, nombrado y frecuentemente renovado por el propio Carlos; un juez supremo (el *juge-mage);* un tesorero y, más tarde, un abogado fiscal, junto con los ministros menores, conocidos por el nombre de *maîtres-rationaux*. La sede del gobierno estaba en Aix. El condado había ido dividido en varios distritos, llamados alcaldías, bajo un alguacil. Carlos conservó a los alguaciles, pero disminuyó su poder, retirándoles la potestad de ejercer justicia, y nombrando a un juez, que controlaba también las finanzas de cada alcaldía. Las ciudades, que habían sido privadas de su anterior independencia municipal, estaban bajo el mando de prebostes o *viguiers*, que, como los alguaciles, estaban asistidos por un juez. Carlos, del mismo modo que evitó emplear italianos en el reino, nombró hombres procedentes de Anjou y de Maine, y unos pocos napolitanos, para ocupar los principales cargos ejecutivos de Provenza. Cuando murió Adán de Luzarches, en 1277, Carlos amalgamó el gobierno de Provenza con el del reino, y el condado se consideró en adelante una provincia del mismo, pero con sus propias y peculiares instituciones. Aparentemente, los provenzales no estaban descontentos con esta situación, sin duda

debido a que el gobierno del reino se hallaba en manos de sus compatriotas y a que Carlos cuidaba personalmente del bienestar del condado. Tenía buenas razones para obrar así, ya que era su principal fuente de ingresos, que se cifraban en una cantidad anual neta de 20 000 libras de oro. Estrictamente hablando, Provenza formaba parte del Imperio, pero la vacante de emperador privaba felizmente a Carlos de un soberano a quien prestar homenaje.[167]

Provenza era la que proporcionaba a Carlos los medios que él tenía la intención de usar para realizar sus vastas ambiciones. Desaparecidos los Hohenstaufen y con una capaz organización de sus dominios propios, había llegado el momento de que Carlos, rey de Sicilia, señor de la mayor parte de Italia del Norte, senador de Roma y conde de Anjou, Maine y Provenza utilizase esta acumulación de riqueza y poder para levantar su Imperio mediterráneo.

9. Un imperio mediterráneo

Los reyes de Sicilia ambicionaban desde hacía mucho tiempo fundar un imperio en las tierras del Mediterráneo oriental. Roberto Guiscardo había intentado establecerse al este del Adriático, y su familia había apoyado la primera Cruzada con el propósito de fundar colonias en Siria. El rey Roger había proyectado la conquista de Grecia. El emperador Enrique VI, rey consorte de Sicilia, la anexión de todo el Imperio oriental. Federico II, aunque no intentó extender su poder por tierras griegas, trató de materializar sus pretensiones al reino de Jerusalén y al señorío de Chipre. Manfredo volvió a la política de Guiscardo y consiguió asegurarse una cabeza de puente en Corfú y en la zona continental frente a la isla. Entretanto, todo este asunto se había fundido con el de la cruzada. La cuarta Cruzada, en la que se conquistó y saqueó Constantinopla, había escandalizado incluso al Papa. Pero una vez levantado el Imperio latino, los griegos, al negarse obstinadamente a aceptar la dominación y la religión de sus conquistadores, perdieron toda la simpatía que se habían ganado en Occidente. En adelante, parecía completamente legítimo dar rango de cruzada a cualquier guerra dirigida contra tales cismáticos. El propio san Luis, aunque pensaba, con una unidad de propósito rara en la época, que el primer objeto de una cruzada debería ser la liberación de los Santos Lugares de manos de los infieles, estaba dispuesto a admitir que el fortalecimiento del Imperio latino y la supresión del cisma griego serían una gran ayuda para la causa principal. La caída del Imperio latino y la reconquista de Constantinopla por lo griegos intensifi-

caron esa creencia. Cuando Manfredo ofreció todo su apoyo al exiliado emperador latino, en realidad esperaba mostrar con ello a todo el mundo que era un cruzado entusiasta y desviar de ese modo la hostilidad del Papado. Y durante algún tiempo consiguió desconcertar al Papa. De no ser por la certidumbre de que tarde o temprano iba a ser atacado en su propio reino en nombre del Pontífice, probablemente habría mandado una expedición contra Constantinopla para restaurar a Balduino II y el Imperio latino.[168]

Carlos heredó la política de Manfredo. Una de sus primeras empresas consistió en enviar una primera expedición a tomar Corfú y las fortalezas continentales que habían constituido la dote de la reina Elena. Manfredo había confiado su gobierno al almirante Felipe Chinardo. Cuando llegó la noticia de la muerte de Manfredo en Benevento, Chinardo siguió gobernando por cuenta propia. El déspota Miguel del Epiro deseaba recobrar sus tierras, ahora que su hija estaba cautiva en Italia, pero no se sintió en condiciones de expulsar a Chinardo, y en lugar de ello guardó las apariencias ofreciéndole al almirante la mano de su cuñada, dama viuda de edad madura, y anunciando que la dote era de ella. Este feliz arreglo familiar no impidió al déspota intrigar activamente contra su nuevo cuñado y planear finalmente su asesinato, así que, cuando las tropas de Carlos llegaron, a fines de 1266, no hubo una resistencia seria. Carlos, que pretendía el territorio basándose en que legalmente la dote de la reina Elena pasaba automáticamente a él, por ser ésta prisionera suya, nombró gobernador a Gazzo, otro miembro de la familia Chinardo.[169]

Pero la ambición de Carlos no estaba satisfecha con sólo unas cuantas islas y ciudades en la costa albanesa. Su principal objetivo era Constantinopla. El exemperador Balduino, que había puesto sus esperanzas en Manfredo, se encontró con que la corte

francesa lo trataba con frialdad, una vez emprendida la invasión de Italia por Carlos, por lo que regresó a Italia desolado.

En marzo de 1267 se entrevistó con el Papa en Viterbo. Clemente arregló una reconciliación entre Balduino y Carlos, que interrumpió la campaña toscana para entrevistarse con el exemperador. El apoyo del nuevo rey le costó caro a Balduino, pero no estaba en situación de discutir las condiciones que se le ofrecían. Éstas consistían en confirmar la posesión de Carlos de las tierras de la reina Elena, cederle el poder supremo sobre el principado de Acaya y darle plena soberanía sobre las islas del Egeo, con excepción de las que estaban en manos de Venecia, y de Lesbos, Quíos, Samos y Amorgas, las cuales podían seguir en poder de Balduino; también tenía que recompensar a Carlos con un tercio de cualquier territorio, salvo la propia Constantinopla, que el rey conquistase para él. Además, su hijo y heredero Felipe había de casarse con Beatriz, la hija de Carlos, estipulándose que si Felipe moría sin descendencia, sus derechos al Imperio pasarían al propio Carlos. A cambio de todo esto, Carlos prometía reunir y mantener durante un año un ejército de dos mil hombres destinado a conquistar Constantinopla.[170]

Carlos ya estaba en contacto con el príncipe Guillermo de Acaya, con el que había entablado relaciones diplomáticas en febrero de 1267. El príncipe estaba contento de tener por nuevo soberano y protector a un rey poderoso y activo en lugar del desterrado sin un céntimo que le ocasionaba numerosos gastos de manutención. Su mujer era hermana de la desdichada reina Elena, pero no sabemos qué tipo de sentimientos fraternales le inspiraba a ésta la suerte de su hermana. Tan pronto como se firmó el tratado con Balduino, Carlos envió un senescal para que representase sus intereses soberanos en la corte de Acaya. Guillermo, al que alarmaba la recuperación del poder bizantino, prometió gustosamente su ayuda para cualquier expedición contra el emperador griego.[171]

El complicado tejido diplomático no terminó ahí. Ese mismo año, Carlos despachó una embajada a la corte del ilkhan mongol de Persia. Los mongoles habían sido vencidos siete años antes por los mamelucos de Egipto en la decisiva batalla de Ainjalud, pero aún dominaban en Siria del Norte y Anatolia oriental, así como en Persia y en Iraq. Carlos temía que lo bizantinos se aliasen con los turcos, y tenía la esperanza de que los mongoles pudiesen mantenerlos a todos en jaque. Sus embajadores fueron generosamente recibidos pero fracasaron en su misión. El ilkhan Abaga, que había sucedido hacía poco tiempo a su padre Hulagu, no tenía gran simpatía por lo francos. Además, se había casado con una princesa bizantina María Paleóloga, conocida entre los mongoles con el nombre de Despina Khatun y profundamente respetada por todo el pueblo.[172] Carlos tuvo más éxito en busca de aliados en Europa central. El reino de Hungría se extendía desde las afueras de Viena hasta la península de los Balcanes y comprendía Eslovenia y Transilvania, Dalmacia y la mayor parte de Croacia. Su anciano rey, Bela IV, había invadido Serbia y Bulgaria en varias ocasiones. El rey de Bosnia era vasallo y yerno suyo. Y el propio Bela se había ofrecido algunos años antes a organizar una cruzada contra los griegos cismáticos. Sería también un aliado útil en Europa central, donde su vecino, el rey de Bohemia, parecía tener pretensiones sobre la corona imperial. Apenas había recibido Carlos la noticia de la muerte de su mujer, Beatriz de Provenza, cuando ya estaba escribiendo a Bela para pedirle la mano de su hija más joven, Margarita. Pero esta princesa había hecho voto de hacerse monja y sus padres respetaron sus deseos. Se rumoreaba que se había desfigurado con el fin de evitar el matrimonio. En vista de ello, Carlos hizo otra sugerencia: el príncipe heredero de Hungría, el futuro Esteban V, tenía un hijo, Ladislao, y una hija, María. Ladislao había de casarse con la hija de Carlos, Isabel, mientras que el hijo menor de éste, el futuro Carlos II, que ostentaba entonces el título de príncipe

de Salerno, se casaría con María. El rey Bela dio su consentimiento, y el doble matrimonio se llevó a cabo. Más tarde, habían de proporcionar una dinastía angevina al trono húngaro.[173]

La entrada de Conradino en Italia interrumpió estos primeros preparativos para la expedición contra Constantinopla. Hasta que no se venciera al invasor no podría intentarse la aventura de Oriente. El príncipe de Acaya acudió personalmente con 400 jinetes para ayudar a Carlos frente a Conradino y estuvo presente en Tagliacozzo.

Después de la victoria se volvió a pensar en el proyecto, y la alianza entre Carlos y Guillermo de Acaya se hizo más estrecha, aunque no a entera satisfacción de este último. Guillermo no tenía más que dos hijas, la mayor de las cuales, Isabel, era la heredera y había sido pedida en matrimonio por el emperador bizantino Miguel Paleólogo para su hijo mayor. Andrónico. Si los franceses hubiesen permitido esta pacífica unión de Acaya y el Imperio, toda la historia de Grecia habría sido más feliz. Pero Carlos tenía otros proyectos. Pidió la mano de Isabel para su segundo hijo, Felipe, e insistió en que se hiciese una estipulación semejante a la que había obtenido del exemperador Balduino: si el novio moría sin descendencia, la herencia pasaría a Carlos. En el caso del hijo de Balduino la cláusula estaba quizá justificada, ya que Balduino no tenía otro heredero directo.[174] Pero en este caso significaba desposeer a la heredera legítima de su herencia, en contra de todo precedente feudal. Sin embargo, y bien a su pesar. Guillermo tuvo que aceptar. En su lecho de muerte, ya fallecido su yerno Felipe, hizo un testamento secreto en favor de su hija menor Margarita.[175]

Carlos tenía la intención de que la expedición contra Constantinopla zarpase en el verano de 1270. Durante toda la primavera preparó sus barcos y los fue concentrando en los puertos del Adriático. El contrato matrimonial entre Felipe e Isabel se firmó el 17 de junio, cuando se establecieron los últimos acuerdos con

los francos de Acaya. En Constantinopla, el emperador estaba seriamente alarmado. Hizo reparar las murallas de la ciudad y reorganizó su flota que, aunque pequeña, estaba bien equipada. Pero sabía que la expedición iba a constar de una combinación de todos sus vecinos. El único aliado occidental con que contaba era Génova, y ésta estaba entonces en manos de los güelfos, que eran amigos de Carlos. Sus agentes trabajaban intensamente allí y en las colonias genovesas de Oriente para resucitar el partido gibelino, pero hasta entonces no habían tenido éxito. Cuando Manfredo lo amenazó, buscó la amistad del Papa, esgrimiendo el único tanto que poseía, la promesa de que haría cuanto estuviera en su mano para conseguir la unión de la Iglesia de Constantinopla con la de Roma. El papa Urbano IV, por miedo a Manfredo, le dio algún aliento. Pero el papa Clemente era menos dócil. Una vez desaparecida la amenaza de Manfredo, no veía ninguna razón para tener tratos con el emperador cismático.

Sin embargo, según iba creciendo su desconfianza hacia el victorioso Carlos, el Papa no rechazó totalmente los ofrecimientos que Miguel seguía haciendo. Le causó especial agrado la carta que el Patriarca de Constantinopla le dirigió, en términos amistosos y respetuosos, así como la actitud de Miguel, el cual, para mostrar su sinceridad, se ofreció a tomar parte en la próxima cruzada que se organizase contra el infiel. El Papa pensó que ahora podía fijar él las condiciones. En su respuesta a las proposiciones del emperador, enviada el 17 de mayo de 1267, insistía en que la Iglesia griega se sometiese incondicionalmente a su autoridad antes de iniciar cualquier debate político o eclesiástico. Probablemente sabía que Miguel no podía aceptar tales condiciones, pues ello le costaría el trono, ya que los bizantinos, con su orgullo y sus amargos recuerdos de la persecución latina, necesitarían gran cantidad de halagos antes de considerar siquiera la posibilidad de la unión. Diez días después de despachar la carta, incluso antes de que hubiese llegado a su destino, Clemente esta-

ba presidiendo la reconciliación de Carlos y el emperador Balduino en Viterbo.[176]

La invasión de Conradino salvó al emperador Miguel en 1268, pero poco después del fracaso murió el papa Clemente. La vacante del Papado dejó a Miguel sin una autoridad superior a la que apelar. Pero estaba bien informado sobre la situación en Occidente, y conocía la piedad y el prestigio de san Luis. Durante 1269 se sucedieron rápidamente dos embajadas bizantinas a París, portadoras de vagas proposiciones sobre la unión de las Iglesias y señalando cuánto más satisfactoria sería una unión voluntaria que una impuesta por la fuerza. Fue una gestión prudente. A Luis no le agradaban los cismáticos y se limitó a pasar la sugerencia del emperador al Colegio cardenalicio; contestaron repitiendo las condiciones del difunto Papa.[177] Pero Luis se había dado cuenta de la urgencia del asunto. Su ambición era salir una vez más en una cruzada contra los infieles, y cuanto antes, ya que su salud empezaba a resentirse. Lo atenazaba, además, el recuerdo de su cruzada anterior. La situación en su país le iba a permitir salir al fin, pero deseaba la ayuda de su hermana. Si Carlos iba a emprender en ese momento una campaña contra Constantinopla, aun en interés de la Santa Iglesia, su propia y más santa cruzada se iba a ver estorbada. Carlos recibió varios mensajes con los puntos de vista del rey de Francia.[178]

Carlos estaba perplejo. Sentía auténtico respeto y admiración por su hermano y se daba perfecta cuenta de la fuerza que ejercía sobre la opinión pública. Nunca sería un paso acertado para el rey de Sicilia evitar unirse a Luis en la cruzada. Por otro lado, no quería abandonar su empresa personal en Oriente. Siguió adelante con sus preparativos militares y diplomáticos contra Constantinopla, con la vana esperanza de que el rey Luis retrasase su expedición. Pero al mismo tiempo decidió que si tenía que luchar contra los musulmanes, lo haría contra aquellos musulmanes cuya conquista supusiese una ventaja directa para sus fines.

Al otro lado del mar, frente a Sicilia, estaban los dominios de Mustansir, rey de Túnez. Carlos estaba disgustado con él. Desde los tiempos del rey Roger II, Túnez se había avenido a pagar un tributo anual de 34 300 besantes de oro al rey de Sicilia. Mustansir había aprovechado el cambio de dinastía que la caída de Manfredo había traído como pretexto para suspender el pago del tributo. Además, había acogido a los partidarios de Manfredo y de Conradino y había proporcionado ayuda a los rebeldes de Sicilia. Pero no era un musulmán intolerante, y tanto los cristianos refugiados en su corte como los comerciantes cristianos transeúntes gozaban de completa libertad de culto. Permitió el establecimiento de un convento de dominicos en su capital. Además, corrían rumores de que su conversión no era algo imposible. Hábilmente, Carlos dirigió la atención del rey Luis hacia Túnez. Le señaló lo valioso que el control de éste sería para atacar Egipto y el oriente musulmán. Le indicó que Mustansir estaba a punto de convertirse al cristianismo pero que temía la oposición de sus generales e imanes. Una leve demostración de fuerza lo capacitaría para hacerles frente y decidirse. Es dudoso que Carlos creyese realmente en la posibilidad de conversión del rey tunecino. Pero le convenía mucho tener un gobernante dócil en Túnez y aún le convendría más conquistar el país y añadirlo a su imperio, ya que éste le proporcionaría un completo dominio de los estrechos del Mediterráneo y le garantizara la futura paz en Sicilia.[179]

El rey Luis se dejó persuadir por los argumentos de su hermano. La oportunidad de conquistar un país entero con su rey para la Fe enardecía su entusiasmo y el argumento sobre la situación estratégica le parecía perfecto. Muchos de sus consejeros se mostraban menos optimistas. Muy pocos deseaban que el rey partiese una vez más, pero si él insistía en organizar otra cruzada, sin duda alguna sería mejor ir directamente a Oriente, donde los acosados caballeros de ultramar necesitaban desesperadamente refuerzos cristianos. Varios de sus más fieles amigos, entre ellos su

biógrafo Joinville, se negaron a tomar parte en la expedición. Sin embargo, el 1 de julio de 1270, Luis zarpó de Aigues-Mortes con un formidable ejército. Con él iban los tres hijos que le quedaban, la mujer de su hijo mayor su yerno, el rey Teobaldo de Navarra y muchos de los más grandes hombres de la nobleza francesa. Los genoveses proporcionaron los barcos que transportaban el grueso de las tropas.

A pesar de las ventajas que la expedición a Túnez podía proporcionarle, hasta el último minuto Carlos esperaba que Luis cancelase la cruzada. Sabía que muchos de los consejeros del rey eran enemigos del proyecto. Y sólo cuando el ejército francés partió efectivamente, abandonó él sus preparativos para la expedición contra Constantinopla y ordenó a sus barcos que se dirigiesen, bajo su mando, a Túnez. Les llevó bastante tiempo partir de los puertos del Adriático y concentrarse en Sicilia. El propio Carlos salió de Nápoles, donde había pasado el principio del verano, el 8 de julio. El 13 llegó a Palermo, donde permaneció un mes, esperando los barcos. El 20 de agosto llegó a Trapani, en el extremo occidental de la isla. El 24 de agosto por la tarde zarpó a la cabeza de su flota y al día siguiente llegó a Túnez, donde recibió la noticia de que el rey Luis había muerto esa misma mañana.

El ejército francés llegó a Túnez el 17 de julio. No encontró oposición durante el desembarco, pero el rey Mustansir no mostró prisa en anunciar su conversión, sino que se retiró a la capital y guarneció sus fortificaciones. Luis instaló el campamento en medio de las ruinas de la antigua Cartago. Pero, en vista de la hostilidad de Mustansir, le pareció más prudente posponer el ataque directo a la ciudad hasta que llegase Carlos con sus tropas. Entretanto, los tunecinos efectuaban continuas escaramuzas contra el campamento. Pero mucho más eficaz que ellos era el verano. El calor sofocante y el escaso conocimiento de higiene tropical produjeron epidemias de tifus y disentería entre los

franceses. En poco tiempo, la mitad del ejército fue atacada por la fiebre, desde los generales hasta los más humildes soldados. El 3 de agosto, sucumbió el segundo hijo del rey, Juan Tristán, nacido veinte años antes en Damietta, cuando su padre fue hecho prisionero por los egipcios, y cuatro días más tarde murió el legado pontificio. El propio Luis y su hijo mayor Felipe estaban enfermos. Felipe superó la enfermedad, pero el rey, después de tres semanas de guardar cama, murió en las primeras horas del 25 de agosto.

La llegada de Carlos salvó al ejército francés. Sus tropas estaban descansadas y sabían cómo luchar con el clima. Tan pronto como refrescó el tiempo, Carlos dirigió un ataque contra la ciudad de Túnez. Después de ser vencido el ejército tunecino en dos pequeñas batallas y de recibir la noticia de que el príncipe Eduardo de Inglaterra estaba llegando a Túnez al frente de otro ejército cruzado, Mustansir pidió la paz. El 30 de octubre se proyectó el tratado que fue firmado el 1 de noviembre entre Mustansir, Carlos y su sobrino, el nuevo rey de Francia. En él, Mustansir se avenía a pagar todos los gastos de la guerra (un tercio de la suma que tenía que entregar iba a ir a manos de Carlos), a poner en libertad a todos los cristiano cautivos en sus dominios, a pagar a Carlos un tributo ligeramente más elevado que el previamente pagado a los reyes normandos, a permitir a los comerciantes franceses que hiciesen negocios en su ciudad, con derecho al libre acceso a ella y a la libre práctica de su religión. Finalmente, debía desterrar a todos los refugiados políticos que había en Túnez. El tratado debía durar diez años. Aparentemente, fue renovado en 1280.[180]

Carlos arregló tan satisfactoriamente el asunto que los cruzados empezaron a dudar de su honestidad. Pensaban que el ejército cristiano podía haber tomado Túnez, pero en ese caso Carlos tendría que haber compartido el botín con el rey francés, el rey de Navarra y el príncipe inglés, que estaba a punto de llegar, la

Santa Sede, los genoveses y algunos señores. No era de extrañar que hubiese preferido un tratado de paz que le proporcionaba tantas ventajas. Cuando el príncipe Eduardo llegó con su primo Enrique de Cornualles, a principios de noviembre, se encontró con la decepción de que la lucha había terminado. Siguió viaje a Tierra Santa, después de encargar a Enrique de Cornualles que regresara con el ejército francés para ocuparse del gobierno de Gascuña.[181]

A pesar del favorable tratado de paz, la mala suerte aún perseguía a los cruzados, incluso a Carlos. La fiebre seguía haciendo estragos en el campamento. El rey de Navarra enfermó y murió en Trapani. Cuando el ejército francés atravesaba Calabria, la joven reina de Francia, Isabel de Aragón, cayó del caballo y murió en Cosenza a consecuencia de las heridas. El propio ejército de Carlos estaba agotado por la epidemia, y la mano de Dios hizo caer sobre él un desastre aún mayor. Al zarpar la flota cruzada de Túnez, se desencadenó una tormenta terrible en la costa occidental de Sicilia. Se perdieron dieciocho barcos, entre ellos algunas de las mejores galeras de Carlos. Muchos otros sufrieron graves daños. Tendrían que pasar muchos meses antes de que se resarcieran lo bastante de las pérdidas como para que pudiera salir la expedición contra Constantinopla.[182]

La muerte del rey Luis fue también una gran pérdida para Carlos. Éste no siempre había aprobado su política ni había simpatizado con sus escrúpulos, y, especialmente, con su fatal decisión de organizar otra cruzada, que había dificultado sus propios planes. Pero Luis había sido un hermano leal y afectuoso en quien podía confiar. El nuevo rey de Francia tenía una personalidad más débil. Felipe III admiraba a su tío y se dejaba influir por él, pero también estaba muy unido a su madre, y la reina Margarita no perdonaría nunca a Carlos haberse apoderado de toda la herencia provenzal. Ya en 1263, el rey Luis averiguó que la reina había hecho prometer a Felipe que nunca prestaría apoyo de nin-

guna clase a su tío Carlos. Luis se había enfurecido y había obligado a Felipe a retractarse del voto. Pero fallecidos su padre y su joven esposa, cuando Felipe regresó a Francia no había nadie que contrarrestase el poder de la reina sobre él. Carlos ya no podía contar con el apoyo de la corte francesa.[183]

El ejército francés regresó a su país viajando lentamente por Italia, y Carlos acompañó a su sobrino hasta Viterbo. La incapacidad de los cardenales de elegir un nuevo Papa había apenado profundamente al rey Luis, y el rey Felipe deseaba cumplir los deseos de su padre y poner fin a tal escándalo. Carlos debió de lamentar una vez más la piedad de sus parientes. La vacante del Papado le convenía mucho, pero evidentemente tenía que cubrirse algún día y no lo beneficiaría mostrarse poco dispuesto a ayudar a solucionar el asunto. Los dos reyes permanecieron en Viterbo durante casi todo el mes de marzo de 1271. Los esfuerzos que hicieron para que los cardenales tomaran una decisión fueron inútiles en esos momentos, pero al parecer consiguieron persuadir a los dos partidos del Colegio de que era esencial llegar a un compromiso. Después de algunos meses más de discusiones, éstos nombraron un subcomité que por fin se puso de acuerdo y eligió a Tebaldo Visconti, arcediano de Lieja, el 1 de septiembre de 1271.[184]

Una tragedia ensombreció la visita del rey a Viterbo. Con el ejército francés estaba Enrique de Cornualles, a quien los ingleses llamaban «de Almain», hijo de Ricardo, rey de romanos, joven prometedor a quien muchos consideraban como probable heredero de las pretensiones al Imperio de su padre. Con Carlos estaban Guido y Simón de Montfort, hijos de Simón, conde de Leicester, que había muerto como rebelde contra la Corona inglesa. El príncipe Eduardo había encargado a Enrique que tratase de negociar con Carlos la liberación del infante Enrique, cuñado de Eduardo, y que intentase reconciliar a los Montfort con la familia real inglesa. Pero los Montfort seguían siendo hostiles a los

Plantagenet, y un día, cuando Enrique estaba orando en la iglesia de San Silvestre, Guido se le acercó sigilosamente por detrás y lo apuñaló. Enrique era muy querido por todo el mundo, y las circunstancias sacrílegas del crimen escandalizaron a la opinión pública. Y aunque Guido era uno de sus subordinados más activos y capaces, Carlos se vio obligado a repudiarlo y a privarlo de todos sus cargos y posesiones.[185]

El fin de la cruzada permitió a Carlos volver a sus proyectos sobre Europa oriental. Había que retrasar la gran expedición contra Constantinopla, pero había gran cantidad de trabajo por delante. El déspota Miguel del Epiro murió a principios de 1271 y su hijo legítimo Nicéforo I tenía ante sí la ardua tarea de preservar su herencia de los ataques de su hermano bastardo Juan, que ya era señor o «duque» de Neopatria y gobernador de los territorios montañosos entre Tesalia y el golfo de Corinto. Carlos aprovechó sus luchas para extender sus posesiones por las provincias del norte de las tierras del déspota. En febrero, sus tropas ocuparon Durazzo y a principios del verano avanzaron por el interior de Albania. Al siguiente febrero, Carlos se proclamó rey de Albania y nombró a Gazzo Chinardo gobernador general, ayudado por un juez y un ministro de las finanzas. El reino se extendía por la costa desde el cabo Acroceraúno hasta Alessio, al pie de las montañas Montenegrinas, con un vago control sobre las tribus del interior. Parece ser que Corfú y las ciudades del continente frente a la isla tenían un gobierno distinto. Carlos no ganó mucho con las posesiones balcánicas, salvo desde el punto de vista estratégico. Los ingresos de estas tierras cubrían apenas lo gastos de administración. Los intentos de imponer el cristianismo latino a los habitantes causaban constantes tumultos, y aunque se nombró arzobispo a un latino de Durazzo, sus relaciones con el gobernador general eran permanentemente poco cordiales. Siguiendo con su política habitual de no permitir a los nativos que ostentasen cargos en sus propias provincias, Carlos re-

compensó a distintos napolitanos por su lealtad con puestos en Albania y en Corfú. Pero éstos no lo desempeñaron bien; y los sarracenos procedentes de Lucera, a muchos de los cuales empleaba en las guarniciones del nuevo reino, estaban dispuestos a mostrar más simpatía a los albaneses que al gobierno.[186]

Sin embargo, Carlos se había convertido en un importante factor en la política balcánica. Pronto encontró amigos entre los monarcas vecinos, que compartían sus esperanzas sobre la destrucción del Imperio de Miguel Paleólogo. Serbia, situada inmediatamente al este de su nuevo reino, estaba gobernada por Esteban Uros I, cuya mujer, Elena, era la hija del exemperador Balduino, y realizaba una entusiasta labor de proselitismo para la Iglesia latina. Al este de Serbia estaba Bulgaria, cuyo zar, Constantino Asen, estaba casado con una hermana del emperador niño Juan IV, a quien Miguel Paleólogo había destronado y cegado. Aunque los intereses de sus respectivos reinos no eran los mismos, las dos damas reales animaban a sus maridos a emprender cualquier acción destinada a humillar al odiado emperador griego de Constantinopla. Los emisarios de Carlos fueron bien recibidos en las dos cortes. El Peloponeso estaba ya bajo la influencia de Carlos. El matrimonio de la heredera con su hijo Felipe tuvo lugar en mayo de 1271, otorgando a Carlos un control aún más directo en el futuro. Entretanto, el príncipe Guillermo era un vasallo sumiso. El otro señor importante de la Grecia franca, Juan, duque de Atenas, reconocía a Guillermo como inmediato soberano y lo apoyaba entusiásticamente, a pesar de que la gota le impedía desarrollar una gran actividad. Hasta el duque griego de Neopatria, que era un vehemente defensor de la Iglesia ortodoxa, aunque Miguel Paleólogo diera muestras de querer entablar negociaciones con Roma, estaba en buenas relaciones con sus vecinos latinos. Una de sus hijas estaba casada con Guillermo de Atenas, hermano y heredero del duque Juan, y otra con el heredero de Esteban Uros, y su esposa latina. Además, es-

taba interesado en el comercio del golfo de Corinto, para lo cual era aconsejable la amistad con el rey de Sicilia. A Carlos le sería fácil organizar una gran coalición contra Constantinopla, pero tenía que moverse con precaución, ya que no sabía cuál iba a ser la política del nuevo Papa.[187]

10. El papa Gregorio X

La precaución de Carlos fue sensata. El nuevo Papa podía ser ignorado. Tebaldo Visconti había sido un admirable candidato para la componenda buscada por los cardenales. Era italiano, nacido en Piacenza, pero había pasado la mayor parte de su vida eclesiástica al norte de los Alpes, en los Países Bajos, y no se había visto mezclado en las recientes controversias políticas. En el momento de la elección se hallaba en Tierra Santa, adonde había ido al frente de un grupo de cruzados de los Países Bajos que habían acompañado la expedición del príncipe Eduardo de Inglaterra. Su elección lo cogió completamente por sorpresa y no quería abandonar Palestina. Su primer acto como Papa fue publicar encíclicas solicitando más ayuda para los cruzados de Siria, y su último sermón, pronunciado en Acre inmediatamente antes de zarpar para Italia, se basaba en el texto: «Si te olvido, o Jerusalén, que mi mano derecha olvide su destreza». Durante todo su pontificado, su más ardiente deseo fue organizar una cruzada a Oriente.

El nuevo Papa desembarcó en Italia meridional en enero de 1272. El rey Carlos lo atendió cuando pasó por el reino y sin duda intentó discutir asuntos políticos con él. El Papa continuó viaje a Viterbo, adonde llegó el 10 de febrero. Pero deseaba ser coronado en Roma, y Carlos, como senador de la ciudad, se apresuró a recibirlo. Fue consagrado el 27 de marzo con el nombre de Gregorio X.[188]

Gregorio había tenido mucho tiempo para considerar cuál iba a ser su política. Cuatro días después de su subida al trono publi-

có una bula convocando un concilio general de la Iglesia para el 1 de mayo de 1274, dos años más tarde, y en el que habían de discutirse tres temas principales: la reforma de la Iglesia, la unión de las Iglesias de Constantinopla y Roma y una cruzada a Oriente.[189] La bula no agradó mucho a Carlos. El asunto de la reforma de la Iglesia no le preocupaba demasiado, a no ser que trajera como consecuencia la disminución de su influjo sobre la Iglesia en el reino. Y la cruzada que él deseaba realizar era contra Constantinopla. Las negociaciones para la unión voluntaria de las Iglesias lo obligarían a renunciar a su proyecto. Pero le era muy difícil protestar contra tan piadoso programa. Además, necesitaba contar con el apoyo del Papa en Italia. El cargo de gobernador imperial de la Toscana le había sido otorgado por el último Papa ante la falta de emperador y deseaba conservarlo. Si quería mantener su influencia sobre los güelfos de toda Italia la cooperación del Pontífice era esencial. Y si Gregorio se iba a ocupar de encontrar un nuevo emperador, lo cual pronto pareció probable, Carlos tenía que estar cerca para defender sus intereses. Además se acababa de enzarzar en una pelea con Génova y deseaba la simpatía del Papa.

Las relaciones de Carlos con Génova no habían sido nunca muy amistosas. Hacía mucho tiempo se habían peleado a propósito de la línea costera de Liguria, y aunque Génova había recuperado las tierras que exigía y a cambio de ellas no se había opuesto activamente al paso de Carlos a Italia, sin embargo, no había hecho nada por ayudarle. Su gobierno era güelfo nominalmente, pero los gibelinos no estaban en el exilio y Génova no tenía la menor intención de aliarse con otras ciudades güelfas. El acuerdo de Carlos con el exemperador Balduino había molestado a la ciudad, porque gozaba de un situación de favor con los bizantinos y temía perderla, sobre todo porque el tratado firmado en Viterbo sólo ofrecía garantías a Venecia, su odiada rival. No había prestado ayuda a Conradino, pero los jefes gibelinos

genoveses habían ido ostentosamente a saludarle, cuando el joven rey pasó un día en Portofino. En agosto de 1269, el gobierno de Génova, al que inquietaba la confirmación del poder de Carlos en la Toscana y estaba preocupado por sus privilegios comerciales en el reino de Sicilia, se aúno por fin, en un tratado con Carlos, a desterrar a los gibelinos. A cambio de ello, les fueron concedidos consulados, barrios y exención de impuestos para sus comerciantes en los puertos de Carlos.

El tratado no duró mucho tiempo. El gobierno genovés mostró su buena voluntad a los franceses prestándole al rey Luis los barcos que necesitaba para la cruzada tunecina Cuando llegó a Génova la noticia de las enfermedades y calamidades que estaban padeciendo los cruzados, entre ellos los marineros genoveses, la opinión pública se volvió contra el gobierno. Había sido imposible desterrar a todos los gibelinos, que eran demasiado numerosos, y sus jefes, las familias Spínola y Doria, tenían muchos amigos en la ciudad. El 28 de octubre de 1270, fiesta de san Simón y san Judas, hubo un repentino levantamiento que hizo caer al gobierno, y los gibelinos regresaron a la ciudad. Oberto Spínola y Oberto Doria se convirtieron en capitanes de la ciudad, con poderes absolutos, aconsejados por los Ancianos de la Comuna y el Pueblo, y por una organización de un partido popular llamado, por la fecha del levantamiento, la Afortunada Sociedad de los Santos Apóstoles Simón y Judas.

El nuevo Gobierno gibelino no deseaba romper con Carlos. Se mantuvo cuidadosamente apartado de los gibelinos de la Toscana y Lombardía. El tratado que Carlos firmó con Túnez benefició a Génova, pues muchos genoveses que habían estado cautivos durante largo tiempo fueron puestos en libertad. Pero durante la tormenta que azotó la flota cruzada a su regreso de Túnez, varios barcos genoveses se fueron a pique y otros muchos quedaron inutilizados. Carlos se mostró muy poco generoso y exigió los derechos de salvamento sobre los restos del naufragio

y los barcos deteriorados que llegaron a la corte siciliana, y Génova protestó en vano. Unos meses más tarde, mientras Carlos estaba en Roma en la coronación del Papa, el cardenal Ottobuono dei Fieschi, que estaba en estrecho contacto con los güelfos de Génova, arregló una entrevista de los jefes güelfos en el exilio con Carlos, en Roma. Éste prometió ayudarles y ellos le ofrecieron la capitanía de Génova cuando volviesen a instalarse en la ciudad. La noticia del pacto fortaleció el apoyo popular prestado en Génova al gobierno gibelino, pero causó alarma. Los capitanes decidieron apelar al Papa.[190]

El papa Gregorio tenía multitud de asuntos entre manos.

Era un hombre sincero y sin prejuicios, cuyo único interés era el bienestar de la cristiandad. Al parecer, no le agradaba Carlos, pero estaba dispuesto a apoyarle siempre que ello redundase en beneficio de la Iglesia. Su amado sobrino, Visdomino del Visdomini, había trabajado como juez para Carlos en Provenza y éste lo había nombrado arzobispo de Aix. El Papa estimaba mucho a Visdomino y lo hizo cardenal en 1273. Gregorio también empleaba gustosamente a provenzales, sin duda alguna siguiendo recomendaciones de Visdomino, como Fulko de Puyricard, uno de los más fieles funcionarios de Carlos, a quien nombró rector de la Marca de Ancona. No intentó reducir los poderes de Carlos, que continuó siendo senador de Roma y gobernador imperial de Toscana. Confirmó la excomunión que el papa Clemente V había pronunciado contra las obstinadas ciudades gibelinas de Verana, Pavía, Pisa y Siena. En Lombardía occidental, Visdomino acompañó como legado papal a las tropas de Carlos durante la guerra contra Guillermo de Montferrato, quien se había colocado en una situación muy difícil al mutilar a tres emisarios que Carlos había enviado para discutir la posibilidad de una tregua.[191]

Pero Gregorio no tenía la menor intención de dejar que el Papado dependiese de manera alguna de Carlos, y tenía especial

empeño en acabar con el odio de güelfos y gibelinos, que destrozaba a casi todas las ciudades italianas. Le causó un gran disgusto enterarse de que Visdomino era considerado un instrumento de Carlos. Hizo volver al legado a la corte pontificia y lo hizo permanecer en ella, consolándolo con el capelo cardenalicio. En mayo de 1273, Gregorio intentó hacer de árbitro de los güelfos y gibelinos de Florencia en una conferencia sostenida en el seco lecho del río Arno. Dispuso que los gibelinos entregasen al gobierno güelfo las fortalezas que aún tenían en su poder en el campo y que, a cambio de ellas, les fuese permitido volver libremente a la ciudad. Cuando los güelfos rompieron el tratado, entregando inmediatamente las fortalezas al representante de Carlos y continuaron castigando a los gibelinos, Gregorio excomulgó a la ciudad y proclamó su simpatía por los gibelinos. Pero su principal solución iba a ser la elección de un nuevo emperador. Alemania estaba en tal estado de anarquía que era esencial algún tipo de poder central, tanto en bien de la Iglesia como en bien del Estado. Además, el Papa creía que, si en Italia hubiera un emperador colaborando amistosamente con el Papado, la causa de la enemistad de güelfos y gibelinos desaparecería radicalmente. La dificultad estribaba en encontrar a ese emperador.[192]

Ricardo de Cornualles, rey de romanos, murió en Inglaterra el 2 de abril de 1272. Nunca se recobró de la impresión producida por el asesinato de su hijo. Su muerte facilitó las cosas al Papa. Aunque era evidente desde hacía mucho tiempo que nunca sería emperador, el Papado lo había reconocido rey de romanos, con lo cual obstaculizaba el camino a cualquier otro candidato. Su antiguo rival, Alfonso de Castilla, aún se llamaba a sí mismo con ese título, y daba muestras de tomárselo de nuevo en serio. Pero se alió con los gibelinos más intransigentes de Italia, con lo cual el Papa no podía considerar sus pretensiones. Además, ya no contaba con ningún apoyo en Alemania, y Gregorio estaba decidido a que el nuevo emperador, quienquiera que fuese, fuera ca-

paz de restablecer el orden allí. Tan pronto como se enteró de la muerte de Ricardo, Alfonso escribió una arrogante carta al Papa, pidiendo que se reconociese su título y que se diesen los pasos necesarios para preparar su coronación imperial. A cambio de ello, según decía, estaba dispuesto a abandonar su amistad con los gibelinos y a darle el cargo de representante imperial en Italia del Norte al rey Carlos. Gregorio respondió con una diplomática negativa. A los electores alemanes les correspondía decidir quién iba a ser rey de romanos.[193]

Entretanto, instó a los electores a reunirse y realizar su tarea. Era difícil encontrar el candidato apropiado. Gregorio quería que fuese un hombre fuerte, pero convenientemente respetuoso con el Papa. Los príncipes alemanes querían un hombre débil, que no intentase restablecer el orden a costa de ellos. Los monarcas vecinos tenían otros puntos de vista. El candidato más imponente era Ottocar II, rey de Bohemia. Los reyes de Bohemia, en su calidad de capetos hereditarios del emperador, formaban parte de los electores, a pesar de que algunos abogados no los reconociesen como tales, basándose en que no eran alemanes. Pero Ottocar era dueño entonces de vastos territorios alemanes por haber obtenido, en parte por conquista y en parte por haberse casado con una dama que le doblaba la edad, la herencia de los Babenberg en Austria y en Estiria. De resultas de una provechosa cruzada contra los prusianos paganos, conjuntamente con los Caballeros Teutónicos, había adquirido gran parte de Silesia y de sus marcas del norte, así que sus dominios se extendían casi desde el Báltico al Adriático. En general estaba en buenas relaciones con la Iglesia, y a su familia no le habían gustado nunca los Hohenstaufen. Más tarde, con la idea del Imperio en mente, Ottocar se había enemistado con los güelfos y había prometido su hija a Federico de Turingia. Luego volvió a cambiar de parecer e hizo amistad con el rey Carlos y el Papado. Pidió a Gregorio que cancelase los votos de promesa de matrimonio de su hija,

con el fin de poder casarla con el nieto mayor de Carlos. Gregorio se avino a ello, y durante algún tiempo parecía que Ottocar era su candidato.[194] Carlos, sin embargo, no opinaba lo mismo. Deseaba aliarse con Ottocar, pero si éste llegaba a ser emperador, con las tierras que ya poseía en Estiria y en la cabecera del Adriático, su poder sería demasiado grande en Italia del Norte. Por tanto, Carlos escribió a su sobrino, el rey Felipe de Francia, diciéndole que se presentase como candidato al Imperio. Estaba seguro, le decía, de que podría convencer al Papa de que lo apoyase y de que los seis poderosos reyes con los que Felipe estaba relacionado le prestarían ayuda. Era una idea ingeniosa. Felipe emperador dejaría ciertamente el control de Italia en manos de su amado tío, por quien sentiría tal gratitud que escaparía a la funesta influencia de su madre. Pero el optimismo de Carlos rayaba casi en la locura. No supo juzgar en absoluto al papa Gregorio y no es posible que creyese en serio que los reyes de Castilla y de Aragón prestarían realmente su apoyo a la candidatura de su primo de Francia. A Felipe le tentó el proyecto, y en julio de 1273 envió una embajada al Papa para pedir su apoyo. La respuesta de Gregorio fue diplomática, pero vaga. Les dijo a los embajadores que sólo deseaba ventura para su señor, pero que el asunto necesitaba ser considerado con más calma; les recordó que el rey de Castilla aún tenía esperanzas de conseguir la corona imperial.[195]

Pero en realidad Gregorio no tenía la menor intención de permitir que un rey extranjero fuese emperador, e incluso rechazó a Ottocar de Bohemia, muy acertadamente, porque los electores alemanes no pensaban elegirlo.

De los príncipes alemanes, el candidato más claro era Enrique de Baviera, tío y heredero de Conradino. Mas, a pesar de haber repartido la herencia de la familia con su hermano Luis, que era conde palatino, resultaba demasiado poderoso. Por otra parte, no ambicionaba el cargo. Su hermano, el conde Luis, se propuso a sí mismo. Como conde palatino era elector, pero probablemente el

suyo era el único voto que iba a obtener. El siguiente candidato en quien se pensó fue el conde Otón de Anhalt, pero éste era una completa nulidad. Finalmente, Federico, burgrave de Nuremberg, antepasado de la Casa de Hohenzollern, propuso a Rodolfo de Habsburgo, landgrave de Alsacia.

Rodolfo era un buen candidato. Era un hombre de reconocida experiencia y piedad, alto, de aspecto austero y modales tranquilos y corteses. En esos momentos tenía cincuenta y cinco años. Su familia había sido tradicionalmente fiel a los Hohenstaufen y el propio Rodolfo había sido excomulgado más de una vez por los servicios prestados a la dinastía. La última vez fue con motivo de haber acompañado a Conradino hasta Verana. Si bien era sólo conde del Imperio, y no un príncipe, era rico. Las tierras de su familia ocupaban la parte noroeste de Suiza, donde poseía la mayor parte del territorio comprendido entre el Rin, el Aar y el lago de Lucerna, y recientemente había heredado el rico condado de Kyburg, que comprendía aproximadamente el actual cantón de Zürich. Además, poseía la mayor parte de la Alta Alsacia. Era, pues, un hombre al que la gente respetaba, rico y no demasiado poderoso. Hacia el verano de 1273 aparecía a los ojos de los alemanes como el candidato más adecuado. Pero los electores tomaban decisiones muy lentamente. Las ciudades libres del Imperio habían anunciado ya que no aceptarían a quien no hubiese recibido el voto unánime de los electores. Estaban decididas a que no hubiese más inseguridad ni anarquía, por mucho que los príncipes disfrutasen con esa situación. En agosto, Gregorio escribió severamente a los electores, diciéndoles que si no se decidían dentro de una fecha dada, él mismo nombraría al rey de romanos. El propio Rodolfo ganó votos al prometer que, si resultaba elegido, no enajenaría ninguna de las tierras de la Corona sin el permiso de los príncipes.

La Dieta se fijó finalmente para el 29 de septiembre de 1273. El 11 de septiembre, los tres electores eclesiásticos, los arzobis-

pos de Colonia, Maguncia y Tréveris, publicaron un manifiesto, conjuntamente con el conde palatino, diciendo que aceptarían a quien los electores decidiesen nombrar. Parece ser que estaban seguros de que el duque Juan de Sajonia y el marqués de Brandenburgo habían decidido apoyar a Rodolfo. Ottocar de Bohemia aún tenía esperanzas de ser él el elegido, por lo que se negó a votar por cualquier otra persona.

No asistió personalmente a la Dieta, sino que envió al obispo de Bamberg para que le representase, con la orden de estorbar la votación lo más posible. Al reunirse los otros electores declararon que el rey de Bohemia no tenía derecho a ser elector y que el cargo de séptimo elector debía ser para el duque de Baviera. De este modo, pudieron elegir por unanimidad a Rodolfo, que fue proclamado rey de romanos en Franckfurt el 1 de octubre y coronado en Aquisgrán el 24 de octubre.[196]

Gregorio probablemente habría preferido la elección de Ottocar; pero a pesar de que el rey de Bohemia le escribió protestando con enfado, el Papa aceptó la decisión de los electores con las máximas demostraciones de agrado.[197] Pasaron algunos meses antes de que reconociese oficialmente a Rodolfo; hasta septiembre del año siguiente no lo invitó a ir a Roma en calidad de rey de Romanos para ser coronado emperador. Pero entretanto dejó bien sentado que lo consideraba rey legítimo, y como legítimos recibió a los representantes que Rodolfo envió al Concilio de Lyon.[198]

La elección de Rodolfo alentó grandes esperanzas en Alemania, que no se realizaron totalmente; pero su prudente y diplomático gobierno logró restablecer el orden en el país y sentar las bases de su prosperidad durante el siglo siguiente. Al mismo tiempo, su triunfante guerra contra Ottocar les proporcionó a él y a sus descendientes el control de las provincias de Austria y Estiria, que habían de ser en el futuro la base del poder de los Habsburgo. Para Carlos, la elección fue un fracaso diplomático. El

surgimiento de un activo emperador electo necesariamente debilitaba su autoridad en Italia del Norte y alentaba a sus enemigos, el principal de los cuales era a la sazón Génova. En noviembre de 1272, había provocado una guerra al apoderarse de los bienes y de las personas de todos los genoveses, excluidos los güelfos, que había encontrado dentro de sus dominios. El gobierno genovés apeló al Papa, el cual culpó a Carlos; pero recomendó a los genoveses que volviesen a instalar en el poder a los güelfos. Al mismo tiempo, preocupado por su cruzada, intentó que Génova y Venecia hicieran las paces y abandonasen las escaramuzas que con diversa intensidad llevaban emprendiendo en aguas orientales durante las últimas décadas. Los venecianos estaban dispuestos a llegar a algún tipo de acuerdo. En una sincera nota dirigida a Génova, señalaban que ambos tenían un vecino peligroso, que sólo los dejaría tranquilos si trabajaban juntos. Pero aunque ambos gobiernos se habrían alegrado de una reconciliación, la rivalidad de sus comerciantes en Oriente era demasiado fuerte, y las negociaciones no condujeron a ningún acuerdo.[199]

Carlos y los genoveses se declararon abiertamente hostilidades a finales de 1272. Los genoveses se mantuvieron firmes. El único éxito de Carlos fue la ocupación temporal del pueblo genovés de Ajaccio, en Córcega. Pero en el otoño de 1273, Carlos tomó medidas más enérgicas, atacando desde la Toscana y el Piamonte. Hasta entonces, los genoveses se habían negado a buscar aliados en las otras ciudades gibelinas, con la esperanza de asegurarse así la simpatía del Papa. Pero Gregorio no había hecho nada en su ayuda, así que, a finales de octubre, firmaron un pacto con Pavía y Asti, prometiendo prestar apoyo a Alfonso de Castilla, que estaba a punto de invadir Lombardía con la tardía esperanza de afirmar sus derechos como emperador electo antes de que escogiesen uno en Alemania. Alfonso demostró ser un aliado inútil. Pero Génova se vio así envuelta en el levantamiento general de los gibelinos del norte contra Carlos de Anjou.[190+]

La guerra contra Génova era muy cara, y Carlos tenía, además, los gastos de reparación de su flota de resultas de la cruzada tunecina. No había podido proyectar una nueva campaña contra Constantinopla antes de que el papa Gregorio diera a conocer sus deseos sobre la unión de las Iglesias. Gregorio conocía Oriente y se daba cuenta, como nadie lo había hecho desde su gran predecesor Urbano II, de que, para que una cruzada tuviera realmente éxito, sería necesaria la gustosa cooperación de los cristianos orientales. No conducía a nada imaginar que un resucitado Imperio latino iba a ayudar a la causa. Pero un imperio griego, sometido voluntariamente a Roma, sería un valiosísimo aliado. Gregorio escogió bien su oportunidad, ya que al emperador Miguel, rodeado de enemigos, lo aterraba la idea de ser atacado desde Italia. Si el único medio de neutralizar a Carlos era someterse a Roma, entonces la política de sumisión religiosa tenía que ser seriamente considerada en Constantinopla. Miguel era un diplomático perspicaz, consciente de la importancia de la alianza papal, pero hasta entonces sus intentos de apaciguar a Roma habían fracasado. Cuando el nuevo Papa le envió una amistosa invitación para asistir al Concilio en pro de la unión de las Iglesias, respondió inmediatamente, aun a sabiendas de que esa unión significaría la humillación de su propia Iglesia. Veía esta solución como el único medio de conservar su trono, y tenía la errónea esperanza de que su pueblo sabría ver que la independencia política merecía tal sacrificio.[191+]

Gregorio tenía la astucia suficiente para darse cuenta de que el principal argumento empleado en Constantinopla en favor de la unión era la peligrosa situación del Imperio. Por tanto, no iba él a aliviar los problemas políticos del emperador antes de haber obtenido de éste una declaración definitiva en favor de la supremacía eclesiástica de Roma. Esto tenía que hacerse incluso antes de que llegaran los delegados de Constantinopla para discutir los detalles de la unión en el Concilio general. Entretanto, Gregorio

presionó suavemente al emperador, no permitiendo a ningún Estado occidental que desease firmar un tratado con él, como, por ejemplo, Venecia, que firmase más que un acuerdo temporal. Y le insinuó también que no siempre podría detener a Carlos, aunque a éste se le prohibió emprender, por entonces, una acción hostil. Por ejemplo, se le pidieron salvoconductos para que los embajadores bizantinos pudiesen atravesar sus dominios camino de Roma. Las negociaciones eclesiásticas se prolongaron durante el año 1273. A finales del mismo, Miguel había convencido al Papa de su sinceridad, pero le había confesado claramente que la idea de la unión no era popular en Constantinopla. Gracias, principalmente, al persuasivo tacto de un fraile franciscano nacido en Grecia, Juan Parastron, en quien tanto el Papa como el emperador confiaban, y a quien los griegos respetaban a causa de su carácter dulce y piadoso, y gracias también al vigor del archivero, Juan Veccus, que se había convertido a la causa de la unión, se había reunido un sínodo, que firmó, a pesar de la oposición del patriarca José, una declaración admitiendo la plena supremacía de la Sede romana, el derecho de apelaciones a Roma y la necesidad de que el nombre del Papa fuese mencionado en la liturgia. El punto de fricción teológica del *filioque* del Credo no se mencionaba, sino que se dejaba para ser discutido en el encuentro. Esto satisfizo al Papa por el momento. Y una delegación griega fue invitada oficialmente al Concilio.[192a]

A Carlos lo irritaban de modo especial todas estas negociaciones. Tenía que obedecer la orden del Papa de no atacar Constantinopla; la guerra con Génova iba acompañada de crecientes dificultades en Italia del Norte y no podía permitirse romper con Roma. Aún tenía la esperanza de que el asunto de la unión quedase en nada. El 15 de octubre de 1273 celebró por fin el matrimonio de su hija Beatriz con Felipe de Courtenay, hijo del exemperador Balduino, que había sido acordado en Viterbo cuatro años antes. Pocos días después. Balduino murió, y Felipe asu-

mió el título imperial. Cuando Gregorio escribió a Felipe en noviembre para decirle que no estorbase a los embajadores griegos, se dirigía a él llamándolo emperador de Constantinopla, y hablaba de Miguel como del emperador de los griegos; pero eso no era más que un gesto de cortesía, del que Felipe no podía esperar nada.[193a]

Al tiempo que Carlos se veía obligado a permanecer inactivo, las actividades diplomáticas de Miguel se intensificaban. El zar de Bulgaria había perdido a su mujer. En 1272 Miguel lo convenció de que se casase con una de sus sobrinas, María Cantacuzena, hija de Eulogia, su hermana favorita. A partir de entonces, disminuyó la tensión con Bulgaria, aunque hubo una pelea a causa de la dote de la novia. Miguel había prometido el puerto marítimo de Mesembría, pero luego se negó a entregarlo, basándose en que los habitantes eran griegos y no podía hacerles cambiar de señor contra su voluntad. La respuesta de los búlgaros a esta negativa consistió en invadir el Imperio en 1272, y, al fracasar, enviaron una embajada a Carlos en 1273; pero no se llegó a nada. Miguel intentó arreglar una alianza matrimonial con Serbia, pero fracasó debido a la oposición de la reina, que pertenecía a la Iglesia latina. Pero Miguel logró evitar problemas con los Balcanes gracias a dos triunfos diplomáticos. Las estepas del mar Negro, al otro lado del Danubio, estaban dominadas por un príncipe tártaro, Nogai, a quien Miguel había dado, en 1266, a una de sus hijas ilegítimas, Eufrosina. Y ahora renovó y confirmó la alianza con Nogai. La invasión búlgara de 1272 había sido detenida rápidamente gracias a la ayuda de éste, y Bulgaria aprendió la lección. Para mantener a raya a Serbia, Miguel se alió con Hungría. El rey Bela IV, amigo de Carlos, había muerto en 1270. Su hijo y sucesor, Esteban V, estaba casado con una dama de la tribu cumán o polovtsiana, paganos nómadas que se habían refugiado en Hungría huyendo de los tártaros. Y la reina, aunque cristiana, parece que prefirió el rito oriental al occidental. Su

hijo y su hija mayor estaban casados con dos hijos de Carlos, y otra hija se había casado con el heredero de Serbia, hijo de la reina Elena, fanática defensora de la Iglesia latina. Pero otras dos hijas estaban prometidas, al parecer por deseo de su madre, a dos príncipes ortodoxos de Rutenia. La más joven fue ofrecida a Andrónico, hijo y heredero de Miguel, y el matrimonio se concertó con un tratado. El rey Esteban murió en 1272, pero su hijo Ladislao estaba más sometido a la influencia de su madre que a la de su mujer angevina, y además tenía miedo de Ottocar de Bohemia, que unía a sus ambiciones territoriales su celo en pro de la Iglesia latina. La alianza con Bizancio se mantuvo.[194a]

En lo que a los Balcanes se refería, Miguel podía estar tranquilo. Pero en Grecia misma no tuvo tanto éxito su diplomacia. El déspota del Epiro, Nicéforo, sucesor de Miguel *el Ángel*, estaba casado con una sobrina del emperador, hermana de la zarina búlgara. Pero aunque ella era una mujer de un vigor que no se detenía ante ningún obstáculo, su marido era en cambio débil y poco eficiente. Su hermano bastardo, Juan, duque de Neopatria, era una figura más importante. El emperador intentó colocarlo bajo su control casando a uno de sus sobrinos, Andrónico Tarchaniotes, con la hija de Juan, y otorgando a éste el título de sebastocrator. Pero el ingrato sobrino se identificó con su suegro, que no tenía el menor respeto por Constantinopla. Miguel había abrigado la esperanza de formar una alianza griega contra los latinos de Grecia, pero lo único que pudo llevar a cabo fue una guerra intestina en Eubea, para la cual empleó los servicios de un joven aventurero local, originario de Vicenza, llamado Licario. Éste demostró ser un jefe brillante, y gradualmente conquistó la isla para el emperador.[195a]

Más al oeste, Miguel se puso en estrecho contacto con los genoveses y, a través de ellos, a finales de 1273, se había relacionado también con Alfonso de Castilla. Al parecer, ya había sido en-

viado dinero bizantino para ayudar a los gibelinos de Italia del Norte.[196a]

Carlos estaba furioso porque el Papa le impedía actuar, bien poco podía hacer para oponerse a las actividades del emperador. Sólo le quedaba esperar que fracasase la proyectada unión de las Iglesias. En el tratado con el exemperador Balduino se estipulaba que había de invadir el Imperio antes del verano de 1274, y el Papa ahora le prohibía cumplir su compromiso, si bien le daba permiso para prolongar el tiempo límite un año más. En 1275 ya se sabría si Miguel llevaba efectivamente su Iglesia al rebaño romano. No estaba de más que los griegos se diesen cuenta de lo que ocurriría si se oponían a la unión.[197a]

En la primavera de 1273, Gregorio decidió reunir el Concilio en Lyon. No era muy partidario de salir de Italia, pero las potencias a las que deseaba interesar en la cruzada eran las del otro lado de los Alpes, y prefería que el Concilio se reuniese en una zona donde Carlos no pudiese presionar a los delegados. No estaba contento con él y pensaba que era el responsable de los problemas con Génova. En el otoño de 1272, el Papa recibió la visita de su viejo amigo Eduardo de Inglaterra, que regresaba de Tierra Santa para ceñir la corona de su padre. Eduardo se puso furioso al enterarse de que Guido de Montfort, el asesino de su primo, no sólo no había sido debidamente castigado, sino que seguía en libertad, bajo la protección de su suegro, Hildebrando Aldobrandeschi, el principal señor güelfo de la Toscana meridional. Y se sospechaba que aún disfrutaba de la benevolencia de Carlos. En junio de 1273, Gregorio salió de Orvieto, donde vivía en esos momentos, en dirección a Lyon. A su paso por Florencia intentó reconciliar a los güelfos y gibelinos de la ciudad, con el único resultado de ver que los güelfos, al abandonar él la ciudad, deshacían todos sus esfuerzos, respaldados por Carlos. Pero el Papa no deseaba romper con éste, en recompensa por no haber atacado

Constantinopla, y además quería interesarlo en una cruzada a Tierra Santa.[198a]

Gregorio entró en Lyon, a principios de noviembre, con un séquito impresionante. Pasó los siguientes meses preparando el Concilio, escribiendo a todos los prelados de Occidente, convocándolos a las reuniones preliminares, en las que se discutirían problemas acerca de las cruzadas. Ya había recibido de varios expertos algunas memorias, en las que se sugería la manera de hacer que el movimiento gozase una vez más de popularidad. Convocó a los teólogos para que lo ayudasen a preparar los argumentos que habían de emplearse con los griegos. Entre ellos a Tomás de Aquino, que había escrito un folleto sobre los errores de éstos. En esa época Tomás vivía en Nápoles y no estaba en muy buenas relaciones con el rey Carlos. Cuando cayó enfermo en el castillo de su sobrina, en Magenza, no lejos de Nápoles, la gente sospechó inmediatamente que había sido envenenado por agentes de Carlos. Muy enfermo, continuó el viaje, y murió en Fossanuova, cerca de Aquino, el 7 de marzo de 1274. Dante estaba convencido de la culpabilidad de Carlos, Pero, aunque es posible que Carlos temiera que Tomás presentase al Papa quejas contra él, no hay nada que demuestre que la muerte del gran doctor no fuese natural.[199a]

Después de tres días de ayuno, el papa Gregorio en persona declaró abierto el XIV Concilio Ecuménico en Lyon, el lunes 7 de mayo de 1274. Había invitado a él a trece reyes: de Francia, Inglaterra, Escocia, Noruega, Suecia, Hungría, Bohemia. Castilla, Aragón, Navarra y Armenia, además de Carlos de Sicilia, que sabía que no iba a asistir, y el rey de romanos, a quien elección. Cuanto más tardasen, más austeras serían sus condiciones de vida. Además, no recibirían ningún salario ni emolumento mientras la Santa Sede permaneciese vacante. A continuación, el Concilio discutió el asunto de la cruzada. Ante la ausencia de los reyes, no podía tomarse ninguna decisión práctica. Y cuando Jai-

me de Aragón se marchó, el ambiente general era de desánimo. El embajador del rey francés, Érard de Saint-Valéry, había ya anunciado, para indignación de Jaime, que consideraba que una cruzada general era un proyecto vano. Su observación fue acogida en silencio, sin protestas. Lo único que pudo hacer el Papa fue promulgar reglas para la colecta de diezmos con destino a la cruzada, lo que no hizo más que aumentar la impopularidad de la idea de una, tanto entre los reyes como entre sus súbditos. También prohibió a las ciudades marítimas italianas que vendiesen armas o materias primas a los sarracenos, y dictaminó que ningún barco mercan te cristiano podría entrar en un puerto musulmán durante un período de seis años. Era imposible hacer que estas reglas se cumpliesen.

Gregorio tuvo mayor éxito en los asuntos diplomáticos. Estaba decidido a restablecer la paz en Europa como paso preliminar necesario para la cruzada. La orden que dio a todos los monarcas de Europa de dar fin a las guerras no fue enteramente cumplida, pero de hecho alguno de los príncipes más guerreros, como los reyes españoles y Ottocar de Bohemia, se contuvieron durante algún tiempo. Para dar él mismo ejemplo, consiguió que Rodolfo de Habsburgo fuese reconocido rey de romanos por toda la asamblea.[200] Pero su gran triunfo diplomático fue la sumisión de la Iglesia griega.

A pesar del creciente resentimiento en Constantinopla, el emperador Miguel había decidido aceptar las condiciones del Papa. El Patriarca de Constantinopla, José, seguía negándose a dar su aprobación incluso a la suave fórmula elaborada por Juan Parastron. En enero de 1274, José recibió la orden de retirarse al monasterio de los Peribleptos. Se le dijo que si la unión no se llevaba a cabo se le permitiría salir de nuevo con plenos poderes patriarcales, a condición de que no emprendiese ninguna acción disciplinaria contra los defensores de la misma. Y si se firmaba la unión, podía aceptarla o dimitir y permanecer en el monasterio.

Mientras tanto, Miguel aseguraba a su clero que no habría ninguna alteración en el rito y que ningún legado o representante papal se instalaría en Constantinopla. El Papa había sugerido que sería suficiente con que el Imperio y el clero de Constantinopla declarasen su adhesión a la Iglesia romana, en presencia de legados especiales enviados de Roma. Miguel se dio cuenta de que esto podía provocar un tumulto, por lo que prefirió la alternativa de enviar una delegación plenipotenciaria a Lyon.

La delegación zarpó a principios de marzo en dos galeras.

La primera transportaba a los representantes eclesiásticos, al expatriarca Germán, a Teófanes, metropolitano de Nicea, y al embajador personal del emperador, el *logothete* Jorge Acropolites. La segunda estaba ocupada por otros dos altos cortesanos y varios secretarios y escribanos, así como por los regalos destinados al Papa por el emperador. Cuando los barcos doblaban el cabo Malea se levantó una tempestad y la segunda galera se estrelló contra las rocas. Todos los ocupantes así como la carga se perdieron, con la excepción de un marinero.

Por lo tanto, la embajada que llegó a Lyon el 27 de junio era menos brillante de lo que se había previsto, y tampoco su componentes tenían un aspecto muy imponente, Jorge Acropolites era un distinguido político y erudito, pero de los jefe eclesiásticos, el metropolitano de Nicea no era un hombre muy sobresaliente, mientras que Germán, a pesar de haber sido Patriarca de Constantinopla en 1266, había sido relevado de su cargo al cabo de unos meses a causa de su incompetencia e indiscreción. Es significativo que Miguel no hubiese sido capaz de encontrar para la misión otros clérigos que infundiesen mayor respeto.

La embajada fue recibida con toda ceremonia por el Papa y los cardenales, y entregó al secretario pontificio tres cartas, una del emperador, otra de su hijo mayor Andrónico y otra de varios importantes arzobispos griegos. Cinco días más tarde. El día de

la festividad de san Pedro y san Pablo, asistieron un servicio religioso, en parte cantado en griego. En el transcurso del servicio los clérigos griegos se unieron a los obispos griegos unionistas procedentes de Calabria para cantar el Credo, incluida la cláusula del *filioque*, que fue repetida tres veces. Los presentes observaron que el metropolitano de Nicea dejaba de cantar cuando apareció la palabra.[201] La ceremonia oficial de la unión tuvo lugar el viernes 6 de julio. El Papa expresó la alegría que le producía el voluntario retorno de los griegos a la obediencia y dio lectura en traducción latina a las tres cartas que había recibido. La carta del emperador contenía una declaración de fe en el credo en la forma romana y de acatamiento a la primacía de la Iglesia romana, a la cual ofrecía su obediencia. A continuación, solicitaba que se concediese a la Iglesia griega mantener el credo que había usado antes del Cisma y seguir empleando el ritual propio, siempre que ello no supusiese un conflicto con los Mandamientos de la Ley de Dios, las Sagradas Escrituras, los Concilios y los Santos Padres. La carta de su hijo estaba escrita en los mismos términos. Y la de los obispos, tras hacer referencia a la sinceridad de los esfuerzos del emperador en pro de la unión, anunciaba que estaban dispuestos a otorgar al Papa el respeto debido, como habían hecho sus predecesores antes del Cisma. Esta carta estaba escrita con cierto cuidado y no comprometía demasiado a los firmantes. Después, el logothete, como plenipotenciario personal del emperador, juró en nombre de su señor abandonar el Cisma, aceptar el credo y las doctrinas de la Iglesia romana como única Iglesia verdadera, aceptar la primacía de ésta y prestarle toda la obediencia que le era debida. Al Papa le hubiese gustado tener una copia escrita y firmada del juramento, pero no la había. Quizá hubiese desaparecido en el naufragio.

Después de que el logothete repitiese el juramento, el Papa entonó solemnemente el *Te Deum* y pronunció un sermón, usando como texto las palabras de Cristo en el evangelio de San Lu-

cas: «¡Cuánto he deseado compartir esta Pascua con vosotros!» Después se cantó el credo en latín y en griego, repitiéndose dos veces las palabras «Qui ex Patre Filioque procedit». El Cisma había terminado oficialmente.[202]

El lunes siguiente, el Papa recibió una embajada que le agradó casi tanto como la de los griegos. El ilkhan de los mongoles de Persia envió dieciséis embajadores, que llegaron el 4 de julio, con instrucciones para intentar concertar una alianza con las naciones cristianas contra los mamelucos musulmanes. Gregorio les dio toda clase de ánimo y se mostró especialmente complacido cuando un miembro de la embajada, con dos de su séquito, solicitó y recibió el bautismo cristiano. Pero Gregorio no podía ofrecer al ilkhan nada más que piadosas promesas.[203]

Gregorio estaba contento con los resultados del Concilio.

Es verdad que no se había decidido nada concreto sobre la cruzada, pero creía que la unión de las Iglesias tenía valor, no sólo en sí misma, sino también porque facilitaría cualquier cruzada, abriendo otra vez la ruta continental a través de Anatolia. Por su parte, los reyes estaban algo avergonzados de no haberle prestado ninguna ayuda. Felipe de Francia se adhirió a la cruzada al año siguiente, al mismo tiempo que lo hacía el rey Rodolfo, a cambio de la coronación imperial. Entretanto, el Papa continuaba su labor de pacificación. Recibió a Alfonso de Castilla en Beaucaire, en la frontera provenzal, en mayo de 1275, y lo convenció de abandonar el título de rey de romanos y sus consecuentes pretensiones de ser el jefe de los gibelinos de Italia. Unos meses más tarde, en septiembre, fue a Lausana a reunirse con Rodolfo, a quien ya reconocía oficialmente y para el que concertó un tratado de amistad con Carlos de Anjou. Este tratado debía sellarse con la boda del nieto mayor de Carlos, Carlos Martel, y Clemencia, la hija de Rodolfo. Este último pagó el ser reconocido renunciando virtualmente a todos sus derechos imperiales sobre la Romania y las Marcas.[204]

Carlos ya había sido informado de que se había llevado a cabo la unión.

El 28 de julio de 1274 salieron cartas pidiendo a Carlos y al emperador titular Felipe que prolongasen la tregua que se habían comprometido a mantener con Constantinopla, y al emperador Miguel diciéndole que pactase una tregua con Carlos. Las negociaciones fueron confiadas a Bernardo, abad de Monte Cassino, el cual visitó Nápoles y Constantinopla e indujo a Carlos y a Miguel a comprometerse a observar un año de tregua, a partir del 1 de mayo de 1275. Ésta no era completamente favorable para Carlos, ya que, mientras le impedía atacar Constantinopla, no era aplicable a la península griega y a Albania, donde los bizantinos estaban empezando una ofensiva, pero donde Carlos habría preferido evitar la guerra, contando con que todas esas tierras pasarían a su poder una vez conquistada la capital imperial.[205]

De momento, a Carlos no le suponía un sacrificio tan grande aceptar la tregua. La guerra contra Génova se había convertido en una guerra contra la reorganizada Liga gibelina y le estaba costando más de lo que podía permitirse. Gregorio no se mostraba indiferente. Cuando se enteró de que Carlos estaba a punto de vender sus joyas para pagar el tributo a la Santa Sede, le permitió diferir el pago. También excomulgó a Génova y a sus aliados gibelinos, Asti y el marquesado de Montferrato. Pero dejó bien sentado que consideraba a Rodolfo de Habsburgo, y no a Carlos, la persona adecuada para restablecer el orden en Italia del Norte. El Papa escribió a Carlos diciéndole que comprendía perfectamente que a éste no le complaciese su política, pero que si reflexionaba se daría cuenta de que era razonable y justa. Cuando Carlos le pidió que convenciese a Rodolfo de que le diese en feudo el Piamonte, Gregorio transmitió el encargo, pero añadió que lo hacía sólo a petición de Carlos y que personalmente pensaba que sería un grave error enajenar una provincia de tan gran importancia estratégica.[206]Tampoco reaccionó con la dureza

que Carlos habría deseado cuando su vieja enemiga la reina madre de Francia suscitó nuevos disturbios. Tan pronto como la reina Margarita se enteró de que Rodolfo era reconocido por todos como rey de romanos, le escribió, de acuerdo con su hermana la reina madre de Inglaterra, acerca de su antigua queja de que había sido engañada con la herencia de Provenza. Como ésta aún seguía dependiendo del emperador. Margarita apelaba a él para reparar la injusticia. Parece ser que Rodolfo, encantado sin duda de que se admitiese su autoridad sobre Provenza, llegó a prometer a Margarita que sería investida con el condado. Los esfuerzos del Papa de unir a Carlos y a Rodolfo impidieron a este último llevar a cabo el plan. Pero el Papa no reprobó en ninguna forma a la vengativa y anciana viuda.[207]

La guerra genovesa iba mal. En octubre de 1274 la situación en el Piamonte era lo suficientemente seria como para que Carlos nombrase a su sobrino, Roberto de Artois, representante suyo en la provincia, pero Roberto no logró ningún éxito. En enero de 1275, Génova, Asti y Montferrato, junto con Novara, Pavía, Mantua y Verona, juraron vasallaje a Alfonso de Castilla. Aunque Carlos se retiró de la guerra en mayo, las victorias gibelinas no terminaron. Ya habían obligado a las ciudades vasallas de Carlos, Vercelli y Alessandria, a entrar en la Liga gibelina. Durante el verano lograron la adhesión de Saluzzo y Revello, y mientras sus tropas se movían libremente a través de las tierras de Carlos, en el Piamonte, la flota genovesa saqueaba Trapani, en Sicilia, y la isla maltesa de Gozo y hacía una demostración en la misma bahía de Nápoles. El Papa tenía mucho miedo de que la guerra se extendiese a Lombardía, donde la gran ciudad de Milán empezaba a dar muestras de intranquilidad. Pero él veía que el emperador electo era la única persona que podía reconciliar a güelfos y gibelinos. Gregorio escribió una carta felicitando a los milaneses por haber enviado una embajada a Rodolfo, e instó a los demás a hacer lo mismo. No es de extrañar que no pudiese

recomendar sinceramente a Rodolfo que dejara el Piamonte a cargo de Carlos.[208]

En el otoño de 1275, Asti, en calidad de principal ciudad de la Liga gibelina local, ofreció hacer las paces con la condición de que los gibelinos conservasen lo que habían ganado. Carlos, desdeñosamente, rechazó la sugerencia. Pocos días después, su senescal, Felipe de Lagonesse, sufrió una seria derrota y se vio obligado a retirarse y cruzar los Alpes hasta Provenza con su quebrantado ejército. Hacia el verano de 1276 lo único que le quedaba a Carlos de sus dominios en el Piamonte eran las tres ciudades aisladas de Cuneo, Cherasco y Savigliano, y unos cuantos pueblos poco importantes.[209]

En todos sus tratos con los reyes de Europa, a Gregorio lo guiaba un principio dominante: ver la mejor manera de promover la cruzada a Tierra Santa. Si los fracasos de Carlos en el norte de Italia y sus destruidas ambiciones sobre Grecia parecían dejarlo insensible, ello era debido a que esperaba que Carlos prestase entonces su atención a la única dirección en que la agresión recibiría la aprobación divina. Gregorio hizo cuanto pudo para atraer a Carlos hacia ese fin. Uno de los pocos asistentes reales al Concilio de Lyon, la princesa María de Antioquía, fue allí a pedir que la apoyase en sus pretensiones al trono de Jerusalén como sucesora de Conradino. Aunque su madre era la hermanastra más joven de la bisabuela de Conradino, la reina María de Jerusalén, ella se consideraba con más derechos que el pretendiente reconocido al trono, el rey Hugo III de Chipre, que era nieto de una hermanastra mayor de la reina María. María de Antioquía presentó sus pretensiones ante el Tribunal Supremo de Acre tan pronto como supo de la muerte de Conradino. Pero los barones de ultramar se habían declarado en favor del rey Hugo y sólo lo templarios la apoyaban. A todos los demás les parecía que un hombre joven y vigoroso era evidentemente un candidato mejor

que una solterona de mediana edad, por muchos derechos legales que tuviera.

Es posible que durante su estancia en Oriente, Gregorio hubiese mostrado a la decepcionada princesa alguna simpatía y por eso ella creyese que merecía la pena acudir al Concilio de Lyon. Su optimismo estaba justificado. El Concilio no discutió su problema, pero Gregorio le dio su aprobación personal y la convenció de que sería una medida acertada vender su pretensión al rey Carlos. El Papa obró arbitrariamente al ir contra la opinión legal de ultramar y contra los deseos expresos de su pueblo. Tampoco era legalmente seguro que los derechos a un trono pudiesen venderse y comprarse. Pero probablemente Gregorio se había formado una opinión no muy buena del rey Hugo, el cual, de hecho, había de demostrar que era completamente incapaz de gobernar con orden el reino de Jerusalén, por lo que en 1276 se tuvo que retirar desconsoladamente al más manejable reino de Chipre. Pero el proyecto atraía especialmente al Papa, porque ofrecía a Carlos una compensación por las decepciones sufridas en otras empresas; el plan halagaría su vanidad y le proporcionaría un serio interés personal por el bienestar de Tierra Santa, al mismo tiempo que daría al reino de Jerusalén un gobernante cuya capacidad estaba fuera de dudas. María aceptó el consejo del Papa, sin duda porque se daba cuenta de que el trono de Jerusalén no era precisamente confortable. Carlos tenía poco dinero en efectivo y la princesa no quería vender sus derechos muy baratos. Al final, se vio que ella necesitaba el dinero aún más que Carlos. El 18 de marzo de 1277 se firmó un contrato. A cambio de 1000 libras de oro y una suma anual de 4000 libras *tournoises*, María renunciaba a sus derechos hereditarios en favor de Carlos, el cual asumió inmediatamente el título de rey de Jerusalén.[210]

Para entonces, el papa Gregorio había muerto. Después de la entrevista con el rey Rodolfo en Lausana, en octubre de 1275, había atravesado lentamente los Alpes hasta Milán y desde allí

había seguido, por Bolonia, a Florencia. Durante el camino, sus secretarios escribían cartas afanosamente sobre la cruzada. Todos los reyes, uno tras otro, fueron informados de que sólo podían colectar los diezmos debidos a la Iglesia si los destinaban a la Guerra Santa. Los legados recibieron órdenes de avivar el escaso entusiasmo de los reyes. A pesar de todas las decepciones sufridas, Gregorio creía que su sueño de organizar una gran cruzada aún podía convertirse en realidad. Pero durante su estancia en Florencia, en Navidades, cayó gravemente enfermo. El 1 de enero de 1276 escribió urgentemente a Carlos diciéndole que deseaba verlo si aún había tiempo. Después fue trasladado en una litera a Arezzo, donde murió el 10 de enero.[211]

Carlos estaba en Roma cuando se enteró de la muerte del Papa. No es fácil creer que la lamentase muy amargamente.

11. El resurgimiento angevino

Los obstinados esfuerzos del difunto Papa por pacificar Europa y organizar una cruzada contra los infieles habían frenado todos los proyectos de conquista del rey Carlos. Éste sólo quería la paz en Europa si era él quien fijaba las condiciones; y aunque estaba más que contento de aceptar el reino de Jerusalén, no deseaba sin embargo correr el riesgo de perderlo a causa de una cruzada. Gregorio le había prohibido atacar Constantinopla, y ahora los bizantinos habían iniciado la ofensiva contra sus posesiones y sus aliados de Grecia. Su orgullo lo había hecho implicarse en una guerra con Génova y tenía que mantenerse a la defensiva en Italia del norte. Su simpatía por Gregorio había terminado al invitar éste a Rodolfo, rey de romanos, a restaurar el orden en la provincia. Carlos estaba decidido a no permitir la elección de otro Papa con ideales tan poco convenientes para él.

Cuando Gregorio murió en Arezzo, Carlos estaba en Roma.

De acuerdo con los reglamentos establecidos en el Concilio de Lyon, los cardenales se reunieron en Arezzo y esperaron durante diez días para dar tiempo a los miembros ausentes del Colegio a llegar allí. Tenían pleno conocimiento de la proximidad del rey. Sus deliberaciones duraron menos de veinticuatro horas. El 21 de enero de 1276 eligieron a un clérigo que se sabía que gozaba del favor de Carlos, Pedro de Tarentaise, dominico nacido en Saboya, que había sido arzobispo de Lyon y era, en el momento de la elección, cardenal-obispo de Ostia. Tomó el nombre de Inocencio V y salió inmediatamente para Roma, donde fue coronado el 22 de febrero. Carlos lo escoltó hasta allí desde Viterbo y

asistió a la coronación. Durante los siguientes cinco meses, el Papa y el rey permanecieron en Roma, viéndose constantemente.[212]

Carlos tenía motivos para estar contento con el nuevo Papa. Inocencio lo confirmó inmediatamente como senador de Roma y representante imperial de Toscana. Mientras Gregorio vivió, el rey Rodolfo no había protestado contra el cargo imperial de Carlos, pero ahora consideraba que el nuevo Papa no tenía derecho a otorgar puestos imperiales, pues había un emperador electo. Rodolfo envió a unos funcionarios a quejarse, con el encargo de obtener juramentos de vasallaje en la Romania, a pesar de haber prometido al difunto Papa que consideraba esa región como parte del patrimonio papal. El papa Inocencio reaccionó duramente: Rodolfo no podría ir a Italia mientras los juramentos que había recibido no fueran anulados. Rodolfo, que estaba impaciente por ir a Roma para ser coronado emperador, comprendió que tenía que negociar, tanto con Carlos como con el Papa, y envió al obispo de Basilea para tratar con los dos.[213]

A continuación, Inocencio arregló la paz entre Carlos y los genoveses. No era una paz muy gloriosa para Carlos, pues los gibelinos conservaron el control de Génova y Carlos tuvo que restituirles los privilegios disfrutados por la ciudad en sus dominios, así como las pequeñas conquistas que él había hecho. Los gibelinos, a su vez, reconocían su soberanía en Ventimiglia. El tratado dejaba a Carlos en libertad de intentar salvar sus posesiones del Piamonte, aunque fue en vano, y de fortalecer su poder en la Toscana, única zona donde sus fuerzas habían logrado algún éxito últimamente y donde Pisa bahía sido humillada. La paz se firmó el 22 de junio de 1276. Cuatro días después, moría el papa Inocencio en Roma.[214]

A Carlos le convenía mucho que la próxima elección papal tuviera que hacerse en Roma. Según lo acordado, los cardenales se reunieron diez días después en el palacio de Letrán, donde ha-

bía muerto Inocencio. Carlos, en calidad de senador, pudo rodear el palacio de agentes que permitieron a los cardenales partidarios de Carlos comunicarse libremente con el mundo exterior y recibir regalos de comestibles, mientras que el partido opuesto tuvo que permanecer encerrado y sujeto a la creciente austeridad ordenada por el Concilio de Lyon. Esta política dio resultado. Después de poco más de una semana, el 11 de julio, los cardenales eligieron a uno de los más fieles amigos de Carlos, al cardenal genovés Ottobuono dei Fieschi, que era un güelfo fanático y sobrino del papa Inocencio IV. Propuso tomar el nombre de Adriano V. Pero sólo era un cardenal diácono, y antes de que tuviera tiempo de ser ordenado, paso necesario para ser consagrado, cayó gravemente enfermo y murió en Viterbo el 18 de agosto.[215]

Carlos había seguido al Papa electo a Viterbo y estaba viviendo cerca de allí, en el castillo de Vetralla. Pero en Viterbo no podía presionar tanto al cónclave que se reunió para elegir un nuevo Papa como había hecho en Roma. El cardenal más antiguo, Juan Gaetano Orsini, que era el jefe del partido antifrancés, dominaba la asamblea, pero era un hombre diplomático y propuso al único cardenal que no era ni italiano ni francés, al portugués Juan Pedro Juliano. Los demás cardenales aprobaron su sugerencia. El cardenal Juliano fue elegido a principios de septiembre y coronado con el nombre de Juan XXI en Viterbo el 20 de septiembre. El rey Carlos fue a Viterbo para asistir a la coronación y le presentó sus respetos en nombre del reino de Sicilia.[216]

Personalmente el papa Juan estaba bien dispuesto hacia Carlos. Le permitió conservar los cargos de senador de Roma y de representante imperial en la Toscana. Fue complaciente y excomulgó a los gibelinos del Piamonte, enemigos del rey; pero al mismo tiempo envió representantes allí para tratar de concertar una tregua para Carlos. Prohibió al rey Rodolfo ir a Italia, ya que los funcionarios de éste seguían presionando a las ciudades

de la Romania para que lo reconociesen como soberano. Dio su aprobación personal al contrato, firmado el 18 de marzo del año siguiente, por el cual María de Antioquía vendía a Carlos los derechos a la corona de Jerusalén.[217] Pero no quiso hacer nada más. Carlos había abrigado la esperanza de recuperar su poder en Italia del Norte. Las victorias de sus tropas sobre Pisa en septiembre de 1275 y en junio de 1276 habían confirmado su dominio en la Toscana. Al otro lado de los Apeninos, las ciudades güelfas del sur del Po, como Parma, declararon su adhesión a la Iglesia y al rey Carlos.[217 bis] Al otro lado del río, el tirano Napoleón della Torre fue expulsado en enero de 1277 por sus propios súbditos. Su familia había gobernado Milán durante treinta y seis años, pero él había abandonado la política tradicional de amistad con Carlos con el fin de ganarse el favor de Rodolfo. Los milaneses entregaron el gobierno al arzobispo de Milán, Otón Visconti.[218]

No era probable que el rey Rodolfo interviniese en los asuntos italianos, al menos durante algún tiempo, no sólo por la prohibición del Papa, sino también debido a que en junio de 1276 había entablado una guerra contra Ottocar de Bohemi de la que salió victorioso. En octubre de 1276, se firmó una paz que había de ser sellada por dos alianzas matrimoniales entre sus hijos y los de Ottocar. Por el tratado de paz, Ottocar cedió los ducados de los Babenberg en Austria, Estiria, Carintia Carniola y reconocía a Rodolfo como señor supremo de Bohemia y Moravia. El poder de Rodolfo experimentaba un gran aumento, pero la organización de las nuevas provincias lo absorbía completamente. Y pronto resultó evidente que Oncear no tenía intención de respetar la paz.[219]

El momento parecía favorable para Carlos. Pero el Papa quería ayudarlo en esa empresa. En vez de ello, el arzobispo de Milán y los demás jefes güelfos del norte de Lombardia anunciaron de manera definitiva su sumisión a Rodolfo. I. Papado deseaba

mantener las puertas de Italia abiertas al rey alemán, para impedir que Carlos volviese a alcanzar demasiado poder.[220]

Y tampoco lo ayudó el papa Juan a llevar adelante sus planes sobre Constantinopla. La unión de las Iglesias, que tan feliz había hecho al papa Gregorio X, no estaba resultando tan fácil de llevar a cabo como los prelados habían esperado en el Concilio de Lyon. El emperador Miguel deseaba sinceramente cumplir sus obligaciones. A diferencia de la mayoría de los emperadores bizantinos, no tenía un gran interés personal por la teología y pensaba que las ventajas políticas de la unión compensaban generosamente cualquier humillación que su Iglesia pudiese sufrir. Pero eran muy pocos los súbditos que estaban de acuerdo con él. José, el Patriarca de Constantinopla, se negó a tener trato alguno con los unionistas. Un sínodo formado por los partidarios del emperador depuso a José y nombró en su lugar a un distinguido teólogo, Juan Veccus, que estaba sinceramente convencido de lo adecuado de la unión. Pero Veccus no tenía más seguidores que los obispos que lo habían elegido por mandato del emperador. El hijo y heredero de Miguel, Andrónico, secundaba respetuosamente a su padre, pero, como se demostró en el futuro, sus estudios teológicos lo inclinaban contra la Iglesia romana. En el palacio, dirigía la oposición Eulogia, hermana del emperador, vigorosa viuda que hasta entonces había sido la consejera más íntima de Miguel. Sus hijas eran la zarina de Bulgaria y la mujer del déspota del Epiro; ambas compartían sus puntos de vista. Dentro del Imperio, los monasterios, el bajo clero y mucha gente secular eran totalmente enemigos de la idea de la unión. Sólo habían pasado dos generaciones desde el saco de Constantinopla por los latinos. Aún vivían muchos que recordaban la crueldad con que los conquistadores latinos habían tratado a la Iglesia ortodoxa. Aún se oían historias de persecuciones en la Grecia latina y en Chipre. Era demasiado esperar que fuesen a admitir que Roma tenía razón, después de todo.

Bien podía dudar cualquier observador que la política unionista del emperador durase.[221]

La corte papal no ignoraba esas dudas. En realidad, el propio Miguel hizo saber secretamente al Papa sus problemas. Poco antes de morir el Papa Gregorio, Miguel envió a Italia una embajada para pedirle que organizase inmediatamente una cruzada contra los infieles y que excomulgase entretanto a sus enemigos. Era necesario emprender alguna acción que lo favoreciese de inmediato, si se quería que la unión tuviera aceptación. Inocencio V respondió que la cruzada era algo inminente, pero que no consideraba posible la excomunión. Pues ello significaría una ofensa al rey Carlos y a los príncipes latinos de Grecia. De hecho, y presionado por Carlos, parece ser que Inocencio había variado un poco su actitud hacia Constantinopla. Juan XXI volvió a la política de Gregorio. Envió una misión de dos obispos y dos dominicos a Constantinopla con unas cartas para el emperador en las que le pedía un declaración personal de fe, y otras para su hijo y para el Patriarca y clero en general, pidiendo obediencia y expresando el amistoso interés del Papa por ellos. Miguel contestó enviando una copia del voto en favor de la unión que había jurado públicamente. Andrónico escribió proclamando su interés por la unión, y el patriarca Juan Veccus y sus obispos firmaron un documento en el que volvían a afirmar su fe en la primacía de la Sede romana y en el añadido de la cláusula *filioque* al credo Pero la redacción de esta carta era más ambigua de lo que Roma habría deseado y se rumoreaba que algunos de los obispos se habían negado a firmar y que sus firmas habían sido falsificadas por un notario imperial. El papa Juan se dio por satisfecho y siguió prohibiendo a Carlos emprender una acción contra Constantinopla.[222]

La insistencia del Papa en mantener una tregua entre Carlos y Miguel no impidió que estallara una guerra entre ellos en Grecia y en Albania. Si quería imponer su política religiosa a sus recalci-

trantes súbditos, el emperador tenía que conseguir algún éxito militar y la expansión del Imperio. Sabedor de que el Papa había prohibido a Carlos que lo atacase en Constantinopla, Miguel no sintió el menor escrúpulo en atacar al rey de Sicilia en Grecia. Durante el verano de 1274, antes de que sus delegados hubiesen regresado del Concilio de Lyon, Miguel envió un ejército a Albania, donde conquistó la fortaleza de Berat y el puerto marítimo de Butrinto. En octubre, los bizantinos pusieron sitio a Avlona y a Durazzo, donde residía Narjot de Toucy, capitán general de Carlos. El reino de Albania parecía estar a punto de sucumbir. Pero de momento las dos ciudades se salvaron gracias a los refuerzos que llegaron apresuradamente de Italia.[223]

En la primavera de 1275, Miguel, animado por su éxito, envió a Grecia central un ejército y una flota mandados por su hermano, el césar Juan, vencedor de Pelagonia, con el fin de derrotar al príncipe epirota bastardo Juan de Neopatria y a sus aliados latinos. La campaña contra el bastardo fue un fracaso. El ejército bizantino estaba constituido principalmente por mercenarios cumanes y turcos, que ofendían tanto a la población local como a sus camaradas griegos saqueando monasterios. Y los mismos soldados griegos estaban poco dispuestos a luchar contra los griegos del ejército del bastardo.

El césar avanzó hasta la misma Neopatria, donde se encontró con que al enemigo se había unido Juan, duque de Atenas, con trescientos de los mejores jinetes de la Grecia franca. En la batalla que siguió, el ejército imperial, a pesar de ser mucho mayor, se dispersó al primer ataque latino. El césar tuvo que refugiarse en su armada.

Pocos días después, la flota bizantina, mandada por el almirante Alejo Filantropeno, se enfrentó con una flota latina frente a Demetrias, en el golfo de Volo. Los barcos latinos pertenecían en parte a los venecianos y en parte a los señores latinos de Eubea, casi todos de origen lombardo. Estaban equipados con to-

rres de madera que les daban aspecto de ciudades flotantes, y cada barco contenía un número excepcionalmente grande de soldados. Al principio, su ataque tuvo éxito. Filantropeno fue herido gravemente y conducido hasta la costa, mientras que su nave capitana caía en manos del enemigo, y los demás barcos, que habían sufrido grandes pérdidas, volvían a la costa. En ese momento, apareció Juan con los supervivientes de la batalla librada en tierra firme. Rápidamente pusieron los barcos en condiciones y volvieron a atacar la flota latina, a la que cogieron por sorpresa venciéndola con facilidad. Todos los barcos latinos, excepto dos, cayeron en poder de los bizantinos. Pero el césar no se sentía con fuerzas para ultimar su victoria. Regresó con sus tropas a Constantinopla, donde se retiró de la vida pública, avergonzado, según dijo, de la derrota que había sufrido en Neopatria, pero quizá también debido a que no aprobaba la política religiosa de su hermano.[224]

Gracias a la batalla de Demetrias la flota bizantina controlaba el Egeo. Cuando llegó la noticia a Constantinopla, los embajadores venecianos que estaban en la ciudad para discutir con el emperador un nuevo tratado, se apresuraron a firmar uno por dos años. Al año siguiente, en 1276, Miguel decidió hacer otro intento en Grecia central. Una vez más, sus fuerzas de tierra fueron vencidas por Juan de Neopatria. Pero una vez más triunfó en el mar, gracias a un aventurero italiano de Vicenza, llamado Licario, al que empleó como almirante. Éste era un ambicioso joven mercenario que había llegado a Eubea, donde pronto ganó reputación de hombre brillante. Pero ofendió a los señores lombardos locales al querer casarse con una hermosa viuda muy por encima de su posición social. Desterrado de Eubea, Licario tomó la ciudad de Karystos, que convirtió en un próspero nido de piratas. Después de esto, visitó Constantinopla e impresionó al emperador con su inteligencia. Miguel le ofreció el mando de algunas tropas bizantinas y de algunos barcos y la promesa de dar-

le Eubea en feudo cuando la conquistase. Los latinos aún no se habían recobrado de la derrota naval de Demetrias y no podían interrumpir la comunicación de Licario con Constantinopla, ni impedirle tomar las islas Esporadas. En la misma Eubea tomó fortaleza tras fortaleza. Sólo la ciudad de Negroponto o Chalkis, metrópoli de la isla, le hizo frente, al tiempo que la derrota de los bizantinos en Farsala lo privó de los refuerzos terrestres que necesitaba. Pero en el curso de una batalla fuera de las murallas, Licario hizo prisionero al propio duque de Atenas y a muchos otros señores latinos, y los entregó triunfalmente al emperador, que lo recompensó dándole por esposa a una mujer griega muy rica y el título de almirante. Durante los años siguientes, Licario dominó toda Eubea, excepto Negroponto, atacó sistemáticamente las tierras de sus vecinos latinos, deteniéndose sólo para ayudar al emperador en una campaña contra los turcos. Cuando, en 1277, los venecianos renovaron su tratado con el emperador, pidieron protección contra Licario.[225]

Más al sur, en el Peloponeso, las tropas del emperador lograron un pequeño éxito en 1275, al vencer a las fuerzas combinadas del príncipe Guillermo y de los angevinos en Gran Arachova. Su jefe. Godofredo de Bruyeres, uno de los poco francos admirado también por los griegos, había muerto de disentería inmediatamente antes de la batalla. La victoria permitió al emperador consolidar su poder sobre Laconia, en el sudeste de la península.[226]

Hacia 1277 las posesiones y la influencia de Carlos al este del Adriático disminuían por momentos. Más que nunca deseaba vengarse del emperador y organizar una gigantesca expedición contra Constantinopla. No le servía de mucho consuelo poder hacerse cargo del reino de Jerusalén. El 7 de junio de 1277, Roger de San Severino, conde de Mársico, llegó a Acre con seis galeras y entregó a las autoridades unas cartas firmadas por Carlos, María de Antioquía y el papa Juan XXI, en las que pedían que la

ciudad y el reino le fuesen entregados, como representante de Carlos. El rey legítimo de Jerusalén, Hugo de Chipre, se había ido de Acre asqueado siete meses antes. No le había sido posible dominar las luchas entre la nobleza del reino y los comerciantes de Acre, entre las dos grandes órdenes militares de los templarios y los hospitalarios, y entre los venecianos y las colonias genovesas. Cuando los templarios se burlaron públicamente de su autoridad. Hugo se retiró a Chipre, dejando a su primo Balian de Ibelin en calidad de bailío o virrey. Balian no sabía qué hacer. El Tribunal Supremo del reino había rechazado las pretensiones de María al trono y, en el caso de que las hubiera apoyado, no habría admitido que ésta pudiese disponer de esos derechos sin consultarle. Pero ningún noble estaba dispuesto a levantarse en armas para proteger los derechos de un rey que había abandonado el país. La Orden del Temple, que desde hacía mucho era enemiga de Hugo, recibió con placer al representante de Carlos, debido sobre todo a que el Gran Maestre de la Orden, Guillermo de Beaujeu, era primo de Carlos. Con eso, los hospitalarios se pusieron automáticamente en contra de él; pero, igual que los barones del Tribunal Supremo, tampoco tenían ningún interés en luchar por un ausente. Al Patriarca de Jerusalén, Tomás de Lentino, le desagradaban los templarios, pero no podía actuar contra las recomendaciones del Papa. Los venecianos, que habían logrado expulsar temporalmente a los genoveses de Acre, veían en Carlos un aliado en potencia contra Constantinopla, y sabían que era enemigo de los genoveses, así que apoyaron su causa. Por tan solo, Balian, aunque con protestas, entregó la ciudadela de Acre a Roger de San Severino. Roger izó la bandera de Carlos y lo proclamó rey de Jerusalén, ordenando después a los barones que acudiesen a rendir pleitesía a su representante. Ellos vacilaban en hacerlo, insistiendo en que el rey Hugo tenía primero que relevarlos del juramento que le habían prestado. Pero cuando enviaron emisarios a Hugo para pedirle consejo, no recibieron res-

puesta alguna. Al fin, Roger se impacientó y anunció que confiscaría las tierras de todo aquel que se negase a rendirle pleitesía. Los barones se sometieron.

Carlos había conquistado un nuevo reino sin derramamiento de sangre. Pero éste carecía de valor. Lo único que quedaba del reino fundado por los primeros cruzados era una franja costera de ciento cincuenta kilómetros de largo, pero no más de veinte de ancho, que se extendía desde el monte Carmelo hasta el río del Perro, al norte de Beirut, Al norte de esta franja había otra más corta, pero algo más ancha, que era el condado de Trípoli. Pero el conde, el expríncipe Bohemundo VII de Antioquía, aunque reconoció a Carlos como rey de Jerusalén, se negó a considerarlo como su señor supremo. Aún había algunos ingresos procedentes del comercio del reino con el interior, mientras se mantuviese la paz, pero la mayor parte de ellos iba a parar a los comerciantes italianos o a las órdenes militares, cuyos castillos dominaban las aduanas fronterizas. El rey no poseía ninguna fortaleza en el reino, aparte del mismo Acre. Lo único que Cario había adquirido era la obligación de mantener tropas en Oriente, sin ningún beneficio para su tesoro. Y lo que había ganado con su éxito era sólo prestigio.[227]

Tampoco el Papado se benefició con la transacción. Cario no tenía intención de hacer peligrar sus nuevos dominios con la organización de una cruzada contra los infieles. La gran potencia del Próximo Oriente era ahora el sultanato mameluco de Egipto. Había adquirido la hegemonía sobre el mundo musulmán con la decisiva victoria sobre los mongoles en Ain Jalud en 1260. El terrible sultán Baibars, que había subido al trono poco después de la batalla, había conquistado en los últimos años todas las posesiones de los cruzados tierra adentro y había destruido el antiguo principado cruzado de Antioquía. Lo que quedaba del reino estaba a su merced. Pero los mongoles seguían siendo poderosos, a pesar de que la batalla de Ain Jalud había detenido su

avance en Palestina y Egipto. El ilkhan, príncipe mongol que gobernaba Persia sometido a la lejana soberanía del Gran Khan de Mongolia, dominaba todos los territorios comprendidos entre Afganistán, el Cáucaso y el desierto de Siria. Los mongoles tenían fama de simpatizar con los cristianos y de estar dispuestos a unirse a cualquier alianza cristiana contra los mamelucos, como ya se había demostrado por la embajada que enviaron al Concilio de Lyon. Esta alianza parecía a muchos cristianos, incluso a varios Papas, la salvación. Pero Carlos no era de la misma opinión. Los genoveses abogaban especialmente por la alianza con los mongoles, porque monopolizaban casi todo el comercio mongol en el mar Negro y en Siria del Norte. Y, en consecuencia, se oponían a ella los venecianos, y Carlos, que tampoco tenía el menor deseo de que Génova se enriqueciese. Además, los templarios, en los que Carlos confiaba, siempre habían sido favorables a una alianza con los mamelucos. Los caballeros eran ahora los banqueros más importantes de Oriente, y muchos señores musulmanes eran clientes suyos. Creían pues que los mamelucos, si no se los provocaba, no cambiarían un estado de cosas que financieramente les convenía. Las instrucciones de Carlos a sus funcionarios en Acre consistían, pues, en mantener la paz con Baibars y mostrarle toda clase de sentimientos amistosos. Tenía el máximo interés en que los mamelucos se dieran cuenta de que el cambio de régimen en Acre no iba a perjudicarlos. Sus motivos para obrar así no eran solamente conservar sus nuevos dominios. El rey de Túnez estaba en contacto con El Cairo y, si veía que Carlos era aliado del sultán, continuaría pagando el tributo a Nápoles de modo regular. Y Carlos necesitaba el dinero.[228]

En el sudeste del Mediterráneo sólo había una persona contra la cual Carlos se sentía agresivo: el rey Hugo de Chipre.

Distintos Papas tuvieron que recordarle que no estaba autorizado a atacar la isla, con gran decepción por parte de Carlos pues hubiese sido una provechosa adquisición.[229]

La política papal impedía toda acción a Carlos, pero éste no se sentía pesimista. Esperaba, con razón, que, tarde o temprano, la unión de las Iglesias resultaría ser ilusoria. Según sus cálculos, el rey Rodolfo tenía tantos problemas en Alemania, con enemigos del calibre del rey Ottocar, que no podría intervenir mucho en los asuntos de Italia, y el Papado pronto se daría cuenta de que él era su amigo más valioso. Aún tenía esperanzas respecto a.Juan XXI. Pero la súbita muerte del Papa lo cogió completamente desprevenido. El Pontífice había añadido una ala nueva al palacio de Viterbo, que no fue construida con solidez. El 12 de mayo de 1277, mientras dormía en su nueva cámara, se le cayó el techo encima. Sufrió heridas tan graves que murió ocho días después.

Cuando Juan murió, Carlos estaba en Apulia meridional, enfermo. No podía ir al norte, pero esperaba que la nueva elección se retrasase. Una de las pocas cosas que había hecho el papa Juan había sido revocar los decretos de Lyon que obligaban a los cardenales a confinarse, en creciente austeridad, hasta que hubiesen elegido un sucesor al trono pontificio. Cuando el Papa murió, sólo ocho de los once cardenales del Colegio estaban lo bastante cerca de Viterbo como para tomar parte en la elección. Cuatro de ellos eran italianos y cuatro franceses, y no lograban llegar a un acuerdo. Llevaban seis meses discutiendo cuando los ciudadanos de Viterbo, exasperados, los encerraron en el palacio papal diciéndoles claramente que deseaban un Papa italiano.

Los cardenales franceses se dieron entonces por vencidos, y el 25 de noviembre de 1277 el cardenal Juan Gaetano Orsini fue elegido Pontífice, con el nombre de Nicolás III.[230]

El nuevo Papa era, con muchos años de diferencia, el cardenal más viejo. Había recibido el capelo de manos de Inocencio IV en 1244. Desde entonces, había dirigido el partido moderado güelfo antifrancés del Colegio. Pertenecía a una de las más importantes familias romanas, y su lealtad por Roma sólo era superada

por su lealtad hacia su familia. Posteriormente, algunos escritores lo criticaron con dureza por su nepotismo y por su codicia. Dante lo vio en el Infierno, en el lugar reservado a los simoníacos, arrepentido de su empeño por hacer prosperar y enriquecer a los «oseznos», los vástagos de la casa de los Orsini, cuyo emblema era un oso. El historiador Villani creía que toda su política se basaba en el odio secreto que sentía por Carlos de Anjou. Al parecer, ofreció la mano de una de sus sobrinas a un hijo o sobrino del rey, y Carlos había replicado que los Orsini no eran dignos de enlazar con la casa real de los Capetas. La historia no está documentada, pero es cierto que, cuando Nicolás nombró nuevos cardenales unos meses después de su coronación, adjudicó un capelo a su hermano Jordán y otro a su sobrino Latino Malabranca, y que dio los mejores cargos de que disponía a otros miembros de su familia. Es posible que los únicos en quienes pudiese confiar fuesen sus propios parientes. A los ojos de sus contemporáneos, Nicolás era un hombre de moral privada irreprochable y de amplias miras políticas.[231]

No era, sin embargo, el Papa a quien el rey Carlos habría elegido. El rey estaba convaleciente de su enfermedad y eso le proporcionó la excusa para no apresurarse a rendir homenaje al Pontífice por el reino de Sicilia. Y también le dio a éste ocasión para escribirle afectuosamente, interesándose por su salud. Los dos podían esperar para ver cómo iba a actuar el otro.[232] Carlos estaba un poco inseguro con respecto a Nicolás. En el transcurso de las dos semanas siguientes a su elección, el Papa había escrito amable, pero firmemente, al rey Rodolfo, diciéndole que hiciese salir a sus funcionarios del patrimonio papal en la Romania. Las cartas de los Papas anteriores no habían surtido efecto. Esta vez, Rodolfo, que tenía que hacer frente a una nueva guerra contra Ottocar de Bohemia, obedeció la orden. A continuación, Nicolás se dirigió a Carlos y le pidió que dimitiese del cargo de senador de Roma. Le recordó que su nombramiento en 1268 había

sido nada más por diez años. Carlos tenía también que renunciar al cargo de representante imperial de la Toscana. Las cosas no marchaban bien para Carlos en el Piamonte, y no podía permitirse ofender al Papa, que además se había trasladado a Roma, donde estaba firmemente instalado entre sus amigos. Cuando Nicolás confirmó la excomunión de los enemigos de Carlos en Italia, éste decidió rendirle pleitesía.

La entrevista tuvo lugar en Roma el 24 de mayo de 1278. Después de la ceremonia, Carlos prometió renunciar a los cargos de senador y de representante imperial en el plazo de cuatro meses. En recompensa, Nicolás se negó a recibir una embajada de los gibelinos de Lombardía, diciendo que estaba demasiado ocupado.[233]

Una vez establecida su autoridad sobre Carlos y Rodolfo, Nicolás se dispuso a reconciliarlos en pro de la paz de Europa. La persona que más perturbaciones ocasionaba era la reina madre de Francia. Rodolfo le había prometido el condado de Provenza, y aunque su hijo, el rey Felipe, no la secundaba en absoluto, Margarita contaba con el apoyo de su sobrino, el rey Eduardo de Inglaterra. En el verano de 1278, agentes de ella concertaron con Rodolfo el matrimonio de su hijo mayor, Hartmann, con Juana, hija del rey Eduardo. Hartmann no sería entonces reconocido sucesor de su padre y, si era posible, coronado rey de romanos tan pronto como Rodolfo fuese coronado emperador. Si la sucesión de Hartmann al Imperio era dudosa, él y Juana recibirían el reino de Arles y Vienne, incluida Provenza, en calidad de posesión hereditaria. Tanto Eduardo como Rodolfo estaban encantados con el acuerdo. En agosto, por fin, Rodolfo venció a Ottocar en Dürnkrut, en Moravia. Ottocar cayó en el campo de batalla. Un mes más tarde, todos los nobles de Bohemia se habían sometido a Rodolfo y lo habían aceptado como tutor del joven hijo de Ottocar, Wenceslao, que era yerno suyo. Rodolfo estaba ahora en condiciones de intervenir en Italia o en Provenza.[234]

La reacción del Papa fue favorable a Carlos. Durante todo el otoño e invierno de 1278 se mantuvo en estrecho contacto con éste y con Rodolfo, animando al primero y frenando al segundo. Rodolfo aún esperaba ser coronado emperador, asunto que era más importante para él que el reino de Arles. Pero no deseaba renunciar a ninguno de sus derechos sin obtener las debidas garantías. Nicolás tuvo bastantes dificultades para encontrar condiciones que Rodolfo estuviese dispuesto a aceptar. Carlos era más manejable, pero estaba muy susceptible respecto a la Provenza, que no estaba dispuesto a perder. Nicolás tenía varios proyectos. Su plan favorito era que la corona de Alemania le fuese entregada a Rodolfo con carácter hereditario; que Carlos quedase reducido a la Italia meridional; que el reino de Arles pasase íntegramente al joven nieto de Carlos, Carlos Martel, cuando se casase con Clemencia, la hija de Rodolfo, y que la Italia del Norte se convirtiese en un reino y fuese otorgada a la familia Orsini. Desgraciadamente, no había ningún indicio de que los lombardos o los toscanos deseasen ser gobernados por los Orsini, y tampoco podía esperarse que un emperador electo fuese a abandonar voluntariamente su dominio sobre las tierras al sur de los Alpes, por tradición pertenecientes al Imperio.[235]

Por fin se llegó a un acuerdo en el verano de 1279. Se admitieron los derechos del Imperio en Italia y Rodolfo obtuvo la promesa de ser coronado. Pero no podría intervenir en los asuntos de la Romania y, al parecer, el Papado había de ejercer las funciones de representante imperial en Toscana. Carlos fue reconocido conde de Provenza por Rodolfo, pero tenía que rendirle pleitesía por el condado. El reino de Arles tenía que ser reconstituido, aparentemente sin Provenza, y entregado al hijo mayor de Carlos, Carlos, príncipe de Salerno, que había de tenerlo en fideicomiso para Carlos Martel y Clemencia, los cuales se harían cargo de él tan pronto como alcanzasen la edad adecuada.

Había varios puntos por concretar. No se podía ofender a Eduardo de Inglaterra. Afortunadamente para los pacificadores, la muerte del hijo de Rodolfo, Hartmann, canceló su compromiso matrimonial con una princesa inglesa, mientras que Eduardo estaba ocupado con varios problemas en las Islas Británicas. Pero no estaba satisfecho y, al parecer, echaba la culpa a la corte francesa. Aún era más difícil aplacar a la reina madre de Francia. Tanto el Papa como el rey Rodolfo le escribieron en la primavera de 1280, asegurándole que sus derechos sobre Provenza no salían perjudicados con los tratados. Y como ella no contaba con la ayuda de su hijo, el rey Felipe, no podía hacer nada en señal de protesta. No obstante, de todos modos, estaba decidida a que un reino angevino de Arles no se fundase nunca.[236]

Hasta mayo de 1280 no se firmó el tratado entre Carlos y Rodolfo, en una serie de cartas entre las partes. Entretanto, Carlos se había portado con admirable deferencia hacia el Papa. El 30 de agosto de 1278 escribió a sus representantes en Roma diciéndoles que entregasen al pueblo romano las fortalezas y prisiones que estaban bajo su control, y renunció oficialmente a su cargo de senador, entregándoselo al Pontífice. Inmediatamente, Nicolás nombró para el cargo a su propio hermano, Mateo Orsini. Al mismo tiempo, Carlos abandonaba la representación imperial en Toscana. En su puesto, Nicolás instaló a su sobrino, el cardenal Malabranca, hasta que hubiese un emperador que pudiese nombrar un nuevo representante. El Papa pidió entonces ayuda a Carlos para restablecer el orden en la Romania. Los funcionarios de Rodolfo habían abandonado la provincia, pero no era fácil reducir a los gibelinos. El sobrino del Papa, Bertoldo Orsini, que había sido enviado como rector a la Romania, no tenía suficiente tropas. Carlos envió a uno de sus más importantes oficiales. Guillermo l'Estandart, con trescientos jinetes escogidos, encantado de tener la oportunidad de luchar contra los gibelinos a expensas del Papado. Con esta ayuda, Nicolás recobró el control de las

tierras situadas al sur del Po, a pesar de que los rebeldes contaban con el apoyo de varias ciudades lombardas, incluida Milán, cuyo arzobispo se había pasado a campo gibelino.[237] A Carlos le hacía falta el prestigio ganado de esta manera, ya que había perdido por entonces su última posesión en el Piamonte. En la Toscana, donde el Papa le había obligado a entregar sus diversos señoríos, el cárdena. Malabranca abandonó la política de Carlos y volvió a la de Gregorio X. Florencia nombró Señor de la ciudad al Papa que volvió a admitir a los gibelinos exiliados. Varias otras ciudades se unieron a la reconciliación general. El rey Rodolfo, en calidad de emperador electo, envió a su propio representante, autorizado a cobrar ciertos impuestos, pero desprovisto de poder político.[238]

La deferencia de Carlos no se debía a su amor al Papa. Ni él ni Nicolás confiaban el uno en el otro. Pero a los dos les convenía actuar juntos, y la política papal, de hecho, no había debilitado a Carlos. Provenza estaba en su poder y tenía ante él la perspectiva del reino de Arles para sus descendientes. Al reducir sus compromisos en Italia del Norte había mejorado notablemente sus finanzas. Era más rico en 1280 que cinco años antes. Una vez más podía permitirse hacer proyectos para atacar Constantinopla.

El Papa seguía prohibiendo la expedición; pero la unión de las Iglesias marchaba mal. Nicolás empezaba a hablarle en términos más duros al emperador Miguel. Había signos de una posible ruptura y, en ese caso, Carlos se vería libre de llevar adelante su proyecto.

Los delegados que Miguel había enviado a Italia con su declaración de fe y la de su clero llegaron allí cuando el papa Juan XXI acababa de morir. Entregaron los documentos a los cardenales y regresaron a su tierra. Cuando el papa Nicolás tuvo tiempo de leer las declaraciones, no las consideró adecuadas. La colonia latina de Gálata, al otro lado del Cuerno de Oro, lo habían informado de que las iglesias de Constantinopla no rezaban

la versión romana del credo y que no habían alterado en absoluto el rito. En octubre de 1278 decidió enviar una embajada al emperador para insistir en un cumplimiento más estricto. Compuso cuidadosamente las instrucciones para sus nuncios, que debían saludar al emperador muy cordialmente y recordarle después con dureza que la unión completa no permitía divergencias. Había diez puntos sobre los que el emperador debía darles satisfacción. Él y su hijo tenían que volver a escribir sus declaraciones de fe usando los términos exactos en el credo, según lo estipulado en el Concilio de Lyon. El emperador tenía que hacer que el Patriarca y todos los prelados de su Iglesia se adhiriesen al mismo credo. La palabra *filioque* tenía que introducirse en esa oración en todos los servicios de la Iglesia. No podían mantener ninguna parte del ritual griego, a no ser que la Santa Sede considerase que estaba de acuerdo con la verdadera fe. Los nuncios tenían que visitar todos los centros del Imperio para ver si se cumplían las instrucciones. Los griegos tenían que pedir a los nuncios la absolución por el cisma. Los nuncios confesarían, por encima del clero griego, a todo el que pidiese confesión. El emperador tenía que solicitar un cardenal legado permanente que residiese en el Imperio. El Patriarca y todos los obispos tenían que dirigirse al Papa para que le fuesen confirmados sus cargos.[239]

Estas peticiones sobrepasaban de tal manera las condiciones fijadas en el Concilio de Lyon, que casi parece como si Nicolás tratase deliberadamente de destruir la unión. Los nuncios, con Bartolomé, obispo de Grosseto, al frente, salieron de Italia a mediados de invierno y llegaron a Constantinopla en la primavera de 1279. Las condiciones del Papa causaron gran confusión a Miguel, pero él creía sinceramente que la unión era la política adecuada, e hizo cuanto pudo por cumplirlas. En esos momentos, casi todo el Imperio estaba contra él. Había descubierto que la persuasión era inútil y había intentado usar medidas más enérgicas para eliminar la oposición. En principio al expatriarca José se

le había permitido vivir en paz en su monasterio de Constantinopla y estaba en buenas relaciones con el nuevo Patriarca, Juan Veccus; pero seguía negándose a aceptar la unión. En consecuencia, fue desterrado a una isla solitaria del mar Negro. Inmediatamente se lo consideró un mártir y aumentó el número de sus seguidores. Miguel ya había ofendido a amplios sectores de la Iglesia en 1266, cuando depuso al patriarca Arsenio por negarse a absolverlo por haber cegado al pequeño emperador Juan Vatatses. Ahora el grupo arsenita se unió al de José. Los prelados y lo políticos que hablaban contra la unión se veían privados de sus cargos. Muchos de ellos fueron encarcelados, otros huyeron al exilio, seguros de ser acogidos en la corte búlgara por Eulogia, hermana del emperador, y por su hija la zarina. En el Epiro, el otro yerno de Eulogia, el déspota Nicéforo, repudió la unión y se aprovechó de su impopularidad para expulsar de la ciudad de Butrinto a las tropas de Miguel. Más al sur, el duque Juan de Neopatria, que debía su independencia a alianzas con sus vecinos latinos, se convirtió en el campeón de la ortodoxia. Convocó un Concilio de todo el clero de Grecia en 1277, que excomulgó al emperador, al Patriarca y al Papa. A esto siguió una abierta rebelión contra el emperador en Macedonia. Y cuando Miguel envió tropas para sojuzgar a los rebeldes, el ejército mostró tan marcada simpatía por la causa de éstos, que lo hizo volver a Constantinopla.

En la capital se produjeron nuevos arrestos. Incluso miembros de la familia imperial, incluidos los sobrinos del emperador, Andrónico Paleólogo, hijo de su hermano, y Juan, hijo de Eulogia, fueron encarcelados. Un tratamiento más severo se aplicó a los obispos sospechosos de no haber aceptado sinceramente la unión. Las medidas del emperador no hicieron más que proporcionar a sus enemigos una lista de mártires y encarnizar su resistencia. El patriarca Juan Veccus rogó a Miguel que moderase su severidad. Éste se enfureció con él y le ordenó que renunciase al

Patriarcado. Pero como los legados papales estaban a punto de llegar, su dimisión no se hizo pública para evitar crear una situación embarazosa.

Los legados llegaron a Constantinopla a finales de la primavera de 1279, después de haber visto primero al emperador en Adrianópolis, donde había ido a restablecer el orden en su amotinado ejército. Miguel aseguró su lealtad personal a la unión y, con su hijo, firmó una nueva declaración de fe, que incorporaba el credo del Concilio de Lyon. Dio pruebas de su sinceridad enviándolos a las prisiones, donde podían ver por sí mismos lo severamente que castigaba a los enemigos de la unión, por alta que fuera su alcurnia. Pronto descubrieron los legados que el emperador se había peleado con Veccu y, prudentemente insistieron en que debía volver a restablecerlo. Pero fue imposible convencerlos de que la unión era aceptada por los súbditos del emperador. Antes de que se entrevistasen con el clero reunido del Imperio, Miguel tuvo una reunión secreta, en la cual habló con franqueza a sus obispos. Les comunicó las nuevas peticiones del Papa, algunas de las cuales, como la aceptación de un cardenal legado permanente, eran contrarias a las promesas de Gregorio X. Les dijo que no necesitaban añadir ni una coma a su credo; él no volvería a insistir en ello, incluso si eso significaba la guerra con todos los italianos. Pero creía que en la crisis actual era necesario hacer algunas concesiones. Cuando la tormenta ruge, un capitán prudente no vacila en arrojar al mar parte del lastre. Había que dar muestras de mucho tacto. Al cazar, no se espanta la caza haciendo mucho ruido. Las metáforas del emperador surtieron efecto. Cuando los legados hicieron sus peticiones a la asamblea de la Iglesia, todos los escucharon cortésmente. Y luego los obispos procedieron a redactar una declaración sobre el credo, en la cual se trataba de la procedencia del Espíritu Santo con gran minuciosidad y con el sutil lenguaje teológico que la riqueza de la lengua griega permitía y que era completamente imposible de

traducir al latín. Todos los obispos presentes firmaron la declaración, aunque se decía que algunas de las firmas fueron falsificadas por el emperador. Las otras peticiones del Papa no se mencionaban. Los legados volvieron a Roma con ese documento y la declaración personal del emperador y de su hijo, así como muchas promesas verbales de que los deseos del Papa serían cumplidos. Como prueba de la buena fe del emperador, éste insistió en que los delegados fueran acompañados por dos obispos griegos, Ignacio y Melecio, que habían dirigido la oposición. El Papa podía castigarlos como quisiera.[240]

Al papa Nicolás no lo satisfizo el informe de sus legados, pero no emprendió ninguna acción hostil contra el emperador. Con admirable sabiduría, envió inmediatamente a Ignacio y Melecio de vuelta a Constantinopla, diciendo que le habían parecido hombres virtuosos y sinceros, a los que se había acusado injustamente. Deseaba demostrar que personalmente no era exigente o poco comprensivo con los griegos. Entretanto seguía prohibiendo a Carlos atacar el Imperio. Su tolerancia se debía quizá a las generosas sumas de dinero que Miguel le había entregado. Su avaricia era notoria, y por todas partes se rumoreaba que la principal causa de la prohibición que había impuesto a Carlos era el oro bizantino que había recibido por medio de los agentes del emperador.[241]

Pero Carlos no iba a tener que sufrir ese freno por mucho tiempo. El 22 de agosto de 1280, Nicolás III murió de repente de un ataque al corazón, en su villa de Soriano, muy cerca de Viterbo. Los cardenales se reunieron en seguida en Viterbo para elegir un sucesor. Una vez más los partidos francés e italiano estaban equilibrados. Los italianos, sin embargo, estaban divididos, pues muchos de ellos se resentían de la concentración del poder en manos de los Orsini. El propio Carlos permaneció discretamente en Apulia, pero sus agentes en Roma y Viterbo fomentaron la hostilidad contra los parientes del difunto Papa. El cóncla-

ve se prolongó durante seis meses. A principios del nuevo año, la impaciente población de Viterbo empezó a alborotarse contra los cardenales. Carlos aprovechó el desorden como excusa para destacar tropas en la ciudad y, con el consentimiento de los ciudadanos, encarcelarlos en el palacio hasta que tomaran una decisión. Los cardenales estaban intimidados. El 22 de febrero de 1281 eligieron a un francés. Simón de Brie, cardenal de Santa Cecilia, que tomó el título de Martín IV y fue coronado el 23 de marzo en Orvieto.[242]

El nuevo Papa era un viejo amigo de la Casa real francesa.

En su juventud había trabajado en la corte de san Luis. El papa Urbano IV lo había hecho cardenal y lo había nombrado legado en Francia, donde había intervenido en los acuerdo sobre la candidatura de Carlos al trono siciliano. En los últimos años había dirigido el partido francés en el Colegio cardenalicio y se sabía que estaba en estrecho contacto con Carlos. Era un patriota apasionado. De los siete cardenales que nombró en un mes de pontificado, cuatro eran franceses, uno inglés y sólo dos italianos. Carlos podía contar con un cambio total en la política papal. Lleno de esperanzas, salió para Orvicto en abril, para saludar a su nuevo señor.[243]

Y no sufrió ninguna decepción. El papa Martín estaba dispuesto a hacer cuanto estuviera en sus manos por un compatriota. No le importaba la dignidad de su papel como árbitro entre los príncipes de la cristiandad. Le desagradaban lo alemanes, y el rey Rodolfo en particular, desconfiaba de los italianos y no tenía la intención de dejar que se gobernasen solos. Los cristianos de Oriente no significaban para él más que un campo en el que poder desarrollar una nueva expansión imperialista francesa. El primer resultado de su entrevista con Carlos fue el restablecimiento del rey en el cargo de senador de Roma. La familia Orsini cayó en desgracia. En su lugar, Carlos nombró prosenadores a tres provenzales, Felipe de Lavena, Guillermo l'Estandart y Godo-

fredo de Dragan. Carlos fue invitado también a enviar tropas y funcionarios a otras zonas de los Estados pontificios, medida necesaria debido a que el cambio de la política papal había enardecido a los gibelinos. Mandados por Guido de Montefeltro, organizaron una rebelión con base en la ciudad de Forli. El Papa envió contra ellos tropas angevinas al mando del representante papal, el provenzal Guillermo Durand, con uno de los mejores soldados de Carlos, Juan de Eppe, en calidad de rector. Pusieron sitio a Forli sin mucho éxito, pero lograron mantener la rebelión a raya.[244]

En la Toscana, el cardenal Malabranca, sobrino del anterior Papa, fue privado de su puesto, y la paz que había negociado entre güelfos y gibelinos se desbarató. El rey Rodolfo se apresuró a nombrar nuevo representante imperial, y su llegada incitó a los gibelinos a levantarse. Pisa, San Miniato, San Gimignano y Pescia le rindieron pleitesía, pero fracasó un intento de organizar una revolución gibelina en Siena, en julio de 1281. El representante imperial no podía entrar en ninguna ciudad güelfa.[245] Alentada por el Papa, a principios del año siguiente se reorganizó la Liga güelfa toscana. Pero Martín no intervino abiertamente en más asuntos de la región. Más al norte poco podía hacer en ayuda de Carlos. Un pequeño ejército angevino, que invadió el Piamonte en mayo de 1281, fue decisivamente derrotado por el marqués de Saluzzo en Borgo San Dalmazzo. Desde entonces, las únicas tierras angevinas que quedaban eran las del valle superior del río Stura, al pie del Paso de Maddalena. Pero a Carlos ya no le interesaba el Piamonte. Había decidido que no tenía un valor especial para su imperio. Si aún hubiese tenido esperanzas de conservar la Lombardía, el control de los puertos del Piamonte habría sido casi esencial. Pero también aquello Carlos había decidido darlo por perdido. Cuando los dos jefes de la familia Torriani, que habían gobernado Milán anteriormente, Gastón, señor de Lodi, y Raimundo, patriarca de Rávena, fueron derrota-

dos por los Visconti en Vaprio, el 25 de mayo de 1281. Lombardía pasó a los gibelinos, teniendo que prestar al rey Rodolfo un vago homenaje.[246]

A pesar de lo poco que a Carlos y al Papa les gustaba Rodolfo, no querían pelear con él, ya que el proyecto de resucitar el reino de Arles y entregárselo a la familia de Carlos dependía de su cooperación. El 24 de mayo de 1281, Martín publicó una bula en la que constaban los convenios llevados a cabo por su predecesor. La pequeña princesa Clemencia de Habsburgo debía llegar a Italia para casarse con el nieto de Carlos, Carlos Martel: y tan pronto como hubiese tenido lugar el matrimonio de los dos niños, se establecería el reino y Carlos, príncipe de Salerno, padre del novio, se encargaría de su gobierno. Había muchos señores en el valle superior del Ródano a quienes desagradaba la perspectiva de un nuevo dominio angevino. La infatigable enemiga de Carlos, la reina madre de Francia, se encargó de incrementar su descontento. En otoño de 1281, la reina Margarita organizó una asamblea en Troyes, a la que asistieron su yerno, el duque Roberto de Borgoña; Otón, conde de Borgoña y del Franco Condado, y el padrastro de éste, el anciano conde de Saboya; Juan de Belesmes, arzobispo de Lyon, el conde de Champlitte y varios otros señores menos importantes. Planearon reunir un ejército en Lyon en mayo del año siguiente, cuando se esperaba que las tropas angevinas irían a tomar posesión del reino. Pero necesitaban ayuda exterior. La reina Margarita no pudo obtenerla de su hijo, el rey Felipe, que estaba bajo la influencia de su segunda mujer, María de Brabante, y de su primo, Roberto de Artois, ambos admiradores del rey Carlos. Felipe estaba además disgustado con su madre a causa de la adoración que ésta sentía por su sobrino inglés, el rey Eduardo. Pero tampoco el rey Eduardo la ayudó. Simpatizaba con su causa, pero no quería correr el riesgo de una guerra con Francia. El rey Rodolfo, cuya aprobación como señor supremo del reino era necesaria para lle-

var adelante el proyecto, se negó a romper su tratado con Carlos. Estaba satisfecho con una solución que proporcionaría a su hija un reino, y a él mismo, al menos así lo esperaba, libertad de acción en Italia del Norte. A principios de la primavera de 1282 era evidente que los señores que con tanto entusiasmo se habían reunido en Troyes no estaban en condiciones de acometer la empresa. En cambio, en Marsella se estaba congregando una flota de barcos angevinos, listos para remontar el Ródano y establecer el nuevo gobierno.[247]

En esos momentos, Carlos estaba en buena situación en Italia central, con Roma en sus manos una vez más. Tenía ante sí la perspectiva de un reino rico en el valle del Ródano, que redondearía sus posiciones en Provenza. Era rey de Jerusalén y Jefe del Oriente latino. Sus finanzas se habían recuperado gracias a la relativa paz. El Papa estaba dispuesto a hacer cuanto él quisiera. Había llegado el momento, por fin, de organizar la gran expedición contra Constantinopla.

Presionado por él, el papa Martín no vaciló en romper las negociaciones con Miguel sobre la unión de las Iglesias. No le faltaba justificación para ello. El informe de los legados del papa Nicolás mostraba bien a las claras que los griegos se oponían resueltamente a la unión, por muy sinceramente que su emperador la apoyase. Noticias posteriores de Constantinopla daban cuenta de tumultos y enconados debates. Las condiciones fijadas por el papa Nicolás no se habían cumplido. Miguel, personalmente, todavía esperaba poder mantenerse en términos de amistad con el Papado. Tan pronto como supo de la elección de Martín envió a Italia a dos de sus obispos unionistas, los metropolitanos de Heraclea y de Nicea, con sus felicitaciones y la afirmación de su devoción a la Sede romana.[248]

A su llegada a Orvieto, en noviembre de 1281, esos embajadores fueron recibidos con frío desdén. Tanto Carlos como el Papa estaban residiendo allí cuando ellos llegaron. Cuatro meses

antes, el 3 de julio de 1281, Carlos y su yerno, el emperador latino titular Felipe, habían recibido a unos delegados de la república de Venecia y, con la bendición del Papa, habían firmado un tratado «para la restauración del Imperio romano usurpado por Paleólogo». Una expedición conjunta había de salir para Constantinopla en abril de 1282. Según los rumores de la época, Carlos suministraría veinte buques de guerra bien pertrechados, cien galeras ligeras y transportes para ocho o diez mil jinetes y sus caballos y un número mayor de fuerzas de infantería.

Venecia tenía que preparar el mismo número, aproximadamente, de galeras y barcos de guerra. El principado franco de Acaya proporcionaría tropas a la expedición. El Papa ordenó a Pisa que suministrase barcos y la ciudad se avino, de mala gana, a enviar unos pocos. Sólo Génova se negó a entrar en la alianza.[249] Cuando los obispos bizantinos consiguieron por fin ser recibidos en audiencia por el Papa, éste les expuso muy enfadado las quejas que tenía contra el emperador y todo su pueblo, y los despachó con una copia de una bula que había firmado el 18 de noviembre, en la que calificaba a Miguel de hereje y fomentador de herejía, y prohibía a todos los príncipes cristianos que tuviesen el menor contacto o comunicación con él, añadiendo que, a no ser que se sometiese y entregase su Imperio al Papa antes del 1 de mayo siguiente, sería depuesto y considerado fuera de la ley.[250]

Seguros del favor del Papa, Carlos y sus aliados no habían mantenido en secreto sus preparativos. Miguel ya estaba alarmado, pero no esperaba un cambio tan radical en la política del Papa. Cuando supo que estaba excomulgado, ordenó que se suprimiese la conmemoración del nombre del Papa en la liturgia divina y canceló todas las medidas que había tomado para imponer la unión a sus súbditos. Pero, a pesar de todos sus defectos, era un hombre sincero y se consideró ligado para el resto de sus días a la política de la unión, abrigando aún la esperanza de que algún Pa-

pa futuro mostrase más comprensión. Entretanto, se dispuso a prepararse para hacer frente a la tormenta que se avecinaba.[251]

Ésta ya había estallado en Albania, donde, en 1280, Carla había arrebatado Butrinto al déspota del Epiro y había enviado una expedición mandada por uno de sus más fiables generales, Hugo de Sally, llamado el Rojo, para volver a ocupar el interior. Durante el otoño de 1280, el ejército angevino confinó a los bizantinos a la fortaleza de Berat, El sitio empezó a finales de septiembre. Su gobernador era Miguel *el Ángel*, hermano del bastardo Juan de Neopatria, pero yerno del emperador y fiel a él. Pidió ayuda a Constantinopla y el emperador envió el mayor ejército que pudo reunir bajo el mando de su sobrino y comandante en jefe Miguel Tarchaniotes; pero éste no llegó a Albania hasta febrero. Entretanto, Carlos había enviado refuerzos a Sully, junto con varias máquinas de sitio muy poderosas, con la orden de que debía tomar la ciudad por asalto. La enorme roca sobre la que se levanta Berat lo hacía muy difícil, y Sully prefirió ocupar la campiña y rendir por hambre a la guarnición. Pero no pudo interceptar la ayuda bizantina que llegó en marzo de 1281 y acampó en una posición defensiva favorable, al otro lado del río Lium, al pie de la ciudadela. Desde allí podían pasar víveres y armas en balsas, y hábiles escaladores las subían por las rocas a la ciudad. A finales de marzo, un pequeño grupo de tropas angevinas, mandado por el mariscal de Albania, Polisi, fue sorprendido y aniquilado por los bizantinos. Pocos días después, el 3 de abril, el propio Sully hizo un reconocimiento cerca del campamento griego. Tarchaniotes simuló la huida y lo condujo a una emboscada. En la escaramuza, Sully, hombre gigantesco y fuerte, fácil de distinguir por su pelo de un rojo intenso, cayó del caballo y fue capturado. Otras tropas angevinas se apresuraron a cruzar el río para rescatarlo, pero mientras los soldados escalaban la orilla, los bizantinos cayeron sobre ellos y los hicieron retroceder, aterrorizados. Todo el ejército angevino emprendió la huida hacia

el mar a toda prisa. La victoria no sólo liberó Berat, sino que hizo al emperador dueño de todo el interior de Albania y norte del Epiro, hasta Janina, en el sur. Pero Carlos seguía dominando las ciudades costeras, desde Durazzo hasta Butrinto y Chimara.[252]

El gigantesco cautivo de pelo rojo fue conducido cargado de cadenas por las calles de Constantinopla; Miguel estaba tan contento con la victoria que encargó que le pintasen en las paredes de su palacio un fresco sobre la batalla.[253] Muy pocos más eran los motivos que tenía para alegrarse, aparte de algunos éxitos menores en el Peloponeso. El príncipe Guillermo de Acaya murió en 1278. Según las condiciones de su tratado con Carlos, el principado pasó a su hija Isabel y a su marido, Felipe, hijo de Carlos; este último se hizo cargo del gobierno en su nombre. Envió en calidad de bailío y representante general a un francés, Galeran de Ivry. Durante los últimos seis años, Galeran había sido senescal de Sicilia, donde se había ganado la antipatía general. Y en el Peloponeso no se hizo más popular. Su arrogancia ofendía a la nobleza franca local. Adjudicó los cargos administrativos a sus amigos y sus tropas saqueaban libremente los pueblos griegos del principado. La única campaña que dirigió contra los dominios bizantinos del sudeste fue un completo fracaso: sus fuerzas fueron vencidas en el desfiladero de Skorta, en las montañas de Taigeto. En 1280 fue a Nápoles una delegación de barones de Acaya para pedir que Galeran fuese destituido. Fue reemplazado por Felipe de Lagonesse, que había sido un comandante no muy brillante en el Piamonte. Tuvo más consideración con los barones locales, pero le fue bastante difícil convencerlos de que proporcionasen tropas para la gran expedición contra Constantinopla. Entretanto, se dejó en paz a las tierras bizantinas de la península.[254]

El comandante naval de Carlos en aguas del Egeo, Marco II Sanudo, duque de Naxos, no era un servidor mucho más eficaz. Utilizaba su flota para la piratería y robaba con más éxito a los

barcos latinos que a los griegos, porque los latinos no esperaban ser atacados por él. Pero estaba dispuesto a unirse la gran expedición.[255]

Los éxitos que la política de Miguel logró en Grecia fueron contrarrestados por nuevos problemas diplomáticos. En Bulgaria, su sobrina la zarina María, que se había opuesto fieramente a su política religiosa, había caído del poder en 1279. Su primer marido, Constantino Asen, sufrió graves heridas en un accidente de equitación a principios de 1277. Poco después, María hizo asesinar a su hijastro, el heredero, para asegurar a su propio hijo, Miguel, la sucesión al trono. Pero antes de acabar el año, un levantamiento popular dirigido por un campesino llamado Ivailo, a quien los griegos apodaban Lachanas, «el comedor de hortalizas», destronó y mató al inválido zar. María, después de cierta vacilación, se casó con Lachanas, lo elevó al trono y pronto lo sometió a su influencia. El emperador Miguel envió un ejército para reemplazar a Ivailo por el nieto de Constantino Asen, Iván Mytses, que había huido a Constantinopla. Sus tropas fueron derrotadas. Entonces apeló a Nogai, jefe de los tártaros de las estepas rusas, que se había casado con la hija ilegítima de Miguel. Nogai invadió Bulgaria. Lachanas fue capturado a principios de 1279, y pocos meses después María y su hijo Miguel Asen se rindieron y fueron enviados al emperador. Iván Mytses Asen subió al trono y Miguel le dio la mano de su hija Irene. Aún había cierta intranquilidad en Bulgaria, dirigida por un poderoso noble, Jorge Terteri Rakovski. Por consejo del emperador, el nuevo zar ofreció a su hermana a Jorge Terteri, el cual la aceptó e inmediatamente empezó a conspirar contra su cuñado. Al mismo tiempo, reapareció Ivailo reclamando el trono, respaldado por un ejército tártaro. El zar Iván huyó con su mujer a Constantinopla para pedir ayuda a su suegro, pero a Miguel le disgustó su cobardía y no quiso recibirlo, por lo que Iván tuvo que dirigirse a la corte tártara con la esperanza de que la mujer de Nogai, su cuña-

da, lo ayudaría. Allí encontró a Ivailo, que había decidido que no podía atacar con éxito al poderoso Jorge Terteri. Nogai jugó con los dos y después decidió deshacerse de ambos. Ivailo fue asesinado, pero Iván Asen, advertido por su cuñada, logró escapar. Regresó a Constantinopla, donde el emperador se ablandó hasta el punto de darle un puesto en la jerarquía imperial. Mientras, Jorge Terteri, que conocía bien la situación diplomática general, envió una embajada a Italia para comunicar a Carlos que estaba dispuesto a aliarse con él y para insinuar al Papa que podría someter la Iglesia búlgara a Roma.[256]

Las actividades de Miguel habían dado como único resultado que Bulgaria se uniera a sus enemigos. Serbia nunca había sido amiga. Esteban Uros I había sido destronado en 1276 por su hijo mayor, Esteban Uros II Dragutin, ayudado por el rey de Hungría, su cuñado, y posiblemente con la connivencia del emperador Miguel. Pero Dragutin era un hombre enfermo. Después de haber renunciado al trono una vez en favor de su hermano menor y de haber vuelto a él de nuevo, abdicó finalmente en 1281 y el rey húngaro le dio en compensación un ducado en Bosnia, donde pasó el resto de sus días persiguiendo en vano a los Bogomils. Su hermano Esteban Uros III Milutin, que le sucedió, estaba sometido a la influencia de su madre Elena, la hija del emperador Balduino. Milutin volvió a la política antibizantina de su padre. Bajo Dragutin, Serbia había permanecido neutral, pero Milutin empezó su reinado con una campaña contra el imperio y en otoño de 1281 conquistó la fortaleza macedonia de Skoplje, amenazando así el camino que conducía a los dominios epirotas del emperador. Milutin estaba contento de poder aliarse con su tío, el emperador titular Felipe, y con el rey Carlos.[257]

El déspota del Epiro, tan poco partidario de Carlos como de Miguel, trató de mantenerse tan neutral como fuese posible. Pero su hermanastro, Juan *el Ángel*, duque de Neopatria, olvidando convenientemente el papel que había desempeñado en 1279 co-

mo paladín de la ortodoxia, ofreció su apoyo a la cruzada latina contra Constantinopla.[258]

Para aumentar los embarazosos problemas del emperador, había estallado la guerra en la frontera asiática del Imperio. Durante la mayor parte de su reinado, los turcos de Anatolia del otro lado de la frontera habían permanecido tranquilos. La política de Miguel había consistido en mantener una alianza con su yerno, el ilkhan mongol Abaga. Los mongoles siempre estaban dispuestos a presionar a los sultanes selyúcidas de Anatolia. Los ataques mongoles dieron como resultado la decadencia de la autoridad selyúcida, especialmente en el oeste de la península, donde surgieron varios ambiciosos emiratos turcos locales, reforzado su número por inmigrantes turcos que habían sido arrastrados hacia el oeste durante las primeras invasiones mongoles. El crecimiento del poder mameluco y especialmente la captura de Antioquía por el sultán Baibars en 1268, hacía que el poder del ilkhan sobre Anatolia fuese menos fácil de mantener. En 1277, el propio Baibars había invadido Anatolia y sólo se había retirado al acercarse un gran ejército mongol. El ilkhan tenía que acometer la empresa de arrebatar el dominio de Siria del norte a los mamelucos. Su último gran esfuerzo para expulsarlos fue un completo desastre, con la derrota en la batalla de Homs en otoño de 1281. Entretanto, la reconquista de Constantinopla desvió los principales intereses de los bizantinos a Europa. La frontera asiática, que los emperadores de Nicea habían reconstruido minuciosamente, estaba descuidada. Las posesiones campesino-militares que los emperadores de Nicea habían organizado según el antiguo modelo bizantino, dio origen a territorios feudalizados. Los impuestos crecieron vertiginosamente para contribuir a pagar los compromisos del emperador en Europa. Cuando las tribus turcas empezaron a infiltrarse por la frontera, no encontraron una verdadera oposición. En el invierno de 1280 una combinación de emires turcos invadió el valle del Meandro y puso sitio a la ciudad de

Tralles, la moderna Aydin, que dominaba la llanura baja del Meandro. Miguel envió contra ellas a su hijo Andrónico, pero no pudo disponer de muchas tropas, ya que el grueso de su ejército marchaba en ayuda de Berat, en la lejana Albania. Andrónico no consiguió salvar Tralles. Pasó todo el año 1281 intentando fijar una frontera firme al norte del Meandro para proteger Emima y el valle del Lycus. Era evidente que parte del ejército bizantino tendría que permanecer en el distrito, con lo que se reducirían las fuerzas que habían de defender la capital. [259]

Hacia fines de 1280, las perspectivas para el emperador Miguel eran sombrías. Estaba enredado en una guerra en Asia. En Europa lo rodeaba una gran alianza de potencias enemigas, dominada por el implacable rey de Sicilia. Su política religiosa, a causa de la cual había perdido el amor de sus súbditos, había sido un completo fracaso; el Papado, del que había esperado protección, azuzaba a sus enemigos contra él. Si la gran expedición que el rey Carlos preparaba era efectivamente lanzada contra Constantinopla, no parecía que él y su Imperio tuviesen muchas probabilidades de sobrevivir. Pero Miguel no había agotado todavía sus recursos. La diplomacia bizantina era aún la mejor del mundo.

Aunque la capital bizantina estaba rodeada de enemigos, lejos aún tenía amigos de los que podía esperar ayuda. Atemorizado, pero no completamente desesperado, Miguel confiaba en la llegada de la primavera de 1282, época en que la armada angevina tenía que zarpar de los puertos de Italia.

12. La gran conspiración

A comienzos de 1282, Carlos, rey de Sicilia, Jerusalén y Albania, conde de Provenza, Forcalquier, Anjou y Maine, regente de Acaya, señor supremo de Túnez y senador de Roma, era, sin duda alguna, el más poderoso de Europa. En el transcurso de unas semanas, sus barcos iban a remontar el Ródano para entregar el reino de Arles a su nieto; al cabo de unas semanas, una expedición aún mayor iba a salir hacia el oriente cristiano para convertirlo en dueño del Mediterráneo y gobernador de un imperio sin igual desde los tiempos de Justiniano. La gente hablaba de una antigua profecía según la cual cierto hombre llamado Carlos, descendiente tanto de Carlomagno como de la Casa de Francia, había de convertirse en emperador del mundo y reformador de toda la Iglesia cristiana. Todo estaba preparado para el supremo triunfo del angevino.[260]

Pero su arrogancia lo cegó. Seguro de su poder y del apoyo del Papado, olvidó que aún tenía enemigos en Europa cuya fuerza no había probado. Olvidó que, a pesar de la eficacia de su gobierno, muchos de sus súbditos lo odiaban a él y a los altivos funcionarios franceses que hacían cumplir su voluntad. Olvidó a los exiliados del reino de Sicilia que habían jurado destruirlo.

Estos exiliados se refugiaron al otro lado del mar, en Barcelona, capital del reino de Aragón. Veinte años antes, en 1262, el rey Manfredo había casado a su hija Constanza con el infante don Pedro, hijo mayor del rey aragonés Jaime I. Como si hubieran adivinado el futuro, el papa Urbano y el rey Luis IX de Francia se habían opuesto al matrimonio. Pero Manfredo aún es-

taba en el trono y su amistad era valiosa para Aragón. Muerto Manfredo y Conradino ejecutado, y con los hijos bastardos de Manfredo languideciendo en una prisión, la infanta Constanza se convirtió en la heredera de la causa de los Hohenstaufen en Italia. Su marido le era muy devoto y estaba orgulloso de la estirpe de su mujer. Varios años antes de que el infante subiera al trono de su padre, la corte le daba a ella el título de reina por derecho propio.[261]

Mientras su suegro vivió, Constanza apenas pudo hacer nada para justificar su título. El rey Jaime era un hombre sobresaliente, galante, jactancioso y excéntrico. Había heredado el trono en 1213, a la edad de cinco años. En su juventud, había conquistado, gracias a su energía y carácter emprendedor, las islas Baleares y el rico emirato de Valencia, que estaban en poder de los moros. Con cerca de sesenta años, él mismo mandó el ejército que se adueñó del emirato de Murcia. Intervenía en la política francesa, ya que los condados del Rosellón y la Cerdaña formaban parte de su reino y había heredado de su madre Montpellier. Los condes de Provenza pertenecían a una rama menor de su familia, y Jaime consideraba que, a la muerte de su primo Ramón Berenguer IV, se le debía haber consultado acerca de cómo disponer del condado. Sólo se avino a reconocer a Carlos como conde cuando san Luis le ofreció darle a cambio derechos soberanos sobre el Rosellón y la Cerdaña. A medida que iba envejeciendo, Jaime prefería emplear su tiempo en retozar con sus amantes. Nunca perdonó del todo a Carlos que se apoderase de Provenza; y él seguía viéndose aún como un gran rey cruzado. Fue el único monarca que aceptó la invitación de Gregorio X para asistir al Concilio de Lyon, donde la mezcla de sentido común y grandilocuencia de su personalidad impresionó y exasperó a los clérigos allí reunidos. Pero era demasiado listo y estaba demasiado cansado para entrar en otra guerra. Sin embargo, no desalentaba a su hijo y a su nuera en sus ambiciones.[262]

Después de la derrota de Conradino, llegaron a la corte de la infanta, en Barcelona, los primeros refugiados distinguidos. Al frente de ellos venía Roger de Lauria, que había tenido la misma nodriza que la infanta. Los acompañaban funcionarios que habían servido a su abuelo Federico II, entre otros, Ricardo Filangieri. Poco después, los siguieron el abogado Enrique de Isernia y el más inteligente conspirador de todos ellos, el médico Juan de Prócida.[263]

Juan de Prócida había nacido en Salerno en 1210. Estudió medicina en la famosa Universidad de su ciudad natal, donde obtuvo una cátedra. Su talento llamó la atención de Federico II, que otorgó a la Universidad su especial protección. Juan se convirtió muy pronto en médico personal del emperador. Su trabajo fue recompensado con varias tierras cerca de Nápoles, entre ellas la isla de Prócida. Él atendió a Federico en su última enfermedad. A la muerte del emperador, volvió a la práctica general de la medicina, y entre sus pacientes se encontraban el cardenal Juan Orsini (el futuro Nicolás III) y el rey Conrado. Entró al servicio de Manfredo cuando éste se hizo cargo del gobierno del reino. Manfredo admiraba tanto su inteligencia que lo hizo canciller del reino. Al caer Manfredo, Juan de Prócida se retiró. El papa Clemente escribió a Carlos recomendándole a Juan como médico de gran habilidad y, en virtud de la amnistía concedida por Carlos después de Benevento, Juan pudo conservar sus tierras, Pero era fiel a los Hohenstaufen. Durante 1266, obtuvo permiso para ir a Viterbo a arreglar el compromiso matrimonial de su hija con el güelfo napolitano Bartolomé Caracciolo, que estaba al servicio de la corte papal. Tan pronto como se supo la llegada de Conradino a Italia, Juan salió furtivamente de Viterbo y se unió al ejército de los Hohenstaufen. Después del desastre de Tagliacozzo escapó del campo de batalla con Manfredo Maletta y durante algún tiempo se refugió en Venecia. Sus tierras fueron confiscadas por Carlos y, según dijo, su mujer fue maltratada, una

de sus hijas violada y uno de sus hijos muerto por el arrogante caballero francés que fue a expulsarlos de su casa. Entre 1269 y 1270, Juan estuvo en Alemania con su amigo Enrique de Isernia, tratando de inducir al nieto de Federico II, Federico de Turingia, a invadir Italia y restaurar a los Hohenstaufen. Pero Federico era un candidato poco adecuado, más dispuesto a hablar que a actuar. Al parecer, Juan permaneció durante algún tiempo en Alemania del sur y en las ciudades gibelinas del norte de Italia. Estaban con él su hermano Andrés y sus hijos que aún vivían. Consiguió un puesto para Andrés en la corte del marqués de Montferrato. Y luego, poco antes de 1275, se trasladó a Barcelona con sus hijos Francisco y Tomás. Había decidido que Constanza de Aragón debía vengar a la familia de su padre. Inmediatamente, se ganó confianza de ella y la de su marido y se dispuso a fomentar sus ambiciones.[264]

El rey Jaime de Aragón murió en julio de 1276, después de un glorioso reinado de sesenta y tres años, Conservó su energía hasta el final y estaba muy poco preocupado por la excomunión que el Papa había pronunciado contra él por sus últimos amores ilícitos. Los nuevos reyes, Pedro y Constanza, eran libres de seguir su propia política. Al principio tuvieron que actuar despacio. El rey Jaime había dejado las islas Baleares y el Rosellón a su hijo menor, el infante Jaime, que tomó el título de rey de Mallorca y se negó a reconocer la soberanía de su hermano durante casi tres años. El riesgo de una guerra fratricida se evitó sólo cuando Jaime de Mallorca se sometió e hizo voto de vasallaje, en enero de 1279. Pedro también tenía dificultades con los moros de Andalucía, que hacían grandes esfuerzos por reconquistar Murcia. Hasta fines de 1279 Pedro no consiguió asegurar la frontera meridional. Estaba decidido a estar igualmente a salvo en lo que se refería a la frontera occidental con Castilla antes de emprender nuevas aventuras. La suerte lo favoreció. El infante don Fernando, llamado de La Cerda, hijo mayor del rey Alfonso X, murió

en 1275 dejando viuda a Blanca de Francia, hermana de Felipe III, y dos hijos pequeños. Alfonso decidió dejar el trono de Castilla a su segundo hijo, Sancho, ante que aventurarse a una larga minoría de edad. Felipe III se dispuso a atacar Castilla en defensa de los derechos de sus sobrinos, mientras la princesa viuda, temiendo que Sancho pudiese atentar contra las vidas de sus hijos, se refugió en Aragón. El rey Pedro les dio la bienvenida, pero se negó a dejarles marchar. Mientras los tuviera en su poder, tenía un rehén para usar contra el rey Felipe y un instrumento contra el rey Alfonso, que pronto se arrepintió de su decisión, y contra Sancho, quien tenía tal impaciencia por asegurarse la herencia, que en 1281 se rebeló abiertamente contra su padre. Hacia 1280, Pedro de Aragón podía contar con que no tendría más perturbaciones en España. Estaba en condiciones de dedicar toda su atención a Italia.[265]

La leyenda ha hecho de Juan de Prócida un gran conspirador, que recorría disfrazado las cortes europeas ganando partidarios para la causa de sus señores. Historias de sus aventuras empezaron a circular casi aún en vida suya. Hoy subsisten en crónicas sicilianas vernáculas y aparecen en las obras de Villani, Petrarca y Boccaccio. En realidad, el papel de Juan no fue tan novelesco ni tan pintoresco como sus admiradores y sus enemigos imaginaron, pero no por eso fue menos vital. Estaba en el centro de una vasta conspiración política.[266]

Poco después de su subida al trono, el rey Pedro nombró a Juan de Prócida canciller de Aragón y en la escritura de nombramiento lo ensalzaba por su sabiduría y su demostrada fidelidad a la Casa de los Hohenstaufen.[267] Este cargo permitía a Juan controlar la política exterior del rey y, con plena aprobación de Pedro, utilizó ese control para proyectar la caída de los angevinos. Hasta 1279 casi lo único que pudo hacer fue mantenerse en contacto con los enemigos incipientes del rey Carlos: con la reina madre de Francia, con Rodolfo de Habsburgo, con Alfonso de

Castilla y, sobre todo, con los gibelinos de Italia. Pero hasta que Pedro no se afianzó en España, no pudo empezar a trabajar más activamente. Juan era realista, y se dio cuenta de que en aliados como el rey Rodolfo o el rey Alfonso no se podía confiar: sus intereses y ambiciones eran demasiado diversos. Había sólo dos potencias extranjeras de las que pudiera fiarse plenamente. El emperador Miguel de Constantinopla, enfrentado con la eterna amenaza de una invasión angevina, había llegado hasta a someterse a Roma llevado de su deseo de impedirla, y su sumisión había sido inútil. Estaría más que contento de aliarse a alguien cuyo fin fuese la destrucción de Carlos. No podía suministrar ayuda naval o militar para la invasión de los dominios angevinos, ya que necesitaba sus soldados y sus barcos para defender su propio territorio. Pero su tesoro estaba aún lleno y podía permitirse ser generoso para una causa semejante. Aliada de Constantinopla era la república de Génova. Los genoveses disfrutaban de privilegios comerciales especiales en todo el territorio imperial. Desde hacía largo tiempo eran enemigos de Carlos de Anjou. Si éste, aliado con los venecianos, conquistaba Constantinopla, eso significaría el fin de su dominio comercial en el mar Negro. Eran ricos y tenían una buena flota.

Los conspiradores empezaron a trabajar en serio en 1279.

Según la leyenda siciliana, en ese año Juan de Prócida hizo un viaje secreto a Constantinopla. Dos refugiados sicilianos que vivían allí comunicaron al emperador su llegada. Miguel lo recibió en audiencia privada y quedó encantado con él. Juan permaneció durante tres meses en la corte imperial, y cuando se marchó iba provisto de cartas del emperador para el rey de Aragón y el pueblo de Sicilia y de una generosa suma de dinero. Juan fue a Sicilia disfrazado de franciscano y en la isla entrevistó con algunos de los más importantes barones sicilianos, dirigidos por Palmieri Abbate, Alaimo de Lentini y Gualterio de Caltagirone, que le dieron cuenta de los agravios de la dominación angevina, deses-

perando de verla terminar. Juan los alentó, les entregó la carta de Miguel, y les sugirió que debían apelar por escrito al rey de Aragón, marido de la reina legítima, para que fuese a liberarlos. Una vez obtenido este documento se dirigió, aún vestido de franciscano, a Viterbo a ver al papa Nicolás III. La entrevista se celebró en el castillo de Soriano, cerca de la ciudad. Juan había curado a Nicolás de una enfermedad grave hacía muchos años y podía hablar con él como con un viejo y buen amigo. Sus argumentos hicieron tanto más efecto en el avaricioso Papa cuanto que iban acompañados por regalos de oro bizantino. Nicolás recordó los motivos de queja que tenía contra Carlos y especialmente la negativa del rey a considerar la boda de una sobrina del Papa con un príncipe de la Casa de Francia, y se dejó convencer por su antiguo médico. A petición de Juan, escribió una carta al rey Pedro autorizándolo a rescatar Sicilia de la esclavitud angevina. Entonces Juan volvió a Barcelona para dar cuenta de sus actividades al rey Pedro. Al principio Pedro no estaba muy convencido, pero cuando vio las cartas del emperador, los nobles sicilianos y el Papa, felicitó a Juan con entusiasmo y lo animó a que siguiera adelante.[268]

En la primavera de 1280 Juan salió otra vez de viaje. Su primera visita fue a Viterbo para ver al Papa, del que obtuvo la autorización definitiva para decirles a los sicilianos que se pusieran en manos del rey Pedro. De Viterbo Juan fue a la costa, y se embarcó en un barco pisano para Trapani, en Sicilia. Los barones amigos suyos salieron a recibirlo. Les dijo todo lo que había hecho y acordó reunirse con ellos cuando volviese de Constantinopla. Un barco veneciano lo llevó a Negroponto, desde donde, aún disfrazado, tomó un barco griego para la capital. El emperador Miguel lo recibió de nuevo en audiencia secreta y se alegró mucho con las noticias. Le ofreció la suma de treinta mil onzas de oro para proseguir la conspiración. Unos días después, Juan salió de Constantinopla en una galera genovesa, acompañado de

un embajador bizantino, Latino Allardi, lombardo al servicio del emperador. Fueron a Trapani y en el camino se cruzaron con un barco pisano cuya tripulación informó a Juan de que el papa Nicolás acababa de morir. Juan se reservó la noticia. Sus amigos sicilianos lo estaban esperando en Trapani. Juan los convenció de ir con él y con Allardi a Malta, que, al parecer, estaba menos eficazmente controlada por la policía de Carlos. El encuentro empezó bien, hasta que los sicilianos se enteraron de la muerte del Papa. Alaimo de Lentini era partidario de aplazar la empresa.

Juan respondió tajantemente que era demasiado tarde para eso. El próximo Papa podía ser tan favorable a la causa como Nicolás, y, en caso de que fuera amigo de Carlos, los sicilianos habían resistido a hombres más grandes que Carlos en el pasado. Las palabras de Juan los convencieron, así como la vista del oro bizantino, y decidieron que si el rey Pedro seguía dispuesto a apoyar la conspiración, ellos participarían en la empresa. Juan y el embajador siguieron viaje a Barcelona. Pedro recibió con todos los honores al embajador y aceptó el oro con gratitud y dio su aprobación a las actividades de Juan. Se acordó que se dirigiría una expedición a la conquista de Sicilia tan pronto como los preparativos estuviesen listos, probablemente en la primavera de 1282.[269]

Es difícil saber cuánto hay de verdad en las leyendas. Durante 1279 y 1280, época en que se supone que Juan conspiraba en distintas partes de Europa, su firma como canciller aparece regularmente en documentos firmados en Aragón. Parece improbable que se hubiese tomado la molestia de hacer falsificar su firma con objeto de que su ausencia permaneciese secreta. Era un anciano de cerca de setenta años y es muy improbable que a su edad vagase disfrazado por ahí. La parte asignada al papa Nicolás no es muy convincente. Es cierto que no apreciaba mucho a Carlos y que era avaricioso y un regalo en metálico del emperador lo atraería mucho. Pero su política estaba encaminada a la pacifica-

ción, la independencia de los Estados Pontificios y el enriquecimiento de la familia Orsini. En ninguno de los muchos documentos papales de su reinado hay la menor alusión a que hubiese considerado la sustitución de Carlos por Pedro de Aragón en el trono de Sicilia. Arriesgarse a una guerra general y a los gastos que indudablemente se derivarían de ella era algo ajeno a su temperamento. Su actitud hacia Bizancio era más dura que la de sus predecesores. Es posible que el oro bizantino lo disuadiese de romper por completo las negociaciones con Miguel y de autorizar a Carlos a atacar el imperio. Es posible también que diera personalmente una bienvenida amistosa a algún emisario de su antiguo médico Juan de Prócida, y que el partido aragonés exagerase el carácter amistoso de la bienvenida con objeto de justificar su política. De tales incidentes surgió el rumor sobre la complicidad del Papa, lo cual permitió a Dante reprocharle «las mal adquiridas monedas que le habían vuelto contra el rey Carlos». [270]

La leyenda yerra en lo que se refiere a las actividades físicas de Juan y a la complicidad del Papa, pero muchos de los detalles son convincentes. Aunque Juan permaneciese en España, es probable que alguien viajase en su nombre. La ruta seguida y los pormenores de los barcos utilizados en los viajes son demasiado precisos para ser del todo ficticios. Un documento siciliano contemporáneo relaciona el nombre de Juan con los de los tres barones sicilianos que la leyenda cita como cómplices suyos. Hacia 1280 existía algún tipo de relación diplomática entre las cortes bizantina y aragonesa, y al mismo tiempo, como se demostraría después, el emperador Miguel se puso en contacto con los conspiradores de Sicilia. Es posible que los viajes los hiciera uno de los hijos de Juan y se atribuyesen más tarde a su padre, por ser el más famoso. Sabemos que Andrés, hermano de Juan, que estaba al servicio del marqués de Montferrato, actuó de enlace entre Aragón y los gibelinos del norte de Italia. Su hijo Francisco pu-

do haber hecho los viajes. De lo que difícilmente puede dudarse es de que se realizaron, si bien el emisario que los hizo no puede ser identificado hoy.[271] A fines de 1280 el rey Pedro estaba tan interesado en atacar Sicilia que apenas se tomaba la molestia de ocultar sus intenciones. En una carta que escribió en octubre al gobierno milanés lamentando las derrotas sufridas por su aliado Montferrato, hablaba de «el Día» —«dies illa»— ya no muy lejano en que todos se regocijarían. En diciembre fue con su hermano, el rey de Mallorca, a Tolosa para tratar con el rey Felipe de Francia del asunto castellano y del destino de los infantes de Cerda. Acompañaba a Felipe su primo Carlos, príncipe de Salerno, hijo mayor del rey Carlos. Pedro trató al príncipe con tan frío desdén que los franceses se molestaron profundamente y Jaime de Mallorca se sintió obligado a dar al joven pruebas de especial cordialidad con el fin de evitar una pelea abierta.[272]

La elección de un Papa francés, Martín IV, a principios de 1281, no desalentó a Pedro. Durante ese año, mientras Carlos de Anjou preparaba en Italia la armada para atacar Constantinopla, los aragoneses prepararon en Barcelona una flota de casi la misma fuerza. La expedición de Carlos era oficialmente una cruzada contra los infieles y con esta excusa el Papa le concedió los diezmos de la Iglesia en Cerdeña, isla que se disputaban Carlos y los pisanos, y que Pedro reclamaba como propiedad suya. Pero Carlos no ocultaba que su principal objetivo era la capital bizantina. La alianza que hizo en julio, bajo la autoridad del Pontífice, con el emperador titular Felipe y los venecianos manifestaba claramente sus pretensiones.[273] Pedro era más precavido. También él anunció que su expedición era una cruzada y podía dar buenas pruebas de la veracidad de su afirmación. Dos años antes, en 1279, había aprovechado una pelea por la sucesión al trono tunecino a la muerte del rey Mustansir, el viejo enemigo de san Luis, para introducir a su propio candidato, Ibrahim Abu Ishak. El rey Ibrahim consiguió el trono gracias a la ayuda de la expedi-

ción que, bajo el mando de Conrado Lancia, envió Pedro. Ibrahim le prometió entonces a Pedro un gran tributo anual y el derecho de abrir consulados en Túnez y en Bougie. Al mismo tiempo, el rey Pedro puso al gobernador de Constantina, Ibn Hasan, bajo su protección. Durante 1281, el gobernador se peleó con el rey de Túnez, que se dispuso a atacarlo. Hasan apeló al rey Pedro insinuando que si recibía asistencia se convertiría al cristianismo. Por lo tanto, Pedro tenía el deber de rescatar al converso en potencia y su territorio de las manos de los infieles tunecinos. Tenía lista una respuesta irrecusable para el rey Felipe de Francia que, preocupado por el bienestar de su tío Carlos, hizo indagaciones sobre el ejército y la armada que Pedro estaba preparando. [274]

Con sus aliados Pedro fue más sincero. A fines de 1281 llegó a su corte un distinguido marino genovés, el capitán Benito Zacearía. Un hermano de Benito, llamado Martín, era amigo del emperador Miguel, a quien le había prestado dinero en el pasado y que lo había recompensado con la entrega de Focea y sus ricas minas de alumbre. Benito había ido a visitarlo y luego había seguido hasta Constantinopla, donde Miguel lo había nombrado embajador suyo en Génova y en Aragón. Benito aseguró al rey Pedro que tanto el emperador como los genoveses estaban deseosos de ayudarlo, afirmación confirmada por regalos de dinero. [275] Hacia la misma época, Juan de Prócida escribió a Alfonso de Castilla y a sus hijos, conocedor de su aversión a los angevinos, diciéndoles que a la alianza de su señor con el marqués de Montferrato, yerno de Alfonso, se había unido el jefe gibelino de Florencia, Guido Novello. Andrés de Prócida, que había llegado de Italia del Norte con los embajadores gibelinos, se encargó de llevar las cartas a la corte castellana. Juan hablaba abiertamente del plan de devolver el reino de Sicilia a su señora legítima por herencia, y sugería a los castellanos que se uniesen a la alianza. Las

luchas entre el rey Alfonso y su hijo Sancho les impidieron aceptar la sugerencia.[276]

Estas actividades diplomáticas fortalecieron la posición del rey Pedro. Pero el principal objeto de la conspiración era fomentar disturbios en los dominios del rey Carlos. En esta tarea mostró.Juan de Prócida su genio político. Él procedía de la Italia continental, y sabía que los habitantes de esa zona no estaban descontentos con el gobierno de Carlos, que era un gobernante capaz y concienzudo y además pasaba la mayor parte del tiempo en o cerca de Nápoles, o en Apulia. Desde allí, podía supervisar la administración y ocuparse de que sus funcionarios no fueran demasiado duros. Nápoles y Apulia podían lamentarse de los elevados impuestos y de la manera cruel en que éstos eran cobrados; y también de la escasa participación que tenían en el gobierno de su país, pero Carlos estaba siempre dispuesto a mejorar sus puertos y carreteras y a incrementar sus ferias. Y en otros lugares, como Provenza, Albania o Palestina, los italianos leales podían obtener buenos puestos. La isla de Sicilia estaba en otra situación. Carlos desconfiaba de los sicilianos, en especial después de la gran revolución en la época de la invasión de Conradino. Prácticamente no hacía nada para ayudarlos económicamente. Nunca visitó la isla, salvo una vez, camino de la cruzada de Túnez; nunca supervisaba personalmente la administración, que era gobernada por jueces franceses, con italianos del continente a su servicio. No se puede dudar que esos administradores eran altaneros, crueles y rapaces, y casi con absoluta certeza corrompidos. Los impuestos eran muy elevados y sólo los amigos de los funcionarios se libraban del cobro ilegal o violento. A los sicilianos, aun bajo Federico II y Manfredo, siempre le había molestado un gobierno asentado en Nápoles. A la aversión por los continentales se unía el odio a los franceses, que nunca se tomaban la molestia de aprender su idioma o de respetar sus costumbres. Se veían gobernados por un tirano extranjero cuyo

único interés era hacer conquistas, de las que ellos no iban a sacar ningún beneficio. El elemento griego, era aún fuerte en la isla y conservaban cierta simpatía por los griegos de Bizancio. Tener que servir en la flota de Carlos para ir a conquistar Constantinopla no tenía para ellos el menor atractivo.[277]

Carlos cometió una equivocación al despreciar a los sicilianos y, Juan de Prócida acertó al buscar el apoyo de los isleños De todos los europeos, los sicilianos son los más aficionados a la conspiración. Su lealtad a la Sociedad Secreta es sólo igualada por su lealtad al honor de la familia. Ofrecían un terreno abonado perfecto para Juan y sus compañeros de conspiración. Las quejas que los habitantes tenían contra el gobierno angevino eran reales y profundas. Podía confiarse en que acogerían gustosos a un libertador. Pero el buen conspirador trabaja en silencio. Aparte de las historias legendarias de los viajes de Juan, no hay ninguna prueba de cómo fue organizada la revuelta en la isla. Todo se hizo en secreto. Es seguro que trabajaban en la isla agentes de Aragón. Es seguro que se introdujeron armas de contrabando. Es igualmente seguro que los conspiradores estuvieron en estrecho contacto con Constantinopla, de la que recibieron dinero y la promesa de otras cantidades más si todo salía según los planes.

En la primavera de 1282, todo el mundo mediterráneo sabía que se aproximaba una crisis. El rey Carlos empezó a concentrar su gran flota. A mediados de marzo, los escuadrones napolitanos y provenzales se congregaron en el puerto de Mesina, listos para zarpar tan pronto como se les ordenase. Otros escuadrones esperaban en los puertos a que se les uniesen barcos venecianos. El propio rey Carlos estaba en Nápoles dando las últimas disposiciones para la campaña. Parece ser que tenía el proyecto de viajar rápidamente a Apulia y embarcarse allí cuando llegase el momento.[278] Ya no podía retrasarse mucho. Tres veces le habían sido desbaratados sus planes; la primera cuando el rey Luis lo obligó a tomar parte en su cruzada, la segunda cuando una tormenta

destruyó su flota a la vuelta de esa cruzada, y la tercera cuando el Papa le prohibió organizar la expedición, durante las prolijas negociaciones sobre la unión de las Iglesias. Ahora no había nada que lo detuviese. Los venecianos y los latinos de Grecia estaban a punto de unirse a él. Los monarcas eslavos de los Balcanes y los príncipes griegos del Epiro y de Tesalia buscaban ansiosamente la manera de tomar parte en la destrucción del Imperio bizantino. El emperador Miguel estaba al borde de la desesperación. Una vez llegada la gran armada angevina a sus costas, sólo un milagro podía salvarlo. Y un milagro era necesario para impedir que zarpase desde Italia. Pero Miguel tenía amigos.

Carlos, cegado por la confianza que tenía en sí mismo, ignoraba a esos amigos de su enemigo. Sus agentes en Italia le habían advertido que, Juan de Prócida había unido a todo los gibelinos en apoyo de Aragón. Su sobrino el rey de Francia le habló de la gigantesca flota aragonesa concentrada en la bahía del Fangal, en la desembocadura del río Ebro. Esta flota, oficialmente, estaba destinada a luchar contra los infieles de África, pero el rey Felipe sabía que había otros proyectos a la vista.

Carlos pensó que los rumores eran exagerados. Él era demasiado poderoso y nadie se atrevería a atacarlo. Nunca se dio cuenta de dónde estaba el peligro mayor.[279]

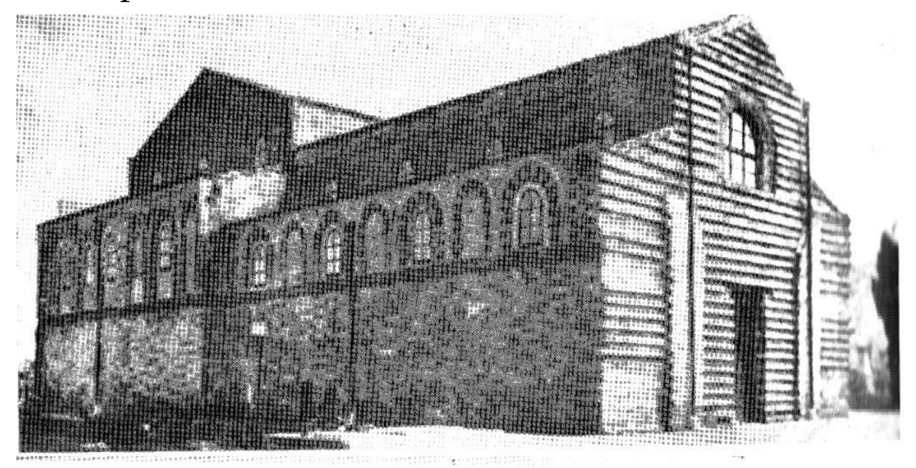
El futuro se escondía en Sicilia. Los descontentos sicilianos, alentados por agentes de Aragón y enriquecidos por agente de Constantinopla, siguieron organizando en secreto la rebelión. En ellos confiaba el emperador Miguel. A Pedro de Aragón quizá le hubiese gustado esperar a que Carlos estuviese completamente ocupado en la guerra con Oriente antes de aventurarse a invadir las tierras angevinas, pero Miguel no podía permitirse el lujo de aguardar tanto tiempo. La flota angevina iba a zarpar en la primera semana de abril. Había que hacer algo antes de esa fecha.

13. Las Vísperas

En 1282, la Pascua de Resurrección cayó temprana: el 29 de marzo. Durante la Semana Santa, la isla de Sicilia se mantuvo aparentemente tranquila. En el puerto de Mesina estaba anclada una gran flota angevina. Agentes reales recorrían la isla apoderándose de todo el grano que encontraban e incautándose de rebaños de vacas y de cerdos para abastecer de víveres la expedición, así como de caballos para los jinetes, sin tener en cuenta el sordo resentimiento de los campesinos. El representante real, Heriberto de Orléans, gobernador de la isla, residía en Mesina, en el castillo de Mategriffon, el «terror de los griegos», construido por Ricardo Corazón de León un siglo antes. El justicia, Juan de Saint-Rémy, pasaba las fiestas en Palermo, en el palacio de los reyes normandos. Ninguno de los funcionarios franceses ni de los soldados que ocupaban los cuarenta y dos castillos, desde los que se vigilaba el país, observaron más que la habitual animosidad que el pueblo subyugado sentía por ellos. Pero entre los sicilianos, que celebraban la resurrección de Cristo con tradicionales cantos y danzas en la calle, la atmósfera era tensa y explosiva.[280]

La iglesia del Espíritu Santo está aproximadamente un kilómetro al sudeste, al otro lado de la antigua muralla de la ciudad de Palermo, junto a la pequeña garganta del río Oreto. Tanto por fuera como por dentro, es un edificio austero, cuya primera piedra fue colocada en 1177 por el inglés Walter Ophamil o «del Molino», arzobispo de Palermo, en un día que se volvió siniestro debido a un eclipse de sol. La iglesia solía festejar el lunes de Pas-

cua, y en el de ese año, como de costumbre, gentes de la ciudad y de los pueblos cercanos llegaron en tropel para asistir a los oficios vespertinos.[281]



La iglesia de las Vísperas en Palermo

En la plaza, mientras esperaban a que dieran comienzo los oficios, la gente charlaba y cantaba. Repentinamente, apareció un grupo de funcionarios franceses que venía a sumarse a las fiestas. Fueron recibidos con miradas poco amistosas, pero ellos se empeñaron en mezclarse con la multitud. Habían bebido y estaban alegres, y en seguida empezaron a tratar a las mujeres jóvenes con una familiaridad ultrajante para los sicilianos. Entre ellos había un sargento llamado Drouet, que se dirigió a una joven siciliana casada, apartándola de la muchedumbre y molestándola con sus atenciones. Eso era más de lo que su marido podía aguantar. Sacó un cuchillo y cayó sobre Drouet, dándole muerte a puñaladas. Los franceses acudieron rápidamente para vengar a su compañero, pero de repente se vieron rodeados por una hueste de sicilianos furiosos, armados todos con dagas y espadas. No sobrevivió un solo francés. En ese momento, la campana de la iglesia del Espíritu Santo y las de todas las iglesias de la ciudad empezaron a tocar a Vísperas.[282]

Al son de las campanas, la ciudad entera fue recorrida por mensajeros que incitaban a los habitantes a levantarse contra el opresor. Inmediatamente, todas las calles se llenaron de hombres armados que, furiosos, gritaban: «¡Mueran los franceses!» —«moranu li Franchiski», en el dialecto siciliano—.[283] Todo francés que encontraban era aniquilado. Irrumpieron en los mesones frecuentados por los soldados y en las casas donde vivían, no perdonando la vida a nadie, hombre, mujer o niño. Las jóvenes sicilianas casadas con franceses perecieron junto con sus maridos. Los amotinados se dirigieron a los conventos de dominicos y franciscanos, y todos los frailes extranjeros fueron arrastrados fuera, donde les hacían pronunciar la palabra «ciciri», que la lengua francesa no podía reproducir con exactitud. Todo aquel que fracasaba en la prueba era asesinado. El justicia, Juan de Saint-Rémy, se encerró en el antiguo palacio real, pero la mayor parte de los hombres de la guarnición estaban en la ciudad, de

fiesta. Los pocos que quedaban no pudieron hacerse fuertes en el palacio. Saint-Rémy fue herido en la cara en el curso de una escaramuza en la entrada de palacio, pero pudo escapar con dos asistentes por una ventana a través de los establos, donde cogieron unos caballos y huyeron a toda velocidad al castillo de Vicari, en la carretera, hacia el interior. Allí se unieron a ellos otros refugiados que habían escapado a la matanza.[284]

A la mañana siguiente, unos dos mil hombres y mujeres franceses yacían muertos y los rebeldes se habían apoderado de Palermo. Su furia se había calmado lo suficiente como para permitirles pensar en el futuro. Hubo una reunión de representantes de todos los distritos y gremios, y en ella se proclamaron constituidos en Comuna, eligiendo capitán a un eminente caballero llamado Roger Mastrangelo. Se nombraron tres vicecapitanes, Enrique Baverio, Nicolás de Ortoleva y Nicolás de Ebdemonia, con cinco consejeros a su servicio. La bandera angevina fue hecha pedazos y reemplazada en todas partes por el águila imperial que Federico II había otorgado como insignia a la ciudad de su niñez. Fueron enviados embajadores con una carta para el Papa, en la que le pedían que tomase bajo su protección a la nueva Comuna.[285]

La noticia del levantamiento ya se estaba extendiendo por la isla. Durante la terrible noche del lunes, salieron mensajeros de Palermo para decir a todas las ciudades y pueblos que atacasen inmediatamente, antes de que el opresor los atacase a ellos. El martes, los hombres de Palermo marcharon sobre el castillo de Vicari, donde se habían refugiado el justicia y sus amigos. La guarnición era demasiado pequeña para resistir durante mucho tiempo y el justicia se ofreció a rendirse si se le permitía ir a la corte y embarcarse para su Provenza natal. Cuando empezaban las negociaciones, uno de los sitiadores le disparó una flecha y lo dejó muerto en el acto. Esta fue la señal para una matanza general de los ocupantes del castillo.[286]

Durante la semana hubo noticias de otros levantamientos y matanzas de franceses. La primera ciudad que siguió el ejemplo de Palermo fue Corleone, treinta kilómetros al sur de la capital. Después de matar a los franceses, también allí se constituyeron en Comuna. El 3 de abril, su capitán, Bonifacio, envió tres delegados a Palermo para informar sobre la situación y sugerir actuar conjuntamente. Las dos Comunas decidieron enviar tropas en tres direcciones: hacia el oeste, a Trapani; hacia el sur, a Caltanissetta, y hacia el este, a Mesina, para amotinar al resto de la isla y coordinar sus esfuerzos. A medida que los rebeldes se aproximaban a cada distrito, los franceses eran asesinados si no lograban huir. Sólo en dos ciudades fueron respetados. El vice-Justicia de Sicilia occidental, Guillermo Porcelet, que vivía en Calatafimi, se había ganado el cariño de los sicilianos por su benevolencia y su justicia. Él y su familia fueron escoltados con todos los honores hasta Palermo, donde se les permitió embarcar para Provenza. En la ciudad de Sperlinga, en el centro de la isla, que se jactaba de su independencia de criterio, la guarnición francesa no sufrió daños y pudo retirarse sana y salva a Mesina.[287]

En Mesina no hubo levantamiento. El representante, Heriberto de Orléans, tenía una fuerte guarnición. La gran flota angevina estaba en el puerto. Mesina había sido la única ciudad de la isla a la que el gobierno de Carlos había sido algo más favorable, y la familia principal, la de los Riso, apoyaba su régimen. El 13 de abril, dos semanas después de las Vísperas, cuando todo el oeste y el centro de Sicilia estaban en manos de los rebeldes, la comuna de Palermo envió una carta al pueblo de Mesina pidiéndole que se uniese a la rebelión. Pero lo habitantes de la ciudad eran precavidos. Con Heriberto y su guarnición dominándolos desde el castillo de Mategriffon y con los barcos del rey en el puerto, prefirieron no comprometerse. Por el contrario, el 15 de abril, soldados del ejército mesinés, mandados por un caballero local, Guillermo Chiriolo, se dirigieron al sur, a la vecina ciudad de

Taormina, para protegerla contra la furia de los rebeldes. Al mismo tiempo, Heriberto envió al noble mesinés Ricardo Riso al frente de siete galeras locales a bloquear el puerto de Palermo y, si podía, atacar sus fortificaciones. Los habitantes de Palermo se apresuraron a desplegar el estandarte de Mesina, con su cruz, y colocarlo al lado de su estandarte en las murallas, para mostrar que consideraban a los mesineses como hermanos. Los marineros de Ricardo se negaron a atacarlos. Las galeras permanecieron a la entrada del puerto manteniendo un ineficaz y poco entusiasta bloqueo.[288]

En Mesina, la opinión se estaba volviendo en favor de la revuelta. Muchos de los habitantes eran también ciudadanos de Palermo que se habían trasladado a Mesina al convertirse esta en centro administrativo. Sus simpatías estaban de parte de su ciudad natal. Heriberto empezó a perder confianza. Decidió asegurarse Taormina y envió una tropa de franceses mandada por un napolitano, Micheletto Gatta, para reemplazar a la guarnición mesinesa. Guillermo Chiriolo y sus hombres se ofendieron por esta falta de confianza. Llegaron a las manos con los franceses y los hicieron prisioneros a todos. Dos o tres días más tarde, el 28 de abril, estalló la revolución en Mesina. La mayoría de los franceses ya se había ido al castillo de Mategriffon y la matanza no alcanzó las proporciones que había tenido en Palermo. Heriberto se encerró en el castillo pero tuvo que abandonar la flota, que fue incendiada y destruida totalmente. Los mesineses se declararon constituidos en Comuna, bajo la protección de la Santa Iglesia. Eligieron capitán a Bartolomé Maniscalco, que había desempeñado el principal papel en la organización del levantamiento.

Ese mismo día regresaron de la corte del rey Carlos, en Nápoles, tres distinguidos ciudadanos de Mesina, Balduino Mussone, antiguo juez, y Baldo y Mateo Riso. Mussone se unió inmediatamente a la Comuna, y al día siguiente Maniscalco renunció a la capitanía en su favor. Uno de los miembros más jóvenes de la fa-

milia Riso, el doctor Parmenio, trató de convencer a sus tíos Baldo y Mateo de unirse a los rebeldes, pero ellos y el resto de la familia seguían fieles a Carlos y se refugiaron, con Heriberto, en el castillo. Heriberto ya había renunciado a seguir luchando. Después del primer ataque al castillo, entabló negociaciones con Mussone y consiguió un salvoconducto para sí y para su gente. Se pusieron a su disposición dos naves a condición de que navegaran directamente a Aigues-Mortes, en Francia, y prometiesen no volver nunca a Sicilia. Heriberto dio su palabra, pero tan pronto como se vio fuera del puerto, ordenó a las galeras que fuesen a Catona, al otro lado del estrecho. Allí se reunió con Pedro Ruffo, conde de Catanzaro, el noble más rico de Calabria y fiel a Carlos, y reunieron tropas para preparar un ataque contra Mesina.

El castellano de Mategriffon, Teobaldo de Messy, junto con setenta sargentos franceses, sus mujeres y sus niños, consiguió el mismo trato que Heriberto. Todo el grupo fue embarcado en otra nave, con orden de navegar rumbo a Aigues-Mortes. Los miembros leales de la familia Riso fueron hechos prisioneros por la Comuna y retenidos en el castillo de Mategriffon, donde se les unieron Micheletto Gatta y sus franceses, que habían sido trasladados desde Taormina bajo escolta. Ya habían salido para Palermo mensajeros con la noticia de los acontecimientos de Mesina y de la fundación de una Comuna hermana. Los barcos mesineses que aún estaban fuera del puerto recibieron la orden de regresar. Su comandante, Ricardo Riso, consiguió escapar a Calabria. Cuando el vicecomandante Nicolás Pancia regresaba al puerto de Mesina se cruzó con el barco que llevaba al castellano Messy y a su gente. Pancia se había enterado ya de que Heriberto de Orléans había roto su promesa de retirarse a Francia y sospechaba que Messy estaba a punto de seguir su ejemplo. El barco fue detenido y todos sus ocupantes arrojados al mar, donde perecieron. [289]

Cuando se restableció el orden en Mesina la Comuna eligió cuatro consejeros para asistir al capitán. Todos ellos eran jueces locales: Reinando de Limogia, Nicolás Saporito, Pedro Ansalano y Bartolomé de Neocastro, quien más tarde escribió una historia de los grandes acontecimientos.[290] A continuación, y muy significativamente, se decidió informar a Constantinopla, para que el emperador Miguel supiese que su principal enemigo había sido aplastado. Sin duda, en prueba de agradecimiento, enviaría más oro a los isleños. Era difícil encontrar un mensajero para el peligroso viaje, pero un mercader genovés, Alafranco Cassano, se ofreció para la misión. Su nacionalidad lo protegería si un barco de Carlos lo detenía. Llegó a Constantinopla unas semanas más tarde y fue recibido inmediatamente por el emperador. Cuando Miguel supo las noticias, dio gracias a Dios y se apresuró a añadir a la autobiografía que estaba preparando para su hijo las significativas palabras: «Si me atreviese a declarar que he sido el instrumento divino que ha proporcionado la libertad a los sicilianos, no diría más que la verdad». Sus agentes y su oro habían desempeñado, en efecto, su papel en la maquinación del levantamiento, y éste no sólo había liberado Sicilia: también había salvado su propio imperio. La gran expedición de Carlos contra Constantinopla tenía que aplazarse ya para siempre.[291]

Carlos se encontraba en Nápoles cuando en los primeros días de abril un emisario del arzobispo de Monreale le informó de la matanza de Palermo. La noticia lo enfadó, pues significaba que había que aplazar durante algún tiempo la expedición a Oriente. Pero al principio no se tomó en serio la revolución. Pensaba que era un asunto local que su representante, Heriberto de Orléans, podía solucionar y se limitó a ordenar al vicealmirante Mateo de Salerno que tomase cuatro galeras para atacar Palermo. La orden fue dada el 8 de abril. Pero cuando Mateo llegó a la vista de Palermo se encontró con el escuadrón mesinés maniobrando ociosamente fue del puerto y no se atrevió a atacar. Cuando Mesina

se unió a la revuelta, los barcos mesineses lo atacaron y se apoderaron de dos de sus galeras. Mateo se retiró entonces a Nápoles con las otras dos.[292]

Fueron el levantamiento de Mesina y la destrucción de flota allí los que hicieron darse cuenta a Carlos de la seriedad de la rebelión. «¡Señor Dios —exclamó—, puesto que es tu voluntad aniquilar mi fortuna, concédeme al menos ir cayendo poco a poco!». Y se dispuso a ver la manera de conseguir que su caída ocurriese en efecto gradualmente. La expedición a Oriente fue cancelada; los barcos y hombres congregados en los puertos italianos recibieron la orden de concentrarse en el estrecho de Mesina, y él personalmente se dispuso a mandar las fuerzas que debían reducir a la isla rebelde.[293]

Contaba con el apoyo total del Papa. Cuando un enviado de Palermo llegó en abril a Orvieto para pedir a la Santa Sede que tomase a la nueva Comuna bajo su protección, el papa Martín se negó a concederle audiencia. La isla aún esperaba que el Pontífice se ablandaría. En los primeros días de mayo, Mesina se unió a Palermo y a las otras ciudades para enviar tres embajadores a la corte pontificia. Éstos se presentaron solemnemente ante el Papa y todo el Consistorio, pronunciando tres veces las palabras: «Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, ten misericordia de nosotros». Pero el Papa replicó duramente repitiendo tres veces las palabras de la Pasión: «Dios te salve, rey de los judíos; y lo golpeaban». La embajada no obtuvo otra respuesta de él.[294] Por el contrario, el 7 de mayo, día de la Ascensión, Martín publicó una bula de excomunión contra los rebeldes sicilianos y contra todo aquel que los ayudase. En una segunda bula excomulgaba a Miguel Paleólogo, «que se llama a sí mismo emperador de los griegos», y en otra a Guido de Montefeltro y a los gibelinos del norte de Italia.[295]

Carlos tenía otro amigo compasivo en su sobrino el rey Felipe de Francia. En abril escribió a la corte francesa informando a Fe-

lipe de que quizá fuera necesario actuar para impedir que el levantamiento tuviera consecuencias serias. Cuando Mesina se rebeló, escribió otra vez pidiendo ayuda contra los rebeldes. En respuesta, dos de sus sobrinos, Pedro, hermano de Felipe, conde de Alençon, y Roberto de Artois, se dispusieron a enviar un grupo de nobles franceses a Italia. El hijo de Carlos, Carlos de Salerno, que estaba en esos momentos en Provenza, recibió la orden de ir a París para arreglar la futura cooperación con la corte Francesa.[296] El rey Felipe creía que el principal peligro vendría de Aragón. Ya había advertido Carlos que tuviese cuidado con el rey de Aragón y Carlos no le hizo caso. Felipe estaba convencido de que la gran flota aragonesa concentrada en la bahía del Fangal estaba destinada atacar Sicilia, a pesar de la afirmación del rey Pedro de que era para una cruzada en África. Antes de enterarse de la pérdida de Mesina había enviado una embajada a Pedro, que estaba con sus naves. La embajada llegó al Fangal el 20 de mayo y entregó al rey una carta en la que Felipe pedía garantías de que la flota no sería empleada contra Carlos. Si lo era, advertía, lo consideraría un acto hostil y enviaría un ejército atacar Aragón.[297]

Su advertencia no surtió efecto. Pedro se limitó a contestar que estaba preparando, como siempre había sostenido, una expedición a África. De hecho, la revolución siciliana lo había cogido por sorpresa. Sus agentes la habían planeado, pero él contaba con que la expedición de Carlos contra Constantinopla entonces hubiese salido ya. Y así, cuando el reino de Sicilia estuviese privado de sus mejores soldados, la población se levantaría y él intervendría. Pero los sicilianos, instigados por el emperador bizantino, se le habían anticipado. Cuando le llegó la noticia de la matanza de Palermo, no hizo nada. Y no se decidió a actuar hasta después de la revolución de Mesina y la destrucción de los barcos de Carlos. Pero incluso entonces, se movió con cautela. Iba a ir a África verdaderamente y luchar contra los moros mientras esperaba a

ver qué pasaba en Sicilia. El 3 de junio zarpó de la bahía del Fangal al frente de una gran flotilla de barcos de guerra y transportes, rumbo a la costa argelina.[298]

Para mantener las apariencias, Pedro envió un emisario especial al Papa a pedir su bendición para la cruzada y las indulgencias habituales. Martín no se dejó engañar y dio al embajador una respuesta áspera. El caballero suizo Otón de Grandson, que trabajaba como agente de Eduardo de Inglaterra en Orvieto, informó el 11 de junio a su señor que todo el mundo en la corte pontificia esperaba que el rey de Aragón interviniese en los asuntos de Sicilia.[299] Pero Pedro no tenía ninguna prisa. Su flota hizo escala en el puerto de Mahón, en Menorca, que era aún un emirato musulmán, aunque tributario de la Corona de Aragón. El emir se apresuró a suministrar abundantes provisiones a la flota, pero al mismo tiempo envió un mensajero secreto a Túnez para advertir al rey sobre la expedición. Cuando la flota llegó a Callo, en la costa argelina, Pedro se enteró de que su aliado el gobernador de Constantina, cuya separación del reino tunecino y cuya conversión eran los objetivos principales de la expedición, había sido atacado por los tunecinos, de resultas del mensaje de Menorca, y lo habían matado. Su eliminación privaba a la cruzada de su objeto. Sin embargo, Pedro permaneció con sus soldados en Colla, convenientemente situado para observar el desarrollo de los acontecimientos de Sicilia.[300]

Entretanto, los sicilianos se estaban preparando para hacer frente al contraataque del rey Carlos. Éste no se dio prisa con los preparativos. Cuando atacase, quería hacerlo dura y decisivamente. Hizo concentrarse en Carona, en la costa calabresa del estrecho, a los barcos y hombres destinados para la campaña a Oriente. Hizo llamar a Pedro de Alençon y Roberto de Artois para que se uniesen con su gente al ejército angevino. Se tomaron contingentes de tropas de Provenza, de la expedición que debería haber navegado Ródano arriba y restablecido el reino de

Arles. Los güelfos de Florencia enviaron tropas mandadas por el conde Guido de Bauifolle, con el estandarte de la ciudad y cincuenta jóvenes escuderos, a los que el rey Carlos prometió armar caballeros. Para reemplazar los barcos que los mesineses habían destruido, se alquilaron barcos a Venecia, Pisa y Génova.

El 6 de julio el propio rey Carlos se hizo cargo del mando de un formidable ejército. Diecinueve días más tarde lo condujo al otro lado del estrecho y acampó en una zona de viñedos justo al norte de Mesina.[301]

El papa Martín tenía la esperanza de que los sicilianos, alarmados, se someterían sin luchar. Aún seguían manteniendo que sus Comunas estaban bajo la protección del Papa. El 5 de junio Martín había nombrado legado en Sicilia a uno de sus ministros más hábiles, el cardenal Gerardo de Parma, con la orden de obtener la rendición incondicional de la isla.[302] Cinco días más tarde, para complementar la labor del Papa, Carlos publicó un largo decreto reformando la administración siciliana. En él se prohibía que, en el futuro, los funcionarios reales cometiesen la menor injusticia; no podrían apoderarse de los bienes o el ganado o incautarse de barcos sin pago previo, ni podrían obligar a ciudades y pueblos a hacerles regalos, ni se les permitiría encarcelar a ciudadanos sin causa justificada, ni anexionarse sus tierras; delitos todos ellos que la nueva ordenanza admitía tácitamente que habían sido cometidos antes del levantamiento.[303] Pero la promesa de estas reformas no conmovió a los sicilianos. Habían sufrido demasiado a manos de los angevinos y su orgullo había sido herido. Estaban dispuestos a luchar, aun con desventaja. Ya el 2 de junio los mesineses habían frustrado un intento de los angevinos de desembarcar fuerzas en Milazzo, en la costa nordeste de la isla. Y no se desanimaron cuando tres semanas más tarde un destacamento angevino desembarcó allí y derrotó, con grandes pérdidas para los rebeldes, a la milicia mesinesa que trataba de rechazarlo. El único resultado de esta derrota fue que los mesineses se

lanzaron sobre el castillo de Mategriffon, donde estaban encarcelados los miembros de la familia Riso y les dieron muerte, y que quitaron al juez Balduino Mussone del cargo de capitán, pues les parecía ineficaz y débil. En su lugar eligieron a Alaimo de Lentini, uno de los tres nobles sicilianos que habían participado en la intriga de Juan de Prócida. Demostró ser un jefe más enérgico, cuyo único defecto era estar sometido a su mujer, Machalda de Scaletta, rica heredera de origen humilde y gran ambición.[304] En esos momentos. Machalda no estaba a su lado, se había ido con algunos de sus vasallos a Catania, donde había logrado por medio de engaños que la aterrorizada guarnición francesa se le rindiese, luego los había hecho matar a todos, apoderándose del mando de la ciudad ella misma.[305]

Alaimo trabajó intensamente para ordenar las defensas de Mesina. Se sumaron a sus fuerzas voluntarios extranjeros; había varias galeras genovesas con sus tripulaciones, sin importarles que algunos de sus compatriotas estuviesen a sueldo del rey Carlos; había doce galeras de Ancona e, inesperadamente, doce de Venecia, tripuladas por hombres a los que desagradaban el rey Carlos y su política. Pisa había prometido ayuda a Sicilia, pero los pisanos acababan de enzarzarse en una guerra contra Génova y retiraron las galeras que pensaban enviar. Los únicos pisanos que iban a formar parte en la guerra siciliana eran los tripulantes de las cuatro galeras alquiladas por el rey Carlos. Éstas estaban en la vanguardia de sus fuerzas y resultaban especialmente desagradables a los hombres de Mesina. Hacia principios de agosto, se unieron también a los defensores de Mesina cincuenta nobles aragoneses con sus gentes; éstos habían dejado el ejército de su rey en África y habían acudido como voluntarios para ayudar la causa siciliana.[306]

Carlos lanzó su primer ataque serio contra Mesina el 6 de agosto, intentando asaltar el barrio del extremo de la península protegido por el puerto. Fue rechazado con muy pocas pérdidas

para los defensores. Dos días más tarde, sus hombres intentaron asaltar las cumbres fortificadas de Capperrina, en el límite noroeste de la ciudad, el más alejado del mar. Al fracasar un ataque a la luz del día, los angevinos lo volvieron a intentar después del anochecer, pero fueron descubiertos y derrotados gracias a la rápida acción de dos mujeres del lugar, cuyos nombres, Dina y Clarencia, aparecen citados con honor en las crónicas. Estos éxitos alentaron a los sicilianos. Fue aquel un mes especialmente lluvioso y el barro dificultaba más el ataque que las fortificaciones. Los ciudadanos, hombres y mujeres, se turnaban en la guarnición. Enviaron espías al campamento enemigo, entre ellos a un fraile franciscano, Bartolomé de Piazza, que había hecho una detenida inspección del ejército angevino antes de que éste cruzase el estrecho. La ciudad cobró nuevos ánimos con la noticia de que se había visto a la Santa Virgen bendiciendo en persona a los defensores. Pero Carlos se tomaba las cosas con calma. Su ejército era muy numeroso y fuerte y su flota muy superior a la de los sicilianos, y tanto uno como otra esperaban nuevos refuerzos. Estrechó el cerco de Mesina en espera de que llegase el momento del asalto final.

Durante la calma que siguió a los primeros ataques, Carlos envió al cardenal Gerardo, legado papal, a la ciudad. Los mesineses lo recibieron con todos los honores, como correspondía al representante del Pontífice, a quien reconocían como señor supremo. El capitán, Alaimo, ofreció formalmente colocar Mesina en sus manos si el Papa se declaraba protector de la Comuna. El cardenal replicó que la Iglesia devolvería la ciudad a su fiel hijo Carlos, a quien legalmente pertenecía toda la isla. Alaimo recuperó las llaves de la ciudad que le había entregado a Gerardo, y declaró que era mejor morir en combate que someterse a sabiendas a un odiado enemigo. El cardenal fue devuelto al campamento real.

Al fracasar la gestión del legado, Carlos intensificó el ataque. El 15 de agosto hizo otro intento de asaltar la muralla en Caparina, pero falló de nuevo. El sitio se hizo más duro. Lo ciudadanos estaban dispuestos a sufrir por la causa, pero lo salvó de la inanición la excepcionalmente buena cosecha de frutas y verduras en zonas comprendidas dentro de la fortificación y la pesca especialmente abundante del puerto. El 2 de septiembre fracasó un nuevo ataque a la muralla del norte. El 4 de septiembre, Carlos ordenó un ataque general. La lucha fue ese día más despiadada que nunca. Pero una vez más los asaltantes no lograron nada, y cuando dos de los noble que estaban junto a Carlos murieron alcanzados por una piedra arrojada desde las murallas, el rey dio por terminado el ataque y se retiró a su campamento, desde donde escribió a Alaimo prometiéndole que, si se rendía y lo proclamaba a él señor de la ciudad, lo recompensaría con tierras hereditarias dondequiera que las desease, y con dinero para pagar los gastos de la guerra. Lo único que pedía era que se le permitiese escoger a seis ciudadanos de Mesina para ser castigados. Lo demás serían perdonados.

Alaimo rechazó desdeñosamente la proposición. Tanto él como su gobierno se daban cuenta del peligro que corrían, pero teníian la esperanza de ser salvados. Cuando, a través de su legado, el Papa rechazó el proyecto de convertir Sicilia en un grupo de Comunas bajo la autoridad de la Santa Sede, los sicilianos comprendieron que tenían que encontrar otra solución para el futuro de la isla. Y había una a mano.[307]

Cuando el rey Pedro de Aragón envió una embajada al papa Martín para solicitar la bendición papal para la cruzada, tenia muy pocas esperanzas de recibir una respuesta amistosa. Su principal embajador, el catalán Guillermo de Castelnou, había recibido instrucciones de detenerse al regreso en Palermo y ponerse en contacto con los jefes rebeldes. Los ciudadanos de Palermo sabían ya que nada haría que el Papa abandonase la causa de Car-

los. Al principio, a los sicilianos no les seducía la idea de sustituir el gobierno de una potencia extranjera por el gobierno de otra, pero no podían resistir solos. La reina Constanza de Aragón era después de todo la representante de la Casa de Hohenstaufen y la última heredera de la gran dinastía de reyes, y su marido estaba a mano con un espléndido ejército. La prudencia y la legitimidad les aconsejaban aceptar a Pedro y Constanza como reyes. Cuando Castelnou salió para reunirse con su señor en Collo, llevaba consigo tres emisarios sicilianos. Uno era un noble mesinés, llamado Guillermo, que vivía en Palermo. Los otros dos eran jueces de la ciudad, pero no se saben sus nombres.

La delegación siciliana se presentó ante el rey Pedro en el campamento de Collo y le ofreció sus respetos, informándole a continuación de la apurada situación de su isla huérfana. Doña Constanza, dijeron, era su reina legítima y a ella debería adjudicársele la corona, y después de ella a sus hijos, los infantes de Aragón. Los delegados imploraron al rey que acudiese a salvarlos y a hacer que su esposa disfrutase de sus derechos. Pedro los recibió con todos los honores, pero no se decidió a comprometerse. Cuatro días después, llegó un barco en el que iban dos caballeros y dos ciudadanos de Mesina, que habían atravesado el sitio angevino. Al mismo tiempo otros tres ciudadanos de Mesina fueron a Palermo y anunciaron que se unían a los que apelaban al rey Pedro. Éste seguía fingiendo titubear, pero había consultado a los jefes de su ejército y los había visto dispuestos a seguirlo a Sicilia. Después de mostrar la debida modestia, Pedro anunció graciosamente que accedería a la petición de los sicilianos. Iría a Sicilia y colocaría a su mujer en el trono de sus antepasados. Prometió a los isleños que respetaría sus privilegios y que todo funcionaría como en los tiempos del rey Guillermo el Bueno. Después, Pedro envió una vez más a Guillermo de Castelo a la corte pontificia con una esmerada y piadosa exposición de sus motivos.[308]

Hacia finales de agosto, se levantó el campamento aragonés de Collo. Durante tres días, las autoridades del ejército metieron hombres, caballos, asnos y provisiones en las galeras y transportes que esperaban la salida. El barco siciliano se apresuró a regresar para anunciar a los isleños que su tripulación había visto embarcar al rey Pedro. Unos dos días más tarde, el 30 de agosto de 1282, la gran hueste de Aragón, con su rey al frente, desembarcaba en Trapani. La revolución siciliana era ya una guerra europea.[309]

14. El duelo entre los reyes

La matanza de Palermo y la valiente defensa de Mesina habían sido llevadas a cabo sólo por los sicilianos, aunque su levantamiento fuese el resultado de una gran conspiración. Es posible que hubiesen recibido armas de Génova y de Aragón; es seguro que recibieron oro de Bizancio; pero lucharon sin ayuda. El odio apasionado que sentían por el opresor les había dado fuerza suficiente. El futuro era más incierto. El rey Carlos fue contenido en Mesina, pero no derrotado. Aún podía recibir refuerzos. Aún tenían que llegar más barcos de Venecia. Los caballeros franceses, con el conde de Alençon al frente, se estaban reuniendo para ir a Italia. El Papa se negaba a dar su aprobación a la revuelta. Si se quería evitar la reconquista por los angevinos, necesitaban ayuda extranjera, y el rey de Aragón, con los derechos hereditarios de su mujer y su propio ejército esperando no muy lejos, era el adecuado para apoyar a los rebeldes. Pero Pedro era casi tan ambicioso como el rey Carlos. Ambos habían constituido un sistema de alianzas, y, cuando chocaron, la guerra alcanzó unas proporciones demasiado amplias para que los intereses de Sicilia se recordasen durante mucho tiempo.

Después del desembarco en Trapani, el rey Pedro y su ejército siguieron hasta Palermo, mientras la flota los seguía a lo largo de la costa. Llegaron a la ciudad el 2 de septiembre. A Pedro le hubiese gustado ser coronado rey de Sicilia inmediatamente, pero el arzobispo de Palermo había muerto y el arzobispo de Monreale, que era amigo de los franceses, había huido. Por lo tanto, fue simplemente proclamado rey delante de la Comuna, el 4 de sep-

tiembre. A cambio de la proclamación, él prometió solemnemente observar los derechos y los privilegios de los sicilianos como en los tiempos del buen rey Guillermo. A continuación, hizo un llamamiento a todos los hombres capaces de llevar armas en Palermo y en Sicilia occidental para que se unieran a su ejército y marchasen con él a salvar Mesina. Pocos días después, salió lentamente hacia el este a través de Nicosia y Troina, en el centro de la isla, mientras la flota navegaba a su altura por la costa del norte. Ya había enviado dos embajadores, Pedro de Queralt y Rodrigo de Luna, para decirle a Carlos que abandonase Sicilia.[310]

Carlos no se enteró del desembarco de Pedro hasta unos días después. Dos frailes carmelitas vieron a los embajadores aragoneses en Nicosia, en la carretera interior de Palermo a Mesina, y descubrieron qué asunto se llevaban entre manos. Volvieron apresuradamente a informar a Carlos. Los ciudadanos de Mesina aún no sabían nada y el asalto general que Carlos ordenó para el 14 de septiembre era un intento de dominar la ciudad antes de que sus habitantes se enterasen de que tenían un aliado cerca. Las condiciones de paz ofrecidas a Alaimo inmediatamente después del fracaso del asalto eran asimismo un esfuerzo por arreglar el asunto antes de que se supiese de la invasión aragonesa.[311]

Los embajadores del rey Pedro se presentaron ante Carlos el 16 de septiembre. Éste los recibió de mal talante, pero no les respondió de inmediato. Les dijo que volviesen al día siguiente. Los embajadores aprovecharon el tiempo libre para acercarse cuanto pudieron a las murallas de Mesina y gritar que su rey ya estaba en Palermo. Pero la gente sospechaba que eran agentes y nadie los creyó, excepto el capitán depuesto, Balduino Mussone. Éste se deslizó entre las líneas de los sitiadores para unirse al rey Pedro y conseguir ser escuchado antes que su rival Alaimo, pero fue detenido por unos campesinos y devuelto a la ciudad. Los habitantes estaban muy excitados y querían lincharlo por desertor, por lo que Alaimo tuvo que ponerlo bajo custodia para prote-

gerlo, junto con un tal Federico Falconio, al que se le habían oído comentarios derrotistas. Menos suerte tuvieron Enrique de Parisi, un juez, y tres amigos suyos. Eran sospechosos de traición y fueron ejecutados sumariamente.[312]

Carlos discutió el asunto con sus consejeros antes de dar una respuesta a la embajada. Había averiguado que el ejército de Pedro, y sobre todo la flota, eran formidables. Y él no podía confiar enteramente en su propia flota; las tripulaciones mercenarias no eran de fiar y los genoveses simpatizaban abiertamente con los sicilianos. No tenía el menor deseo de verse atrapado en Mesina, delante de una ciudad no conquistada, y con la retirada por el estrecho amenazada. Tampoco deseaba arriesgarse a una batalla campal hasta que no llegasen sus aliados franceses. El consejero que llevaba la voz cantante era Tomás de Acerra, hijo de una de las hijas ilegítimas de Federico II, y como tal resultaba sospechoso a los angevinos; pero Carlos estaba dispuesto a confiar en él. Tomás expuso cuál era la situación militar. Sería mucho mejor, dijo, esperar refuerzos en una posición fuerte en la costa continental del estrecho. Los sicilianos se cansarían pronto de los aragoneses y entonces podrían volver a desembarcar en la isla, preferiblemente en un punto más débil que Mesina.[313]

Carlos vio de nuevo a la embajada aragonesa el 17 de septiembre y le dio una larga respuesta en la que rechazaba los derechos del rey Pedro sobre Sicilia, pero indicaba que estaba dispuesto a evacuar sus tropas de la isla, aunque sin garantía de que no volviese algún día y sin previo aviso. Una semana más tarde, cuando vio que su equívoca respuesta no había impedido a Pedro avanzar lentamente hacia Mesina, empezó a embarcar su ejército y el material de guerra y a pasarlo a Calabria. Por entonces, los mesineses ya se habían enterado de la invasión aragonesa. Un comerciante genovés, que había visto personalmente al rey Pedro en la isla, se abrió camino hasta Mesina y comunicó la noticia a Alaimo. Hubo gran regocijo entre los ciudadanos, y, cuando

vieron que el ejército enemigo se preparaba a levantar el campo y a embarcarse, hicieron algunas salidas desde las puertas. No se había marchado aún todo el ejército cuando llegaron las primeras tropas aragonesas. En la confusión, los jefes angevinos consiguieron meter a la mayor parte de sus hombres en los barcos, pero algunos quedaron atrás y fueron muertos, y una enorme cantidad de armas y de pertrechos tuvo que ser abandonada.[314]

El rey Pedro entró triunfalmente en Mesina el 2 de octubre. No se había apresurado nada desde Palermo. Igual que el rey Carlos, no deseaba provocar una batalla campal y quería dar tiempo al ejército angevino para que cruzasen a Calabria, con lo que él podría conquistar la isla entera sin un solo enfrentamiento. No estaba del todo seguro del carácter de los habitantes, pero se daba perfecta cuenta de que su principal ventaja ante los mismos eran el ejército y la flota, y no estaba dispuesto todavía a arriesgarse en combates. Había tenido algunas experiencias personales poco tranquilizadoras. Durante un alto en Milazzo, fue a verlo por la noche un viejo harapiento cuyo nombre era, según dijo, Vitalis dei Giudici, de Mesina. Había sido un fiel amigo del rey Manfredo y, al caer éste, había perdido cuanto tenía. Desde entonces, vivía como un mendigo, no como la mayoría de los señores sicilianos, sobre cuya inconstancia advirtió muy seriamente al rey. En particular, le dijo que tuviera cuidado con Alaimo de Lentini, el valiente capitán de Mesina, que ya había traicionado al rey Manfredo y al rey Carlos. Y peor que Alaimo eran su mujer, Machalda, y el padre de ella, Jaime de Scaletta. El rey Pedro le contestó muy adecuadamente que su tarea consistía en hacer amistades en Sicilia y no en ofender a los sicilianos con sospechas y recriminaciones sobre el pasado. La advertencia del vengativo viejo simplemente le hizo anunciar a la mañana siguiente una amnistía para todos los enemigos políticos.

Al día siguiente por la tarde, se acordó del hombre. Tenía intenciones de pasar la noche en el pueblo de Santa Lucía, a tres ki-

lómetros de Milazzo. Allí se encontró a doña Machalda, que lo estaba esperando. Ya la había conocido dos días antes, en Randazzo, en la vertiente norte del Etna, donde se había detenido para saludar a una delegación que había ido desde Mesina para decirle que el rey Carlos había salido de la isla. La mujer había llegado de Catania, llevando consigo las llaves de la ciudad. Había decidido que el cargo de amante real le convenía y trató de poner en práctica su proyecto. El rey Pedro pasó una velada enormemente embarazosa. Sólo se libró hablando interminablemente de su fidelidad a la reina Constanza, argumento que a doña Machalda no le gustó en absoluto. Desde entonces, sus celos de la reina eran evidentes para todo el mundo. Después de eso, decidió usar su influencia sobre su marido, Alaimo, para intrigar contra la Casa de Aragón.[315]

De momento, Alaimo no se dejó convencer. Dio la bienvenida a Pedro en Mesina y puso las fuerzas de la ciudad a disposición del rey. Sicilianos y aragoneses se unieron fraternalmente y, llenos de entusiasmo, se dispusieron a atacar la costa de Calabria. La retirada de Carlos había sido tan apresurada que su flota no había tenido tiempo de reponerse. Carlos estableció el campamento en Reggio, donde intentó reorganizar sus fuerzas mientras esperaba a sus aliados franceses. No estuvo en condiciones de atacar a los aragoneses antes de que los últimos escuadrones de la flota enemiga llegasen al puerto de Mesina, el 9 de octubre. Dos días después, unos barcos angevinos trataron de salir de Reggio para ir a Nápoles. Los aragoneses se lanzaron en su persecución y, ante eso, Carlos ordenó al grueso de la flota que atacase. Fueron rechazados por los aragoneses y tuvieron que volver al puerto de Reggio, después de haber sufrido grandes pérdidas, entre ellas las de dos de las galeras que habían alquilado a Pisa. El 14 de octubre hubo una segunda batalla naval, frente a Nicotera, a unas treinta millas al norte del estrecho. Los aragoneses, a pesar

de ser menos, consiguieron capturar veintiuna galeras cargadas de armas, y llegadas de Nápoles.[316]

Estos éxitos envalentonaron tanto al rey Pedro que empezó a planear la invasión del continente. Tenía en su poder Sicilia y, al menos por el momento, dominaba el mar. A finales de octubre, desembarcó tropas cerca de Nicastro, en el punto más estrecho de Calabria central, y ocupó el istmo entre el mar Tirreno y el golfo de Tarento, separando así Reggio y el ejército de Carlos del resto del continente. No fue un bloqueo muy eficaz. Carlos, príncipe de Salerno, logró pasar a través de él hasta Reggio a principios de noviembre, con seiscientos caballeros franceses, y un mes más tarde le siguieron los condes de Alençon y Artois. Carlos confió la defensa del distrito a dos de sus mejores comandantes franceses, Bertrand Artus y Pons de Blanquefort, ayudados por el principal barón italiano local, Pedro Ruffo, conde de Catanzaro. Todos ellos actuaron eficazmente y su competencia, junto con los refuerzos llegados de Francia, impidieron a los aragoneses afianzar su dominio.[317]

A principios del invierno parecía que la guerra había alcanzado un punto muerto. Seguía estando localizada y el primer paso para romper la calma tendría que haber venido de la intervención de otras potencias. El rey Pedro tenía el máximo interés en evitar tales complicaciones. Había ganado el primer asalto con la ayuda de los sicilianos y podía contar con el apoyo de los gibelinos de Italia del Norte y central. En efecto, ante la noticia de las Vísperas había habido una breve revolución gibelina en Perusa, y la mayor parte de Umbría estaba en poder de los gibelinos. En los pueblos se quemaron efigies del odiado Papa francés. El 1 de mayo, Guido de Montefeltro y un grupo de gibelinos de la Toscana y la Emilia habían tendido una emboscada en Forli al gobernador pontificio de la Romania, el francés Juan de Eppe, y habían destruido casi todo su ejército. Los Orsini se levantaron en Roma, pero se los forzó a retirarse a sus posesiones en el cam-

po. Conrado de Antioquía, nieto de Federico II, apareció con un ejército en las colinas situadas detrás de Tívoli.[318] Pero aunque los gibelinos podían confundir y distraer a los enemigos del rey Pedro, no podían prestarle una ayuda verdaderamente positiva. De los otros amigos de Pedro, Génova compartía su enemistad por el rey Carlos a pesar de que habían alquilado galeras a los angevinos, pero tenía muchos problemas con la rivalidad de Venecia en el comercio oriental y la guerra contra Pisa.[319]Pedro tenía un aliado en potencia en el emperador Miguel de Constantinopla, pero al haber desaparecido el peligro de un ataque del rey Carlos a esa ciudad, los bizantinos podían permitirse el lujo de descuidar Occidente. Bastante tenían con ocuparse de los problemas de la península balcánica y de Anatolia. Además, Miguel estaba enfermo y próximo al fin de sus días. Murió el 11 de diciembre de 1282, satisfecho con la labor realizada durante su vida.

Había devuelto el Imperio a Constantinopla y había alejado el contraataque de Occidente. Su hijo y sucesor Andrónico era un hombre pacífico y bastante incompetente, cuyo principal interés era la teología. Sus diplomáticos vigilaban cuidadosamente los asuntos italianos, y Andrónico llegó al extremo de casarse en segundas nupcias con la hija del gran príncipe gibelino, Guillermo de Montferrato. Pero aunque el rey Pedro lo hubiese deseado, el Imperio no se habría implicado en una guerra de Europa occidental.[320] Pedro sólo tenía aliados dudosos. El reino de Castilla, sobre el que poseía algún poder gracias a que tenía en sus manos a los infantes de La Cerda, estaba ocupado con la guerra civil entre el rey Alfonso y su hijo Sancho. Rodolfo de Alemania decepcionó a los gibelinos: no estaba dispuesto a pelearse con el Papa, pues seguía abrigando la esperanza de ser coronado emperador algún día, y, por otra parte, se consideraba ligado por tratado con el rey Carlos, cuyo nieto mayor era su yerno. Eduardo de Inglaterra no era desfavorable a Pedro y su relación con la corte

de Francia era algo tirante, pero tenía bastantes cosas de que ocuparse. Se mantuvo estrictamente neutral, deseoso de hacer cuanto pudiera por preservar la paz de Europa.[321]

El rey Carlos tenía aliados más firmes. Es cierto que no era probable que los güelfos de Italia fuesen a serle más útiles que los gibelinos a su rival, mientras que Venecia, aunque había estado más que dispuesta a unirse a él contra Constantinopla, deseaba intervenir en una guerra italiana aún menos que Génova. Pero el rey de Francia consideraba el levantamiento de Sicilia casi como una injuria personal, un insulto a la nación francesa, por lo que apoyó a su tío incondicionalmente. Cuando el príncipe de Salerno salió precipitadamente de Provenza para París, para informar al rey Felipe sobre las Vísperas, fue recibido con grandes muestras de simpatía. Felipe autorizó y exhortó a los condes de Alençon y de Artois a unirse al ejército angevino y ofreció un préstamo de 15 000 libras *tournoise* para los gastos de la guerra. El príncipe Carlos había recibido el encargo de su padre de intentar aplacar a la reina madre Margarita ofreciéndole un nuevo y generoso trato sobre sus derechos a Provenza. Gracias probablemente a los buenos oficios de Felipe, la viuda consintió en no tomar de momento ninguna medida activa contra Carlos.[322]

Carlos recibió con gran satisfacción las pruebas de buena voluntad de la corte francesa. Pero mientras la guerra estuviese localizada en Italia, los franceses no podían hacer más que enviarle soldados y prestarle dinero. Y no estaba seguro, a pesar de las advertencias del rey Felipe al rey Pedro antes de las Vísperas, de que los franceses quisieran llevar la guerra a Aragón. Sin embargo, quizá lo harían si el Papa los instaba a ello. Y el papa Martín era un amigo aún más leal. Sin la menor vacilación, Martín identificó la causa de Carlos con la suya propia. Los éxitos gibelinos dentro y fuera del territorio pontificio habían tenido como resultado que el Papa estuviera más furioso y más decidido a actuar. Excomulgó a sus enemigos y a los de Carlos: al rey Pedro,

al emperador Miguel, a Guido de Montefeltro y a las ciudades gibelinas de Perusa, Spoleto y Asís. Mas prácticamente, prestó dinero de los ingresos de la Iglesia a Carlos. Pero a cambio de estas medidas le pidió a éste ayuda militar para defender sus propios territorios. Para Martín, tanto el problema moral como el militar estaban claros. Su autoridad había sido burlada por Pedro de Aragón y los rebeldes sicilianos. Todos los buenos cristianos tenían la obligación de unirse y aplastarlos.[323]

Si Carlos no compartía enteramente los puntos de vista del Papa, se debía a cuestiones económicas. Las guerras eran cada vez más costosas. Un rey ya no podía contar con que, a petición suya, los señores feudales pusiesen a su disposición tropas bien equipadas. La mayor parte de los soldados esperaba un sueldo y armas. Éstas eran muy caras, igual que los barcos, tanto si se construían con fines navales como si se alquilaban. Además, las guerras podían interrumpir el comercio y reducir de ese modo los impuestos aduaneros, que formaban una gran parte de los ingresos del Estado. Ni Pedro ni Carlos deseaban costear una larga guerra. Pedro era relativamente pobre. Aragón no era un país muy rico y sus nobles tenían privilegios constitucionales que controlaban la cantidad de impuestos que el rey podía cobrar. Entre los dominios reales se contaban ciudades con un comercio tan próspero como Barcelona y Narbona, pero los comerciantes también tenían sus derechos y no estaban demasiado ansiosos de financiar una guerra cuyo efecto en el comercio exterior no se podía prever. Pedro cobraba todos los impuestos que podía y completaba sus ingresos con tributos pagados por príncipes musulmanes del sur de España o de África. Temía los gastos de una guerra larga y generalizada. Carlos disponía de más ingresos. Tenía poder fiscal sobre sus dominios y les hacía pagar tasas muy elevadas. Pero era evidente que los impuestos excesivos creaban intranquilidad en el país. Con la pérdida de Sicilia, ya no podía contar con el tributo que hasta entonces le había pagado el rey

de Túnez. Su grandiosa política exterior había sido siempre costosa y la había sostenido en gran parte por medio de créditos. Debía grandes sumas a los acreedores. El dinero dedicado a preparar las grandes expediciones contra Constantinopla se había perdido totalmente. Los primero resultados de la fundación de su imperio habían sido todo decepcionantes desde el punto de vista económico. El principado de Acaya era lo bastante rico como para no necesitar ayuda exterior, pero tampoco le sobraba el dinero, especialmente en esos momentos en que todo el poder de Carlos parecía amenazado. Lo que quedaba de los reinos de Albania y de Jerusalén sólo le suponía gastos. Los ingresos que venían de éstos eran muy pequeños y él tenía que suministrarles no sólo guarniciones y armas, sino también víveres. Carlos deseaba recobrar Sicilia a toda costa, pero la reconquista no iba a ser un asunto barato.[324]

Este temor al coste de una guerra larga ayuda a comprender la curiosa sugerencia de Carlos para evitarla. Hacia finales de 1282, cuando seguía aún en Reggio y Pedro en Mesina. Carlos envió a un fraile dominico, Simón de Lentini, al campamento aragonés, con la propuesta de que la posesión de Sicilia se decidiese con un único combate entre los dos reyes. Pedro aceptó la sugerencia con la condición de que la guerra continuase hasta el momento del duelo. Después de algunas negociaciones, se decidió que el combate cuerpo a cuerpo era inadecuado, pues Carlos tenía ya cerca de cincuenta y seis años, lo cual en la Edad Media suponía ser prácticamente un anciano, mientras que Pedro era quince años más joven. En lugar del duelo se decidió pues que cada rey estaría acompañado por cien caballeros de su elección, que lucharían a su lado. El encuentro tendría lugar el 1 de junio de 1283, en Burdeos, capital de las posesiones francesas del rey Eduardo de Inglaterra.[325]

No podemos saber hasta qué punto Carlos y Pedro eran sinceros cuando proyectaban el duelo. Es propio de la naturaleza hu-

mana recurrir a algún tribunal cuya autoridad moral sea reconocida, incluso si el apelante no tiene intención de atenerse a una decisión adversa. El hombre moderno lo hace ante una asamblea internacional. En la Edad Media se apelaba al más puro veredicto de Dios. En el siglo XIII, el juicio de Dios por medio de una batalla empezaba a resultar anticuado, pero los hombres seguían creyendo que era un medio de estimar la justicia de una causa. En igualdad de condiciones, Dios concedería la victoria al justo. Es probable que, tanto para Carlos como para Pedro, la sugerencia pareciese ofrecer a primera vista una solución para el asunto siciliano sin los problemas y gastos de una gran guerra. Ambos reyes se daban cuenta del valor de propaganda que suponía mostrarse dispuestos a someter su disputa al juicio de Dios.

Para Pedro, cuyas perspectivas si la guerra se generalizaba eran más negras que las de Carlos, el duelo no carecía de atractivos. Estaba en la flor de la edad y se había criado en una corte valiente y caballeresca, entre camaradas a los que les gustaba la aventura. Carlos tenía más que perder corriendo semejante riesgo; pero, a pesar de su crueldad y de su ambición, era un hombre piadoso, y es posible que creyese sinceramente que la posesión de Sicilia, que le había sido concedida por la Santa Iglesia, sería garantizada por Dios. Al pensarlo más despacio, puede que ambos dudasen de lo prudente del asunto. Pero, una vez dado el consentimiento, ninguno de los dos podía hacer frente a la mancha que para su reputación supondría la retirada.

Sus dudas probablemente aumentaron con la reacción de los otros gobernantes ante la noticia. El Papa estaba francamente horrorizado. Si se deseaba apelar a Dios, ahí estaba él, representante de su voluntad en la tierra. Demostrando escasa confianza en el juicio directo de Dios, el Papa escribió Carlos para preguntarle si era acertado enfrentarse en igualdad de condiciones con un enemigo que era mucho más débil que él. Solamente un comprensible malestar, pensaba Martín, pudo haber inducido a Carlos a

hacer una sugerencia tan estúpida. El Papa le prohibió tomar parte en el duelo y prohibió al rey de Inglaterra que permitiese que se celebrase en sus dominios. El propio rey Eduardo consideraba el duelo como algo frívolo.[326] Los sicilianos, ante el riesgo de volver al gobierno angevino, debían de compartir su opinión. Pero el rey Carlos no cambió de manera de pensar, al menos abiertamente. Es probable que deseara visitar de todos modos la corte francesa y sus propias tierras en Francia, y estaba contento de que durante su ausencia del reino, su hijo Carlos de Salerno hubiese promulgado medidas de apaciguamiento bajo su propia responsabilidad. El rey Pedro estaba igualmente contento de tener una oportunidad de volver por algún tiempo a Aragón, aunque no tenía la intención de salir hasta no haber mejorado su posición militar en Calabria.[327]

El 12 de enero de 1283, Carlos publicó una acta por la que otorgaba a su hijo Carlos de Salerno plenos poderes hasta que él volviese del extranjero. Cinco días después, salió de Reggio y atravesó lentamente el reino, deteniéndose unos días a principios de febrero en Nápoles, para llegar a Roma a finales del mes. Se entrevistó con el papa Martín en Viterbo el 9 de marzo y puso bajo su protección a su hijo el regente. El 14 de marzo pasó por Florencia, camino de Viareggio, donde lo esperaban las galeras provenzales que lo llevaron a Marsella. En abril partió hacia París, donde su sobrino el rey Felipe le dispensó una cordial bienvenida.[328]

El rey Pedro no tenía tanta prisa, pues deseaba reforzar sus éxitos militares. A principios de enero, antes de que el rey Carlos saliese de Reggio, una guerrilla aragonesa había atacado los suburbios del puerto marítimo de Catona y se había abierto camino hasta el mesón donde estaba el conde de Alençon y lo había matado. El arsenal naval fue destruido. Estas incursiones rebajaban la moral del ejército angevino, cuyos jefes trataban de

reemplazar a las tropas locales por hombres de Francia y de Provenza siempre que era posible.

El rey Pedro, al contrario, tuvo el gesto de poner en libertad a dos mil italianos que había capturado.[329]

El 13 de febrero de 1283, el príncipe de Salerno sacó al ejército angevino de Reggio y se retiró a una buena posición defensiva en la llanura de San Martino, unos cuarenta y cinco kilómetros al norte. Al día siguiente, el rey Pedro cruzó el estrecho y entró en Reggio sin encontrar oposición. Publicó un manifiesto ofreciendo recompensas a todo calabrés que se uniese a él. Obtuvo una respuesta favorable, pero sus tropas no consiguieron echar a los angevinos de San Martino, ni prestar ayuda a los rebeldes que estaban al norte del frente.[330] Carlos de Salerno respondió convocando un parlamento en el campamento de San Martino y promulgando, con la aprobación de aquél, una serie de ordenanzas que fijaban y completaban las reformas prometidas por su padre en junio anterior. El cardenal Gerardo de Parma, legado pontificio en Sicilia, estaba con él en representación de su señor supremo y protector, el papa Martín, y se ocupó de que algunas ordenanzas tratasen de la independencia del clero del poder real. Política que no gozaba especialmente del apoyo popular. El siguiente grupo de ordenanzas mostraba que los vasallos tenían preocupada a la corte angevina. Se concedió a los señores feudales más libertad para contraer los matrimonios que quisieran, más poder sobre sus propios vasallos, el privilegio de ser juzgados por sus pares y la promesa de que nunca se le exigiría desempeñar tareas indignas de su condición. Seguía un revoltillo de reformas, unas que garantizaban la propiedad y la libertad de las mujeres inocentes cuyos familiares fueran criminales o traidores, otras que restringían los casos en que las comunidades de los pueblos serían multadas por las infracciones de un miembro de la comunidad. Una cláusula abolía los impuestos exigidos para la reparación de la flota; otra reducía los impuestos locales

para los gastos de conservación de los castillos. Otras protegían contra las acusaciones hechas a la ligera por la policía o los funcionarios de prisiones, contra la práctica de altos funcionarios de obtener animales de carga a precios puramente nominales, y contra la de la casa real de pagar demasiado poco por su aprovisionamiento. Otras reorganizaban la administración de los bosques y de los mercados, y de todo el sistema monetario. Como de costumbre, se prometía a los súbditos del rey los privilegios que habían disfrutado en los tiempos del rey Guillermo el Bueno.[331]

Si hacían falta tantas reformas, el gobierno entero debió de deteriorarse bajo la presión del costoso y ya no triunfante imperialismo de Carlos. No sabemos cuántas de esas reformas se llevaron a cabo. Algunos abogados del reino llegaron a preguntarle al Papa cuáles eran exactamente los famosos privilegios otorgados por el buen rey Guillermo. Martín, fastidiado, les contestó que no lo sabía, que no había vivido en aquella época. Las ordenanzas de San Martino tuvieron muy poco éxito como propaganda. Los súbditos italianos de Carlos seguían tan dispuestos como antes a abandonarlo si se presentaba una ocasión propicia. A los angevinos los favorecían más las desavenencias que empezaban a surgir entre los sicilianos y sus libertadores aragoneses.[332]

A comienzos de la primavera de 1283, el rey Pedro hizo llamar a Constanza a su lado. Pedro estaba satisfecho de sí mismo. Escribió a sus aliados gibelinos del Norte, Guido de Montefeltro, Conrado de Antioquía y Guido Novello, diciéndole que el ejército enemigo de Calabria estaba muriéndose de hambre. Incluso escribió a Venecia para instar al dux a que se uniese a la causa vencedora. El 4 de abril regresó a Mesina, adonde la reina Constanza llegó el 16 de abril, con sus dos hijos más pequeños, los infantes Jaime y Fadrique, su hija, la infanta Violante, y su consejero de confianza, Juan de Prócida.[333] El 19 de abril se reu-

nió un parlamento en Mesina, en el que se anunció que a la muerte del rey Pedro el trono de Sicilia pasaría al infante Jaime, mientras que su hermano mayor, Alfonso, heredaría Aragón. Mientras tanto, la reina Constanza sería la regente, con Alaimo de Lentini en el cargo de justicia mayor, Juan de Prócida en el de canciller y Roger de Lauria en el de gran almirante. Al día siguiente, Pedro salió de Mesina para viajar despacio por la isla hasta Trapani, de donde partió el 6 de mayo hacia Valencia. Dos semanas más tarde salió de Valencia camino de Burdeos, donde había de tener lugar el duelo.[334]

Ni Carlos ni él tenían ya intención de batirse en duelo, pero había que representar la comedia hasta el fin. El rey Eduardo, obediente a la orden del Papa, se negó a tener la menor relación personal con el asunto. Permaneció en Inglaterra y no quiso prometer salvoconducto a los participantes. Pero permitió a su senescal en Guyena, Juan de Grailly, que hiciese preparativos para recibir a los visitantes y arreglar la liza. El rey Carlos llegó a Burdeos con gran pompa, acompañado por el rey de Francia y por una espléndida escolta de caballeros franceses, entre los cuales había de elegir a sus cien paladines. El mundo vería que aún era un gran rey. Pedro adoptó una táctica diferente. Llegó modestamente con sus paladines, evitando cuidadosamente toda ostentación, como si quisiese demostrar que sólo en Dios tenía fe.

La techa del combate se había fijado para el 1 de junio, pero, desgraciadamente, no se había determinado la hora. El rey Pedro y su gente llegaron por la mañana temprano a la liza y no encontraron a nadie. Sus heraldos anunciaron formalmente su presencia. Después, Pedro regresó a su alojamiento y publicó una declaración en la que decía que su contrincante no se había presentado en el lugar fijado. Por tanto, la victoria era suya. Unas horas más tarde, el rey Carlos llegó con todo su séquito y siguió exactamente el mismo procedimiento. Él también había conseguido la victoria. Los reyes rivales salieron de Burdeos unos días des-

pués, llamándose mutuamente cobardes que no se habían atrevido a enfrentarse al juicio de Dios.[335]

El verdadero duelo iba a tener lugar en un escenario más vasto. Pedro y el rey Carlos habrían preferido limitar la guerra a Italia, pero el papa Martín quería que las cosas fuesen de otra manera. Ya había empezado a predicar una cruzada contra Aragón, y con ello estaba preparando la caída del Papado medieval.

15. El fin del rey Carlos

Fue trágico para el Papado que en esos momentos de la historia rigiese sus destinos un francés tan patriótico. El Papa consideró desde el principio que el levantamiento siciliano era una rebelión dirigida contra su persona. Alguien más inteligente habría comprendido la causa que lo provocó, así como el sincero deseo de los sicilianos de ponerse bajo protección papal. Pero Martín sólo recordaba que había sido el Papado el que había colocado en el trono siciliano al francés Carlos de Anjou, y habría sido una traición a la Iglesia y a Francia apoyar la rebelión. Su intransigencia había echado a Sicilia en brazos de Aragón. La respuesta de Martín fue usar la autoridad de la Iglesia contra Aragón.

Pedro de Aragón estaba excomulgado desde noviembre de 1282. El 13 de enero de 1283 Martín declaró que la guerra contra Pedro y los rebeldes sicilianos y contra cualquiera que los ayudase tenía carácter de cruzada, y los que participaran en ella disfrutarían de los privilegios concedidos a los que luchaban contra los infieles en Tierra Santa. Estas medidas fulminantes no eran suficientes. Carlos, al entrevistarse con el Papa en Viterbo de paso para participar en el duelo, cuya falta de significado ya conocía, proyectó tomar medidas más eficientes, para lo cual contaba con la cooperación del rey de Francia. El 21 de marzo, pocos días después de haber salido Carlos de Viterbo, Martín declaró que Pedro quedaba privado de sus dominios, que serían otorgados a buenos católicos escogidos por la Santa Sede. Advirtió a los príncipes neutrales que no tuviesen la menor relación

con el rey excomulgado. Dijo a Eduardo de Inglaterra, aunque sin resultado, que rompiese el compromiso matrimonial de su hija con Alfonso, el hijo mayor de Pedro. El dux de Venecia, de quien se sospechaba que estaba dispuesto a escuchar al rey aragonés y que se había negado a prestar más galeras a los angevinos, fue informado, en pública lectura en la plaza de San Marcos por un legado papal, de la sentencia contra Pedro y sus aliados.[336]

Entretanto en París, después del inútil viaje a Burdeos y al regreso de éste, el rey Carlos proyectaba con su sobrino el rey Felipe la manera de dirigir la cruzada contra Aragón. Carlos deseaba comprometer a la corte francesa lo más posible. Es casi seguro que fue por sugerencia suya por lo que en agosto de 1283 el Papa envió a París a un legado, Juan Chalet, cardenal de Santa Cecilia, para ofrecer el trono de Aragón al hijo más joven del rey Felipe, Carlos, conde de Valois. Felipe, que esperaba el ofrecimiento, había conseguido ya el apoyo de Jaime, rey de Mallorca, que estaba terriblemente envidioso de su hermano Pedro y muy molesto por ser vasallo suyo. Parece ser que Felipe ofreció a Jaime completa independencia cuando el príncipe francés ocupara el trono de Aragón. El cardenal legado prometió, además, un diezmo de tres años, que le sería pagado por el clero de Francia. Muchos franceses no aprobaban el asunto. Antiguos consejeros, que habían conocido los tiempos de san Luis, no dudaron en hacer notar que su reverenciado señor nunca aprobó los ataques del Papado a los príncipes seculares. Las simpatías del heredero del trono, el futuro Felipe el Hermoso, cuya madre había sido una princesa de Aragón, estaban del lado de su tío Pedro. El rey Felipe aprovechó estas dudas para arrancar la promesa de un diezmo por más tiempo. Y el Papa tuvo que declarar oficialmente que la proyectada expedición francesa contra Aragón sería efectivamente una cruzada. Finalmente, el 2 de febrero de 1284, el rey Felipe anunció públicamente que aceptaba los reinos de Aragón y de Valencia para su hijo Carlos de Valois,[337]

Mientras tanto, la guerra en Italia seguía su marcha. En Italia central los gibelinos eran mantenidos a raya. Bernardo, cardenal de Porto y activo legado papal, recorría el país alentando a los güelfos. La guerra entre Génova y Pisa impedía ambas ciudades ayudar a la causa gibelina. Juan de Eppe, gobernador pontificio de la Romania, recibió refuerzos y dinero, con los que recobró el vasallaje de algunas ciudades de la Romania y de las Marcas y tomó por asalto otras, empezando por Forli, cuyas murallas fueron totalmente arrasadas. Pero las ciudades de Umbría seguían en poder de los gibelinos, y ni Guido de Montefeltro, en su castillo de Mendola, en los Apeninos, ni Conrado de Antioquía, en Saracinesco, en los Abruzzos, habían sido vencidos, aunque sus enemigos hubiesen recibido derechos de cruzados.[338]

Más al sur, el Papa no tenía tantos motivos para sentirse satisfecho. Carlos de Salerno necesitaba dinero a toda costa. Durante el mes de febrero de 1282, el Papado le había proporcionado nada menos que 90 000 onzas de oro. En un sínodo reunido en Melfi, el legado pontificio, cardenal Gerardo, ofreció al príncipe concesiones procedentes de los ingresos eclesiásticos del reino. Aun así, Carlos tuvo que tomar prestado dinero de los reyes de Francia e Inglaterra, de los banqueros de Lucca y Florencia, del rey de Túnez y de los municipios del reino.[339] Gracias a estos esfuerzos pudo equipar y llevar a Nápoles una flota provenzal, que se reunió con un escuadrón —local y zarpó con él hacia Nicotera, en Calabria, donde el príncipe había trasladado el campamento a fines de abril. Entretanto, el ejército aragonés no había avanzado mucho más allá de Reggio, pero parte de la flota, bajo el mando de Manfredo Lancia, bloqueaba Malta, poniendo en situación difícil a la guarnición angevina de la isla. El príncipe Carlos envió en su auxilio a la nueva flota, pues conservar la isla era importante si quería mantenerse en contacto con Túnez y con Oriente. Los barcos angevinos, mandados por el almirante provenzal Bartolomé Bonvin, cruzaron el estrecho rápidamente,

pero Roger de Lauria salió en su persecución con el grueso de la flota aragonesa y les dio alcance ante la costa de Malta. Roger de Lauria maniobró hábilmente y destruyó casi todos los barcos de Bartolomé, después de lo cual regresó triunfalmente para hacer una demostración a la vista de Nápoles atacando las costas vecinas, donde capturó las islas de Capri e Ischia, en las que instaló una guarnición.[340]

Después de este humillante revés, al príncipe Carlos no le servía de gran consuelo saber que la regente enemiga, la reina Constanza, andaba también escasa de dinero. La reina y sus ministros italianos eran cuidadosos con los derechos de sus nuevos súbditos, pero los nobles y los soldados aragoneses eran pobres y rapaces, y era muy difícil contenerlos. Los más difíciles de dominar eran los regimientos de almogávares, mercenarios que con su táctica de guerrilla habían proporcionado al rey Pedro muchos éxitos. Pero como buenos mercenarios, no sentían mucho respeto por la propiedad de los demás. Sicilia no era rica, y muchos sicilianos empezaban a preguntarse si el cambio de dueño había sido beneficioso para ellos. Antes de que el rey Pedro saliese de la isla, hubo rumores poco tranquilizadores sobre el gran noble Gualterio de Caltagirone, uno de los primeros conspiradores con quien se dijo que había intrigado Juan de Prócida. A finales de mayo, Alaimo de Lentini proporcionó pruebas de su contacto con los angevinos al infante Jaime, el cual, actuando como representante de su padre, sentenció a Gualterio a muerte.[341]

Cabía esperar nuevas traiciones si el gobierno aragonés no ofrecía algo más que opresión económica a Sicilia. La victoria de Roger de Lauria animó a todo el mundo. El rey Pedro envió mensajes de felicitación desde Aragón; pero no mandó dinero para pagar a los marineros. Cuando Juan de Prócida le escribió quejándose de la insubordinación de los mercenarios aragoneses, Pedro contestó que Juan no dejaba que los funcionarios aragoneses de la isla cumpliesen sus deberes. Escribió de nuevo negándo-

se a permitir que el clero siciliano recobrara las procuraciones cedidas a los seglares durante la crisis de la rebelión. Cuando la reina Constanza vio que su marido no la iba a ayudar desde Aragón, donde, de hecho, él necesitaba concentrar todos sus medios contra la anunciada invasión, aconsejada por Juan de Prócida decidió apelar a la ayuda de Constantinopla. El emperador había financiado la conspiración que llevó a las Vísperas y seguramente proporcionaría dinero para seguir luchado. En 1281, el emperador Miguel había sugerido que la infanta Violante se casase con su hijo Andrónico, que era viudo. La corte de Aragón había evitado dar una respuesta, pero Andrónico era ahora emperador y necesitaban su ayuda. Imprudentemente, Constanza consultó a su marido antes de enviar la embajada a Constantinopla. El rey Pedro se enfureció y escribió a Juan de Prócida prohibiendo que se siguiera adelante con el proyecto. Dijo que los griegos insistirían en que se celebrase el matrimonio antes de entregar el dinero y sería una vergüenza para su familia si él permitía que su hija se casase con un príncipe cismático, y añadió que le dolía ver que la reina no era de su opinión.[342]

Tan loables escrúpulos en un rey que ya estaba excomulgado no impresionaron al Papa y tampoco proporcionaron al gobierno siciliano el dinero que necesitaba. La lucha continuaba en Italia gracias a que las incursiones de Roger de Lauria obtenían suficiente botín como para satisfacer a las tripulaciones. Por tierra las cosas estaban paradas. Afortunadamente para Pedro, la invasión de Aragón no era fácil de planear. Cuando la corte francesa aceptó la corona de Aragón, los agentes del rey Eduardo informaron a éste que nadie esperaba que las operaciones empezasen antes de un año. En Francia había falta de entusiasmo; en la cancillería pontificia había retrasos. La bula que otorgaba a Carlos de Valois sus nuevos reinos no se publicó hasta mayo de 1284, y hasta junio no se proclamó oficialmente la cruzada. Hasta mayo de 1285 no se puso en camino el ejército cruzado. Pero,

mientras tanto, Pedro no se había atrevido a salir de sus dominios de España. Los intereses de Sicilia tenían que pasar a segundo plano.[343]

El gobierno angevino se daba cuenta de los problemas de Pedro. El rey Carlos proyectaba reclutar un nuevo ejército y una nueva flota en Provenza y le dijo a su hijo, que estaba en Nápoles, que reuniese cuantas tropas pudiese en Italia pero que permaneciese a la defensiva hasta que él llegase. Obediente, Carlos de Salema reunió un ejército por medio de levas feudales, con tropas sarracenas de Lucera y con tropas güelfas de la Toscana, y lo envió, bajo el mando del conde de Artois, a las fronteras de Calabria, Sus funcionarios locales recibieron la orden de ocuparse de las defensas de todas las ciudades y castillos costeros y atacar solamente puntos como Scalea, donde el enemigo había establecido una posición. En los muelles de Nápoles se construían barcos a toda prisa para estar preparados para la gran expedición que el rey Carlos había de lanzar a su regreso de Francia.[344]

Sicilia se salvó gracias a la brillante actuación del almirante Roger de Lauria. En esos momentos, Roger dominaba el mar y aprovechó hasta el límite ese poder. En las costas de Calabria y Basilicata, hizo desembarcar a intervalos a guerrilleros almogávares, que desaparecían de la vista antes de que las tropas del conde de Artois pudiesen encontrarlos. En mayo, Roger llevó el grueso de la flota a la bahía de Nápoles. Los angevinos no habían podido recuperar ni Capri ni Ischia, y el almirante utilizó las islas como base para las incursiones en la bahía. Ocupó la pequeña isla de Nisida, frente a Posilipo, y al abrigo de ella ancló un escuadrón con el cual podría bloquear el puerto. Todo barco napolitano que se aventuraba a acercarse a la bahía era rápidamente capturado o hundido. El bloqueo enfureció a los napolitanos, que pidieron al gobierno que tomase medidas y, al retrasarse éstas, se habló de amotinamiento. Carlos de Salerno no sabía qué hacer. Su padre, que le infundía mucho temor, le había prohibi-

do atacar al enemigo. El cardenal Gerardo, legado pontificio, que seguía a su lado, no dejaba de repetirle el consejo de su padre. Carlos era un joven apocado. De niño había sufrido un accidente que lo había dejado cojo, y era consciente de su debilidad. Los efectos del bloqueo lo preocupaban profundamente y no sabía cuándo llegaría su padre. Quizá también estuviera impaciente por demostrar al mundo y a sí mismo que a pesar de su cojera era capaz de luchar bien y con valentía.

El rey Carlos y su flota salieron de Provenza a fines de mayo de 1284, pero su hijo no lo sabía. A principios de junio, y pese a la desaprobación del legado, Carlos de Salerno armó las galeras que acababan de construirse. El lunes 5 de junio se embarcó con un gran séquito de caballeros y salió del puerto. Al parecer, creía que el grueso de la flota de Roger de Lauria estaba lejos, merodeando por la costa, y que él podía destruir el escuadrón concentrado en Nisida. Pero Roger, que sabía que el rey Carlos estaba en camino, había concentrado sus fuerzas, listo para enfrentarse con él. El príncipe de Salerno dirigió sus barcos contra una flota enemiga muy superior en número y en armas. La batalla fue breve y decisiva. El príncipe y su gente lucharon valientemente y, por un momento, durante el primer ataque, con algún éxito. Pero pronto se vieron rodeados. Una o dos galeras angevinas fueron hundidas; casi todas fueron capturadas con sus tripulaciones, y entre los cautivos estaba el propio príncipe.

Cuando llegó a Nápoles la noticia de la derrota estallaron los tumultos. Los franceses que los napolitanos encontraban en la calle fueron asesinados y sus casas saqueadas y quemadas. El legado y los miembros del gobierno que no habían sido capturados con el príncipe se refugiaron en la ciudadela. Otras ciudades de la costa siguieron el ejemplo de Nápoles. Roger de Lauria, que sabía que la reina Constanza quería conseguir la libertad de su hermanastra Beatriz, hija de Manfredo y de su mujer griega, envió un mensaje a la princesa de Salerno diciendo que no respon-

día de la vida del príncipe a no ser que Beatriz le fuese entregada. La princesa tuvo que ceder. Beatriz fue enviada a Roger, finalmente en libertad después de dieciocho años de encarcelamiento. El almirante, que había trasladado a los cautivos más importantes a la nave capitana, puso proa a Sorrento al día siguiente. Una delegación de ciudadanos fue a ofrendarle flores y, con más sentido práctico, dinero. Al subir a bordo de la nave capitana tomaron príncipe cautivo por Roger y exclamaron: «¡Ojalá hubiese permitido Dios que atrapases al padre igual que has atrapado al hijo!». Y luego declararon que ellos habían sido los primeros en cambiar de bando. El príncipe Carlos se volvió riendo hacia el almirante y dijo: «¡Por Dios bendito, éstos son buenos y leales súbditos de mi señor el rey!». A continuación, la flota aragonesa zarpó con sus distinguidos prisioneros para Mesina.[345]

El rey Carlos llegó con su flota a Gaeta, el puerto situado más al norte del reino, el 6 de junio, al día siguiente del desastre de Nápoles. Pronto se enteró de la noticia, y su primer reacción fue enfurecerse con su hijo: «Quien pierde a un necio no pierde nada», exclamó, añadiendo cruelmente: «¿Por qué no ha muerto por desobedecernos?». Luego se apresuró a ir a Nápoles, donde se encontró con que el legado había conseguido sofocar los tumultos con la ayuda de los grandes barones de la vecindad. Su llegada completó el restablecimiento del orden. Ordenó ahorcar a ciento cincuenta cabecillas del levantamiento. Los restantes amotinados fueron perdonados. El 9 de junio escribió al Papa para darle un informe completo de lo que había ocurrido. Era una carta orgullosa, que mostraba que el desastre no había debilitado en modo alguno su ambición. Le apenaba la pérdida de su hijo, decía, pero tenía muchos nietos. En efecto, Carlos de Salerno, aunque era el único hijo vivo del rey y ninguno de sus hermanos había dejado descendencia, tenía trece hijos, de los cuales ocho eran varones. El rey proseguía diciéndole al Papa que aún contaba con muchas fuerzas, y enumeraba las treinta y

cuatro bien equipadas galeras y las cuatro galeotas que había traído de Provenza. En el puerto de Nápoles tenía otro escuadrón de veintitrés barcos, la mayor parte de ellos de reciente construcción. En Brindisi esperaba sus órdenes un contingente mayor. Tenía cuantos soldados y marineros necesitaba. Podría triunfar, decía, en una empresa más difícil que la campaña que pretendía realizar.[346]

El rey Carlos tenía barcos y hombres. Pero si bien los barcos eran de buena calidad, los hombres no tanto. Los reclutas del reino estaban cansados de las guerras que el rey extranjero y sus nobles extranjeros los obligaban a librar. Los soldados de Francia y de Provenza eran mejores combatientes, pero despreciaban a los italianos y causaban a sus jefes incesantes problemas con su violencia y sus saqueos en distritos cuya buena voluntad era ahora esencial. Gran parte del ejército estaba formado por mercenarios, soldados profesionales que luchaban bien si se les pagaba bien. Carlos se jactaba de su fuerza ante el Papa, pero tuvo que pedirle más ayuda económica. Antes de que pudiese salir la expedición, hubo que solicitar un préstamo de 50 000 escudos a los banqueros romanos y toscanos. No había bastante dinero en las arcas reales para pagar una larga campaña.[347]

No obstante, la expedición que salió de Nápoles el 24 de junio era impresionante. El rey marchó con su ejército por la carretera costera. Era un contingente muy importante. Cronistas maravillados, exagerando como de costumbre, hablaban de 10 000 jinetes y 40 000 soldados de infantería, con lo cual querían indicar un ejército inusitadamente grande. La flota, reforzada por un escuadrón procedente de Pisa, navegaba al mismo paso que él junto a la costa. El avance era lento. Carlos estaba decidido a no dejar ningún nido enemigo detrás de él. A fines de julio, la expedición llegó a la punta de Calabria y puso sitio por mar y por tierra a Reggio. La ciudad se mantuvo firme; pero Carlos, que se había establecido en Catona, cerca de ella, y había recibi-

do el refuerzo de la flota de Brindisi, intentó desembarcar en la misma Sicilia. Fue rechazado, y decidió que no era el momento oportuno. Mientras tanto, usó su superioridad en barcos para encajonar a Roger de Lauria y a la flota siciliano-aragonesa en el puerto de Mesina.

Una vez más, Roger de Lauria dio muestras de ser mejor marino que los angevinos. Esperó hasta que una tormenta obligó a la flota enemiga a dispersarse, y entonces se deslizó fuera del puerto en medio del temporal y empezó a asolar las costas a la retaguardia de Carlos. El rey no quería levantar el sitio de Reggio, sobre todo cuando un escuadrón de catorce galeras aragonesas, mandado por Ramón Marquett, de Barcelona, había llegado al estrecho y empezaba a atacar a los barcos angevinos. Lo único que podía hacer era enviar fuerzas inferiores contra Roger, el cual o las anulaba con sus maniobras o las destruía.[348]

El rey Carlos permaneció ante Reggio menos de dos semanas. Había animado a sus soldados a creer que cruzarían sin dificultades a Sicilia, y el fracaso al intentar tornar Reggio los desmoralizó rápidamente. Cuando Roger empezó a desembarcar guerrilleros detrás de él, Carlos se dio cuenta de que tenía que retirarse. Salió de Catona con su ejército el 3 de agosto. Debido a la eficacia de las incursiones de Roger en la costa del mar Tirreno, el rey tomó la carretera de la costa oriental de Calabria. Del 17 al 21 de agosto estuvo en Crotona, y una semana más tarde en Brindisi. Sus fuerzas abandonaron completamente Calabria y se estacionaron a lo largo de una línea a través de Basilicata meridional, desde el golfo de Policastro hasta el de Tarento.[349]

Carlos anunció a sus amigos que retrasaba la expedición hasta la primavera siguiente, que coincidiría con la invasión francesa de Aragón. Pero ya entonces debía de haber empezado a perder confianza. Había habido una gran cantidad de deserciones en el ejército, que las amenazas de castigo no habían logrado impedir. Las generosas promesas de privilegios comerciales en Acre que

hizo a los mercaderes que le prestasen barcos o dinero no tuvieron mucho éxito. Sugirió más reformas, y el Papa incluso dijo a su legado que averiguase cuáles eran en realidad las ventajas disfrutadas en tiempos del buen rey Guillermo.[350] La población permaneció silenciosamente pasiva. Los buques aragoneses y sicilianos seguían navegando desde Capri e Ischia, para impedir las comunicaciones en la bahía de Nápoles. En la frontera del norte, Conrado de Antioquía efectuaba incursiones por los Abruzzos desde su castillo de Saracinesco. El hijo y heredero del rey estaba en Sicilia prisionero, y muchos sicilianos pedían su muerte en justa venganza por la muerte de Conradino, asesinado por Carlos. La reina Constanza, cuya bondad natural se veía fortalecida por la certeza de que el príncipe de Salerno era más valioso vivo que muerto, tenía grandes dificultades para protegerlo de lo furiosos ciudadanos de Mesina. Como medio de seguridad, lo trasladó al castillo de Cefalú, En lo personal, Carlos podría haber soportado con entereza la muerte de un hijo al que despreciaba, pero el insulto a su prestigio hubiera sido intolerable.[351]

Una vez más, la situación en Sicilia ofrecía un cierto consuelo. Hasta entonces, el sostén principal del gobierno aragonés había sido Alaimo de Lentini, Él fue uno de los tres conspiradores que la leyenda cita como colaboradores de Juan de Prócida, Había sido capitán de Mesina y responsable de su valiente defensa. Ahora era justicia mayor del reino, pero repentinamente fue objeto de sospechas. Los rumores de la época culpan de ello a su mujer, doña Machalda, que nunca perdonó al rey Pedro el haber rechazado sus insinuaciones amorosas. Estaba terriblemente celosa de la reina Constanza. Ésta en general viajaba a caballo; pero, cuando un día, debido a una enfermedad, tuvo que utilizar una litera para entrar en Palermo camino del santuario de Monreale, Machalda, que gozaba de perfecta salud, recorrió inmediatamente las calles de Palermo en una litera mayor, con colgaduras escarlata, llevada a hombros por poco gustosos servidores de su mari-

do, que tuvieron que trasladarla hasta Nicosia. Cuando el joven infante Jaime reconoció en visita oficial la isla, Machalda se empeñó en cabalgar con él y en ser tratada como un miembro de la familia real. Después insultó a la reina al negarse a aceptar, con una excusa muy poco convincente, la sugerencia de Alaimo de que su hijo menor fuese amadrinado por Constanza. Era creencia general que Machalda tenía la intención de llegar a ser reina de Sicilia.

Quizá Alaimo se dejó influir por su mujer, pero también es probable que dudase sinceramente de lo beneficiosas que pudieran ser para Sicilia las relaciones con Aragón. La gran conspiración en la que él había participado había tenido por objeto liberar la isla, y lo primero que habían hecho había sido ofrecerse al Papa, no a Aragón. Cuando Alaimo se hizo cargo del poder en Mesina, sus primeros mensajes no fueron enviados a Barcelona, sino a Constantinopla. Apremiado por los acontecimientos, no tuvo más remedio que aceptar la intervención de Aragón. Pero el rey Pedro y su codiciosa soldadesca estaban haciendo muy poco por Sicilia. Quizá Alaimo estuviese envidioso de los demás miembros del gobierno; Juan de Prócida y Roger de Lauria eran italianos del continente, no de la isla, y eran leales no a ésta, sino a la reina Constanza, la hija del antiguo señor de Juan y hermana de leche de Roger. Les preocupaba el bienestar de Sicilia, pero sólo si la reina Constanza y sus hijos la gobernaban.

Por grande que fuese la insistencia de Machalda, la traición de Alaimo no fue muy lejos. Probablemente, lo único que hizo fue criticar la desenfrenada rapacidad de las tropas almogávares y discutir con sus amigos íntimos la posibilidad de encontrar un gobierno mejor, libre del control aragonés. Pero el gobierno de la reina no quería correr el menor riesgo. Alaimo fue llamado a comparecer ante un consejo presidido por el infante Jaime, el cual sugirió la utilidad de una visita de Alaimo a Barcelona para ver al rey Pedro. Alaimo no pudo negarse y salió de la isla en no-

viembre de 1284. El rey Pedro lo recibió cordialmente, pero lo mantuvo estrechamente vigilado. Su marcha causó cierta intranquilidad en Sicilia, lo que permitió al gobierno descubrir a sus enemigos. Poco tiempo después, Machalda y varios de sus amigos fueron detenidos. A principios del siguiente año se descubrió que Alaimo había mantenido correspondencia con el rey de Francia a través de su abogado siciliano, García de Nicosia. Los sobrinos de Alaimo asesinaron a García para suprimir las pruebas, pero fue en vano. Alaimo fue encerrado en una prisión catalana por el resto de sus días.[352]

De los tres principales jefes sicilianos, Gualterio de Caltagirone había sido ejecutado, Alaimo estaba condenado a cadena perpetua y el tercero, Palmieri Abbate, había caído aparentemente en desgracia y había desaparecido. Las cosas no iban del todo bien en Sicilia. Sin embargo, de momento había dinero suficiente para pagar a las fuerzas armadas, pues Roger de Lauria había aprovechado la retirada del rey Carlos y la dispersión de su flota para hacer una incursión en la isla africana de Gerba, que le reportó grandes beneficios. Cobró un importante botín, y el propio emir fue capturado cuando trataba de huir a Túnez. El emir, Margam ibn Sebir, fue encarcelado en el castillo de Mategriffon, en Mesina, donde en seguida disfrutó de la compañía de Machalda, la cual escandalizaba a sus carceleros con el descarado e inmodesto traje que llevaba cuando jugaba al ajedrez con el emir.[353]

Las noticias de la intranquilidad de Sicilia y de los preparativos para la cruzada contra Aragón daban ánimos al rey Carlos, mientras preparaba la campaña para la primavera. Decidió pasar el invierno en Apulia, que era una rica provincia a la que hasta entonces no había afectado la guerra. Nápoles seguía bloqueada por las guarniciones enemigas de Capri e Ischia, pero el gran puerto de Brindisi estaba abierto y permitía a Carlos mantener contacto con sus dominios orientales. Poco quedaba de ellos. El

principado de Acaya se mantenía de momento en paz y suficientemente fiel a él mientras Carlos nombrase virreyes a señores locales; éstos no consentían en enviar ni hombres ni dinero para ayudarlo. Más al norte seguía dominando Corfú y una o dos fortalezas frente a la isla. Pero el coste de las guarniciones era muy elevado. Del reino de Albania sólo le quedaba la ciudad de Durazzo, que también necesitaba una fuerte guarnición. En el reino de Jerusalén su poder se reducía a la ciudad de Acre. Poco después del desastre de las Vísperas, Carlos había hecho regresar a Italia a su bailío, Roger de San Severino, con todas las tropas de las que se pudiese prescindir en Acre. El bailío interino, Odón Poilechien, tenía tan poca seguridad en sí mismo, que cuando pactó una tregua con el sultán mameluco Qalawun en 1283, no se atrevió a firmarla él y se la hizo firmar a la Comuna de Acre y a las comunidades templarias locales. El Imperio mediterráneo de los angevinos no era más que una sombra de lo que había sido.[354]

Carlos no desesperó. Durante los meses que pasó en Brindisi su cancillería no dejó de emitir órdenes. Anunció más medidas para fortalecer la administración. Sus jueces recibieron la orden de conseguir dinero por medio de impuestos para ayuda general de la campaña del año siguiente. Si en privado comparaba el fracaso de su última campaña con los gloriosos días de Renevento y Tagliacozzo, en público su inflexible y vigorosa seguridad no se debilitaba nunca.[355]

En diciembre, Carlos se trasladó a Melfi para pasar allí las Navidades, y el 30 de diciembre fue a Foggia. Su salud empezaba a resentirse, pero él seguía trabajando. Le disgustó la noticia de que algunos de sus funcionarios anexionaban sus bienes a la Iglesia para evitar los impuestos. El 2 de enero de l285 publicó una severa ordenanza prohibiendo esas actividades, Ésta fue su última acción pública.[356]

El 17 de enero llegó a Mesina una delegación de la ciudad de Gallípoli, en el golfo de Tarento, cerca del talón de Apulia, Sus miembros comunicaron que sus conciudadanos deseaban ponerse bajo la protección del gobierno siciliano. Anunciaron tan bien que el rey Carlos había muerto y su cuerpo había sido trasladado a Nápoles para ser enterrado. Siguieron otras delegaciones de diversas ciudades de Apulia, rodas con la misma petición y las mismas noticias.[357]

Carlos había muerto diez días antes. El 6 de enero sabía ya que su fin estaba próximo e hizo testamento. Si su hijo Carlos de Salerno no era puesto en libertad, su reino y sus condados pasarían al nieto de más edad, Carlos Martel. Hasta que el muchacho fuese mayor, o hasta que Carlos de Salerno saliese de prisión, actuaría como regente Roberto, conde de Artois, y como capitán general su chambelán y amigo Juan de Montfort. Legaba la suma de 10 000 onzas de oro, que habrían de ser distribuidas por Roberto de Artois, a los servidores de su casa, a condición de que jurasen fidelidad a sus herederos. Pedía al Papa que aprobase todas estas disposiciones y que diera al gobierno del reino su supervisión y su protección.

Pasó aquella noche fortalecido por los ritos de la Iglesia y confiando en su salvación. Se dice que, ya moribundo, rezaba a Dios de esta manera: «Señor Dios, creo firmemente que Tú eres mi Salvador, y Te pido que tengas misericordia de mi alma. Tú sabes que tomé el reino de Sicilia por la salud de la Santa Iglesia y no para provecho propio o ganancia. Perdóname mis pecados». A la mañana siguiente, sábado 7 de enero de 1285, murió a la edad de cincuenta y ocho años. Su cuerpo fue trasladado de Foggia a Nápoles, donde fue enterrado en un sepulcro de mármol.[358]

Carlos de Anjou había dominado el Mediterráneo durante veinte años. Demostró ser uno de los grandes políticos de su época, e incluso hubo un momento en que pareció que iba a

construir un imperio vasto y duradero. Pero murió fracasado. Tenía muchas cualidades personales; era audaz, decidido e imperturbable, vigoroso e incansable, igualmente capaz de planear proyectos grandiosos que de supervisar detalles pequeñísimos. Era un soldado y un administrador competente. Su piedad era sincera. Se había educado en la extraordinaria corte de la reina Blanca y de san Luis y había visto por sí mismo cómo debía gobernar un buen rey. Pero estas cualidades no eran suficientes para el papel que él quiso desempeñar Como hombre, fue un fracaso. En su carácter no había bondad, ni piedad, ni simpatía. Sus ambiciones personales eran demasiado crudas y evidentes. Su piedad era su servidora, pues se veía a sí mismo como instrumento de Dios y paladín de su Santa Iglesia. No era un aventurero falto de escrúpulo del tipo que Maquiavelo iba a admirar. Era un hombre de honor según sus luces, pero sus luces eran estrechas y egoístas. Los hombres podían admirarlo; sus cortesanos y ministros trabajar para él con sincera devoción y alabanza de sus logros, pero muy pocos lo querían, y tampoco inspiró el menor amor a sus súbditos. La falta de comprensión humana fue la causa de su fracaso. Sus planes estaban trazados con cuidado y precisión, pero no tenían en cuenta la opinión que podían provocar en los corazones de los hombres. Cuando condenó a muerte a Conradino, lo hizo con deliberado cálculo político: pero, como hombre despiadado que era, nunca se dio cuenta de la ola de piedad que la ejecución levantaría en el mundo. Sus debilidades humanas eran una cierta vanidad, que lo hacía ostentar títulos tan inútiles como el de rey de Jerusalén, y un cierto exceso de confianza que, con el transcurso de los años, lo llevó a subestimar a sus enemigos. A pesar de haber sido advertido, nunca se le ocurrió pensar que la empobrecida corte de Aragón se atreviese a desafiarlo. No podía creer que, el aterrado emperador de Constantinopla fuese a tejer una red de intrigas en sus propios dominios. Finalmente, fatalmente, estaba más allá de su entendimien-

to que los sicilianos tuviesen en tanta estima su libertad, y que llegasen a levantarse contra el príncipe más poderoso de la época. Estaba acostumbrado al pueblo francés, cuyos nobles se habían opuesto a la corona, pero donde la gente más humilde había acogido cordialmente a los funcionarios del rey. Ni su experiencia ni su imaginación eran lo bastante amplias como para representarse a todo un pueblo luchando por su libertad.

Comoquiera que se hubiese planeado y preparado, la tarde de marzo de las Vísperas de Palermo provocó el hundimiento del Imperio del rey Carlos. Pero él había rogado a Dios que le permitiese caer despacio. Y su plegaria fue escuchada. Su poder se desmoronó lentamente, y poco después de su muerte, se detuvo el declive, y la Casa de Anjou encontró nuevos caminos para su engrandecimiento. Los sicilianos, que habían llevado al rey Carlos a la caída, ganaron muy poco con ello. Su enmarañada y desdichada historia durante las siguientes décadas, fue una recompensa muy mezquina por su valor.

16. Las Vísperas y el destino de Sicilia

Durante los meses que siguieron a la muerte del rey Carlos parecía que nada podría salvar el reino. El nuevo rey era un cautivo en manos enemigas. Calabria estaba perdida; una a una, las ciudades de Apulia se pasaban al enemigo. En la misma Nápoles estaba a punto de estallar la revolución. El papa Martín se negó a aceptar íntegramente el testamento del difunto rey, con lo cual tampoco facilitó las cosas. No admitió la sucesión al trono del prisionero Carlos de Salerno y se refería a él simplemente como el hijo del difunto rey. Pasaron varios días antes de que reconociese como regente a Roberto de Artois, y cuando lo hizo colocó al legado cardenal Cerardo a su lado, ambos en calidad de regentes por la Santa Sede, no por un rey ausente o un príncipe niño. Dejó bien sentado que había un interregno en Sicilia, y que, mientras tanto, el Papa, como señor supremo, se hacía cargo del reino con pleno derecho, Su actitud tenía cierto sentido, pues disminuyó la importancia del prisionero real y su valor como rehén o como fuente de dinero por rescate, Pero requería administradores prudentes y eficaces en la corte pontificia y guidores leales al Papado en el reino.[359]

La corte francesa, comprometida a llevar a cabo la cruzada contra Aragón, estaba desesperada con las noticias de Italia. Muerto el rey Carlos y su reino convertido casi en un caos, ya no podría hacerse una expedición contra Sicilia que coincidiese con la cruzada, con lo que el rey Pedro podía concentrar todas sus tropas para defender Aragón. Pero el gran ejército reclutado por Felipe III no podía regresar sin haber logrado algún fruto. A

finales de mayo de 1285, el rey Jaime de Mallorca, aliado de los franceses, rompió las hostilidades desembarcando tropas en el Rosellón y saqueando Elne, en la carretera de Perpiñán a los Pirineos. Allanado así el camino, el rey Felipe condujo al ejército cruzado, que impresionados contemporáneos estimaban superior a los 100 000 hombres, a través de los Pirineos. El 25 de junio puso sitio a Gerona. Los franceses superaban grandemente en número a los aragoneses, y el rey Pedro recibía muy poca ayuda de sus nobles, muchos de los cuales estaban en contacto con los franceses o con el rey de Mallorca. Pedro utilizó la tradicional táctica española de guerrillas, acosando al lento ejército francés con tanto éxito que Felipe no se atrevió a dispersar sus fuerzas. Gerona se defendió valientemente y se mantuvo hasta el 5 de septiembre. El verano era tórrido y en la llanura de Gerona había malaria. Cuando la fortaleza fue tomada, la mitad del ejército cruzado estaba enfermo, y los soldados más viejos empezaron a recordar los horrores de la cruzada a Túnez, quince años antes. Entonces llegó la noticia de que la flota francesa, que se movía costa catalana abajo, había sido destruida el 4 de septiembre ante las islas Hormigas, cerca de Palamós. Roger de Lauria había acudido desde Sicilia y con sus maniobras había vencido fácilmente al almirante francés. Después de la victoria, Roger desembarcó tropas en Rosas, donde la carretera de la costa se acercaba a los Pirineos, cortando así la principal ruta de suministros del rey Felipe. A mediados de septiembre, este último ordenó la retirada. También él estaba con fiebre; muchos de sus hombres no estaban en condiciones de luchar y todos ellos estaban impacientes por acabar con la desastrosa campaña. Los guerrilleros almogávares los atacaban desde todas partes, con lo cual la retirada se convirtió en seguida en una abierta y aterrorizada huida. La cruzada fue un completo y humillante fracaso.[360]

Los acontecimientos en otras partes del mundo angevino no eran más alentadores. La regencia de Nápoles tuvo el buen senti-

do de nombrar como gobernador de Acaya, donde era fácil que hubiese alborotos y revueltas, al más háhil y rico de los magnates vecinos, Guillermo, duque de Atenas. Hasta su muerte, en 1287, Guillermo se hizo enteramente cargo del principado, prestando a sus soberanos poco más que un homenaje nominal.[361] En Acre, el bailío, Odón Poilechien, se aferró valientemente a su poder, cada vez más exiguo, sin saber con seguridad quién era el señor al que representaba. Cuando el rey legítimo de Jerusalén, Eurique Lusignan de Chipre, desembarcó en Acre en junio de 1286, hasta el fiel Odón se dio cuenta de que el poder angevino en ultramar había terminado. Los festejos con que se celebró la coronación del joven rey y la marcha de Odón y de sus hombres mostraban lo poco populares que habían sido los angevinos. Pero, en realidad, el regocijo no era oportuno. Cinco años más tarde, Acre fue reconquistada por el sultán mameluco de Egipto, y el título de Jerusalén se convirtió en un adorno tan inútil para la Casa de Lusignan como lo era para la de Anjou.[362]

La causa angevina se salvó gracias a una oportuna serie de muertes. El año 1285 fue fatal para muchos príncipes. En enero había muerto Carlos. El 29 de marzo le siguió Martín IV, el Papa que él había creado. El pontificado de Martín había sido desastroso, tanto para los angevinos como para la Iglesia. Él había sido, a su manera, un buen hombre. Su moral era impecable y era íntegro, pero también estrecho de miras, vengativo y carente de comprensión. Su apasionado patriotismo francés y su devoción a la Casa de los Capetos lo habían imposibilitado para desarrollar el carácter ecuménico de su alto cargo. Su predecesor, Nicolás III, hombre mucho menos valioso, había comprendido el papel que la Santa Sede debía desempeñar y había dedicado todas sus fuerzas a una labor pacificadora y a ser árbitro de príncipes. Pero Martín era un partidista acérrimo, que trató de hacer intervenir a la Iglesia en una política ofensiva para los deseos legítimos de sus fieles. Gracias, en parte, a su propia inflexibilidad,

esa política había fracasado y le había granjeado a él, a sus amigos y a la Santa Iglesia una pérdida general de reputación.[363]

El 5 de octubre murió el rey Felipe III de Francia en Perpiñán, «huyendo y deshonrando las lises», según dice Dante despreciativamente. A su muerte, el ejército cruzado se disolvió. Felipe había sido un hombre débil y alocado. Durante su última enfermedad, mientras era transportado en litera hacia el norte desde los Pirineos, tuvo oportunidad de reflexionar acerca de la humillación que la admiración que sentía por su tío Carlos le había acarreado.[364]

Cinco semanas más tarde, el 10 de noviembre, le tocó el turno al rey Pedro de Aragón, que murió en pleno triunfo. A pesar de sus éxitos, su personalidad no destaca claramente en la historia. Era un hombre lleno de encanto, que causó buena impresión en el pueblo de Sicilia. Era valiente y emprendedor, como se había demostrado en la defensa contra la cruzada, pero también muy precavido. Esperó casi demasiado tiempo antes de atreverse a intervenir en Sicilia. No era ni un político profundo ni un hábil administrador. Cuando salió de Sicilia y regresó a Aragón, pronto se olvidó de las necesidades de la isla y le irritaba que su mujer y los ministros de ésta se las recordasen. Había algo de frivolidad en su carácter, pero su experiencia era cada vez mayor y su prestigio crecía constantemente. Su pérdida fue un gran golpe para su pueblo.[365]

Los nuevos actores de la escena eran muy distintos a sus predecesores. Carlos de Salerno, llamado Carlos el cojo a causa de su defecto físico, tenía los rasgos típicos de un hijo cuyo padre es dominante y poco afectuoso. Era tímido, y su timidez había aumentado por la conciencia de lo alocado de su conducta al dejarse prender y por la humillación de su cautiverio. Era reservado y paciente, y tenía una sensibilidad de la que Carlos había carecido por completo. Era bondadoso, como era de esperar en un afectuoso padre de trece hijos. Al final demostró ser un gobernante

justo y prudente y un diplomático hábil. Pero, de momento, alejado del mundo en una confortable prisión catalana, era muy poco lo que podía hacer.[366]

El nuevo Papa, Honorio IV, era romano, miembro de la familia Savelli y pariente de la gran Casa de los Orsini.[367] No era un hombre de gran calidad espiritual, pero era un político de visión clara y decidido a pacificar Italia. Por muy poco que él aprobase la política de su predecesor, estimaba que el Papado perdería más prestigio si la rechazaba totalmente que si la continuaba en forma modificada. Estaba empeñado en conservar el reino de Sicilia para los angevinos: el Papado se había comprometido demasiado como para permitir que los aragoneses se quedasen con la isla. Pero estaba igualmente decidido a reformar la administración del reino. Usando sus derechos soberanos, promulgó dos bulas en septiembre de 1285, que ponían en práctica las reformas prometidas en 1282 por Carlos I, y en San Martino al año siguiente, por Carlos de Salerno. Además, Honorio interpretaba las libertades disfrutadas en la época del rey Guillermo el Bueno, como exención de impuestos elevados. Un preámbulo relataba la historia del reino desde Federico II y hablaba francamente de los abusos cometidos bajo el rey Carlos. La ayuda general, que éste había exigido en toda ocasión posible y que había fijado en 107 892 onzas en 1282, se reducía a un máximo de 50 000 onzas, y sólo podría exigirse en los cuatro casos tradicionalmente permitidos por la costumbre feudal. Se ocupó de que muchos otros impuestos y derechos fuesen abolidos, y garantizó más libertades personales que las que el parlamento de San Martino había permitido. Toda la administración tenía que ser revisada. Era una admirable constitución que, de haberse puesto en práctica, habría proporcionado a los súbditos del reino tanta libertad como la disfrutada en esa época en cualquier otro país. Sin duda Honorio pensaba que al admitir que había habido un gobierno injusto y garantizar un futuro mejor, se quitaban a Sicilia y Calabria los

únicos motivos que tenían para proseguir su rebelión.[368] Entretanto, hizo las paces dondequiera que pudo con los italianos del centro y del norte, con los que Martín se había peleado. Guido de Montefeltro se le sometió, en condiciones ventajosas. Bolonia, que estaba en malas relaciones con Martín, se reconcilió con el Papado. Los venecianos, que habían pensado aliarse con los aragoneses, adoptaron, mediante halagos, una actitud más amistosa. Honorio sugirió incluso que Enrique de Castilla saliese de la prisión en que languidecía desde que Conradino fue derrotado.[369]

Los sicilianos, sin embargo, no se conmovieron por las reformas del Papa. No pensaban someterse otra vez al poder angevino, aunque Honorio garantizase que sería mejor ahora. Y, en efecto, parte de las reformas resultaron impracticables y otras eran fáciles de ignorar. La muerte de Pedro de Aragón tampoco desalentó a los rebeldes. Como el rey había prometido, Sicilia pasó a su segundo hijo, Jaime, mientras que el mayor, Alfonso, heredaba Aragón. El nuevo rey de Aragón tenía veintiún años. Era un joven valeroso e inteligente, apegado a su madre y a sus hermanos. Ya estaba prometido a una hija del rey Eduardo de Inglaterra, que lo tenía en gran estima. El rey de Sicilia era dos años más joven. Era también inteligente, pero su carácter era menos abierto y más egoísta que el de su hermano. De momento estaba bajo la influencia benéfica de su madre, la reina Constanza, y de su experimentado consejero Juan de Prócida.[370]

El nuevo rey de Francia era el más capaz de los príncipes que asumieron el poder en 1285. Felipe IV, apellidado el Hermoso, sólo tenía diecisiete años, pero ya había dado pruebas de su carácter independiente. Su madre era hermana de Pedro de Aragón y él había desaprobado la sumisión de su padre a Carlos de Anjou, quizá porque la alentaba su madrastra, a la que no quería. Había intentado oponerse a la cruzada contra Aragón, pero cuando subió al trono empezó a cambiar de actitud, debido qui-

zá a que no sentía por sus primos de Aragón el respeto que había sentido por el rey Pedro. Ahora le interesaba sobre todo la gloria de Francia y de su dinastía, y estaba dispuesto a ver a su hermano Carlos de Valois sentado en el trono de Aragón. Pero de momento, después del fracaso de la cruzada, eso era imposible. Con la aprobación del Papa, Felipe pidió al rey Eduardo de Inglaterra que mediase entre él y Alfonso de Aragón y arreglase una tregua.[371]

El papa Honorio estaba dispuesto a acabar la cruzada contra Aragón, sobre todo porque el nuevo rey de Aragón no pretendía ser rey de Sicilia. Pero no estaba dispuesto a aceptar la secesión de la isla. El rey Jaime fue coronado en Palermo en febrero de 1286 y aprovechó la ocasión para prometer a sus súbditos las mismas libertades que Honorio había ofrecido recientemente a los continentales. Se decía que el Papa había enviado a dos frailes dominicos para tratar de provocar un levantamiento en Sicilia con la ayuda de un sacerdote local. Jaime los descubrió y, cortésmente, los devolvió sin causarle daño a Italia. Inmediatamente después de la coronación, el joven envió una embajada a Honorio para rendirle homenaje y pedir la confirmación del título. El Papa respondió excomulgándolo a él, a su madre, la reina Constanza, y a todo el pueblo de Sicilia. Los dos clérigos que llevaron a cabo la coronación, los obispos de Cefalú y de Nicastro, fueron llamados ante la corte pontificia por ello.[372]

La historia de los años siguientes está llena de intentos fracasados de pacificación. Carlos de Salerno estaba dispuesto a hacer sacrificios para obtener su libertad, y sus carceleros lo habrían dejado libre a cambio de que se les reconocieran sus derechos sobre Sicilia y Calabria. Pero el Papado se negaba terminantemente a permitir que Carlos cediese la isla, mientras que a la corte francesa le preocupaba que el poder aragonés creciese demasiado. En julio de 1286 se firmó un tratado en París, por el que se establecía una tregua entre Francia y Aragón durante catorce meses,

transcurridos los cuales se reemplazaría por un tratado de paz definitivo.[373] Pero al mismo tiempo, Carlos de Salerno firmó en la prisión catalana un tratado con Aragón por el que prometía ceder Sicilia y las tierra vecinas, incluidas Malta, Reggio y sus alrededores, y todos sus derechos al tributo pagado por el rey de Túnez, A cambio de todo esto, él sería puesto en libertad y se ocuparía de que el Papado retirase las excomuniones e interdictos que habían sido pronunciados contra los príncipes aragoneses y sus súbditos. El tratado sería confirmado por el matrimonio del rey de Sicilia con una de las hijas de Carlos y de la infanta Violante con uno de sus hijos. Éste habría sido un arreglo justo y razonable, pero requería la aprobación del Papa y Honorio no quería ni oír hablar del asunto. En lugar de aprobar el proyecto, ordenó una nueva ofensiva contra Sicilia.[374]

La guerra había continuado en Italia meridional, con incursiones de guerrilleros en la costa occidental. Ahora el Papa proyectó la invasión de Sicilia, que había de tener lugar en la primavera de 1287. Fue un asunto desastroso. Salió de Brindisi una gran expedición, que desembarcó cerca de Augusta, entre Catania y Siracusa, el 1de mayo, y se dispuso a sitiar la ciudad. Hacia finales de junio, los víveres empezaron a escasear entre los sitiadores y Augusta seguía sin rendirse. En Nápoles se preparó una flota para reforzar el sitio, mandada por el conde de Flandes. El 23 de junio, Roger de Lauria se introdujo en la bahía de Nápoles, y el conde se dejó llevar a la lucha. Una vez más, la victoria de Roger fue completa. Capturó 48 galeras, con unos 5000 hombres a bordo, entre ellos el conde de Flandes, el capitán general Juan de Montfort, el conde de Joinville y muchos otros nobles provenzales y franceses. La batalla fue contemplada desde la costa por el embajador del ilkhan mongol de Persia, el sacerdote nestoriano Rabban Sauma, que había llegado a Europa creyendo que iba a encontrar a la cristiandad dispuesta a unirse para luchar contra los musulmanes de Oriente. Las fuerzas expedicio-

narias que estaban en Sicilia, al enterarse del resultado de la batalla, abandonaron la lucha y capitularon. Pero Roger no remató su victoria. Se contentó con poner en libertad a sus prisioneros mediante el pago de un rescate muy elevado, lo que le permitió abonar los salarios de su gente, que les debía desde hacía tiempo, y guardar algún dinero para el futuro.[375]

El papa Honorio no llegó a ver los resultados de su obstinación. Murió en Roma el 3 de abril de 1287. El Papado estuvo vacante durante diez meses. La oposición antifrancesa del Colegio cardenalicio era lo bastante fuerte como para impedir durante algún tiempo la elección de otro Papa proangevino, pero finalmente transigió con la persona del anterior general de la orden franciscana, Jerónimo de Ascoli, que adoptó el nombre de Nicolás IV en febrero de 1288.[376] Durante el interregno, Eduardo de Inglaterra, alarmado ante la posibilidad de otra guerra en España que pudiera perjudicarlo a él y a su dominios franceses en un momento en que tenía graves problemas en Gales y en Escocia, hizo de árbitro una vez más entre Alfonso de Aragón y Carlos de Salerno. Según el tratado firmado en Oloron, en Béarn, en julio de 1287, Carlos obtenía la libertad a cambio de 50 000 marcos de plata y de enviar como rehenes en su lugar a sus tres hijos mayores y a sesenta nobles de Provenza. Después tenía que intentar conseguir una paz que satisficiese, por un lado, a Alfonso de Aragón y a Jaime de Sicilia, y, por otro, a él mismo, al rey de Francia y a su hermano Carlos, y a la Santa Sede. Si no se negociaba esa paz en el transcurso de tres años, Carlos volvería a la prisión o perdería el condado de Provenza, donde la Casa de Aragón tenía derechos hereditarios. Presenciaron la firma del tratado los representantes del Colegio de cardenales, que dieron su consentimiento de mala gana.[377]

Ahora era el rey de Francia el que se negaba a cooperar. La cláusula sobre Provenza lo alarmaba, y quería además asegurarse de que su hermano, el supuesto rey de Aragón, recibiría una

compensación adecuada. Carlos siguió en su prisión. El nuevo Papa resultó ser tan intratable como sus predecesores. Exigió la completa sumisión del rey Alfonso y de su hermano Jaime. Se negó a escuchar a los embajadores aragoneses que trataban de explicarle que el levantamiento de Sicilia había sido una protesta justificada contra la opresión y que los excesos cometidos contra los franceses habían sorprendido y apenado a la mayor parte de los sicilianos.[378] A Nicolás le preocupaba el resurgir de los gibelinos en Italia central. Guido de Montefeltro estaba en pie de guerra otra vez, e incluso la ciudad de Roma mostraba simpatías gibelinas. Además llegó la noticia de que los mamelucos proyectaban una nueva campaña contra lo que quedaba de ultramar.[379] Nicolás animó a Eduardo de Inglaterra a que actuase de árbitro una vez más.

Por el tratado de Canfranc, firmado en octubre de 1288, Carlos había de obtener la libertad en las mismas condiciones que por el de Oloron; pero el propio Eduardo, deseoso de llegar a un acuerdo, ofreció rehenes de su propio ducado de Guienne y una gran suma de dinero a Alfonso, en el caso de que resultase impracticable enviar como rehenes al hijo mayor de Carlos, Carlos Martel, y a sus hermanos. Al recibir las garantías de Eduardo, Alfonso puso en libertad a Carlos y lo envió a la corte de Francia para asegurarse la adhesión del rey Felipe al tratado. Pero le dijo que no tomase el título de rey de Sicilia, pues ello sería un insulto a su hermano Jaime.[380]

Carlos fue objeto de un recibimiento embarazoso en la corte francesa. Felipe IV no tenía intención de hacer las paces con Aragón en esos momentos y arrestó a los embajadores aragoneses que acompañaban a Carlos. Y cuando éste salió, unas semanas después, para Italia, lo hizo acompañar de una escolta de bien armados caballeros, que Carlos no deseaba, Cuando llegó a Italia, ya no fue tratado como un pacificador. Los güelfos le dieron una acogida exultante en todas partes. El Papa lo recibió como a un

héroe. A Nicolás le había parecido que Roma estaba demasiado llena de gibelinos para ser una residencia agradable y se había trasladado a Rieti, cerca de las fronteras del reino de Carlos. Allí lo coronó rey de Sicilia el domingo de Pentecostés de 1289 y lo obligó a aceptar un diezmo en todas las propiedades de la Iglesia en Italia, con objeto de proseguir la guerra contra Aragón y Sicilia. Carlos, que era un hombre de honor, estaba enormemente incómodo. El Papa le adjudicó, además, un cardenal legado, Berardo de Cagli, que había de ocuparse de que Carlos actuase según los deseos del Santo Padre.[381]

Pero Carlos tuvo el mérito de seguir trabajando por la paz. La oportunidad se presentó inesperadamente. Alfonso de Aragón, furioso por haber sido engañado, proyectó con Roger de Lauria hacer un desembarco en la costa del reino, y alguien le hizo creer que la ciudad de Gaeta estaba dispuesta a levantarse contra los angevinos. Pero estaba mal informado. Desembarcó cerca de Gaeta y la ciudad se negó a admitirle. Mientras la sitiaba, llegó un gran ejército angevino mandado por Carlos Martel y el conde de Artois, que bloqueó a Alfonso frente a las murallas de la ciudad. El bloqueo mutuo duró casi dos meses. Entonces apareció Carlos en persona, al que preocupaba la suerte de sus hijos cautivos. Eduardo de Inglaterra le había enviado una embajada pidiéndole que cumpliese con sus obligaciones. Había llegado la noticia de que los egipcios habían tomado Trípoli, en Siria, y Eduardo estaba ansioso de organizar una cruzada. Carlos le ofreció a Alfonso una tregua de dos años. El Papa, tan pronto como tuvo noticia de la embajada inglesa, envió dos cardenales para impedir que Carlos intentase una paz, pero éste los ignoró. Algunos de sus caballeros se quejaban de que el ejército estaba lleno de curas y de profecías, en contraste con la alegre caballería del campamento de Alfonso. Pero la religiosidad de Carlos no satisfacía al Papa. Uno de los dos cardenales, Benedicto Caciani, el

futuro papa Bonifacio VIII, no perdonó nunca del todo a Carlos.[382]

A pesar de la desaprobación del Papa, la política de Carlos resultó acertada. Aunque la tregua de Gaeta no se aplicaba a Calabria y Sicilia, donde Jaime de Sicilia continuaba guerreando, empezó a separar a Alfonso de su hermano. El rey de Aragón comenzó a preguntarse si no podría ahora Sicilia cuidar de sí misma, y si no debería él retirarse con las ganancias conseguidas y dedicarse a consolidar su poder en España.

El siguiente paso pacificador de Carlos fue ir a Francia para aplacar a la corte francesa y satisfacer a Carlos de Valois. Para tranquilizar su conciencia con respecto a Aragón, viajó hasta la frontera, al puerto de Panicar, el 1 de noviembre de 1289, y se ofreció oficialmente para ser nuevamente arrestado. No se presentó ningún funcionario aragonés para ponerlo bajo custodia; así que, satisfecho su honor, siguió viaje a París. Después de varios meses de negociaciones en la corte francesa, firmó un pacto en Senlis. El de mayo de 1290. Un día antes, Carlos de Valois se había casado con Margarita, hija del rey Carlos, y había recibido como dote de su mujer los ricos condados de Anjou y Maine. Y él, a su vez, había prometido abandonar sus pretensiones sobre Aragón cuando el Papa así lo desease. El rey Felipe se avino a firmar la paz con Aragón tan pronto como el rey aragonés se reconciliase con el Papa, y ofreció al Papado 200 000 libras con destino a la reconquista de Sicilia. El siguiente invierno se reunió en Perpiñán una conferencia para la paz, y luego se trasladó a Tarascón. Asistían a la conferencia delegados enviados por el Papa, el rey Carlos, el rey Felipe, Carlos de Valois, el rey Jaime de Mallorca y por el reino de Aragón, que representaban tanto a la nobleza como al rey, presididos todos ellos por un mediador inglés. Se firmó un tratado preliminar en Brignoles el 19 de febrero de 1291. Se confirmó el acuerdo tomado en Senlis. Se firmó la paz entre Francia y Aragón y entre el reino de Carlos, llamado aún

oficialmente de Sicilia, y Aragón. Carlos de Valois renunció a sus pretensiones al trono aragonés, pero se le confirmó la posesión de Anjou y Maine. En compensación, el rey Felipe dio al rey Carlos los distritos del territorio de Avignon que habían formado parte del condado de Tolosa. El rey Alfonso iría tan pronto como fuese posible a Roma para reconciliarse con la Iglesia, y allí se firmaría un tratado definitivo en presencia del Papa. Hubo un tropiezo cuando Alfonso se negó a devolver Mallorca a su tío Jaime, que la había perdido como resultado del fracaso de la cruzada contra Aragón, pero se avino a someter el asunto a la decisión del Papa. Todo el mundo estaba contento, excepto el rey Jaime de Sicilia y los sicilianos, que tenían que guerrear solos.[383]

Una vez más intervino la muerte. El 18 de junio, cuando estaba a punto de partir para Roma, el rey Alfonso murió de una fiebre repentina, a los veintisiete años. Su abandono de Sicilia en los últimos meses de su vida ha manchado su reputación. Sin embargo, no era suya toda la culpa. Constitucional y financieramente dependía en gran medida de sus nobles, que estaban cansados de la guerra y de la relación con Sicilia. La lealtad a ésta podría haberle costado la corona. Pero a su madre y a su hermano les costaba perdonarle. Su matrimonio con Leonor de Inglaterra no llegó a celebrarse nunca a causa de la larga excomunión de Alfonso. Por tanto, su heredero era su hermano Jaime de Sicilia. Pero, de acuerdo con el testamento de su padre, Alfonso ordenaba que si Jaime se convertía en rey de Aragón tenía que ceder Sicilia al hermano más joven, el infante Fadrique. Los aragoneses, temerosos de la anarquía, se apresuraron a enviar un barco para recoger a Jaime en Mesina. Después de un breve recorrido alrededor de la isla, Jaime salió de Trapani el 23 de julio.[384]

Jaime se negó a considerarse atado por ningún tratado o testamento que su hermano hubiese hecho. Él era el heredero legítimo de Aragón, decía, y no estaba obligado a renunciar al trono siciliano. Dejó al infante Fadrique simplemente como lugarte-

niente, no como rey. Interrumpió su viaje a Barcelona en Mallorca y declaró que las islas Baleares eran inalienables de la corona de Aragón, en contra de lo que el Papa pudiese decir. De este modo rechazaba el tratado de Brignoles. Nicolás excomulgó una vez más a Jaime y a los sicilianos. Y todo el mundo se preparó de nuevo para la guerra.[385] Pero muy pronto Jaime, como rey de Aragón, se encontró en la misma situación que su difunto hermano. Sus súbditos aragoneses estaban hartos de guerra y de Sicilia. Jaime empezó a insinuar que de ser debidamente compensado abandonaría la isla a los angevinos. Envió un embajador aragonés para presentar su sumisión a la corte pontificia. Pocos días después, el 4 de abril de 1292, moría el papa Nicolás.[386]

El siguiente interregno papal duró dos años, durante los cuales Carlos siguió con sus esfuerzos para hacer las paces con Aragón y separarlo de Sicilia. Los aliados en potencia de los sicilianos, como por ejemplo los genoveses, fueron sobornado o amenazados para que se mantuviesen neutrales, El rey Jaime fue convencido por la mediación del rey Sancho de Castilla, pues en esos momentos Eduardo de Inglaterra estaba en guerra con Francia.[387] Carlos estaba especialmente deseoso de que los asuntos mediterráneos se estabilizasen, pues tenía nuevas ideas para su dinastía. El rey Ladislao IV de Hungría había muerto en 1290 sin descendencia, y su hermana María, mujer de Carlos, era su heredera. Los húngaros, que no desearan ser gobernados por una princesa ausente, habían dado el trono al último miembro varón de la antigua Casa de Arpad, Andrés III, llamado el Veneciano porque su madre era veneciana. La reina María estaba empeñada en asegurarse la herencia, bien para ella misma, bien para uno de sus muchos hijos, y deseaba que su marido estuviese en condiciones de intervenir, al menos cuando el rey Andrés, que no tenía hijos varones, muriese.[388] A finales de 1293 se firmó una tregua en Figueras entre Carlos y Jaime, por la que Jaime se avenía a abandonar Sicilia a cambio de una compensación adecuada.[389] Seis me-

ses más tarde, Carlos ponía fin al interregno papal imponiendo al desavenido cónclave un santo ermitaño, Pedro de Morone, por cuya apocalíptica espiritualidad sentía simpatía personal. El nuevo Papa, que tomó el nombre de Celestino V, estaba poco acostumbrado a la vida política. Hacía cuanto Carlos le decía, permitiéndole coger dinero de las fuentes papales en Italia, Francia e Italia para una campaña contra Sicilia y alentándolo en todos sus proyectos para aplacar a Jaime de Aragón.[390] Mientras, Carlos y Felipe de Francia empezaron a ofrecer sobornos al infante Fadrique y a sus principales ministros, Juan de Prócida y el almirante Roger de Lauria, Ni uno ni otro eran sicilianos. Por sus servicios a un país tan empobrecido Roger no había ganado más que fama y botín, que había tenido que emplear inmediatamente para pagar a sus hombres. Juan, que tenía casi ochenta años, deseaba abiertamente volver a las propiedades italianas que el rey Manfredo le había dado. Ambos habían vengado a Manfredo humillando a Carlos de Anjou. La aventura podía terminar.[391] Para el infante Fadrique, Felipe IV tenía una solución tentadora. Felipe de Courtenay, emperador titular de Constantinopla, había muerto. De su mujer Beatriz, hija de Carlos de Anjou, había tenido una sola hija, Catalina, que en esos momentos tenía veinte años y vivía en la corte francesa. El infante podía casarse con ella y consolarse de la pérdida de Sicilia pretendiendo el trono imperial de Romania.[392]

En diciembre de 1294, el papa Celestino no pudo soportar por más tiempo el peso de la responsabilidad papal y abdicó. Al día siguiente del cónclave eligió al cardenal Caetani, que tomó el nombre de Bonifacio VIII. Desde hacía mucho tiempo, Bonifacio estaba en malas relaciones con Carlos II, pero a consecuencia, al parecer, de una entrevista secreta la víspera de la dimisión de Celestino, trabajó gustosamente con él en el asunto de Aragón. [393]Gracias a su consentimiento a confirmar los planes hechos en los últimos meses, se firmó la paz en su presencia en Anagni, en

el palacio de los Caetani, el 12 de junio de 1295. Jaime tenía que entregar a la Santa Sede la isla de Sicilia y sus conquistas en el continente. Devolvería Mallorca a su tío Jaime a cambio de Cerdeña, que hasta entonces había sido una tierra de nadie. Pondría en libertad a los hijos de Carlos II y se casaría con su hija Blanca, que recibiría del Papa una amplia dote; y su hermana Violante se casaría con uno de los hijos de Carlos. Su hermano Fadrique sería recompensado con la mano de Catalina de Couricnay y un generoso subsidio para la reconquista de Constantinopla. Felipe de Francia y Carlos de Valois renunciarían para siempre a sus pretensiones sobre Aragón. Jaime, su madre, sus hermanos y todo el pueblo de Sicilia serían recibidos de nuevo en el seno de la Santa Iglesia sin ninguna sanción espiritual;[394]

Una vez más, el arreglo estaba pensado para complacer a todo el mundo excepto a los sicilianos. Al enterarse de la tregua de Figueras, éstos enviaron una misión a Barcelona para decirle al rey Jaime que la isla no se volvería a someter a un gobierno francés. El infante Fadrique vacilaba. Roger de Lauria y Juan de Prócida, así como las cortes de Barcelona y Nápoles, lo instaban a aceptar. Sólo su madre, la reina Constanza, se oponía a ello. Fadrique no quería abandonar a los sicilianos; tenía sus dudas sobre si sería factible o deseable una expedición contra Constantinopla, aunque se casase con Catalina. Cuando las verdaderas condiciones de paz de Anagni se supieron en Sicilia, los sicilianos le dijeron a Fadrique que lo querían a él de rey, pero que defenderían su isla contra él o contra cualquiera que intentase llevar de nuevo a los franceses. Para ganar tiempo, Fadrique declaró que si Catalina de Courtenay anunciaba antes de septiembre de 1295 que estaba dispuesta a aceptarle, él también aceptaría las condiciones del tratado. La respuesta de Catalina solucionó su problema. Ésta era una joven sensata y dijo que una princesa sin tierras no debía casarse con un príncipe sin tierras, y rechazó la boda. Fadrique, que era aclamado por los gibelinos italianos como su futuro em-

perador Federico, fue coronado rey de Sicilia en Palermo el 12 de diciembre de 1295. Al año siguiente continuó la guerra contra Nápoles y dirigió una incursión en Basilicata no muy afortunada.[395]

A principios de 1297, Jaime de Aragón, casado ya con su prometida angevina, fue llamado a Roma por el papa Bonifacío VIII. Jaime envió una embajada a Sicilia sugiriendo a Fadrique que podían reunirse en Ischia para conciliar sus diferencias. Fadrique, después de consultar a su parlamento, rechazo la invitación, pero no pudo impedir que Juan de Prócida y Roger de Lauria acompañasen a la embajada en su viaje a Roma, ni se atrevió a desobedecer la orden de su hermano de que la reina Constanza y la infanta Violante tenían que ir con ellos. La reina no deseaba ir, pero consintió en ello con la esperanza de poder reconciliar a sus dos hijos. En Roma, en marzo de 1298, Violante se casó con Roberto, que era entonces el heredero de Carlos II, pues Carlos Martel había muerto y el siguiente hermano, Luis, había entrado en la Iglesia. Violante fue una buena esposa, y ni siquiera el papa Bonifacio encontró nada malo que decir de ella. Pero murió joven, en 1302, dejando sólo un hijo. Durante su visita a Roma, a Jaime lo nombraron confaloniero de la Iglesia, recibió la investidura de Córcega y de Cerdeña, permiso para retrasar la cesión de las Baleares y se le prometieron diezmos de los ingresos eclesiásticos. Valía la pena comprar su amistad, incluso a alto precio, aunque solo fuese porque llevó al campo angevino a su gran almirante Roger de Lauria, a quien el Papa recompensó con el señorío de las islas africanas de Gerba y Kerkcna.[396]

Sicilia estaba aislada, pero los nuevos aliados, el rey Jaime, el rey Carlos II y el Papa, resultaron curiosamente ineficaces. En una serie de campañas durante el otoño de 1298 y el siguiente invierno expulsaron al enemigo de Calabria. Cuando intentaron invadir la isla, Roberto, el heredero de Carlos, sólo logró tomar unas pocas ciudades y algunos pueblos cercanos a Mesina, pero

no la misma Mesina, mientras que el rey Jaime, después de haber sitiado en vano Siracusa, sufrió una grave derrota a manos de su hermano Fadrique, no muy lejos de allí, y la flota conjunta aragonesa y angevina, mandada por el sobrino de Roger, sufrió pérdidas importantes en una batalla frente a Mesina. En consecuencia, Jaime abandonó la isla.[397] En el verano de 1299 salió una nueva expedición, para la cual, tanto el rey Carlos como el Papa recibieron grandes préstamos de los comerciantes de Toscana y de los judíos de Roma. La campaña empezó bien para los aliados. Roger de Lauria aniquiló prácticamente a la flota siciliana mandada por Fadrique el día 4 de julio, ante el cabo Orlando.[398]Pero tras esta victoria sólo hubo algunas incursiones inconexas, que Fadrique rechazó fácilmente. En septiembre, el rey Jaime, alegando que su presencia era necesaria en España, se fue de Italia acompañado de su madre Constanza, que no podía soportar ver a sus hijos luchando uno contra el otro.[399] Roger de Lauria se quedó con el grueso de la flota aragonesa para seguir la guerra, pero el ejército aragonés acompañó al rey.

Hacia la misma época, el príncipe Roberto, con la ayuda de Roger, desembarcó en Catania y ocupó la ciudad y sus alrededores. En octubre, Carlos envió a su cuarto hijo, Felipe de Tarento, a la parte occidental de la isla para coger a Fadrique entre dos ejércitos invasores. Fadrique, cuyo sistema de información funcionaba muy bien, se apresuró a dirigirse al oeste y cayó sobre el ejército de Felipe en el momento en que acababa de desembarcar, en la llanura de Falconaria, el 1 de noviembre. Los invasores fueron derrotados y Felipe hecho prisionero con la mayor parte de su séquito.[400]

Esta victoria animó a todos los gibelinos de Italia. Muchos genoveses se pusieron al servicio del rey de Sicilia, entre ellos el almirante más famoso de la república, Conrado Doria. Incluso corría el rumor de que la propia república iba a tomar parte en la guerra oficialmente. El senescal de Provenza estaba tau ansioso

que inició una invasión de territorio genovés poniendo en un aprieto al rey Carlos, el cual se apresuró a enviar una embajada con sus disculpas a Génova, prometiendo concesiones territoriales si los genoveses se mantenían al margen de la guerra. Más eficaces que las promesas de Carlos fueron las acciones de Roger de Lauria, Éste interceptó a Conrado Doria y a una flota mixta genovesa y siciliana que actuaba frente a Nápoles, cerca de la isla de Panza, y la destruyó el 14 de junio. Los genoveses se retiraron de la guerra y la república anunció su neutralidad.[401]

A pesar de esta victoria, la invasión angevina de Sicilia no progresó. Roger de Lauria no logró encontrar un lugar donde poder desembarcar más tropas. Roberto había avanzado desde Catania y había puesto sitio a Mesina, pero la ciudad le hizo frente con la misma firmeza con que había resistido a su abuelo en 1282. Sus tropas tomaron algunos castillos en el interior, pero las guerrillas sicilianas les dificultaban conservarlos. La conquista de la isla iba a ser a todas luces una operación larga y penosa. La flota angevina sufrió grandes daños en una tormenta frente al cabo Passaro en julio de 1301, y el príncipe Roberto, ante las circunstancias, prestó oídos a los ruegos de su mujer, la infanta Violante, y le dio permiso para concertar una tregua de un año entre él y el hermano de ella, el rey Fadrique. Roberto siguió en posesión de Catania y su distrito, pero retiró sus tropas del resto de la isla.[402]

La corte de Nápoles aceptó la tregua. El papa Bonifacio no la aprobaba, pero sus otros muchos problemas le impidieron protestar. Había habido un resurgimiento gibelino en Italia del Norte, dirigido por Azzo d'Este, señor de Ferrara, así como levantamientos gibelinos en la Romania y en las Marcas. Las ciudades de Umbría, con la excepción de Perusa, volvieron a afirmar su adhesión a los gibelinos. Para complicar más las cosas, los güelfos empezaron a dividirse en dos facciones, los blancos y los negros, en las ciudades donde dominaban, tales como Florencia.

El papa Bonifacio veía que su poder se debilitaba. Quería encontrar un nuevo paladín de la Iglesia y escogió a Carlos de Valois; su mujer, napolitana, había muerto, y se había casado recientemente con la emperatriz titular de Constantinopla, Catalina de Courtenay. Carlos pensaba que si establecía su influencia en Italia, eso lo ayudaría en su futura campaña contra Constantinopla. Pero era un aventurero irresponsable que hizo poco bien a la causa papal. Cuando terminó la tregua de Sicilia, fue enviado allí en calidad de capitán general de las fuerzas angevinas. El príncipe Roberto siguió siendo representante de su padre en la isla. Pero Bonifacio no tenía confianza en él. En una comunicación privada, el legado pontificio, cardenal Gerardo de Parma, declaraba que Roberto estaba dominado por su mujer aragonesa, cuya muerte, de parto, avanzado el año, no apenó mucho al Pontífice. [403]

Carlos de Valois desembarcó en Sicilia a finales de mayo de 1302, en la costa norte, cerca de Termini, población que conquistó. Roger de Lauria atacó al mismo tiempo Palermo, pero sólo logró tomar un fuerte de las afueras. A continuación, Carlos atravesó la isla en dirección a Sciacca, en la costa sur, y le puso sitio. Era un verano muy caluroso. A finales de agosto, el ejército angevino estaba cansado y enfermo y la ciudad seguía sin rendirse. Carlos de Valois recibió entonces una carta de su hermano el rey Felipe pidiéndole que regresase a Francia. Felipe se había peleado recientemente con el Papa y había sufrido también una grave derrota frente a los flamencos en Courtrai. Necesitaba el apoyo de su hermano. Carlos II había dado a Carlos de Valois autoridad para tratar con el enemigo si era necesario. En los últimos días de agosto, Carlos de Valois y el príncipe Roberto se entrevistaron con el rey Fadrique en Caltabellotta, en las colinas situadas detrás de Sciacca. El 31 de agosto se firmó la paz.

El tratado de Caltabellotta daba a Sicilia la independencia.

Todas las tropas angevinas tenían que ser retiradas de la isla, y las sicilianas, del continente. Fadrique ostentaría el título de rey de la Isla de Sicilia, con objeto de que el reino permaneciese oficialmente en poder de los angevinos. Tenía que casarse con la hija menor del rey Carlos, Leonor, y sería rey sólo mientras viviese. A su muerte, la corona volvería a los angevinos, y sus herederos serían recompensados con el reino de Cerdeña o el de Chipre, ninguno de los cuales estaba en la dote de los angevinos, o bien con la suma de cien mil onzas de oro. Todos los prisioneros debían ser devueltos.[404]

El tratado fue acogido en todas partes con suspiros de alivio. El rey Carlos había renunciado a reconquistar la isla, pero tenía la posibilidad de recuperarla pacíficamente cuando muriese Fadrique, y bien podía ser que muriese joven, como su hermano Alfonso. Además, la cláusula que estipulaba que la isla había de volver a su Casa, dejaba a salvo el honor de Carlos. El papa Bonifacio, aunque lamentaba que Sicilia estuviese en manos de un miembro excomulgado de una familia excomulgada, podía encontrar también cierto consuelo en el acuerdo. Con lo cual se limitó a insistir en que el título de Fadrique fuese el de rey de Trinacria, con el fin de evitar la palabra Sicilia, y que el reinado de Fadrique empezase oficialmente a partir de la fecha del tratado. Bonifacio dio su bendición al mismo y admitió de nuevo a Fadrique y a los sicilianos en el seno de la Iglesia. Reservó su ira para Carlos de Valois, al que recibió muy fríamente.[405] Poco después, en mayo de 1303, se celebró la boda de Fadrique y Leonor en Mesina, con gran pompa.[406]

De hecho, tanto para Bonifacio como para Carlos II, la cuestión siciliana había pasado a segundo término. El Papa estaba entregado de lleno a su pelea con Felipe de Francia, pelea que culminó con la humillante escena del rapto del Papa, por los oficiales del rey, del propio palacio pontificio de Anagni.[407] El principal objetivo de Carlos II en esos momentos era establecer su din-

astía en Hungría. Su mujer, la heredera húngara, había cedido sus derechos a su hijo mayor, Carlos Martel, joven muy prometedor, cuya muerte, en 1296, a consecuencia de una fiebre, había sido un rudo golpe para la causa angevina. Los derechos de Carlos Martel, sin embargo, no habían sido reconocidos fuera de los dominios de su padre, y la guerra siciliana había impedido a Carlos II actuar en Hungría contra el rey Andrés III, a quien los húngaros habían aceptado.[408]

Carlos Martel y su mujer Clemencia de Habsburgo, que murió poco después que él, dejaron tres hijos pequeños, un niño y dos niñas. Cuando el papa Bonifacio subió al trono, convino con Carlos II que las posesiones italianas y provenzales de éste irían a su tercer hijo, Roberto, puesto que el segundo, Luis, se había ordenado sacerdote, y que el segundo hijo de Carlos Martel, Carlos Roberto, o Caroberto, recibiría el trono húngaro. A la muerte de Andrés III, a principios de 1301, Caroberto fue enviado al territorio húngaro de Dalmacia, donde fue coronado rey. Pero mientras tanto los magnates húngaros habían ofrecido el trono al rey de Bohemia, Wenceslao IV, cuya abuela había sido una princesa húngara. Éste lo aceptó para su hijo Ladislao, al que ciñeron la corona de san Esteban, sin la cual ninguna coronación húngara se consideraba válida, en Szekesfehervar, en agosto de 1301. El Papa instó a ambos reyes a comparecer ante él para someterse a su arbitraje, pero sólo se presentó Caroberto. En consecuencia, Roma defendió sus derechos. Durante los años siguientes, legados papales trabajaron en Hungría en pro de la causa angevina, mientras que Rodolfo, rey de romanos, el otro abuelo de Caroberto, presionaba al rey de Bohemia. Ladislao encontró tan incómodo el reino de Hungría que cuando su padre murió en 1305 renunció a él, al ocupar el trono de Bohemia. Pero no entregó la preciada corona de san Esteban a los angevinos, sino que se la ofreció a Otón, duque de Baviera, cuya madre había sido una princesa Arpad. Otón tuvo un triste reinado. En 1307 fue a visi-

tar a su vasallo más poderoso, Ladislao Kan, voivoda de Transilvania, con la idea de que iba a casarse con la hija de éste. Pero Ladislao se dio cuenta de que no valía la pena apoyar a Otón, de modo que lo arrestó y no lo dejó en libertad hasta que le entregó la corona de san Esteban. Después de esto, Otón regresó a Baviera de buena gana. Casi todos los magnates húngaros se reunieron y acabaron por proclamar rey a Caroberto, en octubre de 1307, pero seguía habiendo importantes abstenciones. Hasta noviembre de 1308, Caroberto no pudo ir a Pest y hacerse cargo del reino. Fue coronado el siguiente junio, pero con una corona hecha para la ocasión, pues el voivoda Ladislao se negó a entregar la de san Esteban. Por fin, ante la amenaza de excomunión, Ladislao se rindió al verano siguiente y Caroberto fue coronado de nuevo con la santa reliquia en agosto de 1310.[409]

La cuidadosa atención con que la corte de Nápoles seguía los progresos del joven rey desviaba su interés de Sicilia. El trono húngaro ofrecía muchas más oportunidades que la posesión de la isla mediterránea, y, como se vio luego, en Hungría fue donde la casa angevina alcanzó su máxima gloria. Al casar Carlos de Anjou a su hijo con la hija del rey húngaro no pudo haber previsto el esplendor que esa boda traería a su casa. Sin embargo, y a la larga, fue la más afortunada de todas sus acciones.

El rey Carlos II podía, por lo tanto, enfrentarse con la pérdida de Sicilia con tranquilidad. Para Fadrique de Aragón la paz de Caltabellotta era una recompensa adecuada a sus esfuerzos. El hecho de no ser rey de la isla más que mientras viviera no le preocupaba. Ya vería cómo tratar el asunto más adelante. Tampoco obedeció al Papa en el convenio de fechar su reinado desde el momento en que el Pontífice había confirmado el tratado.[410] Su éxito había tenido también como resultado la reconciliación con su hermano, el rey Jaime de Aragón, el cual, una vez conseguidas todas las ventajas posibles de su alianza con el enemigo, permitió que sus afectos familiares triunfasen una vez más.

El acuerdo otorgó al pueblo siciliano una recompensa aún más merecida. En realidad, la guerra se había ganado gracias a su empeño de ser libres. Durante veinte años, desde el día de las Vísperas, habían ignorado las tergiversaciones de príncipes y políticos y habían dejado bien sentado que no aceptarían una paz que los entregase de nuevo a los odiados franceses. No lamentaban que su nuevo rey no tuviese posesiones en el continente; así podría concentrarse más en la mejora de la isla. Durante un siglo, Sicilia fue un reino libre y autónomo, no muy rico ni muy relevante en la política mundial, pero satisfecho.[411]

Los angevinos, en realidad, no renunciaron a las esperanzas de reconquista. En 1314, Roberto, que por entonces había sucedido a su padre Carlos II en Nápoles, intentó invadir la isla para castigar al rey Fadrique por ayudar a su enemigo, el emperador Enrique VII. La invasión fue un fracaso. Su resultado principal fue hacer que Fadrique repudiase la cláusula del tratado de Caltabellotta, según la cual su dinastía no podría ocupar el trono siciliano después de su muerte. El parlamento siciliano reconoció como heredero a su hijo Pedro. En 1328, para que no cupiera la más ligera duda al respecto, Fadrique asoció a Pedro al trono como co-monarca. Al final de su reinado, el rey Roberto hizo varios intentos de ganar Sicilia. Dirigió seis expediciones distintas contra la isla, pero ninguna logró más que un éxito pasajero. Hubo un cierto número de incursiones durante el reinado de su nieta y sucesora Juana, hasta que al fin se firmó una paz duradera bajo la égida del Papa en Aversa, en 1372. Esto dejó a Sicilia de forma incuestionable en posesión de la rama de Fadrique de la Casa de Aragón. Pero el rey de Trinacria tenía que reconocer como señor supremo, no sólo al Papado, sino también al señor del «reino de Sicilia», en Nápoles, pero era una soberanía que no pesaba demasiado y suponía el fin de los ataques y amenazas del continente. Poco después, la decadencia del reino angevino bajo la enamoradiza e incompetente reina Juana y los disturbios que

siguieron a su asesinato, redujeron la soberanía a un formalismo nominal.[412] A principios del siglo XV Sicilia pasó por sucesión a los reyes de Aragón y pronto se olvidó el vasallaje.[413]

En 1435, Alfonso III, rey de Aragón y de Sicilia, conquistó el propio reino continental a los herederos colaterales del último gobernante de la Casa de Carlos I, la reina Juana II. De este modo, Aragón ganó al fin. Pero, en curiosa inversión del pasado, la isla de Sicilia permaneció unida al trono de Aragón mientras que, durante medio siglo, Nápoles disfrutó de independencia bajo una línea bastarda de la Casa.[414]

Sicilia, efectivamente, no fue independiente de nuevo hasta después de 1409. De los reyes de Aragón pasó a sus herederos, los reyes de la España unida. En el siglo XVIII, después de breves intervalos de gobierno austriaco y piamontés, fue entregada, junto con Nápoles, a una rama de la dinastía francesa de los Borbones, que ocupaba el trono de España. El reino recibió el nombre de «las Dos Sicilias»; pero de las dos, la isla era la parte menos importante, excepto durante unos pocos años, cuando los ejércitos de Napoleón obligaron a la casa real a refugiarse en Palermo. Sicilia fue liberada de los Borbones por Garibaldi, y pasó a formar parte de la Italia unida, pero siempre muy descuidada y resentida. Ahora, por fin, tiene de nuevo su parlamento propio y sus amigos pueden esperar que el ardiente valor de que su pueblo ha dado muestras a lo largo de la historia reciba su recompensa.

17. Las Vísperas y el destino de Europa

El tema de este libro tuvo un efecto doble. El episodio de las Vísperas de Palermo supuso un salvaje y decisivo hito en la historia de Sicilia, pero también fue una lección para toda Europa.

Con la muerte del emperador Federico II y la desintegración del Imperio de los Hohenstaufen, el Papado parecía haber triunfado sobre su principal rival para la soberanía ecuménica de Europa. Para mantener el triunfo, su política consistía en impedir que se concentrase demasiado poder en manos de un solo soberano. Desde la muerte de Federico, en 1250, hasta la coronación de Enrique VII, en 1311, no hubo un solo emperador coronado de Occidente. En parte por casualidad, pero mucho más a causa de la política papal, el rey de romanos, emperador electo, no era más que rey de Alemania y la extensión de su poder a Italia era impedida, siempre que se presentaba la ocasión, por la acción deliberada de los Papas. Pero el Papado no podía de hecho convertirse en soberano de la cristiandad sin ayuda secular. Por mucho que los fieles aceptasen sus trascendentales derechos, seguía necesitando ayuda material. Por muy bien organizada que estuviese su corte como centro legal o económico, necesitaba de una fuerza física que se ocupase de que sus decretos fuesen obedecidos y de que se pagasen los impuestos y diezmos que exigía. La solución ideal habría sido un emperador sometido, cuyo poder estuviese al servicio del Pontífice. Esto era lo que esperaba lograr Inocencio III cuando permitió que su pupilo Federico II fuese coronado emperador. Pero tanto él como sus sucesores no com-

prendieron que no podían esperar que un emperador orgulloso y ambicioso fuese a llevar a cabo su política para complacer a un jerarca cuyos intereses no siempre coincidían con los suyos o los de sus súbditos. Al chocar con el emperador, el Papa dividió la única fuerza centrípeta de la época, dando en cambio su apoyo a la principal fuerza centrífuga, el naciente espíritu nacional, que iba a ser una amenaza mucho peor para el proyecto de un Papado ecuménico. El Papa alentó el crecimiento de unidades seglares separadas, sin darse cuenta de que la fuerza de estas unidades estaba en su nacionalismo. Nunca hubo un hijo de la Iglesia más devoto y concienzudo que Luis IX de Francia. San Luis creía que su primer deber, después del que tenía hacia Dios, era consagrarse al pueblo que Dios le había llamado a gobernar. Y no estaba dispuesto a sacrificar los intereses de los franceses para complacer a un Papa constructor de imperios. Si todos los monarcas de su tiempo hubieran sido de la misma talla, el gobierno de Europa habría sido más fácil y el Papado habría podido comprender los límites de su monarquía. Pero Luis era una excepción. En la confusión de la época, los Pontífices nunca se pararon a reflexionar.

Cuando murió Federico, el principal objetivo del Papa era impedir el renacimiento del poder de los Hohenstaufen. No fue tarea fácil. Había aún capaces y brillantes miembros de la familia que merecían lealtad, mientras que las largas luchas su corte como centro legal o económico, necesitaba de una fuerza física que se ocupase de que sus decretos fuesen obedecidos y de que se pagasen los impuestos y diezmos que exigía. La solución ideal habría sido un emperador sometido, cuyo poder estuviese al servicio del Pontífice. Esto era lo que esperaba lograr Inocencio III cuando permitió que su pupilo Federico II fuese coronado emperador. Pero tanto él como sus sucesores no comprendieron que no podían esperar que un emperador orgulloso y ambicioso fuese a llevar a cabo su política para complacer a un jerarca cuyos

intereses no siempre coincidían con los suyos o los de sus súbditos. Al chocar con el emperador, el Papa dividió la única fuerza centrípeta de la época, dando en cambio su apoyo a la principal fuerza centrífuga, el naciente espíritu nacional, que iba a ser una amenaza mucho peor para el proyecto de un Papado ecuménico. El Papa alentó el crecimiento de unidades seglares separadas, sin darse cuenta de que la fuerza de estas unidades estaba en su nacionalismo. Nunca hubo un hijo de la Iglesia más devoto y concienzudo que Luis IX de Francia. San Luis creía que su primer deber, después del que tenía hacia Dios, era consagrarse al pueblo que Dios le había llamado a gobernar. Y no estaba dispuesto a sacrificar los intereses de los franceses para complacer a un Papa constructor de imperios. Si todos los monarcas de su tiempo hubieran sido de la misma talla, el gobierno de Europa habría sido más fácil y el Papado habría podido comprender los límites de su monarquía. Pero Luis era una excepción. En la confusión de la época, los Pontífices nunca se pararon a reflexionar.

Cuando murió Federico, el principal objetivo del Papa era impedir el renacimiento del poder de los Hohenstaufen. No fue tarea fácil. Había aún capaces y brillantes miembros de la familia que merecían lealtad, mientras que las largas luchas habían creado entre los italianos, tan aficionados a la política partidista, dos facciones rivales, los güelfos y los gibelinos, que recurrían a todo para los fines de su partido. Para imponer la paz en Italia era necesaria una fuerza poderosísima. Sin embargo, el Papa ni siquiera podía vivir seguro en su propia sede de Roma. Cuando Manfredo accedió a la herencia de los Hohenstaufen en Italia a los políticos italianos les pareció tan peligroso como lo había sido su padre, y sin la desventaja de las preocupaciones que su padre tenía en Alemania. Para aplastarlo y proporcionar a Italia un gobierno más sumiso, el Papa decidió llamar a un príncipe extranjero con dinero suficiente como para pagar la campaña militar que se necesitaría. Un príncipe inglés habría sido lo mejor, de haber habi-

do un príncipe inglés conveniente, y un rey más inteligente en el trono inglés. Pero la juventud del príncipe Edmundo y la incompetencia del rey Enrique III se unían a las excesivas peticiones de ayuda económica del Papado, con lo cual la candidatura inglesa no resultó. En vista de ello, el Papado buscó la salvación en Francia.

Desgraciadamente, el trono pontificio estaba ocupado en esos momentos por un francés. Las rencillas de los cardenales italianos habían hecho que la elección del papa Urbano IV, que había sido Patriarca de Jerusalén y hombre de amplia experiencia internacional, fuese algo inevitable. Siglo y medio antes, el papa Urbano II, francés también, había demostrado tener la más amplia visión y comprensión de todos los Papas medievales. Pero, entretanto, Francia se había desarrollado como nación y sus hijos eran por tanto franceses. A Urbano IV le pareció natural llamar a un príncipe francés para rescatar a la Iglesia de manos de una dinastía germano-italiana, sobre todo ya que había disponible un príncipe francés de notable capacidad.

La alianza del Papado con Carlos de Anjou no trajo más que desgracias. Carlos era un hombre de grandes ambiciones; la invitación de ir a Italia le daba la oportunidad de realizarlas. Muy pronto fue tan peligroso para la independencia de la Iglesia como lo habían sido los Hohenstaufen. En realidad el peligro era mayor, porque Carlos se convirtió en lugar del Papa, en jefe de los güelfos de Italia, a los que podía dar una ayuda material mucho más útil que el apoyo espiritual del Pontífice. También consiguió influir en las elecciones papales como muy pocos emperadores lo habían hecho en más de dos siglos. Un Papa francés significaba el nombramiento de cierto número de cardenales franceses en los que, con sus aliados güelfos, podía confiarse para llenar una posible vacante en el Papado con un francés o con un hombre de simpatías francesas, especialmente si Carlos estaba a su lado con un ejército. Urbano IV, que lo invitó a Italia, era

francés, igual que Clemente IV, que le dio la bienvenida. A la muerte de Clemente hubo una reacción en el cónclave que llevó a prolongar el interregno durante casi tres años. Esto convenía a Carlos casi tanto como un Papa francés. La elección de Gregorio X supuso una derrota para el rey. Gregorio obstaculizó varios de sus planes. Los tres Papas que siguieron, uno de Saboya, otro güelfo italiano y otro portugués, y que vivieron muy poco, estaban en buenas relaciones con Carlos. Después, debido a su alejamiento de los asuntos pontificios a causa de una enfermedad, Carlos sufrió un contratiempo con la elección de Nicolás III, el cual, como antes Gregorio X, tenía un concepto más amplio de los deberes de un Papa. A la muerte de Nicolás, Carlos no quiso correr riesgos y se aseguró la elección del más intransigente de todos los Papas franceses, Martín IV. Así, hacia 1282, el rey contaba con su apoyo, ocurriera lo que ocurriese. Era típico de la época que Carlos desease tan ardientemente el apoyo del Papado. Su piedad era sincera y le impedía actuar contra la expresa voluntad del Pontífice; pero no le impidió dar todos los pasos posibles para conseguir que el Papa, al que reverenciaba, fuese una marioneta suya.

Con su notable capacidad personal y con el Papado, Francia y los güelfos italianos de su parte, de entrada resulta sorprendente que la carrera de Carlos fracasara. Lo hizo a causa de su insensibilidad y falta de comprensión de las gentes con las que tuvo que tratar. Los franceses habían demostrado ser la raza más vigorosa y emprendedora de la Europa medieval, y ellos lo sabían, con lo que empezaron a considerarse a sí mismos como raza rectora. Habían organizado el movimiento cruzado al que habían proporcionado la mayor parte de los hombres y el mando. Habían establecido su forma de vida en Palestina y en Grecia. Estaban destinados a dominar la cristiandad. Carlos era francés; además, un príncipe francés. Y era, sobre todo, la Casa Real de Francia la que había dado al país unidad y conciencia nacional. Los reyes

Capetos eran los que aportaban orden y justicia al país y destruían el poder arbitrario y corrompido de los nobles. Durante la infancia de Carlos, su madre y su hermano se habían ocupado activamente de aplastar a la turbulenta nobleza francesa. De joven, Carlos tuvo que dominar a la de Provenza. Creció con el convencimiento de que las simpatías populares estaban del lado del poder centralizador.

Este orgullo de raza y posición lo llevó a cometer dos graves errores, uno en la política exterior y otro en la interior. Carlos se veía a sí mismo como heredero de los príncipes cruzados, especialmente en la Europa oriental. Los franceses se atribuían el mérito de la cuarta Cruzada y del establecimiento del Imperio latino de Constantinopla. Su caída representó pues un insulto personal. No podían comprenderlo cabalmente, ya que nunca se les ocurrió pensar que, para los bizantinos, igual que para los árabes de Oriente, ellos no eran la más refinada flor de la civilización, sino unos salvajes intrusos, aficionados a las persecuciones religiosas. Carlos creía que, si se le permitía enviar una expedición contra Constantinopla, la restauración del Imperio latino sería una empresa fácil. Desde el punto de vista militar estaba en lo cierto, pero no tuvo en cuenta el odio apasionado que los bizantinos sentían por Occidente, ni los extremos a los que estaban dispuestos a llegar con el fin de impedir el ataque. Tampoco apreció en lo que valían la habilidad y diplomacia que habían adquirido durante siglos. Despreció a la corte de Aragón y nunca se dio cuenta de la eficacia con que sus derechos podían ser utilizados en contra de él. Subestimó la capacidad de todos sus enemigos extranjeros y nunca comprendió que, combinados, podían ser muy peligrosos.

La alianza de sus enemigos tuvo éxito gracias a los errores cometidos por Carlos en el gobierno interior de su reino. El rey era consciente de la fuerza del nacionalismo. Sabía que podía confiar en sus compatriotas y no confiaba en ningún otro pueblo. Así,

en lo posible, Carlos tenía la costumbre de emplear en cada uno de sus dominios a funcionarios procedentes de sus territorios; pero no tuvo en cuenta el resentimiento que esta política podía causar. Parece ser que pensaba que, al igual que en Francia, el elemento peligroso para la monarquía, era la nobleza, y que el pueblo se uniría automáticamente al rey. En las tierras italianas él redujo el poder de la nobleza local y se apoyó en nobles y caballeros franceses, a los que nunca concedió demasiado poder territorial. No se dio cuenta de que estos nobles importados no se convertirían de repente en funcionarios eficaces e incorruptibles, justamente porque estaban separados de sus antiguos territorios hereditarios, ni que a la población local le podía desagradar tener funcionarios extranjeros, aun en el caso de que fuesen eficientes. Carlos era un buen administrador, pero no podía supervisarlo todo. De la prisa que se daba en introducir reformas cuando las cosas no iban bien se desprende que su administración estaba llena de fallos. Y, en particular, no satisfizo a los sicilianos.

Aquí es donde el tema siciliano se mezcla con el europeo.

Carlos descuidó Sicilia. La consideraba más pobre y menos útil que sus otros dominios. Los sicilianos lo habían fastidiado con una larga revolución al principio de su reinado. Nunca les hizo una visita detenida, ni inspeccionó en persona su administración. Sus funcionarios estaban más corrompidos y eran más opresores que los del continente, donde él ejercía el control. Carlos no parece haber previsto que los sicilianos pudieran ocasionarle problemas. Eran una raza muy mezclada. Sólo medio siglo antes, los elementos árabes y griegos se podían diferenciar aún claramente de los latinos. Quizá pensó que gente de sangres tan diversas no llegarían nunca a unirse lo suficiente como para amenazar gravemente su poder. Pero las desdichas, agravios y deseos de toda la isla hicieron que sus habitantes se unieran. Es un ejemplo estupendo de lo poco que el sentimiento nacional depende de la pureza de raza. El levantamiento, tramado, ali-

mentado y organizado por enemigos del exterior, pero llevado a cabo y mantenido por el enconado valor de los sicilianos, fue lo que inició la caída del Imperio de Carlos. Quizá algunos de los jefes de la isla vacilaron a veces: quizá la intervención de Aragón y el genio naval de Roger de Lauria contribuyeron a la victoria; pero fue la resuelta firmeza de los habitantes, mantenida pese a la deserción posterior de sus aliados, la que los liberó del odiado gobierno de los angevinos.

El fracaso de Carlos como creador de un imperio radicó en que no supo comprender el mundo mediterráneo de su época. Si se hubiese contentado con el papel de rey de Sicilia, podría haber tenido tiempo para aprender a gobernar a sus súbditos. Pero él se veía a sí mismo como soldado de Dios, elegido por la Santa Iglesia como su campeón. El Imperio occidental había caído porque se enfrentó con la Iglesia. Él levantaría un nuevo Imperio bajo la protección de ésta, como brazo secular de la misma. Pero llegó tarde. La cristiandad se había fragmentado en demasiadas unidades, con intereses locales propios; el nacionalismo crecía con demasiada rapidez. El propio Carlos se vio afectado por él. Sea cual sea la concepción que tuviera de su papel, a la práctica fue en parte agente del imperialismo papal, en parte del imperialismo francés y en parte de sus propias ambiciones personales y dinásticas. Y las partes se estorbaban unas a otras. Más tarde, al ocupar el trono húngaro, la Casa de Anjou recobraría su gloria, pero solamente mientras limitó sus intereses a Europa central. Cuando intentó combinar sus dominios de Italia con los de Europa central, la tarea resultó ser superior a sus fuerzas. Los reyes de la dinastía angevina fueron en general hombres de capacidad sobresaliente, que dejaron su huella en la historia europea. Pero fue una huella efímera y que benefició muy poco al continente en general.

La matanza de las Vísperas destruyó el experimento del Imperio del rey Carlos. Pero con esta matanza desaparecieron muchas

cosas más. Fue la ruina del pontificado hildebrandino. El Papado se había puesto en manos de Carlos. Algunos Papas más sensatos, como Gregorio X y Nicolás III, habían intentado en vano reducir el compromiso. Los mismos sicilianos hicieron cuanto estuvo en sus manos para ofrecer al Pontífice una salida. Un Papa más inteligente que Martín IV podría haber reducido las pérdidas del Papado a tiempo. Pero aun así habría habido pérdidas. Si el Papa dejaba de apoyar a Carlos, ello equivaldría a admitir que Roma se había equivocado. Pero apoyarlo tan ciegamente contra los deseos de un pueblo devoto y contra la conciencia de gran parte de Europa, y luego ser arrastrado con él a la derrota, significaba una humillación mucho más cruel. El Papado utilizó todo para la lucha. Dio más dinero del que podía permitirse. Recurrió al arma de la Guerra Santa, y todo ello sin ningún objeto. Salió del asunto empobrecido económicamente, y para rehacerse se vio obligado a intentar sacar de los poderes laicos más de lo que éstos estaban ya dispuestos a pagar. Acabó con su principal arma espiritual mancillada, pues muy pocos europeos fuera de Francia y de las ciudades güelfas de Italia eran capaces de considerar la represión de los sicilianos como un objetivo espiritual. La idea de la Guerra Santa ya estaba devaluada cuando fue utilizada contra los Hohenstaufen, a continuación, cayó en el más completo descrédito. La alta autoridad del Papado se había gastado en una causa perdida, sin la certidumbre de que fuera moralmente justa. No hubo ideal medieval más hermoso que el de una Iglesia universal, que uniese a la cristiandad en una gran teocracia, gobernada por la imparcial sabiduría del Vicario de Dios. Pero en este mundo pecador, incluso el Vicario de Dios necesita fuerza material para imponer su santa voluntad. Al Papado medieval le resultó imposible encontrar un protector laico en quien toda la cristiandad pudiese confiar. Al aplastar el Imperio universal, que era el único que podría haberle proporcionado tal apoyo, los Papas se encontraron ante un grave problema. Es fácil de compren-

der que eligieran a Carlos de Anjou. Pero esta elección fue nefasta. Cuando el poder de Carlos fue destruido en las Vísperas de Palerrno, los Papas ya estaban demasiado comprometidos. Esta historia condujo a la ofensa sufrida por el Santo Padre en Anagni, a la cautividad babilónica de Avignon y, a través del cisma y el desengaño, a los problemas de la Reforma. Los hombres sicilianos que, cuchillo en mano, invadieron las calles de Palermo aquella tarde salvaje, luchaban por su libertad y su honor. Ellos no podían saber a qué consecuencias iba a llevarlos su levantamiento, y, con ellos, a toda Europa. El derramamiento de sangre es algo terrible, y rara vez surge algo bueno de él. Pero la sangre derramada aquella tarde no sólo rescató a un valiente pueblo de la opresión, sino que también alteró de manera fundamental la historia entera de la cristiandad.

La lección no se olvidó del todo. Más de tres siglos después, el rey Enrique IV de Francia se jactó ante el embajador español del daño que podía causar a las tierras españolas de Italia si el rey de España ponía a prueba su paciencia más de lo que el francés estaba dispuesto a soportar. «Desayunaré en Milán —dijo— y comeré en Roma». «Entonces —replicó el embajador Vuestra Majestad llegará sin duda a Sicilia a tiempo para las Vísperas».

Juan de Prócida y las Vísperas (Apéndice)

El problema de saber hasta qué punto la matanza de las Vísperas se organizó fuera de Sicilia ha sido motivo de controversia bastante virulenta. La opinión tradicional consideraba la matanza como el resultado de una gran conspiración organizada por el exiliado napolitano Juan de Prócida, que trabajaba en beneficio de la Casa de Aragón. Este es el punto de vista mantenido por escritores del siglo XVIII, como Voltaire y Gibbon, según los cuales «el levantamiento fue inspirado por la presencia o el alma de Juan de Prócida».[415] Para el historiador italiano Oriani, Juan fue «el Gran Conspirador».[416]Aparece como figura principal de tan dramáticas versiones de la historia como las tragedias de *Les Vêpres Siciliennes* de Casimir Delavigne, y *The Massacre at Palermo* de Felicia Hemans, y del absurdo libreto escrito por Scribe para la ópera de Verdi *II Vespro Siciliano*. [417]

Este punto de vista fue duramente atacado por el eminente historiador siciliano del siglo XIX Michele Amari. Su obra *La Guerra del Vespro Siciliano* se publicó por primera vez en 1842 fue el primer trabajo verdaderamente erudito sobre la matanza y la guerra que la siguió. Pero Arnarí era estudioso y político a un tiempo. Escribió en una época en que su isla natal estaba inquieta bajo el gobierno de los reyes Borbones de Nápoles, y él deseaba exhortar a los sicilianos a luchar por su libertad. Había que hacerles comprender que en 1282 se habían tomado la justicia por su mano y se habían levantado contra el opresor. Pero el mensaje sería inútil si el levantamiento era solamente el resultado de in-

trigas extranjeras. Amari era un hombre honrado y sin duda alguna creía en su propia tesis, que sostenía que Juan de Prócida no había tenido ninguna intervención seria en el movimiento. El propio levantamiento había sido enteramente espontáneo, y sólo más tarde los aragoneses, aconsejados por Prócida, lo aprovecharon para establecer su gobierno en la isla. En lugar del Gran Conspirador, Juan de Prócida se transforma en un politicastro con una personalidad bastante despreciable.[418]

El punto de vista de Amari se basaba en varios argumentos de peso. Amari estaba en condiciones de demostrar que varias de las fuentes más fidedignas no mencionaban a Juan, que otras negaban la preexistencia de una conspiración y que, en cualquier caso, el tiempo transcurrido entre las Vísperas propiamente dichas y la llegada a Sicilia de los aragoneses era un argumento contra una conspiración. Otras fuentes que él desconocía apoyan parte de sus teorías. Por otro lado, parece claro que su deseo de sacar una enseñanza política contemporánea lo llevó a la exageración. Tampoco vio claramente que las propias fuentes originales teníanmotivos políticos.

A Amari lo impresionó que ninguna de las dos fuentes aragonesas originales mencionasen una conspiración. Los cronistas catalanes Bernat d'Esclot, cuya crónica termina en 1285, y Ramón Muntaner, que escribió unos cuarenta años más tarde, dicen que el rey Pedro se encontraba en África luchando contra los moros en el momento de las Vísperas, y que los sicilianos lo invitaron un poco más tarde a ir en su ayuda.[419] Ésta era evidentemente la versión oficial presentada por la corte aragonesa, la cual, con fines propagandísticos, tenía que minimizar su propia responsabilidad. No puede tomarse como prueba de la no existencia de una conspiración. Además, se contrarresta con la versión oficial francesa, que intentaba implicar en lo posible a Aragón con el fin de justificar la cruzada contra los aragoneses. Guillermo de Nangis, en su *Vida de Felipe III*, dice que el rey Pedro había sido instigado

por su mujer a intrigar con los sicilianos; habla de los emisarios sicilianos que iban a Aragón y de la revolución que estalló inmediatamente después de su regreso. Un panegirista anónimo del rey Carlos lo repite. Dice que Pedro equipó una nota para utilizarla contra Carlos siguiendo las sugerencias de los sicilianos y de su mujer, y que la campaña africana había sido planeada con el fin de proporcionarle una excusa ante el Papa. Esta historia se recoge en la obra anónima *Praeclara Francorum Facinora* y en la crónica de san Bertin. Ninguna de las fuentes francesas menciona a Juan de Prócida.[420]

Las fuentes italianas y sicilianas dan detalles, pero no son consistentes. El cronista más fidedigno de ellas es Bartolomé de Neocastro, que vivía en Mesina en la época de los hechos y tomó parte en el gobierno de su ciudad, y que, a pesar de un estilo latino muy florido y no siempre ajustado a la gramática, y de ciertos prejuicios, es bastante convincente. No menciona las intrigas preliminares, pero da a entender que el levantamiento de Palermo ocurrió como resultado directo de la opresión angevina. Hace alusión a los derechos de la reina Constanza como parte de la historia y dice que el Papa y el rey Carlos sospechaban que la expedición aragonesa dirigida contra África se había preparado en realidad para la invasión de Sicilia.[421]

Nicolás Specialis, que escribió su *Historia siciliana* medio siglo después, dice que la rebelión estalló «nullo communicato concilio», pero probablemente deseaba presentar el punto de vista de la dinastía aragonesa.[422] La crónica anónima que narra la historia de Sicilia de 820 a 1328 ofrece la misma versión poco precisa.[423]

La historia de la conspiración de Juan de Prócida se basa principalmente en una crónica anónima en dialecto siciliano, el *Rebellamentu di Sichilia, tu quale Hordinau e Fichipari Misser Iohanni in Prochita, contra Re Carlo*, atribuirla a un mesinés del siglo XIII, y en dos obras «sinópticas», el *Liber Jani de Procula et Paleoloco* y la *Legenda di Messer Gianni di Procida*, atribuido a un cronista de

Módena desconocido.[424] En el *Rebellamentu* Juan aparece como un héroe, en las otras dos como un traidor. Las fechas en que estas obras se escribieron no han sido fijadas. El intento de su último editor de demostrar que el *Rebellamentu* es coetáneo de la rebelión, no es definitivo, ya que se basa en una sola palabra del texto.[425] Pero parece muy improbable que ninguna de ellas haya sido escrita después de 1298, fecha en que Juan abandonó la causa siciliana y se reconcilió con la Iglesia. Después de ese momento ya no podía haber sido considerado un héroe tan grande por los sicilianos o un villano tan despreciable por los güelfos. Por lo tanto, parece correcto pensar que la historia de la actuación personal de Juan en la organización de la Gran Conspiración circulaba en vida de él aunque solamente en escritos «populares». A principios del siglo siguiente, fue aceptada como verdadera por historiadores serios. La crónica florentina de Ricordano y Giachetto Malespini, que sólo llega hasta 1286 pero que probablemente se acabó al menos una década más tarde, repite el relato de las actividades de Juan y lo convierte en el embajador que ofrece el trono siciliano a Pedro de Aragón. También da cuenta del soborno del papa Nicolás.[426] En la primera mitad del siglo XIV Brunetto Latini y Villani reproducen la historia entera con detalles pintorescos y con cotilleos, y Francesco Pipino de Bolonia, Boccaccio y Petrarca aceptan la versión completa.[427] Dante no menciona a Juan de Prócida, pero llega a condenar al infierno al papa Nicolás por aceptar dinero para oponerse al rey Carlos.[428]

Es difícil rechazar por completo una historia creída firmemente por escritores reputados e inteligentes, muchos de los cuales habían nacido cuando los actores del drama aún vivían. Sin embargo, sabemos que parte de la leyenda no puede ser verdadera. Parece cierto que Juan de Prócida no pudo haber salido de Aragón en el período en que se le suponía viajando disfrazado por el mundo mediterráneo. En los relatos estrictamente contemporá-

neos del papa Nicolás III o en los muchos documentos pontificios de su tiempo que existen no hay nada que sugiera que su política con respecto al rey Carlos se hubiese apartado de un curso perfectamente claro y lógico.[429] El lapso de tiempo transcurrido entre las Vísperas y la intervención del rey de Aragón no sugiere que el asunto fuese organizado y controlado por un político residente en Aragón. Por otro lado, es evidente que Amari exageraba. La leyenda está expuesta con detalles convincentes, y Juan de Prócida no podría haberse convertido en el gran villano de la historia desde el punto de vista güelfo, si no hubiese habido buenos motivos para creer que había estado complicado en la rebelión. Los propios sicilianos, pueblo soberbio y nada modesto, no habrían permitido que sus leyendas elevasen a un hombre napolitano a la categoría de jefe, a menos que creyesen que efectivamente los había dirigido. Mucha gente que vivía en la época de la matanza debió de conocer la leyenda antes de morir, y nadie la contradijo. Además, un levantamiento necesita cierta organización. Entre gente tan aficionada a las sociedades secretas como los sicilianos, no cabe esperar que se conserven documentos sobre los entresijos de una conspiración; y en una isla donde la tradición oral se mantiene, hay que tener cierta fe en ella. Cuesta trabajo creer que no hubo una conspiración bien definida organizada por los agentes de Juan de Prócida; posiblemente, uno de sus hijos fue quien realizó el viaje atribuido a juan en la leyenda.

Es posible que los historiadores hayan subestimado el papel desempeñado por Bizancio. En la narración, el oro bizantino tiene un papel destacable y se acentúa también la importancia de las visitas de Juan a Constantinopla. Así, el título de una de las leyendas se refiere a su relación con Miguel Paleólogo, y esto no es sólo para desacreditar a Juan asociándolo con un príncipe cismático, ya que el *Rebellamentu* habla de lo mismo. Otras varias fuentes mencionan subsidios monetarios que iban a poder de los ara-

goneses, probablemente a agentes de Juan;[430] y de manera muy significativa, el mismo Miguel, en su fragmento autobiográfico, cuya autenticidad no se puede poner en duda, se jacta de haber sido él quien salvó al Imperio de una invasión angevina.[431]

Los acontecimientos confirman su afirmación. Es evidente que los aragoneses habrían preferido retrasar una guerra en Sicilia hasta que Carlos estuviese completamente metido en la campaña de Oriente con el grueso de su flota y de su ejército allí. El levantamiento parece haber cogido un poco por sorpresa al rey Pedro. Si zarpó rumbo a África es porque no estaba muy seguro de lo que ocurría o de lo que iba a ocurrir. Los sicilianos, por su parte, no solicitaron su ayuda hasta verse muy apurados. Habrían preferido claramente una autonomía bajo una soberanía pontificia imprecisa. Pero para Bizancio era esencial que el levantamiento ocurriera antes de que Carlos saliese para Oriente. Y de hecho ocurrió casi en el último momento en que Bizancio podía salvarse. Es digno de destacar que una de las primeras cosas que hicieron los mesineses después del levantamiento fue enviar un mensaje a Constantinopla, mucho antes de ponerse en contacto con Pedro de Aragón.[432] Al promulgar la bula de excomunión contra el rey Pedro y los sicilianos rebeldes, el papa Martín no tenía ninguna duda sobre la complicidad de Miguel.[433]

Es imposible establecer la verdad total de la historia. Pero parece ser que los sicilianos habían llegado a un estado de desesperación debido a una sensación de opresión mezclada con abandono; que los agentes aragoneses, organizados por Juan de Prócida, excitaron su resentimiento, y con la ayuda del oro y los agentes bizantinos lo organizaron hasta convertirlo en una rebelión. Entretanto, y una vez más gracias en gran parte a Juan, se forjó una alianza diplomática contra el rey Carlos, financiada sobre todo por el oro bizantino. Se indujo al papa Nicolás III, también con oro bizantino, a no romper totalmente sus relaciones con Bizancio y a no dar permiso a Carlos para atacar el Imperio,

probablemente asimismo a través de los agentes de Juan. Cuando el Papa murió y el nuevo resultó ser instrumento de Carlos, se necesitó una acción más directa. La fecha del levantamiento pudo ser fortuita, pero tan conveniente para los bizantinos que es casi seguro que el emperador Miguel tuvo algo que ver con ella, según se desprende de sus propias palabras y del mensaje que le fue enviado de Mesina. Para Aragón era una fecha algo temprana, y al principio la alianza aragonesa no fue del todo bien acogida por los sicilianos, los cuales tampoco estaban dispuestos, como demostraron los acontecimientos posteriores, a mantenerla si amenazaba su independencia.

El principal mérito, si es que una matanza puede tener mérito, debería concederse a los propios sicilianos, que suministraron la fuerza motora. La organización de la conspiración y las alianzas que le permitieron tener éxito se deben principalmente a Juan de Prócida. Pero la financiación y la fijación de las fechas fueron obra del emperador de Constantinopla.

Bibliografía

I. **Fuentes originales**

1. Fuentes generales

Acta Aragonensia, aus dem diplomatischen Korrespondenz Jaymes II (ed. H. Finke), 3 vols. Berlin, 1908.

Amari, M.: «Altre Narrazioni del Vespro Siciliano», apéndice a *Guerra del Vespro Siciliano*. Véase II. Obras modernas.

D'Ancona, A. y D. Comparetti: *Le Antiche Rime Volgari*, 5 vols. Bolonia, 1875-1888.

Baronius, C.: *Annales Ecclesiastici*, continuados por O. Raynaldi, 15 vols. Lucca, 1747-1756. Citado como Baronius-Raynaldi.

De Bartholomaeis, v.: *Poesie Provenzali Storiche relative al Italia*, 2 vols, Istituto Storico Italiano. Roma, 1931.

Boehmer, J. F.: *Regesta Imperii*, vol. V, *Regesten des Kaiserreichs* (ed. J. Ficker y E. Winkelmann), 3 partes. Innsbruck, 1881-1901.

De Boüard, A.: *Actes et Lettres de Charles; 1er concernant la France*. Paris, 1926.

—: *Documents en Français des Archives angevines de Naples*, *Règne de Charles; 1er*. Vol I, *Les Mandements aux Trésoriers*. Paris, 1933. Vol. II, *Les Comptes des Trésoriers*. Paris, 1935.

Bouquet, M., y otros: *Recueil des Historiens des Gaules et de la France*, 23 vols. Paris, 1738-1876. Citado como Bouquet, *R. H. F.*

Buchón, J. A.: *Chroniques étrangères relatives aux Expéditions françaises pendant le XIIIè siècle*. Paris, 1840.

—: *Recherches et Matériaux pour servir à une Histoire de la Domination française en Grèce*, 2 vols. Paris, 1840.

Capasso, B.: *Historia Diplomática Regni Siciliae, 1250-1266*. Nápoles, 1874.

Carini, I.: *Gli Archivi e le Biblioteche di Spagna, in rapporto alla storia d'ltalia in generale e* di Sicilia *in particolare*, 2 vols. Palermo, 1884 - 1897.

Champollion-Figeac, J.: *Lettres des Rois, Reines et autres Personnages des Cours de France et d'Angleterre*, Collection de Documents Inédits. París, 1839-1847.

Dölger, F.: *Regesten der Kaiserurkunden des Oströmischen Reiches*, 3 vols. Munich-Berlin, 1924-1932.

Duchesne, A.: *Historiae Francorum Scriptores*, 5 vols. Paris, 1636-1649.

Finke, H.: *Aus den Tagen* Bonifaz VIH: *Quellen*. Véase Obras modernas.

Fontiper la *Storia dltalia*. Istituto Storico Italiano. Roma, 1887 — (en publicación).

Del Giudice, G.: *Códice Diplomático di Carlo le Carlo II dAngiô*, 3 vols. Nápoles, 1863-1869, 1902.

Hopf, K.: *Chroniques Gréco-Romanes inédites ou peu connues*. Berlin, 1873.

Kern, F.: *Acta Imperii, Angliae et Franciae, 1267-1313*. Tubinga, 1911.

Krammer, M.: *Quellen zur Geschichte der deutschen Königswahl und des Kurfurstenkollegs*, 2 vols. Leipzig, 1911.

Martène, E., y U. Durand: *Thesaurus novus Anecdotorum*, 5 vols. Paris, 1717.

Miklosich, F., y J. Müller: *Acta et Diplomata Graeca medii aevi sacra et* profana, 6 vols. Viena, 1860-1890.

Monumenta Germaniae Histórica (ed. H. Pertz, T. Mommsen y otros). Hanover, 1826 — (en publicación). Citado como *M. G. H.*

Muratori, L. A.: *Rerum Italicarum Scriptores*, 25 vols. Milán, 1723-

1751; nueva serie, ed. por G. Carducci y V. Fiorini. Cittá di Castello, Bologna, 1900 — (en publicación). Citado como Muratori, *R. /. S.* Potthast, A.: *Regesta Pontificum Romanorum, 1198-1304*, 2 vols. Berlín, 1814-1815.

Registres des Papes, Ecoles Françaises d'Athènes et de Rome. Paris: *Alejandro* IV (ed. C. Bourel de la Roncière), 2 vols., 1902-1917. *Bonifacio* VIII (ed. G. Digard y otros), 4 vols., 1884-1932.

Clemente IV (ed. E. Jordan), 2 vols., 1893-1945.

Gregorio X y *Juan* XXI (ed. J. Guiraud y L. Cadier), 2 vols., 1892 - 1906. *Honorio* A[7](ed. M. Prou), 1888.

Inocencio IV (ed. E. Berger), 4 vols., 1884-1921.

Martin IV (ed. E. Berger), 4 vols., 1884-1921.

Nicolás III (ed. J. Gay y S. Vitte), 2 vols., 1898-1938.

Nicolás IV (ed. Langlois), 2 vols., 1886-1905.

Urbano IV (ed. J. Guiraud), 4 vols., 1892-1929.

Rymer, T.: *Foedera* (ed. A. Clarke y F. Holbrooke), vols. I y II. Londres, 1816.

Tafel, G. L., y G. M. Thomas: *Urkunden zur altem Handels und Staatsgeschichte der Republik Venedigs*, 3 vols. Viena, 1856-1857.

Trifone, R.: *La Legislazione Angioina*. Nápoles, 1921.

2. Fuentes particulares

Acropolita, Jorge: *Opera* (ed. Heisenberg), 2 vols. Leipzig, 1903. Andrés de Hungría: *Descriptio Victoriae a Karolo, Provinciae Comité, reporta tae* (ed. G. Waitz). (*M. G. H., Scriptores*, vol. XXVI, 1882.) *Annales Altahenses* (ed. G. H. Pertz). (*M. G. H., Scriptores*, vol. XVII, 1861.)

Annales Cavenses (ed. G. H. Pertz). (*M. G. H., Scriptores*, vol. III, 1839.) *Annales Januenses Cafari et Continuatorum* (ed. G. H. Pertz). (M. G. *H., Scriptores*, vol. XVIII, 1863).

Annales Ottokariani (ed. G. H. Pertz). (M. G. *H., Scriptores*, vol. IX, 1851.)

Annales Placentini Gibellini (ed. G. H. Pertz). (M. *G. H., Scriptores*, vol. XVIII, 1863.)

Annales Sanctae Justinae (Monachi Patavini Chronicon) (ed. P. Jaffe). (Ai. G. *H., Scriptores*, vol. XIX, 1866.)

Anonymi Chronicon Siciliae. (Muratori, *R. I. S.*, vol. X.)

Bartolomé de Neocastro: *Historia Sicula* (ed. C. Paladino). (Muratori, *R. I. S.*, nueva serie, vol. XIII, 1922.)

Boccaccio, Giovanni: *De Casibus Illustrium Virorum*. Berna, 1539.

Chronicle of James I of Aragon (*Chronica o commentari del* rey *En Jaume)* (traducción inglesa de J. Forster). Londres, 1883.

Chronicle of the Morea, Versión griega (ed. P. Kalonaros). Atenas, 1940. Version italiana (*Cronaca di Morea*), en Hopf, *Chroniques Gréco-Romanes*. Version francesa (*Livre de la Conqueste de la Princêe de VAmorêe*) (ed.J. Longnon). Paris, 1911.

Chronicon Sancti Bertini (ed. O. Holder-Egger). (M. G. *H., Scriptores*, vol. XXV, 1880.)

Dante Alighieri: *Opere* (ed. E. Moore y P. Toynbee), 4.[a] ed. Oxford, 1924.

D'Esclot (Desclot), Bernat: *Crónica del Rey en Pere*, en Buchón, *Chroniques Etrangéres*.

Ellenhard: *Gesta Rudolfi et Alberti Regum Romanorum*. (Ai. G. *H., Scriptores*, vol. XVII, 1861.)

Gestes des Chiprois (ed. G. Raynaud). Ginebra, 1887.

Grandes Chroniques de France (ed.J. Viard, vol. VIII. Paris, 1934).

Gregoras, Nicéforo: *Byzantina Historia* (ed. L. Schopen), 2 vols. Bonn, 1829-1830.

Gregorii X Papae Vita Auctori Anonymo Scripta. (Muratori, *R. I. S.*, vol. III.)

Guido de Corvaría: *Fragmenta Historiae Pisanae*. (Muratori, *R. I. S.*, vol. XXIV.)

Di Jaci, Atanasio: *La Vinuta e lu Suggiomu di lu Re Japicu in la Gitati di Catania, Uannu MCCLXXXVII* (ed. E. Sicardi) (Muratori, *R. I. S.*, nueva serie, vol. XXXIV: *Due Cronache del Vespro in Volgare* Siciliano.)

Joinville, Juan *Sieur* de: *Histoire de Saint Louis* (ed. N. de Wailly), Paris, 1874.

Primatus: Véase Vignay, Juan de.

Rabban Sauma: *History*. Traducción inglesa de E. Wallis Budge, y publicado como *The Monks of Kublai Khan*, *Emperor of China*. Londres, 1928.

Rebellamentu di *Sichilia* (ed. E. Sicardi). (Muratori, *R. I. S.*, nueva serie, vol. XXXIV: *Due Cronache del Vespro in Volgare* Siciliano.)

Salimbene de Adam: *Crónica* (ed. O. Holder-Egger). (*M. G. H.*, Scriptores, vol. XXXII, 1905-1913.)

Sañudo Marino: *Istoria del Regno di Romania*, en Hopf, *Chroniques Gréco-Romanes*.

Specialis, Nicolás: *Historia Sicula*. (Muratori, *R. I.* X, vol. X.)

Tolomeo de Lucca: *Historia Ecclesiastica*. (Muratori, *R, I. S.*, vol. XI.)

Praeclara Erancorum Facinora, en Duchesne, *Historiae Erancorum Scriptores*, vol. V.

Juan de Vignay: Ex *Primati Chronicis per J. de Vignay translatis (M.* G. *H.*, Scriptores, vol. XXVI, 1882, ed. Brosien, H.).

Villani, Giovanni: *Crónica*, 8 vols. Florencia, 1823.

II. Obras modernas

Amari, M.: *La Guerra del Vespro Siciliano*, *9*. — ed., 3 vols. Milán, 1886.

—: *Storia dei Musulmani di Sicilia*, 3 vols., en 4.° Florencia, 1854-1872.

BTHGEN, F.: *Die Regentschaft Papst Innocent III im Königreich Sizilien*. Heidelberg, 1914.

Boase, T. S. R.: *Boniface VIII*. Londres, 1933.

De Boüard, A.: *Le Régime politique et les Institutions de Rome au Moyen Âge*. Paris, 1920.

Bourcart, J.: *IV Albanie et les Albanais*. Paris, 1921.

Bury, J. B.: *History of the Later Roman Empire*, *A. D. 395-A. D. 565*, 2 vols. Londres, 1923.

Busson, A.: «Friedrich der Friedige als Prätendent der Sizilianis—chen Krone und Johann von Procida», en *Historische Aufsätze dem Andenken an Georg Waitz gewidrnet*. Hanover, 1886.

—: *Die Doppelwahl des Jahres 1257 und der römische König Alfons X von Castilien*. Münster, 1866.

Cadier, L.: *Essai sur Administration du Royaume de Sicile sous Charles I et Charles II d'Anjou*. Paris, 1891.

Caggese, C.: *Roberto d'Angiò e i suoi Tempi*, 2 vols. Florencia, 1922 — 1931.

Cambridge Medieval *History*, vol. VI, *Victory of the Papacy*, vol. VII, *Decline of the Empire and Papacy*. Cambridge, 1929-1932.

Carabellese, F.: *Saggio di Storia del Commercio della Puglia*. Trani, 1900.

Caro, G.: *Genua und die Mächte am Mittelmeer*, 2 vols. Halle, 1895.

Cartellieri, O.: *Peter von Aragon und die Sizilianische Vesper*. Heidelberg, 1904.

Carlicci, C.: *La Guerra del Vespro* Siciliano *nella frontiera del Principato*. Subiaco, 1934.

Chalandon, F.: *Histoire de la Domination Normande en Italie*, 2 vols. Paris, 1907.

Chapman, C.: *Michel Paléologue, restaurateur de l'Empire Byzantin*. Paris, 1926.

Cipolla, C.: *Compendio della Storia politico di Verona*. Verona, 1899.

Cohn, W.: *Das Zeitalter der Hohenstaufen in Sizilien*. Breslau, 1925.

Croce, B.: *Storia del Regno di Napoli*, 2.ª. ed. Bari, 1931.

Cutolo, A.: *Guangioini*. Florencia, 1934.

Davidssohn, R.: *Geschichte von Florenz*, 4 vols. Berlin, 1896-1927.

Diehl, C.; L. Oeconomos; R. Guilland, y R. Grousset: *L'Europe Orientale de 1081 à 1453*. (G. Glotz, *Histoire Générale, Histoire du Moyen Age*, vol. IX, Paris, 1945.)

Digard, G.: *Philippe le Bel et le Saint-Siège*, 2 vols. París, 1934.

Durrieu, P.: *Les Archives Angevines de Naples*, 2 vols. Paris, 1887.

Egidi, P.: La *«Communitas Siciliae» di 1282*. Mesina, 1915.

Fawtier, R.: *L'Europe Occidentale de 1270 à 1328* (G. Glotz, *Histoire Générale, Histoire du Moyen Age*, vol. VI, 1). Paris, 1940.

Finke, H.: Aus *den Tagen Bonifaz VIII*. Münster, 1902.

Fournier, P.: *Le Royaume d'Arles et de Vienne*. Paris, 1891.

Gardner, A.: *The Lascarids of Nicaea*. Londres, 1912.

Geneakoplos, D.: «Greco-Latin relations on the eve of the Byzantine Restoration; The Battle of Pelagonia, 1259», *Dumbarton Oaks Papers*, núm. VII. Cambridge, Mass., 1953.

—: «Michael VIII Palaeologus and the Union of Lyons», *Harvard Theological Review*, vol. XIV. Cambridge, Mass., 1953.

—: «On the Schism of the Greek and Roman Churches», *Greek Orthodox Theological Review*, vol. I (1954).

Gibbon, E.: *The Decline and Fall of the Roman Empire* (ed. J. B. Bury), 7 vols. Londres, 1896-1900.

Del Giudice, G.: *Don Arrigo*, *Infante* de *Castiglia*. Nápoles, 1878.

—: «La Famiglia del Re Manfredi», *Archivio Storico per le Provincie Napoletane*. Nápoles, 1878.

Gregorovius, F.: *Geschichte der Stadt Rom im Mittelalter* (ed. F. Schillmann), 2 vols. Dresde, 1926.

Halphen, L.: *LEssor de VEurope*. *Peuples et Civilisations* (ed. L. Halphen y P. Sagnac), vol. VI. París, 1940.

Hampe, K.: *Geschichte Konradins von Hohenstaufen*. Innsbruck, 1894.

Von Hefele, C. J.: *Histoire des Condles* (revisado y traducido por H. Leclereq), 8 vols, en 16. París, 1907-1921. Citado como Hefele-Leclercq.

Heyd, W.: *Histoire du Commerce du Levant au Moyen Age* (traducido por F. Raynaud), nueva edición, 2 vols. Leipzig,

1923.

Hill, G.: *History of Cyprus*, 3 vols. Cambridge, 1940-1948.

Hitti, P. K.: *A History of the Arabs*. Londres, 1937.

Iorga, N.: *Brève Histoire de I'Albanie*. Bucarest, 1919.

Jire£ek, C.: *Geschichte der Bulgaren*. Praga, 1876.

—: *Geschichte der Serben*, 2 vols. Gotha, 1911-1918.

Jordan, E.: *L Allemagne et l'Italie aux XIIe et XIIIe Siècles* (G. Glotz), *Histoire Générale: Histoire du Moyen Age*, vol. IV, 1. Paris, 1939.

—: *Les Origines de la Domination Angevine en Italie*. Paris, 1909.

Kantorowicz, E., *Kaiser Friedrich der '/weite*. Berlín, 1927.

Karst, A.: *Geschichte Manfreds vom Tode Friedrichs II bis zu seiner Krönung*. Berlin, 1897.

Klm PF, *Geschichte des Deutschen Reiches während des grossen Interregnums, 1245-1273*. Würzburg, 1893.

Kretschmayr, H.: *Geschichte von Venedig*., 2 vols. Gotha, 1905-1920.

La Monte, J. L.: *Feudal Monarchy in the Latin Kingdom of Jerusalem*.

Cambridge, Mass., 1932.

Langlois, C. V.: *Le Règne de Philippe III le Hardi*. París, 1877.

Léonard, E. G.: *Les Angevins de Naples*. París, 1954.

Liberfini, G., y G. Paladino: *Storia délia Sidlia*. Catania, 1933.

Longnon, J.: *L'Empire Latin de Constantinople et la Principauté de Morée*. Paris, 1949.

—: *Les Français d'Outremer au Moyen Age*. Paris, 1929.

Luchaire, A.: *Innocent ///*, 6 vols. Paris, 1905-1911.

De Mas Latrie, L.: *Trésor de Chronologie d'Histoire et de Géographie*. Paris, 1889.

Merkel, C.: «La Dominazione di Carlo I d'Angiô in Piemonte e in Lombardia», *Memorie della Reale Accademia dette Scienze di Torino*, nueva edición, vol. XII. Turin, 1891.

—: *Manfredo I e Manfredo II Lancia*. Turin, 1886.

Miller, W.: *Essays on the Latin Orient*. Cambridge, 1921.

—: *The Latins in the Levant*. Londres, 1908.

Minieri Riccio, C.: *Genealogia di Carlo d'Angiô, prima generazione*. Nápoles, 1857.

—: *Genealogia di Carlo II d'Angiô, rey di Napoli*, Archivio Storico per le Provincie Napoletane. Nápoles, 1882-1883.

—: *II Regno di Carlo I di Angio*, 2 vols. Florencia, 1875-1881.

—: *Saggio* di *Codice* Diplomático *di Napoli*, 2 vols. Nápoles, 1878-1883. Monti, G. M.: *La Dominazione Angioina in Piemonte*. Turin, 1930.

—: *Nuovi Studi Angioini*, incluido en *Gli Angioini di Napoli nella Poesia Provenzale*. Trani, 1937.

Müller, E.: *Peter von Prezza, ein Publizist der Zeit des Interregnums*. Heidelberg, 1913.

Nicol, D. M.: «The Date of the Battle of Pelagonia», en *Byzantinische Zeitschrift*, volumen XIIX, 1. Munich, 1956.

Norden, W.: *Das Papsttum und Byzanz*. Berlin, 1903.

Oman, C.: *A History of the Art of War in the Middle Ages*, 2 ed, 2 vols. Londres, 924.

Ostrogorsky, G.: *A History of the Byzantine State* (traducción por J. Hussey). Oxford, 1956.

Paulus, N.: *Geschichte des Ablasses im Mittelalter*, 2 vols. Paderborn, 1922-1923.

Pawlicki, B.: *Papst Honorius IV*. Münster, 1896.

Petit, J.: *Charles de Valois*. Paris, 1900.

Pinzi, C.: *Storia délia Cittá* di *Viterbo*, 2 vols. Roma, 1887-1889. PONTIERI, E.: *Ricerche* sulla *Crisi della Monarchia* Siciliana *nel secolo XIII*. Nápoles, 1942.

Powicke, F. M.: *King Henry III and the Lord Edward*, 2 vols. Oxford, 1947.

Redlich, O.: *Rudolf von Habsburg*. Innsbruck, 1903.

De Renzi, S.: *Collectio Salemitana*. Nápoles, 1854.

—: *II Secolo* décimo *terzo e Giovanni* da *Procida*. Nápoles, 1860.

Rohde, H. E.: *Der Kampf um Sizilien in den Jahren 1291-1302*. Berlin, 1913.

Rodenburg, C.: *Innocenz IV und das Königreich Siziliens*. Halle, 1892.

Runciman, S.: *A History of the Crusades*, 3 vols. Cambridge, 1951-1954. [Hay traducción española por Germán Bleiberg, Alianza Editorial, 1973, 2008.]

Schipa, M.: *Carlo-Martello Angioino, 2.ª*. ed. Nápoles, 1926.

—: *Sicilia ed Italia sotto Federico //*, Archivio Storico per le Provincie Napoletane. Nápoles, 1928.

Schirmacher, F. W.: *Die letzten Hohenstaufen*. Gotinga, 1871.

De Stefano, A.: *Federico III d'Aragona*, Re di Sicilia. Palermo, 1937. Sternfeld, R.: *Cardinal Johann Gaétan Orsini (Papst Nikolaus III)*. Berlin, 1905.

—: *Karl von Anjou als Graf von Provence*. Berlin, 1888.

—: *Ludwigs der Heligen Kreuzzug nach Tunis und die Politik Karls I von Sizilien*. Berlin, 1896.

Sthamer, E.: «Aus der Vorgeschichte der Sizilischen Vesper», en *Quellen und Forschungen aus Italienischen Archiven und Bibliotheken*, vol. XIX, 1927.

Teetaert, A.: «Nicolas IV», en A. Vacant y E. Mangenot, *Dictionnaire de Théologie Catholique*, vol. XI, 1. Paris, 1931.

Tenckhoff, F.: *Papst Alexander IV*. Paderborn, 1907.

Terlizzi, S.: *Códice Diplomático delle relazioni tra Carlo I d'Angiô e la Toscana*. Florencia, 1914.

Throop, P. A.: *Criticism of the Crusade*. Amsterdam, 1940.

Van Cleve, T. C.: *Markward of Anweiler and the Sicilian Regency*. Princeton, 1937.

Vasiliev, A. A.: *Byzance et les Arabes*, vols. I y II, 2, ed. y trad, por H. Grégoire y M. Canard. Bruselas, 1935, 1950. Ed. rusa original, 2 vols. San Petersburgo, 1900-1902.

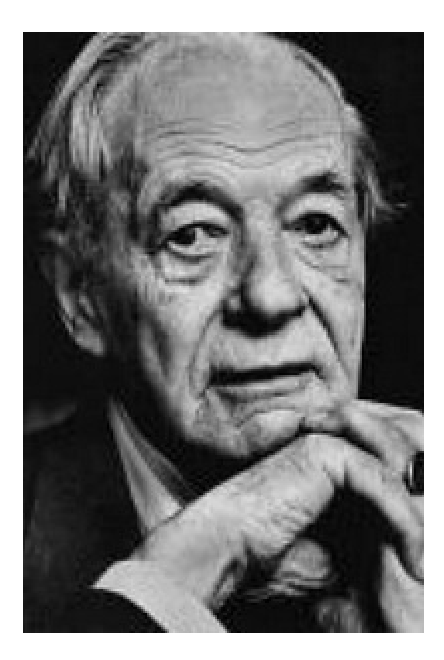
Wieruszowski, H.: «Der Anteil Johanns von Procida an der Verschwörung gegen Karl von Anjou», *Gesammelte Aufsätze zur Kulturgeschichte Spaniens*, vol. V, 1930.

—: «Conjuraciones y alianzas políticas del rey Pedro de Aragón contra Carlos de Anjou antes de las Vísperas Sicilianas», *Boletín de la Academia de la Historia*. Madrid, 1935.

—: «La Corte di Pietro d'Aragona e i Precedenti dell'Impresa Siciliana», 2 partes, *Archivio Storico Italiano*, año 96. Florencia, 1938.

Wolff, R. L.: «Mortgage and Redemption of an Emperor's Son: Castile and the Latin Empire of Constantinople», *Speculum*, vol. XXIX. Cambridge, Mass., 1954.

Yver, G.: *Le Commerce et les Marchands dans l'Italie méridionale au XIIIe et au XIVe Siècles*. Paris, 1903.



JAMES COCHRAN STEVENSON RUNCIMAN (Northumberland, 1903 - Radway, 2000) fue un historiador británico especializado en la Edad Media. A lo largo de su vida llegaría a dominar un extraordinario número de lenguas, de forma, que para sus investigaciones no sólo consultó fuentes en latín, griego y en las distintas lenguas occidentales, sino también en árabe, turco, persa, hebreo, siríaco, armenio y georgiano. Fue contemporáneo y amigo de George Orwell. En 1921 entró en el Trinity College de Cambridge.

Después de recibir una gran herencia de su abuelo, renunció a su beca en 1938 y comenzó a viajar extensamente. De 1942 a 1945 fue profesor de Arte Bizantino e Historia en la Universidad de Estambul, en Turquía, donde comenzó la investigación sobre las cruzadas que daría lugar a su obra más conocida, La Historia de las Cruzadas (tres volúmenes publicados en 1951, 1952, y 1954). La mayor parte de sus obras tratan sobre Bizancio y sus vecinos medievales Sicilia y Siria. En su vida personal, fue un anticuado inglés excéntrico, conocido, entre otras cosas, como esteta, narrador, y entusiasta del ocultismo.

Notas

[1] Por distintas razones, reconozco que me fascina el comienzo del artículo de Bryer: «James Cochran Stevenson Runciman was born on 7 july 1903 at his parents house, then West Denton Hall, asrride the Rornan Wall in Northumberland, second son and third child of Hilcla Stevenson, later MP, and Walter Runciman, MP, later first Viscount Runciman of Doxford. His family called him Steven from the start. The Hon. Sir Steven Runciman, KCBE (l9.rJ8), CH (1984), FBA (1957), FSA (1964), FRSL (1952), C.Lit. (1987), F.R.Hist.S., MA, hon. D.Phil., hon. D.Litt., hon. Litt.D., hon. Lit.D., hon. Ll.D., hon. DD, hon. DHL, Order of the Phoenix (Greece 1961) and of the Maclara Horsernan (Bulgaria 1993), Granel Orator of ihe Great Church of Constantinople (I 969), Wolfson Literary Awarcl (1982), Gold Medal of the City of Arhens (1991), David Livingstone Meda! (RSGS 1992), Onassis Prize for Culture (1997), diecl at his great-nephew's house in Radway, Wanvickshire, on 1 November 2000» (*Proceedings of the British Academy*, CXX, 2003: *Biographical Memoirs of Fellows*, II, p. 365). <<

[2] Don Juan era cualquier cosa menos consecuente. Le agradaba desplegar una suma minuciosidad técnica en las descripciones; así, por ejemplo, en *Herrumbrosas lanzas:* «Sin duda, los del puerto tenían perfectamente tomada la distancia al aprisco porque horquillado desde los primeros disparos fue certeramente alcanzado en las siguientes salvas; muy posiblemente se trataba de *shrapnels* de setenta y cinco milímetros, procedentes de algunas piezas Deport emplazadas en la otra vertiente del puerto fuera de la

vista y el alcance de los asaltantes, con sus ánimas alzadas al tiro corto y curvo para que los proyectiles explotasen a la altura de la cabeza de un hombre», etc. Sin embargo, en otra de las conferencias estivales que dictó por invitación mía, refunfuñaba al leer en el *Guzmán de Alfarache* un pasaje como éste: «Estaban a mi cargo los ferros, las gúmenas, el dar fondo y zarpar en siendo necesario. Cuando íbamos a la vela, tenía cuidado con la orza de avante y con la orza novela. Hilaba los guardines todos, las ságulas que se gastaban en galera», etc. Por supuesto que en vida lo enfrenté innumerables veces con sus contradicciones y por supuesto que jamás dio el brazo a torcer. *Bless his noble spiru!* <<

[3] En castellano, el título probablemente debiera llevar artículo, como en inglés: *Las Vísperas Sicilianas* (o *Las Vísperas sicilianas*, o incluso *Las «Vísperas sicilianas»). Vísperas Sicilianas*, no obstante, parece bien en cuanto concuerda con el subtítulo: el libro trata los precedentes, los contextos y las consecuencias de los acontecimientos de 1282, como si dijéramos las vísperas y la octava de las Vísperas. En el subtítulo, a su vez, el indefinido, comporta un fuerte anglicismo (ya muy arraigado en español, por otro lado), pero igualmente admisible si se entiende que, lo que se está ofreciendo es un punto de vista personal, frente a otros posibles: un estudio más, uno de entre tantos como podrían dedicársele al asunto. Lo que ciertamente no estaba en la intención del autor. <<

[4] Para la historia de Sicilia durante los períodos griego y romano, véanse los pasajes pertinentes en la *Cambridge Ancient History*. No existe una buena historia general de la Sicilia antigua. <<

[5] Véase Bury, *History of the Later Roman Empire*, vol. I, pp. 254-258, 333, 410; vol. II, pp. 129, 171, 215-216, 255-260. <<

[6] Ostrogorsky, *History of the Byzantine State*, pp. 109-110, con referencias. <<

[7] Vasiliev, *Bizance et les Arabes*, vol. 1, pp. 61-88, 127-137, 187-188, 204-208, 219-222; vol. II (edición original en ruso), pp. 20-25, 4346, 58-68, 84-87, 122-130, 258-262, 302-309. La *Storia dei Musulmani in Sirilia* de Amari (3 vols. en 4), publicada en 1854-1872, sigue siendo la mejor historia completa del período. <<

[8] Ostrogorsky, *op. cit*., pp. 293-294. <<

[9] Para la conquista de Sicilia por los normandos, véase Chalandon, *Histoire de la Domination Normande en Italie*, vol. 1, pp. 189-211, 327-354. Para el gobierno normando en Sicilia, vol. 11, *passim*. <<

[10] Chalandon, *op. cit*., vol. II, pp. 439-491. Véase también jordan, *L'Allemagne et l'Italie aux XIIe et XIIIe Siécles*, pp. 150-160. <<

[11] Kantorowicz, *Kaiser Fiedrich der Zweite*, vol. I, pp. 11-12. <<

[12] Jordan, *op. cit*., pp. 160-166. <<

[13] *lbid*., pp. 172-173; Kantorowicz. *op. cit*., pp. 20-21. <<

[14] Para la minoría de edad de Federico, véanse Báthagen, *Die Regentschaft Papst Innocenz III im Konigreicb Sizilien; Van Cleve, Markward of Anweiler; Luchaire, Innocent III, vol. III; Rome et l'Italie, pp. 153-204*. <<

[15] Jordan, *op. cit*., pp. 204-206; Léonard, *Les Angevins de Naples*, pp. 29 - 34; Cohn, *Das Zeiialier der Hohenstaufen in Sizilien, passim;* Schipa, *Sicilia ed Italia sotto Federico 11, passim*. <<

[16] Inocencio IV, *Registres, núm. 5345*, vol. II, pp. 244-245; Bochner, *Regesta. Imperii*, nueva ed. de Ficker y Winkel mann, núm.] 3. 783, vol. V, p. l990. <<

[17] El mejor resumen breve del carácter de Federico es el que aparece en la obra de Jordan, *L'Allemagne et l'Italie*, pp. 219-221, y de su carrera en los capítulos siguientes. El libro de Kantorowicz, *Kaiser Friedrich der Zweite* es demasiado adulatorio y ro-

mántico. Para los orígenes de los partidos güelfo y gibelino, véase. Jordan, *op. cit*., pp. 272-274. Véase también Hefele-Leclercq, *Histoire des Conciles*, vol. VI, I, pp. 6-9. <<

[18] Para la política papal y sus polémicas, véase Jordan, *op., cit*, pp. 251-255. <<

[19] Para la caída de Bizancio, véase Ostrogorsky, *History of the Byzantine State*, pp. 356-370. <<

[20] Véase Hitti, *History of the Arabs*, pp. 484 y ss., 652-658. <<

[21] Véase Runciman, *History of the Crusades*, [hay traducción en castellano]. vol. III, pp. 237-254. <<

[22] Además de los hijos mencionados, Federico tuvo una hija legítima con Isabel de Inglaterra, Margarita, que se casó con Alberto de Turingia, margrave de Misnia. Para el hijo de éstos, Federico, véase cap. VIII, pp. 199 - 202. De las hijas ilegítimas del emperador, una, Selvaggia, se casó con Ezzelino III, tirano de Verona; otra, Violante, con Ricardo, conde de Caserta, y dos, de nombre desconocido, se casaron con Jacobo, marqués de Carretto, y Tomás de Aquino, conde de Acerra. <<

[23] Bochner, *Regesta Imperii*, núm. 3835, vol. V, 1, p. 693; *M. G. H., Constitutiones*, vol. II, p. 382. Su nieto Federico, si sobrevivía, había de heredar Austria de su madre. <<

[24] Véase Runciman, *History of thee Crusades*, vol. III, pp. 182, 220-221, 275. <<

[25] *Cambridge Medieoval History*, vol. VI pp. 109-113 Jordan, *L'Allemagne et l'Italie*, pp. 289-296. <<

[26] Jordan describe con detalle la historia italiana de este período en *Les Origines de la Domination Angevine en Italie*, lib. I, caps. Tal VIII, con un breve resumen en el prefacio, pp. IX-XII. Véase también Jordan, *L'Allemagne et l'Italie*, pp. 317-319. Para los asuntos alemanes, véanse las referencias de la nota anterior. <<

[27] Jordan, *Les Origines*, pp. 173-182, 235-240. <<

[28] Nicolás de Carbio, *Vita Innocentti* IV (Muratori, *R. J.* S., vol. HI, p. 592); Rymer, *Foedera*, vol. 1, p. 302 Jordan, *Les Origines*, pp. 238-239; Léonard, *Les Angevins de Naples*, p. 38. <<

[29] Mateo Paris, *Chronica Majora*, vol. IV, p. 542; Paulus, *Geschichte des Ablasses im Miuelalter*, vol. II, p. 27. <<

[30] Baronius-Raynaldi, *Annales Ecclesiastici*, vol. II, p. 505. Los güelfos acusaron a Manfredo de haber asesinado a Conrado por medio de un clister envenenado administrado por Juan de Procida, médico de la corte. Véase Salimbene de Adam, *Crónica (M.* G. *H., Saiptores*, vol. XXXII, pp. 444, 472). l. Hampe, *Geschichte Konradins van Hohenstaufen*, pp. 4-7; Runciman, *History of the Crusades*, vol. III, p. 281. <<

[31] Hampe, *Geschichte Konradins van Hohenstaufen*, pp. 4-7; Runciman, *History of the Crusades*, vol. III, p. 281. <<

[32] Jordan, *L'Allemagne et l'Italie*, pp. 321-322 <<

[33] Nicolás de Carbio, *Vita Innocentti IV* pp. 592 v.e; Boehmer, *Regesta*, número 4644 d, vol. VI, p. 855. <<

[34] Nicolás de Jamsilla, *Historia de rebus gestis Friderici Conradi et Manfredi* (Muratori, *H. F. S.*, vol. VIII, pp. 513-541). Véase Hefele-Leclercq, *Histoire des Conciles*, vol. VI, 1, p. 18. <<

[35] Nicolás de Jamsilla, *op. cit*. Jordan, *L'Allemagne et l'1talie*, pp. 322-323 <<

[36] Hefele-Leclercq, *op. cit*., p. 18, n. 3. Para la personalidad de Inocencio, véase Jordan, *Les Origines*, p. l XXIX-I XXXI. <<

[37] Nicolás de Carbio, *op. cit*., p. 592; Salimbene de Adam, *op. cit*., pp. 453-454. Salimbene califica al papa Alejandro de hombre erudito y pacífico. Para una opinión dura, véase Jordan, *L'Allemagne et l'Italie*, p. 323. <<

[38] Nicolás de Jamsilla, *Historia*, p. 543; Jordan, *Les Origines*, pp. XIII-XIV. <<

Para el acuerdo de Manfredo con el partido de Conradino, Boehmer, *Regesta*, número 4771, vol. I, p. 882.

[39] Nicolás de Jamsilla, *Historia*, p. 584; Baronius-Raynaldi, *Annales Ecclesiastici*, vol. III, pp. ~4-25; Capasso, *Historia Diplomatica Regni Siciliae;* pp. 167 - 168 (para la censura del Papa sobre la coronación). Schirmacher, *Die Letzten Hohenstaufen*, p. 449, trata ampliamente la complicidad de Manfredo en los rumores sobre la muerte de Conradino. <<

[40] Dante describe a Manfredo como «rubio, hermoso y de aspecto dulce» (*Purgatorio*, III, verso 107), y lo califica de héroe ilustre y de defensor de las letras en *De Vulgari Eloquentia* (lib. 1, § 12). Las crónicas güelfas lo acusan de todos los vicios posibles, pero el trovador Raimundo Tors, que era amigo de Carlos de Anjou, lo alaba por su probidad, justicia y elegancia, y un trovador anónimo, después de su caída y cuando no iba a ganar nada por elogiarlo, le llama príncipe valeroso, alegre y virtuoso. De Bartholomaeis, *Poesie Provenzali Storiche relative all'Ttalia*, vol. II, pp. 212-215, 234. Los historiadores modernos lo juzgan con más severidad. Para Previté-Orton (*Cambridge Medieval History*, vol. VI, p. 184), era «indolente e indeciso», «Un hijo del harén», «que gustaba de imaginar su propia grandeza» y mostraba «una mezcla de seguridad y de enervación». El resumen de Léonard en *Les Angevins de Naples*, p. 40, es moderado y justo. <<

[41] Véase Libertini y Paladino, *Storia della Sicilia*, pp. 444-445. <<

[42] Para la «doble elección», véanse Jordan, *L'Allemagne et l'Italie*, pp. 304-310, con referencias, y Hefele-Leclercq, *Histoire des Conciles*, vol. VI, 1, pp. 23-26. <<

[43] Jordan, *Les Origines*, pp. 241-242; Hampe, *op. cit.*, pp. 15-19. <<

[44] Jordan, *Les Origines*, pp. 94-142, 179-211, 242-244; Dante, en el *Infierno*, X, verso 86, habla de la batalla de Moniaperti,

«Che fece l'Arbia colorara in rosso»; G. Villani, *Cronica* (edición de 1823), vol. II, pp. 108-109. <<

[45] Véase Longnon, *L'Empire Latin de Constantinople*, pp. 178-186, y también Wolff, «Mortgage and Redemption ofan Emperor's Son», en *Speculurn*, vol. XXXIX, pp. 45-54, que contiene una valiosa exposición de las deudas de Balduino <<

[46] Vasiliev, *History of the Byzantine Empire*, pp. 506-507; Ostrogorsky, *History of the Byzantine State*, p. 378. <<

[47] Ostrogorsky, *op. cit.*, pp. 384-391. <<

[48] Ibid., pp. 371-395. <<

[49] Miller, *The Latins in the Levant*, pp. 91-98; Norden, *Das Papsttum und Byzanz*. pp. 331-333; Longnon, *op. cit.*, pp. 217-223. <<

[50] Creo que no se ha destacado lo suficiente el intento de Manfredo de dificultar la oposición papal a su gobierno apareciendo como campeón de la cristiandad latina en Oriente. Véase más arriba, pp. 54-55. Para Inocencio IV y Ricardo de Cornualles, véase Powicke, King Henry III and ihe Lord Eduiard, vol. I, p. 197, núm. 2. <<

[51] Para Constanza, a la que los bizantinos rebautizaron con el nombre de Ana, véase Gardner, *The Lascarids of Nicaea*, pp. 169-171. Más tarde, se dijo que Miguel Paleólogo había querido divorciarse de su mujer para casarse con Ana, pero que el Patriarca de Constantinopla se lo impidió (Pachymer, *De Michaele Palaeologo*, pp. 181-186). <<

[52] Gardner, *op., cit.*, pp. 197-231; Ostrogorsky, *op., cit.*, pp. 395-397. <<

[53] Para el matrimonio y la dote de Guillermo, véase Ceneakoplos, «The battle of Pelagonia», *Dusnbaston Oaks Papers*, núm. VII. pp. 1.11-112. Para el de Manfredo, *ibid.*, pp. 103-105. La fecha aparece en la crónica anónima de Trani. La anterior posesión de Manfredo de varias ciudades epirotas y albanesas, Du-

razzo, Avlona, Velegrad y Sphinaritsa, parece probada por una acta notarial griega privada, fechada el 23 de febrero de 1258, que se refiere a él como señor de esos distritos (Miklosich y Müller, *Acta et Diploma/a*, vol. III, pp. 239-24, 0). Además, el documento se fecha en el octavo año de Conrado II, rey de Sicilia, pero la frase no está completamente clara. Conrado II debe ser Conradino; y en cualquier caso es posible que un abogado griego provinciano no supiese distinguir entre él y su padre, a quien se referiría el octavo año, de haber estado vivo. Se ha sugerido que la cesión se hizo cuando Manfredo se prometió a Elena, en fecha que se desconoce. Pero parece que la primera mujer de Manfredo, Beatriz de Sabaya, no murió hasta 1258. Véase del Ciudice, «La Famiglia del Re Manfrcdi», *Archivio Storico perle provincie Napoletane*, pp. 55 — 56. <<

[54] Gardner, *op. cit*., pp. 231-240; Ostrogorsky, *op. cit*., pp. 397-398. <<

[55] Dölger, *Regesten der Kaiserurkunden des Ostrdmischen Reiches*, vol. III, p. 3l; Jorge Acropolita, *Historia* (ed. Heisenberg), p. 165; Norden, *op., cit*., p. 382. <<

[56] La batalla de Pelagonia la describen la *Chronicle of the Morea*, 11. 3602 - 900 (versión griega, ed. Kalonaros) Acropilita, pp. 165-170; Pachymer, *op. cit*., pp. 83-86; Nicéforo Gregoras, *Historia Byzantina*, vol. 1, pp. 71-75, narración tardía y confusa que hace asistir a Manfredo a la batalla. Hay una buena relación moderna en Geneakoplos, *op cit*., pp. 120-136; pero véase Nícol, «The Date of the Battle of Pelagonia», *Byzantinische Zeitschrift*, vol. XIVIII, pp. 68-71, que prueba de manera convincente que la fecha de la batalla fue julio de 1259 lo más tarde, no a últimos de otoño, como supone Geneakoplos, que sigue a los historiadores anteriores que se basaban en Gregoras. <<

[57] Gardner, *op. cit*., pp. 254-260; Ostrogorsky, *op., rit*., pp. 399-400. Para el tratado de Nymphaeum, véase Dölger, *op., cit*.,

vol. III, pp. 36-38. <<

[58] *Chronicle of the Morea* (versión griega), 11. 4324-48; Pachymer, *op., cit.*, p. 88; Longnon, *op. cu.*, pp. 228-230; Dölger, *op. cit.*, vol. III, pp. 38-39. <<

[59] Pachymer, op. *cit.*, p. 80. Estrategópulo fue entregado a Manfredo y más tarde cambiado por la emperatriz Constanza (Ana), hermana de Manfredo. <<

[60] Durazzo, aunque mencionada en el Acta de febrero de 1258 (véase capítulo IIII, n. l de p. 95), no aparece en la dote, y probablemente volvió entonces a poder del déspota. <<

[61] Wollf, «Mortgage and Redemption», pp. 65-66; Miller, Lat *ins in Levant*, pp. 114-115. <<

[62] Hefele-Leclercq, *Histoire des Conciles*, vol. VI, p. 28. <<

[63] Jordan, *Les Origines*, pp. 293-296. relación del pasado de Urbano y una buena apreciación de su personalidad. La vida de Urbano fue escrita en versos de mala calidad por Thierry de Vaucouleurs (publicada en Muratori, *R. I. S.*, vol. III, pp. 405 y ss.). <<

[64] Para el matrimonio de Constanza, véase Carini, *Gli Archivi e le Biblioteche di Spagna*, vol. II, pp. 188-186. El compromiso matrimonial tuvo lugar el 28 de julio de 1258 en Barcelona y la boda cuatro años después (el 13 de junio de 1262). <<

[65] Jordan, *Les Origines*, pp. 297-307, relación completa de los nuevos cardenales. <<

[66] *Ibid.*, pp. 336-355. <<

[67] Libertini y Paladino, *Storia della Sicilia*, pp. 44+445. <<

[68] Inocencio IV, *Registres*, ed. Berger, vol, II, pp. CCLXXVI - CCLXXXV; Mateo Paris en *Historia Anglorurn*, vol. III, p. 126, dice que Ricardo preguntó sobre los derechos de Conradino, pero insinuó que quizá aceptase si se le pagaba bien; en la

Chronica Majora, vol. V, pp. 346-347, se dice que Ricardo rechazó de plano la oferta y habló de la luna. <<

[69] Para los escrúpulos de san Luis, véase Jordan, *Les Origines*, pp. 376-377. <<

[70] Rymer, *Foedera*, vol. l, 14 (ed. de 1816), pp. 297, 301. <<

[71] *Ibid*., pp. 301-302; Mateo París, *Chronica Majora*, vol. V, p. 410. <<

[72] Powicke, *King Henry III and the lord Edward*, vol. I, pp. 236-238. <<

[73] *Ibid*., pp. 239-242. <<

[74] *Ibid*., pp. 370-375. <<

[75] *Ibid*. pp. 376-378. <<

[76] *Ibid*., pp. 385-387; Boehmer, *Regesta*, n. 9178, vol. V, 2, p. 1423. <<

[77] Urbano IV, *Registres*, ed. Guiraud, vol. l, p. 145 (carta a Juan Mansel). <<

[78] Hefele-Leclercq, *Histoire des Concites*, vol. VI, I, p. 38, n. l; Jordan, *Les Origenes*, pp. 374-378. <<

[79] Jordan, *op. cit*., pp. 378-390. Véase también Wolff, «Mortgage and Redemption», pp. 66-67. <<

[80] Boehmer, *Regesta*, n. 4. 737 a, vol. V, I, pp. 874-875. <<

[81] Pachymer, *De Michaele Palaeologo*, p. 88. <<

[82] Jordan, *0p. cit*… pp. 389-392. <<

[83] *Ibid*., pp. 392-396. <<

[84] *Ibid., pp. 397 401*. <<

[85] Ibid., loc. cit. <<

[86] La carta de Balduino a Manfredo y la carta de Urbano comentándola, aparecen en Martène y Durand, *Thesaurus novus Anecdotorum*, vol. II, p. 23 y ss. La reina Margarita había hecho jurar a su hijo de siete años, el futuro Felipe III, que nunca se

aliaría con su tío Carlos. El rey Luis se enfureció al enterarse y el Papa había enviado recientemente una carta en la que eximía al muchacho del voto. Véase Wollf, *op., cit.*, pp. 66-68. <<

[87] Las condiciones del tratado aparecen por extenso en Jardan, *op. cit.*, pp. 20-26. <<

[88] La historia de la ambición de Beatriz aparece en detalle en Villani, *Crónica*, vol. II, pp. 129-130. <<

[89] Carlos ha sido juzgado muy severamente por los historiadores alemanes, que no le perdonan la muerte de Conradino, y por historiadores italianos, como Amari, que tienen que poner de relieve su opresión para justificar la revolución siciliana. Jordan, *op., cit.*, pp. 410-419, hace un relato bien razonado aunque quizá demasiado benévolo de su personalidad. Léonard, en *Les Angevins de Naples*, pp. 41-47, ofrece un juicio equilibrado. Véase también, más adelante, pp. 252-253. Dante menciona la nariz de Carlos. <<

[90] Léonard, *op., cit.*, pp. 47-48. <<

[91] *Ibid.*, pp. 48-49. La historia del gobierno de Carlos en Provenza aparece detallada en Sternfeld, *Karl von Anjou als Graf der Provence*. <<

[92] Léonard, *op. cit.*, pp. 50-51. <<

[93] Jordan, *Les Origines*, pp. 458-460, con referencias completas sobre tan oscuras negociaciones. <<

[94] . *Ibid.*, pp. 478-479. <<

[95] *Ibid.*, pp. 460-462. El Papa explicaba su punto de vista en una carta a Alberto de Parma, la cual aparece en Marténe y Durand, *Thesaurus*, vol. 11, p. 50. <<

[96] Jordan, *op. cit.*, pp. 465-468. Para la verdadera correspondencia, véase Martène y Durand, *Thesaurus*, vol. II, pp. 33-43. <<

[97] *Ibid.*, pp. 468-475, relata las condiciones de Carlos. <<

[98] *Ibid*., pp. 486-490; Urbano IV*, Registres*, vol. IV, pp. 807-809, 816-836. <<

[99] Jordan, *op. cit*., pp. 495-500. Para Gantelme en Roma, véase Sternfeld, *Karl von Anjou*, p. 229. <<

[100] Jordan, *op., cit*., pp. 490-495, 506-509. <<

[101] Thierry de Vaucouleurs, *Vita Urbani IV*, p. 420; Potthast, *Regesta Pontificum Romanorum;* vol. II, p. 1540. <<

[102] Sternfeld, *op. cit*., p. 214 y ss. <<

[103] Jordan, *op. cit*., pp. 516-517. <<

[104] *Ibid*., pp. 299-303. Véase más arriba p. 142. <<

[105] Ibid., pp. 521-522. <<

[106] *Anuales Januenses* (M. C. H., *Scriptores*, vol. XVIII, p. 249); Pachymer, *op., cit*., pp. 167-168; Caro, *Genua und die Mächte am Mittelmeer*, vol. 1, pp. 142 - 157, 167 Jordan, *op. cit*., pp. 570-575. <<

[107] Sternfeld, *op. cit*., pp. 242-246. <<

[108] Jordan, *op. cit*., pp. 526-527; Marténe y Durand, *Thesaurus*, vol. II, pp. 141, 264, 327; Boehmer, *Regesta*, n. 4. 760, *vol.* V, p. 879. <<

[109] Boehmer, *Regesta*, n. 4763, vol. V, I, p. 880. Saba Malaspina (*Muratori, R J*. S., vol. VIII, pp. 815-816) dice, sin embargo, que Manfredo estaba preocupado con las noticias, a pesar de que hacía poco sus astrólogos lo habían tranquilizado con respecto a su situación. <<

[110] Jordan, *op. cit*, pp. 526-533. <<

[111] *Ibid*., pp. 534-535. <<

[112] Jordan, *0p. cit*., pp. 536-558, trata ampliamente el aspecto financiero de la campaña. <<

[113] *Ibid*., pp. 592-598. <<

[114] *Ibid*., pp. 593-596; Léonard, *op. cit*., pp. 55-56. <<

[115] Boehmer, *Regesta*, n. 14 276, vol. V, 2, p. 2060, la bula que acredita a los cardenales tenía fecha del 29 de diciembre; *ibid*., ns. 9.622-3, p. 1.4 79; Villani, *Cronica*, vol. II, pp. 142-143, informa sobre la coronación. <<

[116] Léonard, *Op. cit*., p. 57; Hefele-Leclercq, *op. cit*., vol. VI, I, pp. 49-50. <<

Se suponía que el puente era defendido por Ricardo de Caserta, cuya mujer, Violante, hermanastra de Manfredo, se decía que había sido seducida por Manfredo. Dante menciona la traición en *Inferno*, XXVIII, versos 16 - 17.

[117] Léonard, *op. cit*., pp. 57-58; Ornan, *A History of the Art of War in tlu Middle Ages*, vol. T, pp. 498-499. <<

[118] Andrés de Hungría, *Descriptio Victoriae a Karolo reportatae* (M. G. H ., *Scriptores*, vol. XXVI), recoge relatos contemporáneos de la batalla de Benevento y cartas de participantes, como Hugo de Les Baux; los informes del propio Carlos al Papa aparecen en Baronius-Raynaldi, *Annales Ecclesiastia:* vol. III, pp. 188-189; Saba Malaspina, pp. 825-830; Ricordano Malespine (Muratori, *R. J. S*., vol. III, pp. 1002-1005); Villani, vol. II, pp. 147-155, presenta un relato ligeramente posterior y demasiado pintoresco. Hay menciones más breves en casi todas las crónicas de la época. Ornan, *op. cit*., pp. 500 - 505, hace un buen resumen de la batalla. Dante se refiere a la tumba de Manfredo en *Purgatorio, III*, versos 124-132. <<

[119] Del Giudice, «La Famiglia del Re Manfredi», pp. 69-70, establece la fecha; Villani, vol. II, pp. 155-156, describe la entrada real en Nápoles. <<

[120] 0. Martène y Durand, *Thesaurus*, vol. II, p. 319. <<

[121] Hampe, *Geschichte Konradins von Hohenstaufen*. pp. 65-67; Jordan, *L'Allemagne et l'Italie*, pp. 366-367; Léonard, *Les Angevins de Nasples*, p. 60. <<

[122] Del Giudice, «La Famiglia del Re Manfredi», p. 71 y ss. Véase también Wieruszowski, «La Corte di Pieiro d'Aragona», *Archivio Storico Italiano*, Anno 96, vol. I, pp. 142-143 y notas, que da razones convincentes para creer que los tres hijos de Manfredo eran ilegítimos. <<

[123] Jordan, *L'Allemagne el l'Italie*, pp. 366-367, con referencias. <<

[124] Véase Trifone, *La Legislazione Angioina*, p. 5 y ss, <<

[125] Véase cap. 11, n. 1 de p. 84. <<

[126] Boehmer, *Regesta*, ns. 9.667, 9.713, 9.730, 9.761 - 9.762, vol. V, 2, pp. 1484, l488, 1490, 1493. <<

[127] Jordan, *op. cit*., pp. 370-371. <<

[128] Saba Malaspina, pp. 933-934; del Giudice, *Don Arrigo, Infante de Castiglia, passim*. <<

[129] Jordan, *op. cit*, pp. 375-377; Léoriard, *op., cit*., p. 372. <<

[130] Léonard, *op. cit*., pp. 372-375. <<

[131] Salimbene de Adam, *Cronica*, p. 473. Su cuerpo fue llevado a Aix para ser enterrado. <<

[132] Hampe, *op. cit*., pp. 21-41y176 (para Federico de Austria). <<

[133] *Ibid*., p. 24. <<

[134] *Ibid*., pp. 68-69. <<

[135] *Ibid*., pp. 95-100. <<

[136] Marténe y Durand, *Thesaurus*, vol. II, pp. 456-458, 525, 574; Jordan *op. cit*., pp. 377-379. <<

[137] Hampe, o*p. cit*., pp. 111-150. La poética bienvenida de Enrique a Conradino aparece en d'Ancona y Comparetti, *Le Antiche Rime Volgari*, vol. II, pp. 305-307. <<

[138] Jordan, *op. cit*, pp. 386-390; Léonard, *op., cit*., pp. 65-66; Hampe, *op. cit*., pp. 189-195. <<

[139] Para el manifiesto de Conradino, véase Hampe, *op., cit*., pp. 346-350. Para su salida de Alemania, *ibid*., pp. 172-174. Se despidió de su madre en el castillo de Hohenschwangau. <<

[140] Jordan, *op. cit*., pp. 385-386; Saba Malaspina, *op. cit*., pp. 834-836. <<

[141] Hampe, *op. cit*., pp. 211-269, relato detallado del viaje de Conradino. Saba Malaspina, *op. cit*., pp. 842-844, pinta vívidamente el recibimiento que le tributó Roma. <<

[142] Jordan, *op., cit*., p. 392. La bula del papa Nicolás III, *Fundamenta Militantis Eclesiae*, publicada en 1278, se refiere a la inquietud papal de la época. <<

[143] Hampe, *op. cit*., pp. 270-282. <<

[144] La fuente contemporánea más completa para la batalla de Tagliacozzo es la crónica del monje francés Primarus, de la cual publica algunos extractos Juan de Vignay, *M. G. H., Scriptores*. vol. XXVI, pp. 655-667. Saba Malaspina, *op. cit*., p. 875-878, ofrece un buen relato. El informe del propio Carlos al Papa y al pueblo de Padua proporciona más detalles, Baronius-Raynaldi, *Annales Ecclesiastici*, vol. III, pp. 242-243; *Annales S. Justinae Patavini (M.G. H., Scriptores*, vol. *XIX*, pp. 190-191). El relato de Villani es, como de costumbre, demasiado pintoresco (vol. II, pp. 181-189). Para relatos modernos véanse Harnpe, *op. cit*., pp. 288-295, y Oman, *op., cit*., vol. I, pp. 505-515. Debido a los drenajes del valle es difícil identificar el sitio exacto de la batalla. La moderna Vía Valoría evita el valle directo que va desde el puerto hasta Tagliacozzo, y se curva hacia el este. Parece ser que Conradino cruzó el flanco nordeste de Monte Bove, pasados Trernonti y Sante Marie. <<

[145] Saba Malaspina, *op., cit*., pp. 848-50. <<

[146] Hampe, *op. cit*., pp. 305-306, 314. <<

[147] . *Ibid*. pp. 312-327, 358-365. La mayor parte de las crónicas contemporáneas mencionan la muerte de Conradino con

cierta simpatía por la víctima, a pesar de que Salimbene, p. 476, diga alegre e incorrectamente que después de su ejecución su nombre se desvaneció como el humo. <<

[148] Véase el árbol genealógico, n. *IV. [Suprimido en esta versión electrónica]* Para los derechos de Constanza. véase capítulo XII, p.104. <<

[149] De Bartholomaeis, *Poesie Provenzali*, vol. U, p. 230. <<

[150] Margarita era hija y coheredera de Matilde de Borbón, condesa de Auxerre, Nevers y Tonnerre, y de Eudes, hijo mayor del duque de Borgoña. Heredó el condado de Tonnerre y partes de Auxerre, y las baronías de Montmirail, Alluyes, Torigny y Brugny, todas en el nordeste de Francia. Carlos le dio la ciudad de Le Mans en dote. Véase Léonard, *Les Angevins de Naples. pp. 72, 75-76* <<

[151] Potthast, *Regesta Pontificum Romomorum*, vol. II1, p. 1648. <<

[152] De Boüard, *Le Régime politique et les Institutions de Rome au Mayen Áge*, pp. 76-79, 137-138, 162-163, 172-175; Gregorovius, *Geschichte der Stadt Rom im Mittelalter;* ed. Schillmann, vol. II, pp. 64-65, l411; Jordan, *L'Allemagne et l'Italie*, pp. 401-402. Para su proyectada universidad, véase Del Giudice, *Codice Diplomatico*, vol. 1, p. 68. <<

[153] Sternfeld, *Cardinal Johann Gaetan. Orsini*, p. 152. y ss.; Jordan, *op., cit*., pp. 394-395. <<

[154] Jordan, *op., cit*., pp. 403-405. <<

[155] *Annales Placentini Gibellini* (M. G. H., *Scriptores*, vol. XVIII, pp. 542-545); Jordan, *op., cit*., p. 414. <<

[156] Jordan, *op., cit*., pp. 411-414. <<

[157] *Annales Placentini Gibellini*, pp. 535-539; Jordan, *op., cit*, pp. 411-413. <<

[158] Jordan, *op., cit*., pp. 395-396. Un trovador provenzal, Galega Panzano, reprochaba a Carlos ser más amable con los musulmanes que con los cristianos. Monti, *Gli Angioini di Napoli nella Poesia Provenzale*, p. 41 <<

[159] Jordan, *op., cit*., pp. 396-397; Léonard, *Op. cit., pp*. 72-73. <<

[160] Del Giudice, *Codice Diplomatico*, vol. II, pp. 239, 250, 258, 322. <<

[161] Léonard, *op., cit*., pp. 80-82, con útiles referencias. <<

[162] *Ibíd*., pp. 82-83. Durrieu, *Les Archives Angmines de Naples, vol*. II, pp. 189-213, da una lista completa de los más altos funcionarios. Jordan, *op., cit*., pp… 398-400; Léonard, *op., cit*., pp. 83-89. Los registros fiscales que existen aparecen en De Boüard, *Documents en Francais des Archives angevines de Naples, Règn de Carles 1er: Les Mandements aux Trésoriers: II. Les Comptes des Trésoriers*. <<

[163] Los movimientos de Carlos han sido seguidos por entero por Durrieu, *Les Archives Angevines*, vol. II, pp. 163-189). <<

[164] Durrieu, *op., cit*., pp. 267-400, da una lista de los franceses empleados por Carlos. Para el uso de la lengua francesa, véase Del Giudice, *op., cit*., vol. p. 17. <<

[165] Para la isla de Sicilia, véase, más adelante, pp. 317-318. Estaba dividida en dos provincias administrativas separadas por el río Salso. <<

[166] Léonard, *op., cit*., pp. 75-77. <<

[167] Ibid, pp. 77-80. <<

[168] . Véase más arriba, pp. 92-94 y 105-106. <<

[169] Pachymer, *De Michaele Palaeologo*, p. 508; Miller, *The Latins in the Levant*, pp. 125-126; Léonard, *Les Angevins de Naples*, pp. 103-104. <<

[170] El texto del tratado aparece en Buchon, *Recherches et Matériaux pour servir à une Histoire de la Domination francaise*, vol. I, p. 33; Miller, *op., cit*., pp. 126-127. <<

[171] Miller, *loc. cit*. <<

[172] Fruncían, *History of the Crusades*, vol. III, pp. 313, 331-332. <<

[173] Léonard, *op. cit*., pp. 105-106. <<

[174] Las pretensiones de la hija de Balduino II, Elena, reina de Serbia, que a pesar de estar casada con un príncipe cismático era una celosa misionera de la Iglesia latina, parece que fueron ignoradas en Viterbo. <<

[175] Miller, *op., cit*., pp. 129-130 y 252-253, para el mencionado testamento en favor de Margarita. <<

[176] Martene y Durand, *Thesaurus*, vol. II, p. 469 (carta de Clemente a Miguel); Pachymer, *op., cit*., pp. 359-361; Norden, *Das Papsttum und Byzanz*, pp. 448-457. <<

[177] Pachymer, *op. cit., pp. 36*1-362; *Annales fanuenses*. p. 264; Norden, *op., cit*., pp. 265-266. <<

[178] Sternfeld, *Ludwigs des Heiligen Kreuzzug nach Tunis und die Politik Karls I von Sizilien;* p. 164 y ss. <<

[179] Sternfeld, *op. cit*., p. 201 y ss. No resulta convincente al afirmar que Carlos no conocía el proyecto africano de su hermano. Saba Malaspina (*op. cit*., p. 859) dice claramente que él organizó el ataque a África; Joinville, *Histoire de Saint Louis*, ed. de Wailly, pp. 398-400. <<

[180] Sternfeld, *op., cit*., pp. 237-248; Runciman, *op., cit*., vol. III, pp. 29l - 292; Hefele-Leclercq, *Histoire des Conciles*, vol. VI, 1, pp. 64-66. La fuente principal es Guillermo de Nangis, *Gesta Sancti Ludovici*. (Bouquet, *R. H. F.* vol. XX), pp. 440-462. Véase también *Annales Januenses*, pp. 267-269. <<

[181] Villani, vol. II, pp. 203-204, relata el descontento de los cruzados. <<

Para la participación de Eduardo, véase Powicke, *King Henry III and the Lord Edward*, vol. II, pp. 598-599.

[182] Guillermo de Nangis, *Gesta Philippi III* (Bouquet, *R. H. F*, vol. XX), pp. 476-478, 482-484; Hefele-Leclercq, *op. cit*., vol. VI, 1, p. 66. <<

[183] Para la reina Margarita, véase, más arriba, p. 129. El rey Felipe se casó de nuevo en 1274, y su segunda mujer, María de Brabante, puso fin al influjo de su suegra. Véase, más adelante, p. 293. <<

[184] Hefele-Leclercq, *Op. cit*., vol. VI, I, pp. 66-67; Pinzi, *Storia della Cittá Viterbo*, vol. II, pp. 280-292. <<

[185] Powicke, *of1. cit*., vol. 11, pp. 609-610. <<

[186] Léonard, *op. cit*., pp. l 07-108; Miller, *op., cit*., pp. 516-517, y *Essays on the Latin Orient*, pp. 432-433; Bourcart, *L'Albanie et les Albanais*, p. 98; Norden, *op. cit*., pp. 477-480. <<

[187] Longnon, *L'Empire Latin*, pp. 240-242; Diehl, Oeconomos, Guilland y Grousset, *L'Europe Orientale de 1081a1453*, pp. 204-206; Miller, *The Latins in the Levant*, pp. 131-133; Norden, *op. cit*., pp. 480-485. <<

[188] *Gregorii X Vita Auctore Anonymo Scripta* (Muratori, *R. I. S*., vol. III, I, p. 599 y ss.); Throop, *Criticism uf the Crusade*, pp. 12-15; Hefele-Leclercq, *Histoire des Conciles*, vol. VI, 1, p. 67; Potthast, *Regesta Pontificum Romanorum*, vol. II pp. 1651-1652. <<

[189] Gregorio X, *Registres*, ed. Guiraud y Cadier, vol. l, pp. 55-56; Hefele-Leclercq, *loc. cit*. <<

[190] *Annales Januenses*, pp. 262, 272-273; Caro, *Genua und die Mddue am Mittelmeer*, vol. I, pp. 213-233 Jordan, *L'Allemagne et l'Italie*, pp. 407-411. <<

[191] *Annales Placentini Gibellini*, pp. 554-555.; *Annales Januenses*, pp. 273 - 274; Potthast, *Regesta*, vol. II, p. 1456. <<

[192] Gregorio X, *Registres*, pp. 129-132, 328-329 Jordan, *op. cit*., pp. 405-407. <<

[193] Gregorio X, *Registres*, pp. 65-67. La carta de Alfonso se ha perdido. pero por la respuesta de Cregorio está claro su sentido. <<

[194] Hefele-Leclercq, *op. cit*., vol. VI, 1, pp. 68-69 Jordan. *op. cit*., p. 416. En Génova se creía que el candidato del Papa era Ottocar. Una crónica bohemia, *Annales Ottokariani* (M. C. *H., Scriptores*, vol. IX), dice que los príncipes alemanes ofrecieron la corona a Ottocar, pero éste la rechazó. <<

[195] Champollion-Figeac, *Lettres des Rois, Reines et autres Personnages*, vol. l. p. 652. <<

[196] Hefele-Leclercq, *op. cit*., vol. VI, I, pp. 69-71;.Jordan, *op. cit*., pp. 417 - 420. Los documentos relativos a la elección están publicados en *M. G. H… Constitutiones*, vol. III, pp. 7-15, y en Krammer, *Quellen zur Geschichte der Deutschen Königswahl*, vol. II, pp. 1-12. <<

[197] Parece ser que Ottocar había esperado, después de la elección, que Gregorio siguiera apoyando sus pretensiones. La memoria sobre la cruzada presentada al Papa por Bruno de Olmutz inmediatamente antes del Concilio de Lyon, al año siguiente, era, en realidad, una hábil defensa de la causa de Ouocar, Véase Throop, *op. cit*., pp. 105-106. Para la protesta del propio Ottocar, *M. G. H., Constitutiones*, volumen III, p. 19. <<

[198] Véase más adelante, pp. 250-252. <<

[199] Caro, *op. cit*., vol. I, p. 319, con el texto de la *démarche* veneciana. <<

[190+] *Annales Januenses*, pp. 280-282; Caro, *op. cit*., vol. I, pp. 265-278. <<

[191a] Norden. *op. cit.*, pp. 471-472, 491-492; Hefele-Leclercq, *op., cit.*, vol. <<

VI, I, pp. 159-160; Chapman, *Michel Paléologue*, pp. 113-114.

[192a] Norden, *op. cit.*, pp. 499-520, informe detallado de las negociaciones. con referencias completas; Hefele-Leclercq, *op., cit.*, vol. VI, I, pp. 161-163. 167-168. <<

[193a] Potthast, *Regesta*, vol. II, p. 1672; Longnon, *op., cit.*, pp. 242-243. <<

[194a] Pachymer, *De Michaele Palaeologo*, pp. 317-318, 342-355. <<

[195a] *Ibid*. pp. 308-309, 322-324, 410. <<

[196a] *Annales Placentini Gibellini*, p. 553; Caro, *op. cit.*, vol. J, p. 288; Chapman, *op. cit.*, p. 96. <<

[197a] Gregorio X, *Registres*, vol. I, p. 123; Norden, *op. cit.*, p. 518 y n. 2. <<

[198a] Powicke, *op. cit.*, vol. II, pp. 609-61 l. Véase más arriba, p. 145. <<

[199a] Villani da una historia detallada del envenenamiento de Tomás (vol IV, p. 195), y Dante, *Purgatorio*, XX, versos 68-69, lo acepta. <<

[200] Hefele-Leclercq, *op., cit.*, vol. VI, I, pp. 168-172; el vivo y jactancioso relato del rey Jaime de Aragón sobre su participación en el Concilio aparece en la *Chronicle of James I of Aragon*, traducida por Forster, vol. II, pp. 639-654. Hefele-Leclercq publica los Cánones, *op. cit.*, vol. VI, I, pp. 181-209. <<

[201] Pachymer, *op., cit.*, pp. 384-390; Norden, *op., cit.*, pp. 520-522; Hefele-Leclercq, *op., cit.*, vol. VI, I, pp. 172-173; Chapman, op.. *cit.*, pp. 109-112. <<

[202] Pachymer, *op., cit.*, pp. 396-399; Norden, *op., cit*. pp. 520-536; Hefele-Leclercq, *op. cit.*, vol. VI, I, pp. 172-178. <<

[203] . Hefele-Leclercq, *op., cit.*, vol. VI, I, pp. 178-180. <<

[204] Gregorio X, *Registres*, pp. 207-209; Léonard, *op., cit*., pp. 118-120. <<

[205] Gregorio X, *Registres*, p. 123: Léonard, *op. cit*., pp. 116-117; Norden, *op. cit*., pp. 537-553; Pachymer, *op., cit*., p. 410, dice que Carlos se puso tan furioso por habérsele prohibido atacar Constantinopla que mordió la punta de su cetro. <<

[206] . Potthast, *Regesta*, vol. II, p. 1693; Léonard, *op. cit*., pp. 121-122. <<

[207] Fournier, *Le Royaume d'Arles et de Vienne, p*. 230; Léonard, *op., cit*… pp. 118-119. <<

[208] *Annales Placentini Gibellini*, pp. 558-559; Monti, *La Dominazione Angioina in Piemonti*, pp. 45-46. <<

[209] A*nnuales Placentini Gibellini*, pp. 559-560; Monti, *op. cit*., pp. 50-52. <<

[210] Para María de Antioquía y sus pretensiones, véanse La Monte, *Feudal Monarchy in the Latin Kingdom of Jerusalem*. pp. 77-79; Hill, *History of Cyprus*, vol.II, pp. 161-165›; Runciman, *History of the Crusades*, vol. III, pp. 328-329, 342. <<

[211] Potthast, *op. cit*., vol. H, pp. 1702 - 1703. <<

[212] Potthast, *Regesta Pontificum Romanorum*, vol. II, p. 1704. Carlos permaneció en Roma durante todo el pontificado. Durrieu, *Les Archives Angevines de Naples*, vol. II, p. 179. <<

[213] Potthast, *Regosta*, vol. II, p. 1705. <<

[214] *Annales Januenses*, p. 283; Caro, *Genua und die Mächte am Mittelmeer.* vol. I, pp. 367-380; De Boüard, *Actes et Lettres de Charles Ier concernant la France*, p. 302; Pouhast, *op. cit*., vol. II, p. 1708. <<

[215] Potthast. Op.. *cit*., vol. II, pp. 1709 - 1710. Saba Malaspina, *Historia Sicula*: pp. 871-872, describe la intervención de Carlos en la elección de Adriano. <<

[216] Potthast, *op. cit.*, vol. II, pp. 1710 - 1711; Durrieu, *op., cit.*, vol. II, p. 180. <<

[217] Juan XXI, *Registres*, ed. Cadier. <<

[217 bis] bis. Léonard, *Les Angevins de Naples*, pp. 121-123. <<

[218] *Annales Placentini Gibellini*, pp. 564-565; Villani, vol. II, pp. 224-225. <<

[219] Hefele-Leclercq, *Histoire des Conciles*, vol. VI, I. pp. 234-235; Redlich *Rudolf von Habsburg*, pp. 268-284. <<

[220] Redlich, *op. cit.*, pp. 420-421. <<

[221] Pachymer, *De Michaele Palaeologo*, pp. 398-402; Chapman, *Michel Paléologue*, pp. 120-121. <<

[222] Norden, *Das Papsttum und Byzanz*, pp. 563-680; Hefele-Leclercq, *op. cit.*, vol. VI, 1, pp. 209-212. <<

[223] Norden*, op. cit.*, pp. 546-548 Narjot de Toucy se vio obligado a pedir refuerzos a Italia. <<

[224] Pachymer, *op. cit.*, pp. 324-336; Sanudo, *Istoria del Regno di Romania:* Hopf, *Chroniques Gréco-Romanes*, pp. 120-121; Miller, *The Latins in the Levant:* pp. 134-136; Longnon, *L'Empire Latin de Constantinople*, pp. 243-244. <<

[225] Pachymer, *op. cit.*, pp. 410-412; Sanudo, *op. cit.*, pp. 125-126, 136*;* Miller, *op. cit.*, pp. 136-140; Dölger, *Hegesten der Kaiserurkunden des Oströmischen Reiches*, vol. III, pp. 68-69. <<

[226] Miller, *op. cit.*, pp. 141-142. <<

[227] Runciman, *History of the Crusudes*, vol. III, pp. 345-348. <<

[228] I*bid.*, pp. 346-347, 387. <<

[229] Hill, *History of Cyprus*, vol. II, pp. 174-175. Véase Nicolás III, *Registres*, ed. Gay, vol. I, pp. 336-337. <<

[230] Potthast, *op. cit.*, vol. II, p. l718. <<

[231] Para la carrera anterior de Nicolás, véase Stemfeld, *Der Kardinal Johann Gaetan Orsini, passim*. Para su nombramiento de

cardenales, véase De Mas Latrie, *Trésor de Chronologie*, col. l. l 93. Villani, vol. II, pp. 226-227, narra la historia de su asociación con la Casa Capeta. El severo juicio que de él hace Dante se encuentra en *Inferno*, XIX, versos 98-99. La historia de su corrupción forma parte de la leyenda de Juan de Prócida. <<

[232] *Ibid*., pp. l719-1720. Los movimientos de Carlos durante el verano y otoño de 1277 fueron más restringidos aún que de costumbre (Durrieu, *op. cit*, vol. II, pp. 180-181) y la carta de Nicolás de principios de diciembre (Potthast, *op. cit*., vol. II p. 1720) se compadece de su enfermedad. <<

[233] Nicolás III, *Registres*, p. 332. <<

[234] Redlich, *op., cit*., pp. 307-320; Fournier, *Le Royaume d'Arles et de Vienne*, p. 230. Véase Ryrner, *Foedera*, vol. l, 2, p. 599. <<

[235] Nicolás III, *Registres*, pp. 369-376; Fournier, op. *cit*., pp. 233-234; Léonard, *op. cit*., pp. 126-127. <<

[236] Nicolás III, *Registres*, pp. 378-379; Fournier, *loc. cit;* Léonard, *loc. cit*. <<

[237] Léonard, *op. cit:* pp. 127-128. <<

[238] *Ibid*., pp. 128-129. No hay documentos de la situación financiera de Carlos en estos momentos: no hace ninguna petición especial de ayuda económica. <<

[239] Nicolás III, *Registres*, pp. 127-137. Véase Geneakoplos, «On the Schism of the Greek and Roman Churches», *Greek Orthodox Theological Review*, vol. I. <<

[240] Pachymer, *op. cit*., pp. 449-466; Norden, *op., cit*., pp. 589-601; Hefele-Leclercq, *op. cit*., vol. VI, I, pp. 211-216. <<

[241] Pachymer, *op., cit*… pp. 462-463; Norden, *op., cit*., pp. 605-606. Para la cuestión del dinero, véase más abajo, pp. 310-313. <<

[242] Porthast, *op., cit.*, vol. II, pp. 1754 - 1757; Hefele-Leclercq, *op., cit.*, vol. <<

VI, 1, pp. 268-26‹J; Léonard, *op., cit.*, pp. 130-131. Villani, *op., cit.*, vol. II, p. 237, acusa claramente a Carlos de haber arreglado a su modo la elección.

[243] Para la carrera anterior de Martín, véase más arriba, pp. l 42-145. <<

[244] Potthast, *op., cit.*, vol. II, p. 1758; Léonard, *op., cit.*, p. l 3l. <<

[245] Villani, *op., cit.*, vol. II, pp. 264-267. <<

[246] Monti, *La Dominazione Anginina in Piemonte*, pp. 58-60. <<

[247] Fournier, *op., cit.*, pp. 248-255. En enero de 1282, Martín trató de que Margarita y Carlos hicieran las paces (Rymer, *Foedera*, vol. I, 2, p. 601). <<

[248] Pachymer, *op., cit.*, p. 505; Hefele-Leclercq, *op., cit.*, vol. VI, 1, p. 210. <<

[249] El texto del tratado entre Carlos, Felipe y los venecianos aparece en Tafel y Thomas, *Urkunden zur ältern Handels-umd Staatsgeschichte der Republik Venedig*, vol. III, pp. 287-297. Véase Norden, *op., cit.*, pp. 625-629. Para la participación de Pisa, Kern, *Acta Imperii, Angliae et Franciae*, pp. 15-17. El emperador Miguel V y el rey Pedro de Aragón habían pedido a los pisanos que se abstuviesen. <<

[250] Potthast, *op., cit.*, vol. II, p. 1763; Pachymer, *loc. cit.* El texto completo está en *Annales Altahenses* (M. *G. H., Scriptores*, vol. XVII, p. 409). <<

[251] Véase más abajo, pp. 309-310. <<

[252] Pachymer, *op., cit.*, pp. 508-519; Sanudo, *op., cit.*, pp. 129-130; Norden, *op., cit.*, pp. 621-623; Miller, *op., cit…* pp. 171-173; Chapman, *op., cit.*, pp. 140-142. <<

[253] Pachymer, *op., cit.*, pp. 518-519. <<

[254] Miller, *op., cit.*, pp. 161-161. <<

[255] Sanudo, *op., cit.*, pp. 130, 132. <<

[256] Pachymer, *op., cit.*, pp. 430-449; Jirecek, *Geschichte der Bulgaren*, pp. 275-280. <<

[257] Jirecek, *Geschich der Serben*, vol. I, pp. 326-331. <<

[258] Léonard, *op., cu.*, p. 134. <<

[259] Pachymer, *op., cit.*, pp. 4 72-4 7 4; Chapman, *op., cit.*, pp. 150-151. <<

[260] La profecía aparece citada en Jordan de Osnabruck, *De Prerogativa Romani Irnperii*, ed. Waitz, p. 79. Sanudo, *Istoria del Regno di Romania*, p. 138, dice de Carlos que «aspirava alla monarchia del mondo», y Nicéforo Gregoras, *Historia Byzantina*, vol. I, p. 123, dice que pensaba reconstruir el Imperio de Julio César y Augusto. Carlos descendía de Carlomagno por su abuela, Isabel de Hainault. <<

[261] Para la pretensión de Constanza al trono siciliano y su uso del título de reina, véase Wieruszowski, «La Corte di Pierre d'Aragona», parte I, pp. 142-146. Parece haber usado el título desde la muerte de Manfredo, pero sólo dentro del círculo de la corte. <<

[262] *La Crónica de Jaime I de Aragón*, que es casi seguro obra suya, ofrece una descripción vívida de este príncipe arrogante y vigoroso. <<

[263] Wieruszowski, *op., cit.*, parte I, pp. 147-152; Cartellieri, *Peter von Aragon und die Sizilianische Vesper*, pp. 23-26. Entre los demás exiliados de la corte de Manfredo estaba Constanza Ana, tía de Constanza, antigua emperatriz de Oriente (para la cual, véase más arriba, pp. 71, 93-94 y 97). Había estado en Nápoles en la época de la conquista angevina, pero Carlos le había permitido retirarse a España en 1269. <<

[264] Para los primeros años de la vida de Juan, véase la introducción de Sicardi a *Due Cronache del Vespro* (Muratori, *R. l. S.*,

nueva serie, vol. XXXIV). Fue uno de los testigos que firmaron el testamento de Federico II (véase p. 72, n. 1). La historia de sus primeros años aparece muy completa en De Renzi, *ll Secolo decimo terzo e Giovanni da Procida*. Para la acusación de que envenenó al rey Conrado, véase p. 76, n. 3. Su carta de recomendación del cardenal Orsini para el rey Carlos aparece en Martene y Durand, *Thesaurus*, vol. II, p. 298. Villani, vol. II, pp. 234-235, cuenta la historia de los malos tratos recibidos por su mujer y su hija. Para sus negociaciones con Federico de Misnia, véase Busson, «Friedrich der Friedige als Prätendent der Sizilianischen Krone und Johann von Procida», *Historische Aufsätze dem Andenken an Georg Weitz gewidrnet*. Los argumentos detallados sobre toda su carrera citados por Sicardi en su introducción a *Due Cronache del Vespro*, aunque bien documentados, son poco críticos, como si Sicardi se negase a oír la más mínima palabra en contra de su héroe. <<

[265] Cartellieri, *op., cit*., pp. 28-53. <<

[266] Véase de pp. 309 a 313, y apéndice, p. 421 y ss. <<

[267] Carini, *Gli Archivi e le Biblioteche di Spagna*, parte II, pp. 2-4, 190. <<

[268] *Lu Rebellamentu di Sichilia*, en *Due Cronache del vespro*, pp. 5-11; *Liber Jani de Procula et Paleoloco, ibid*., pp. 49-52; *Leggenda di Messer Gianni di Procida, ibid*., pp. 61-68. El *Rebellamentu*, escrito en dialecto siciliano, trata a Juan de héroe, el *Liber Jani* y la *Leggenda*, ambos en italiano y la última probablemente escrita por un güelfo de Módena, de villano. Ricordano Malespini, *Storia Fiorentina*, ed. Follini, pp. 180-181; Brunetto Latini, *Tesoro*, ed. Amari, en *Altre Narrazioni del Vespro Siciliano*, pp. 60-89, y Villani, *Cronica*, vol. II, pp. 233-237, 239-242, dan breves resúmenes de la leyenda. <<

[269] *Rebellamentu;* pp. 14-17; *Liberjani*, pp. 52-55; *Leggenda*, pp. 68-71. <<

[270] Wieruszowski, «Der Anteil Johanns von Procida an der Verschwörung gegen Karl von Anjou», pp. 230 y ss., da el itinerario de Juan, según las cartas publicadas o firmadas por él, y muestra que no hubiese podido viajar ni siquiera hasta Roma. Para el soborno del Papa, véase más arriba, pp. 279 y 289. <<

[271] Para los nobles sicilianos, véase *Due Cronache del Vespro*, introducción. p.X. XXVII, n. l. Para Andrés de Prócida, véase Cartellieri, *op., cit*., p. 90. <<

[272] D'Esclot, Crónica *del Rey en Pere*, en Buchon, *Chroniques Etrangéres relati ves aux Expéditions Francaises*, p. 624; Mun taner, *Crónica*, ed. Coroleu, pp. 86-88; Guillermo de Nangis, *Gesta Philippi III*, p. 514; Cartellieri, *op., cit*., pp. 63 - 64, rechaza la historia, contada por Muntaner, de la rudeza de Pedro con Carlos de Salerno. Pero la historia contiene detalles convincentes; los reyes de Francia y de Mallorca recuerdan a Pedro que Carlos se había casado con su prima carnal. Además, Guillermo de Nangis sugiere que hubo un ambiente desagradable. La carta de Pedro a Milán, de la que enviaron copias a las restantes comunas gibelinas importantes de Lombardía, aparece en Carini, *op., cit*., vol. II, p. 41. <<

[273] Véase más arriba, pp. 294-295. Para los diezmos de Cerdeña, véase Martín IV, *Registres*, n. 116. <<

[274] D'Esclot, *op., cit*., p. 626; Muutaner, *op., cit*., pp. 100-101; Cartellieri. *op., cit*., pp. 80-81, 149. <<

[275] Ptolorneo de Lucca, *Historia Ecclesiastica* (Muratori, *R. J. S*., vol. XI. <<

pp. 1186-1187); Martín IV, *Registres*, p. 112; Sanudo, *Istoria del Regno di Romania*. p. 133; Cartellieri, *op., cit*., pp. 87-89; Dölger, *Regesten der Kaiserurkunden*, vol. III, pp - 71-75. El emperador había pedido la mano de una princesa aragonesa para su hijo y heredero Andrónico.

[276] Carini, *op., cit*., vol. II, p. 45. <<

[277] Bartolomé de Neocastro, *Historia Sicula* (Muratori, *R. I. S.*, nueva serie, vol. XIII, III p. 10), el capítulo titulado «Cómo el rey Carlos oprimía al pueblo»; Nicolás Specialis, *Historia Sicula* (Muratori, *R. J. S.*, vol. X, pp. 929-930). Véase también Libertini y Paladino, *Storia della Sicilia*, p. 442; Pontieri. *Ricerche sulla Crisi della Monarchia Siciliana nel sec. XIII, passim;* Léonard, *Les Angevins de Naples*, pp. 143-144. <<

[278] Norden, *Das Papsttum und Byzanz*, pp. 626-629. Carlos pasó el mes de enero en Roma y Orvieto, pero en febrero fue a Capua y a Nápoles y permaneció, en esta última durante todo marzo. No sabemos si tenía realmente la intención de mandar él mismo la expedición. Durrieu, *Les Archives Angevines de Naples*, vol. II, p. 187. <<

[279] Villani, *op. cit.*, vol. II, p. 242, dice que Carlos había sido advertido por el rey Felipe, pero que era demasiado soberbio para tenerlo en cuenta. Añade como comentario un proverbio popular: «Si alguien te dice que tu nariz ha desaparecido, levanta la mano para comprobarlo». Carlos no tomó tal precaución. <<

[280] Arnarí, *La Guerra del Vespro Siciliano* (9.ª ed.), vol. I, pp. 193-194. <<

[281] *Ibid*. p. 193, n. l. La fecha, lunes 30, es citarla por Bartolorné de Neocastro y otros sicilianos contemporáneos. La iglesia está hoy perdida en la exuberancia de un gran cementerio siciliano. <<

[282] Los siguientes autores describen la matanza misma: Bartolomé de Neocastro, *Historia Sicula*, pp. 11-12; Nicolás Specialis, *Historia Sicula* (Muratori, *R. I. S.*, vol. X, pp. 924-925); la continuación de Saba Malaspina, *Rerum Siculorum Historia* (Muratori, col. VIII); *Annales Januenses*, p. 576; Ricordano Malespini, *Storia Fioreniina*, pp. 182-183; Villani, *Cronica*, vol. II, pp. 242-243; *Rebellamentu*, pp. 19-20; *Leggenda*, pp. 72-7:—l; D'Esclot, *Crónica del Rey en Pere*, pp. 628-629; Muntaner, *Crónica*, pp. 94-95;

Guillermo de Nangis. *Gesta Philippi III*, p. 516. Hay referencias más breves en la mayor parte de las crónicas de la época. Amari, *op. cit.*, vol. I, pp. 193-200, ofrece un excelente resumen. <<

[283] El grito «¡Muerte a los franceses!» es mencionado en todos los relatos. Incluso Dante, más tarde, se refiere a él, *Paradiso*, VIII, versos 73-75. <<

[284] Amari, *op. cit.*, vol. 1, p. 301, combina las distintas fuentes. <<

[285] Nicolás Specialis, *Historia Sicula*, pp. 924-925. Véase Egidi, «La Communitas Siciliae del 1282», en *Annuario dell' Universitá de Messina*. 1914-1915. <<

[286] *Ibid*. pp. 201-202. <<

[287] *Ibid*. pp. 203-220. <<

[288] Bartolorné de Neocastro, *op. cit.*, pp. 12-15. Bartolorné vivía en Mesina y tenía un importante papel en su vida pública. Su relato de lo ocurrido es completo y convincente. <<

[289] *Ibid.*, pp. 18-22. <<

[290] *Ibid.*, pp. 21-22. <<

[291] *Ibid,*. pp. 36-37; Miguel Paleólogo, *Ue Vita Sua Upusculum*, ed. Troirsky, *Christiamskoe Chtenie*, vol. II, pp. 237-538. Bartolomé, pp. 10-11, cita como uno de los agravios de los sicilianos el que Carlos había asumido una «cruz de ladrón» contra «nuestros amigos los griegos». <<

[292] Bartolomé de Neocastro, *op. cit.*, p. 22. <<

[293] *Ibid.*, Villani, *op. cit.*, vol. II, p. 244, cita las que se cree que son palabras del propio Carlos. <<

[294] Bartolomé de Neocasiro, *op. cit.*, p. 15; Villani, *op. cit.*, vol. II, pp. 245-246. Véase Amari, *op. cit.*, vol. I, pp. 228-231, y Cartellieri, *op. cit.*, pp. 162-164. <<

[295] Pouhast, *Regesta*, vol. II, pp. 1769 - 1.1770. <<

[296] Villani, *op. cit.*, vol. 11, pp. 244-245. <<

[297] Champollion-Figeac, *Lettres des Rois, Reines et autres Personnages*, vol. I p. 285. Véase Cartellieri, *op., cit.*, pp. 169, 187. Mauricio de Craon escribió Eduardo de Inglaterra para comunicarle las noticias el 19 de mayo y Fernando de Aragón y Mallorca lo hizo el 26 de mayo; Rymer, *Foedera;* vol. I, 2 p. 609. Es de suponer que en Francia se supo durante la primera mitad de mayo. <<

[298] D'Esclot, *op. cit.*, pp. 626-627; Muntaner, *op. cit.*, pp. 103-108; Cartellieri, *op., cit.*, pp. 192-193. <<

[299] D'Esclot, op. *cit.*, pp. 631-632; Cartellieri, *op. cit.*, p. 199. <<

[300] D'Esclot, *op. cit.*, pp, 628, 630-631; Muntaner, *op. cit.*, pp. 108-111. <<

[301] Bartolomé de Neocastro, *op. cit.*, pp. 23-25; Amari, *op. cit.*, vol. 1, p. 232 y ss.; Léonard, *Les Angevins de Naples*, p. 147. <<

[302] Potthast, *op. cit.*, vol. II, p. 1771; Bartolomé de Neocastro, *op cit.*, p. 27. <<

[303] Trifone, *Legislazione Angioina*, n.° LVIII, pp. 92-93. <<

[304] Bartolomé de Neocastro, *op. cit.*, pp. 24-25. <<

[305] *Ibid.*, pp. 29, 67. <<

[306] . *Ibid.*, pp. 33-36. <<

[307] Ibid., pp. 26 - 29. <<

[308] *Ibid.*, p. 29; D'Esclot, op. *cit.*, pp. 632-634; Muntaner, *op. cit.*, pp. 112 - 113, 116-118. Pedro también escribió una carta justificándose a Eduardo de Inglaterra; Rymer, *Foedera;* vol. 1, 2, p. 612. <<

[309] Bartolomé de Neocastro, *op. cit.*, p. 30; D'Esclot, *op. cit.*, pp. 635-636; Muntaner, *op. cit.*, pp. 119-120. <<

[310] D'Esclot, *Crónica*, pp. 636-637; Muntaner, *Crónica*, pp. 112-113, dice equivocadamente que Pedro fue coronado en ese

momento; Bartolorné de Neocastro, *Historia Sicula*, p. 30. <<

[311] Bartolorné de Neocastro, *loc. cit.* <<

[312] *Ibid.*, pp. 30-32. <<

[313] *Ibid.*, D'Esclot, *op. cit.*, p. 638. <<

[314] Bartolorné de Neocastro, *op. cit.*, pp. 33, 37; D'Esclot, *op. cit.*, pp. 638-639; Muntaner, *op. cit.*, pp. 125-126. <<

[315] Bartolomé de Neocastro, *op. cit.*, pp. 38-42. <<

[316] *Ibid.*, pp. 42-43; D'Esclot, *op. cit.*, pp. 639-642; Muntaner, *op. cit.*, pp. <<

130-132. Carucci, *La Guerra del Vespro Siciliano*, p. 114, cita una carta de Pedro a Guido de Montefeltro en la que le comunica sus victorias.

[317] Bartolomé de Neocastro, *op. cit.*, pp. 45-46; Villani, *Crónica*, vol. II, pp. 260-261. Varias de las órdenes de Carlos para poner el sur del reino en estado de defensa aparecen en De Boüard, *Les Comptes des Trésoriers*, p. 204 y ss. <<

[318] Villani, *op. cit.*, vol. I, pp. 267-270; Gregorovius, *Geschichte der Stadt Rom im Mittelalier;* vol. 11, pp. 86-88. <<

[319] Véase Caro, *Genua und die Mächte am Mittelmeer*, vol. II, pp. 1-31. Lo genoveses quizá se habían dado cuenta de que los catalanes, bajo la protección aragonesa, los expulsarían de su privilegiada posición en Sicilia, Véase Heyd, *Histoire du. Commerce du Leuaru*, vol. I, p. 4 75. Bartolomé de Neocastro rinde homenaje a la amistosa actitud de algunos genoveses individualmente (*op., cit.*, pp. 36-37). <<

[320] Pachymer, *De Michaele Palaeologo*, pp. 531-53 2; *De Andrónico Palaeologo*, pp. 87-88 (el matrimonio de Irene de Montferrato, que tuvo lugar en 1284). Pachymer observa que no era de familia real, aunque era nieta del rey de Castilla; pero el verdadero motivo del matrimonio era que los Montferrato pretendían el reino de Tesalónica, establecido por Bonifacio II de Montfe-

rrato en l205 y perdido a favor de los Ángeles en 1222. Guillermo VII de Montferrato transfirió sus derechos a su yerno. Irene se convirtió finalmente en heredera de Montferrato y pasó el marquesado a su hijo, el cual fundó de este modo una dinastía de Paleólogos en Italia del Norte. Para la política exterior de Andrónico II, véase Vasiliev, *History of the Byzantine Empire*, p. 603 y SS. <<

[321] Para las relaciones de Rodolfo con el Papado e Italia, véase Hefele-Leclercq. *Histoire des Concilies*, vol. VI, l, pp. 268-270. El papa Martín no consideraba al rey Eduardo suficientemente neutral, pues no rompió el compromiso matrimonial de su hija Leonor con Alfonso, hijo mayor de Pedro. Véase Ryrner, *Foedera*. volumen I, I, pp. 613-614. <<

[322] Léonard, *Les Angevins de Naples*, pp. 149-150. <<

[323] Potthast, *Regesta*, vol. II pp. 1773 - 1774. <<

[324] Véase Léonard, *op. cit*., p. 153. <<

[325] D'Esclot. *op. cit*., pp. 642-644; Muntaner, *op., cit*., pp. 138-141; Villani (*op. cit*., vol. II, pp. 274-275) dice equivocadamente que el acuerdo fue firmado delante del Papa, pero da una perspicaz explicación de los motivos de los dos reyes. Véase Amari, *La Guerra del Vespro Siciliano*, vol. II, pp. 19-21. <<

[326] Pouhast, *Regesta*, vol. II, pp. l774-1778; Rymer, *Foedera*, vol. l. 2, pp. 621-628. <<

[327] Véase Léonard, *op. cit*., p. 150. El hermano de Pedro lo instó a volver a Aragón en esos momentos. Bartolomé de Neocastro, *op. cit*., pp. 47-48. <<

[328] Durrieu, *Les Archives Angevines de Naples*, vol. III, p. 188. Villani, *op., cit*., vol. II. pp. 275-276, narra su paso por Florencia, donde también lo vio el cronista Paolino di Picro (véase Léonard, *op., cit*., p. 533). <<

[329] Bartolomé de Neocastro, *op. cit*., p. 44; D'Esclot, *op. cit*., p. 645; Muntaner, op. *cit*., pp. 133-136. Es el único que dice que

Alençon fue muerto en esta escaramuza. <<

[330] Bartolorné de Neocastro, *op. cit.*, pp. *45-46;* D'Esclot, *op. cit.*, pp. 645 - 647; Muntaner, *op. cit., pp.* 145-147. Véase Carucci, *op. cit.*, pp. 117-119. <<

[331] El texto de la reforma aparece en Trifone, *La Legislazione Angioma*, pp. 93-105. <<

[332] Potthast, *Regesta*, vol. II, p. 1780. <<

[333] Bartolomé de Neocastro, *op. cit.*, pp. 46-47; D'Esclot, *op. cit*… pp. 647-648. <<

[334] Bartolomé de Neocastro, *op. cit.*, pp. 17-51; D'Esclot, *op. cit.*, pp. 147-150. <<

[335] D'Esclot, pp. 649-652, da la versión aragonesa; Guillermo de Nangis, *Gesta Philippi III*, pp. 522-524, la versión angevina; Muntaner, *op. cit.*, pp. 170-181, se basa en D'Esclot: Villani, vol. II, pp. 276-280 (hace aparecer a Carlos en el campo antes que Pedro); Amari, *op. cit*, vol. II, pp. 24-26. <<

[336] Martín IV, *Registres*, núms. 220, 221. <<

[337] *Ibid.*, núms. 292-299; Ryrner, *Foedera*, vol. I, 2, pp. 634-639; *Grandes Chroniques de France*, ed. Viard, vol. VIII, pp. 93-94; Petit, *Charles de Valois*, pp. 5-6: <<

Léonard, *Les Angevins de Naples*, pp. 155-156.

[338] Villani, *Cránica*. vol. II, pp. 270-272. <<

[339] Véase Léonard, *op. cit.*, p. 153. <<

[340] Bartolomé de Neocastro, *Historia Sicula*, pp. 55-56; D'Esclot, *Cronica*, pp. 658-659; Muntaner, *Crónica*, pp. 158-159. <<

[341] Bartolomé de Neocastro, *op. cit*, pp. 49-50. <<

[342] La carta del rey Pedro aparece en Carucci, *op., cit*, p. 122. <<

[343] Martín IV, *Registres*, núm. 304. Véase más arriba, p. 362, n.1. <<

[344] Carucci, *La Guerra del Vespro Siciliano*, pp. 127-169, cita extractos de registros angevinos. <<

[345] Bartolorné de Neocastro, *op., cit*., pp. 57-58; D'Esclot, *op., cit*., pp. 663-668; Muutaner, *op. cit*., pp. 227-234; Villani, *op. cit*., vol. VI, pp. 186-288, relata la historia de los ciudadanos de Sorrento. <<

[346] Villani, *op., cit*., pp. 268-270; Bartolomé de Neocastro, *op., cit*., pp. 58 - 59, relato lleno de fantasía del consuelo ofrecido a Carlos por su mujer. <<

[347] Véase Léonard, *op., cit*., p. 158. <<

[348] Bartolomé de Neocastro, *op. cit*., pp. 60-61. <<

[349] *Ibd*,. <<

[350] *Ibid*., pp. 61-62. Para las fechas, véase Durrieu, *Les Archives Angevines de Naples*, vol. II, *p*. 189. <<

[351] Bartolomé de Neocastro, *op., cit*, p. 59, dice que la vida del príncipe fue salvada por la reina Constanza; Muntaner, *op. cit*., dice que se la salvó el infante Jairne. Al parecer fue salvado gracias a los buenos oficios de un caballero napolitano llamado Adenulfo de Aquino. Véase Léonard, *op. cit*… p. 158, n. 2. Villani, op. *cit*., vol. II, pp. 292-293, concede el mérito a Constanza. <<

[352] Bartolomé de Neocastro, *op. cit*., pp. 67-69. <<

[353] *Ibid*., pp. 62-63, 66-70. <<

[354] Miller, *The Latins in the Levant*, pp. 174-l76; Runciman, *Histry of the Crusades*, vol. III, pp. 392-394. <<

[355] Durrieu, *Op. cit*., vol. II, p. 160. La orden para la leva general está fechada en Brindisi, 5 de octubre de 1284. <<

[356] Véase Léonard, *op. cit*., p. 159. <<

[357] Bartolomé de Neocastro, *op. cit*., p. 70. <<

[358] Villani, *op. cit*, vol. II, pp. 290-291; Salimbene de Adam, *Crónica*, pp. 564-565, describe visiones percibidas a su muerte.

Para su testamento, véase Léonard, *op., cit.*, pp. 159-160. <<

[359] Cadier, *Essai sur l'Administration du Royaume de Sicile*, p. 112 y ss.; Léonard, *Les Angevins de Naples*, pp. 161-163. <<

[360] Describen la cruzad‹t de Aragón, desde el punto de vista aragonés. D'Esclot, *Cronica*, pp. 677-727, y Muntaner, *Crónica*, pp. 246-286, y desde el francés, Guillermo de Nangis, *Gesta Philippi III*, pp. 528-534. Véase Lavisse. *Historie de France*, vol. III, 2 (por Langlois), pp 113-117. <<

[361] Miller, *Tha Latins in the Levant*. pp. l64-165; Longnon. *L'Empire Latin de Constantinople*, pp. 264-265. <<

[362] Runciman, *History of the Crusades*, vol. III, pp. 396-397. <<

[363] Potthast, *Regesta Pontificum Romanorum*, vol. II, p. 1794; Villani, *Crónica*, vol. II, p. 306. Murió de indigestión. Dante, en *Purgatorio*, XXIV, versos 20-24, dice que fue a causa de unas anguilas de Bolsena y moscatel de Vernaccia que tomó durante un ayuno. <<

[364] Guillermo de Nangis, *op. cit.*, pp. 534-535; D'Esclot, *op. cit.*, pp. 727 - 732; Villani, *Op. cit.*, vol. II, pp. 298-305. Dante, *Purgatorio*, VII, versos 105, dice que murió «huyendo, deshonrando las lises». <<

[365] Bartolomé de Neocastro, *Historia Sicula*, p. 80; D'Esclot, op. *cit.*, pp. 732-736; Muntaner, *op., cit.*, pp. 296-300. Dante, *Purgatorio*, VII, versos l l2-114, dice que es «de miembros robustos» y está «dotado de todas las virtudes». <<

[366] Para el carácter de Carlos, véase el excelente resumen de Léonard, *op. cit.*, pp. 172-174. Había sido llevado de Sicilia a Cataluña poco antes de la muerte del rey Pedro, contra los deseos del gobierno virreinal de Sicilia. Bartolomé de Neocastro, *op., cit.*, pp. 78-79. <<

[367] Potthast, *op. cit.*, vol. II, pp. 1795 - 1796. Véase Honorio IV, *Registres*, ed. Prou, introducción, para un resumen de su historia y carácter. Nombró a su hermano Pandolfo Savelli senador

de Roma. Véase Gregorovius, *Geschichte der Stad t Rom im Mittelalter*, vol. II, pp. 90-91. <<

[368] Honorio IV, *Registres*, pp. 72-86, e introducción, pp, XXII-XXXV. <<

[369] Ibid., introducción, *loc. cit*. <<

[370] Bartolomé de Neocastro, *op., cit*., p. 81; Muntaner, *op., cit*., pp. 300 - 301. La crónica de D'Esclot termina con la muerte del rey Pedro. <<

[371] Rymer, *Foedera*, vol. 1, 2, pp. 662-667. El Papa trataba de evitar tener algo que ver con las negociaciones. Honorio IV, *Registres*, pp. 938-939. <<

[372] Bartolomé de Neocastro, *op., cit*., pp. 78-81; Honorio IV, *Registres, pp*. 348-349, 548. <<

[373] Rymer, *Foedera*, vol. I, 2, pp. 670-671. <<

[374] Honorio IV*, Registres*, p. 572. <<

[375] Bartolomé de Neocastro, *op. cit*., pp. 81, 86-88, 93-101; Budge, *The Monks of Kublai Khan;* p. 171 (traducción de la narración de Rabban Sauma). Rabban Sauma pensaba que la guerra se llevaba de una manera muy caballeresca, ya que los no combatientes no se veían envueltos en ella. <<

[376] Potthast, *op. cit*., vol. II, pp. 1823 - 1826. Para Nicolás IV, véase el artículo de Teetaert en Vacant y Mangenot, *Dictionnaire de théologie cautholique*, vol. XI, l. <<

[377] Rymer, *Foedera*, vol. 1, 2, pp. 677-679. <<

[378] *Ibid*., pp. 680-681; Digard, *Philippe le Bel et le Saint-Siège*, vol. I, p. 43 y ss. <<

[379] Nicolás IV, *Registres*, vol. 1, p. 114; Runciman, *op. cit*., vol. III, pp. 405-406. <<

[380] Rymer, *Foedera*, vol. 1, 2, pp. 685-697; Muntaner, *Op. cit*., pp. 327-329; Digard, *op. cit*., vol. I, pp. 63-66. <<

[381] Villani, op., *cit*., vol. II, pp. 331-332; Nicolás IV, *Registres*, vol. I, pp. 212 - 216, 247; Digard, *op., cit*., vol. I, pp. 66-70. <<

[382] Bartolomé de Neocastro, *op., cit*., pp. 102-111; Villani, *op*. *cit*., vol. II, páginas 343-344; Carucci, *La Guerra del Vespro Siciliano*, p. 199. <<

[383] Muntaner, *op., cit*, pp. 337-340; Digard, *op., cit*., vol. 1, pp. 100-110, y *Piéces justificatives*, núm. XII (para el texto del acuerdo de Senlis), vol. 11, pp. 279-280. <<

[384] Bartolomé de Neocastro, *op., cit*., p. 126; Muntaner, *op. cit*., pp. 340-341; Villani, *op., cit*, vol. III, p. 25. <<

[385] Nicolás IV, *Registres;* vol. II, p. 892; Carucci, *op., cit*. pp. 252-282; Digard, *op*. *cit*., vol. I, pp. 136-110. <<

[386] Potthast, *op, cit*., vol. 11, p. 1914. <<

[387] Véase Digard, op., *cit*., vol. I, pp. 155-160. <<

[388] Para la sucesión húngara, véase más adelante, pp. 405-407. <<

[389] Carucci, *o.p., rit*., p. 349 y ss. <<

[390] Potthast, *op., cit*., vol. II, pp. 1915-1916; Hcfcle-Leclercq, *Hisioire des Conciles*, vol. VI, 1, pp. 333-337. Para los chismes sobre su elección, véase Villani, *op., cit*., volumen III, pp. 11-12. <<

[391] Digard, *op., cit*., vol. 1, pp. 119-120, 190-191; Léonard, *op*. *cit*., p. 186; Carucci, *op., cit*., p. 81 y ss. Ni Carucci ni Sicardi, cuya introducción al *Rebellamentu* es una larga apología de Juan de Prócida, prestan oídos al más mínimo comentario desfavorable para Juan. Bartolomé de Neocastro, *op., cit*., p. 120, dice que Juan fue en persona a Roma para entablar las negociaciones. <<

[392] Digard, *op*. *cit*., pp. 10-191. <<

[393] Potthast, *op*. *cit*., vol. II, pp. l921 - 1924; Hefele-Leclercq, *op., cit*, vol. VI, I, pp. 338-339, 348-351; Boase, *Boniface VIII*,

pp. 49-51. Para cotilleos, véase Villani, *op., cit*., vol. III. pp. 13-16. <<

[394] Bonifacio VII, *Registres*, ed. Digard, vol. I, pp. 68-70; Nicolás Specialis, *Historia Sicula*, p. 961, dice que Juan de Prócida y Roger de Lauria estaban con el rey Jaime; Digard, *op., cit*., vol. I, pp. 222-224. <<

[395] *Acta Aragonensia*, ed, Finke, vol. III, p. 49 y ss.; Digard, *op. cit*., vol. I, pp. 217-218, 258, 263; Carucci, *op., cit*., pp. 427-429; Léonard, *op. cit*., pp. 181-186. Para la respuesta de Catalina, véase Bonifacio, *Registres*. vol. 1, p. 290. <<

[396] Bonifacio VIII, *Registres, vol*. I, pp. 68-70, 272-273 925-935; *Acta Aragonensia*, vol. I, pp. 33, 40; Nicolás Specialis, *op., cit*., pp. 985-986; Carucci, *op. cit*., pp. 546 y ss.; Digard, *op. cit*., pp. 290-292. Para las cualidades de Violante, véase la anécdota en Finke, *Aus den Tagen Bonifaz VIII, Quellen*, p. XXXVI, en que Bonifacio admite de mala gana la alabanza que hace de ella Carlos II. Para su influjo, véase, más adelante, p. 403. <<

[397] Nicolás Specialis, *op. cit*., pp. 962-965, 995-996. <<

[398] *Ibid*., pp. 999-1001. <<

[399] *Acta Aragonensia*, vol. I, pp. 55, 70; Finke, *op. cit*, p. XIV. <<

[400] Nicolás Specialis, *op. cit*., pp. 1015-1019; Bonifacio VIII, *Registres*, vol. II, pp. 913-925. <<

[401] Nicolás Specialis, *op. cit*., p. 1027. Para las relaciones con Génova, véase Léonard, *op. cit*., p. 189. <<

[402] Nicolás Specialis, *op. cit*., p. 1035; *Acta Aragonensia*, vol. III, pp. 107, 113; Finke, *op. cit*., pp. XX, LV. La defensa de Mesina había sido dirigida por Blasco de Alagona, almirante catalán, que había permanecido fiel a la causa siciliana. <<

[403] Petir, *Charles de Valois*, pp 52 y ss.; Léonard, *op. cit*., pp. 190-193: Finke, *op. cit*, p. XX. <<

[404] Nicolás Specialis, *op. cit*., pp. 1037-1043; Finke, *op. cit*., pp. XXXV, XIVI, lii, liii; *Acta Aragonensia*, vol. I, pp. 106, 108, 111; Léonard, *op. cit*, pp. 194 - 196; Boase, *op. cit*., pp. 289-292. <<

[405] Bonifacio VIII, *Registres*, vol. III, pp. 847-864; Villani, *op., cit*., vol. 131, p. 75. <<

[406] Nicolás Specialis, *op., cit*., pp. 1048-1050. <<

[407] Digard, op.*cit*., vol. II, pp. 175-185; Boasc, *op.cit*.,, pp. 341—:Ed. <<

[408] Léonard, op… *cit*., pp. 1%-197. Véase Schipa, *Carlo-Martello Angioino, passim* <<

[409] Léonard, *op. cit*., pp. 197-199. <<

[410] Caggese, *Roberto d'Angiò e i suoi Tempi*, vol. I, p. 20. En 1303, el papa Benedicto XI reprobó a Federico (Fadrique) las fechas de sus actas (Potthast, *op. cit*., vol. II, p. 2027). <<

[411] El gobierno interior de la isla durante el siglo siguiente parece haberse desarrollado en conjunto sin más disturbios que las periódicas guerras con Nápoles. <<

[412] Léonard, *op. cit*., pp. 224, 243-245, 252, 326-329, 433-436. <<

[413] . A la bisnieta y última heredera del rey Federico, María, la sucedió a su muerte, en 1402, su marido Martín, hijo del rey Martín de Aragón. Luego, la corona siciliana pasó a Fernando, hijo menor del rey Juan I de Castilla y de la princesa Leonor de Aragón, cuya madre había sido una princesa de Sicilia. Su hijo Alfonso heredó Aragón y Sicilia, y en 1420 fue adoptado por Juana II de Anjou, reina de Sicilia (Nápoles), con lo cual se reunieron las «Dos Sicilias». Véase el árbol genealógico al final del libro.[*omitido en esta versión electrónica por imposibilidad técnica*] <<

[414] Durante algún tiempo, Aragón triunfó también en Grecia, donde, debido a las actividades de la Compañía Catalana de cor-

sarios, su rama siciliana proporcionó una línea de duques a Atenas. <<

[415] Pero Gibbon *Decline and Fall;* cap. LXII, ed. Bury, vol. VI, pp. 476 - 478 [hay trad. en castellano]) dice que «cabe preguntarse si la instantánea explosión de Palermo se debió a un accidente o a un designio». <<

[416] Oriani, «La Lotta Politica in Italia», en *Opere Complete*, vol. I, p. 77. <<

[417] Entre los primeros historiadores que escribieron sobre las Vísperas se cuentan F Mugnos (1669) y J C Meyer (1690). <<

[418] Véase la crítica a Amari en Carucci, *La Guerra del Vespro Siciliano*, p. 67 y ss. Carucci quizá peca por exceso al rehabilitar a Juan frente a los ataques de Arnarí. <<

[419] Véase más arriba, pp. 339-340. <<

[420] Guillermo de Nangis, *Vita Philippi III*, p. 514, dice que Pedro actuó «consilio uxoris». El panegirista de Carlos, citado por Guillermo de Nangis(*M. G.H., Scriptores*, vol. XXVI, p. 687), dice que Pedro equipó su flota «Siculorum monitu et uxoris». Salimbene de Adam, que representa el punto de vista güelfo extremista, llama a la reina Constanza, en un pasaje simbólico, gallina oriental que cloquea al ver el águila (Carlos). *Crónica*, p. 545. Véanse también los *Praeclara Francorum Scriptores*, vol. V, p. 7, y el *Chronicon Sancti Bertini*. <<

[421] Bartolomé de Neocastro, *Historia Sicula*, p. 13, dice que Constanza estaba siempre pidiendo a su marido que vengase la muerte de Manfredo. <<

[422] Nicolás Specialis, *Historia Sicula*, p. 925. <<

[423] *Anonymi Chronicon Siciliae* (Muratori, *R. J. S.* vol. X, p. 830). <<

[424] Editado por Sicardi (Muratori, *R. I. S.*, nueva ed., vol. XXXIV). <<

[425] *Rebellamentu*, introducción, pp. XIvii-XIix. Al hablar de los mesineses de la época, el autor utiliza en una ocasión la primera persona del plural del presente ('putirini') en los manuscritos más antiguos. En ediciones posteriores se ha cambiado por el impersonal 'putirisi'. <<

[426] Ricordano Malespini, *Storia Fiorentina*, pp. 180-181. <<

[427] Villani, *Crónica*, vol. II, pp. 233-242; Pipino, *Chronicon* (Muratori, *R. J. S.*, vol. IX, pp. 686-687); Boccaccio, *De Casibus Illustrium: Virorum*, lib. IX (Berna, ed. 1539), p. ex; Petrarca, *Itinerarium Syriacum* (Basilea, ed. 1551), vol. p. 620. <<

[428] Para las referencias de Dante, véase *Rebellamentu*, introducción p.XXXI. <<

[429] Véase más arriba, pp. 279-285, y Léonard, *Les Angevins de Naples*, pp. 124-125. <<

[430] Véase más arriba, p. 316. <<

[431] Véase más arriba, pp. 329-330. La frase de Bartolomé de Neocastro, «amictos nostros Danaos», sugiere que los sicilianos estaban en estrecho contacto con los güelfos. <<

[432] Véase más arriba, pp. 329-330. <<

[433] Véase Bull, citado más arriba, p. 331, n. 3. Todos los escritores güelfos mencionan al emperador en relación con los aragoneses. Ptolorneo de Lucca (véase más arriba, p. 333, *11.* 1) lo cita como al principal instigador de la conspiración, junto con «quidam alíus magnus inter principes cujus nomen ignoratum», con el que alude quizá al papa Nicolás. <<

ÍNDICE